

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 6, 2º semestre de 2018

Pensar con Marx

Estudios sobre marxismo,
antifranquismo y movimiento
obrero



fundación de
investigaciones
marxistas



Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Bajo las siguientes condiciones:

- No comercial: No puede utilizar los contenidos de esta revista para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Con el siguiente caso particular:

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808 • **Edita:** Fundación de Investigaciones Marxistas • **Equipo coordinador:** Manuel Bueno Lluch, Francisco Erice Sebares, José Gómez Alén y Julián Sanz Hoya • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Eduardo Abad García, Juan Andrade Blanco, Manuel Bueno Lluch, Claudia Cabrero Blanco, Álvaro Castaños Montesinos, Francisco Erice Sebares, Cristian Ferrer González, Juan Carlos García-Funes, José Luis Gasch Tomás, David Ginard i Féron, José Gómez Alén, Fernando Hernández Sánchez, Gustavo Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, Mirta Núñez Díaz-Balart, José Emilio Pérez Martínez, Victoria Ramos Bello, Julián Sanz Hoya, Víctor Santidrián Arias, Javier Tébar Hurtado, Juan Trías Vejarano, Julián Vadillo Muñoz, Santiago Vega Sombria • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez • **Diseño del interior y maquetación:** Manuel Bueno Lluch • **Imagen de portada:** Detalle de un dibujo de E. Sapiro: *Marx y Engels en la redacción de la Nueva Gaceta Renana* (Fuente: International Institute of Social History) • **Envío de colaboraciones:** nuestrahistoriafim@gmail.com • **Administración:** c/ Olimpo 35, 28043, Madrid. Tfno: 913004969. Correo-e: administracion@fim.org.es • **DL:** M-3046-2017.

Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

Número

6

Segundo semestre de 2018

ÍNDICE

EDITORIAL

- Pensar con Marx. Estudios sobre marxismo, antifranquismo y movimiento obrero**
Consejo de Redacción de *Nuestra Historia* 7

ESTUDIOS

- Antonio Ramos Oliveira: una visión marxista de la historia de España**
Walther L. Bernecker 11
- Rossana Rossanda, la Política de Reconciliación Nacional y la oposición antifranquista**
Manuel Guerrero Boldó 35
- La amnistía en la literatura clandestina del Partido Comunista de España (Madrid, 1973-1977)**
Carlota Álvarez Maylin y David Martínez Vilches 55
- Comisiones Obreras ante las actitudes políticas de la clase trabajadora española: entre el cambio posible y el cambio necesario (1980-1986)**
Joan Gimeno i Igual 69

AUTORES INVITADOS

- Aproximaciones marxistas a la Edad Media, algunas cuestiones y ejemplos**
Chris J. Wickham 91
- El problema de la Historia en la concepción de Marx y Engels**
Carlos Antonio Aguirre Rojas 108

NUESTROS CLÁSICOS

- La aportación gramsciana de Fontana en *Nous Horizons***
José Luis Martín Ramos 139

Gramsci y la ciencia histórica

Josep Fontana i Lázaro 145

LECTURAS**Karl desactivado: El Marx de Gareth Stedman Jones**

Francisco Erice 151

***E. P. Thompson: democracia y socialismo*, de Alejandro Estrella (ed.)**

Ferran Archilés 156

En busca del tiempo perdido: Palingenesia de un método de conocimiento alumbrado para el cambio social

Ramón García Piñeiro 159

Historia global del trabajo: avances de un proyecto internacional sobre la industria de construcción y reparación naval (1950-2010)

Juliana Frassa 166

Enemigos de clase. La larga sombra de la huelga de los mineros británicos

Rubén Vega 173

***La Gran Huelga: el sindicalismo contra la «modernización socialista»*, de Sergio Gálvez Biesca**

Héctor González Pérez 176

ENCUENTROS**La Revolución Rusa cien años después. Notas sobre encuentros historiográficos en el mundo**

José Gómez Alén 181

«Del Siglo XIX al XXI. Tendencias y debates»

Sergio Cañas Díez 190

«Pensar con Marx hoy. Congreso 200 aniversario»

Julián Sanz Hoya 199

«La crisis del movimiento comunista internacional. 50º aniversario de la invasión de Checoslovaquia»	
Eduardo Abad García	204

MEMORIA

El pazo de Meirás: un pasado entre las sombras del silencio	
Emilio Grandío	207
40 años de constitución, 40 años de impunidad	
Esther López Barceló	213
Compromiso inquebrantable: Carmen Garrido González, una vida de lucha	
Enrique Antuña Gancedo	217

AUTORES (DOSSIER)	221
--------------------------	-----

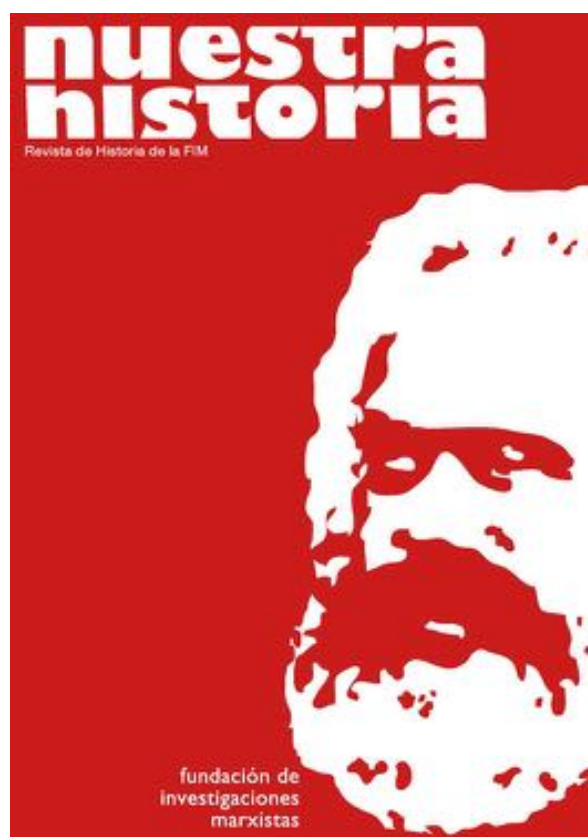
EDITORIAL

Número 6

Consejo de Redacción de Nuestra Historia

Presentamos el número 6 de *Nuestra Historia* sintiéndonos más solos, un poco huérfanos. El pasado 28 de agosto nos dejó Josep Fontana (1931-2018), maestro para varias generaciones de historiadores e historiadoras, impulsor de la introducción en el ámbito hispanohablante de muchas de las obras y las tendencias más significativas de la historiografía marxista y crítica internacional. Con su generosidad habitual, Fontana siempre animó el trabajo de la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas y la iniciativa de publicar *Nuestra Historia*, colaborando con nosotros siempre que se lo pedimos —como puede comprobarse en su habitual presencia en los números de la revista. Es evidente que, más allá de los merecidos elogios incluidos en las notas recogidas en la prensa tras su fallecimiento, la relevancia y la influencia de la obra y el magisterio de Fontana en la historiografía española exige un análisis sosegado, al que *NH* tratará de contribuir dedicándole un dossier específico el próximo año^[1].

1.- Entre las notas en su recuerdo publicadas en los últimos meses queremos destacar por su cercanía las realizadas por tres componentes de la redacción de NH: José G. Alén, «Josep Fontana. In Memoriam», *Mundo Obrero*, 29 de agosto de 2018 (<http://www.mundoobrero.es/pl.php?id=8103>); Juan Andrade, «Josep Fontana, la Historia vuelta sobre sí misma», *Sin Permiso*, 8 de septiembre de 2018 (<http://www.sinpermiso.info/textos/josep-fontana-la-historia-vuelta-sobre-si-misma>); Francisco Erice, «Josep



En este número, nuestro pequeño homenaje se puede encontrar en la sección de *Nuestros Clásicos*, donde reproducimos —traducido al castellano por Cristian Ferrer— su artículo sobre «Gramsci y la ciencia histórica». El texto, publicado originalmente en la fundamental revista cultural

Fontana. Pensar históricamente», *Mundo Obrero*, 20 de noviembre de 2018 (<http://www.mundoobrero.es/pl.php?id=8195>). Además, debe señalarse el homenaje que le dedicó la FIM, en forma de mesa redonda, en el Congreso *Pensar con Marx hoy* (Madrid, 2-6 de octubre), sobre el que informamos en la sección de Encuentros.

del PSUC *Nous Horitzons* en 1967, aparece aquí precedido por una introducción de José Luis Martín Ramos que explica esta aportación gramsciana y, más ampliamente, las colaboraciones de Fontana en aquella revista.

Las temáticas recogidas en este número están en buena medida vinculadas a algunas de las más destacadas preocupaciones vitales y profesionales de Josep Fontana, en concreto por lo que hace a la aplicación del instrumental marxista a la Historia, a la lucha antifranquista y al interés por los combates de la clase trabajadora. De este modo, presentamos en *Estudios* un ensayo de Walter Bernecker dedicado a la visión de la historia de España del pionero historiador marxista Antonio Ramos Oliveira, junto a los artículos dedicados a Rossana Rossanda y el antifranquismo (Manuel Guerrero), la amnistía en la literatura clandestina del PCE (Carlota Álvarez y David Martínez) y las Comisiones Obreras ante las actitudes de la clase trabajadora en los primeros años ochenta (Joan Gimeno).

Nuestro apartado de *Autores Invitados* incide en la cuestión de la historia de raíz marxiana, a través de las aportaciones de dos historiadores de prestigio internacional: Chris Wickham escribe una reflexión sobre las aportaciones marxistas al estudio de la Edad Media, mientras Carlos Aguirre Rojas dedica un ensayo al problema de la Historia en Marx y Engels.

Este número recoge asimismo nuestras secciones habituales dedicadas a la actualidad historiográfica en forma de libros o jornadas de estudio. En *Lecturas*, con el análisis de diferentes novedades bibliográficas dedicadas a Marx (F. Erice), Thompson (F. Archilés), la historiografía marxista en España (R. García Piñeiro), el estudio internacional de los astilleros y sus trabajadores (J. Frassa), la lucha de los mineros británicos (R. Vega), así como la huelga general del

14-D de 1988 (H. González). En el apartado de *Encuentros*, José G. Alén hace un amplio recorrido por los congresos internacionales dedicados el pasado año 2017 al aniversario de la Revolución Rusa, en especial en América Latina y Gran Bretaña, al tiempo que se incluyen reseñas centradas en el congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (S. Cañas), en el organizado por la FIM con motivo del bicentenario de Marx *Pensar con Marx hoy* (J. Sanz) y en el que Colectivo Historia Crítica impulsó con motivo del 50º aniversario de la invasión de Checoslovaquia (E. Abad).

La sección de *Memoria* continúa presente, con más motivo en estos tiempos en que renacen abiertamente los planteamientos neofranquistas, reaccionarios y xenófobos. La actualidad informativa muestra, en efecto, que los aspectos relacionados con los debates sobre la historia, la memoria y las políticas simbólicas sobre el pasado no son, no pueden ser, cuestiones que atañen sólo al pasado, sino que responden —como siempre ocurre en las miradas sobre el pasado— a realidades de nuestro presente. La polémica sobre la imprescindible retirada de los restos del dictador del Valle de los Caídos y la necesaria resignificación de este espacio como recordatorio de la violencia represiva impuesta por la dictadura franquista, así como de sus víctimas, ha venido a mostrar una vez más las profundas carencias de una política de memoria democrática en la España de los últimos cuarenta años, como la pervivencia de visiones edulcoradas e idealizadas sobre lo que significó la dictadura para la sociedad española. Precisamente de una de estas cuestiones directamente relacionadas con la memoria sobre el dictador y con la denuncia de cómo se gestaron algunos de los homenajes en forma de regalos a la familia Franco, fundados en la coacción o el expolio, se ocupa el artículo de Emilio Grandío sobre el Pazo

de Meirás. Por su parte, Esther López Barceló nos presenta la proposición en pro de una ley de memoria democrática presentada por Izquierda Unida junto a decenas de asociaciones memorialistas, que incluye —junto a la citada cuestión del Valle de los Caídos— numerosos aspectos que aún permanecen sin atender por la legislación española. Asimismo, el reconocimiento de las personas que combatieron contra la dictadura se expresa a través del caso de Carmen Garrido, obrera, cristiana, militante

sindical y comunista asturiana cuyo perfil nos presenta Enrique Antuña.

Una vez más, hemos de indicar el sincero agradecimiento a todas las personas que colaboran desinteresadamente para hacer realidad *Nuestra Historia*. Con ello, creemos que de alguna manera contribuimos, modestamente, a sostener y renovar lo mejor de la tradición de pensamiento crítico y de emancipación social heredera de Karl Marx, y también del afán que sostuvo el compromiso vital de Josep Fontana.



Josep Fontana interviniendo en el V Congreso de Comissions Obreres de Catalunya. Diciembre de 1991 (Fuente: Arxiù Històric de CCOO Catalunya).

Antonio Ramos Oliveira: una visión marxista de la historia de España

Antonio Ramos Oliveira: a marxist view of the history of Spain

Walther L. Bernecker

Universidad Erlangen-Núremberg

Resumen

El artículo analiza la obra del periodista e historiador Antonio Ramos Oliveira, ante todo sus libros marxistas escritos a lo largo de la Segunda República Española. Se resalta el desarrollo del autor de un socialismo reformista a un marxismo radical y el reflejo de esta radicalización ideológica en sus escritos. Ramos Oliveira se basa en conceptos marxistas, perceptibles ante todo en su libro *El capitalismo español al desnudo*, de 1935. Este estudio estructuralista trata de demostrar que el capitalismo español básicamente había fracasado y no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

Palabras clave: Segunda República Española, análisis materialista, socialismo reformista, marxismo radical.

Abstract

*The article analyzes the work of the journalist and historian Antonio Ramos Oliveira, especially his Marxist books published during the Second Spanish Republic. Of special interest are the author's development from a reformist Socialism to a radical Marxism, and the repercussion of this ideological radicalization in his writings. Ramos Oliveira's work is based upon Marxist concepts, what is especially perceptible in his book *El capitalismo español al desnudo*, of 1935. This structuralist essay about Spanish capitalism, emphasizing the period from 1898 on, tries to demonstrate that Spanish capitalism basically had failed and that it had no chance to survive.*

Keywords: Second Spanish Republic, materialistic analysis, reformist socialism, radical Marxism.

Este artículo presenta la ideología y la obra marxista de un historiador muy poco conocido en España, Antonio Ramos Oliveira, que escribió sus libros más importantes en el exilio, donde no lograron la difusión que hubieran merecido; por su enfoque crítico-marxista tampoco circularon adecuadamente en la España franquista. Solo recientemente están recibiendo la atención que normalmente ya habrían recibido en los años cincuenta del siglo XX. El artículo se concentra en la obra de Ramos Oliveira publicada en los años de la Segunda República, pues es esta fase histórica la que mejor permite observar y analizar la trayectoria ideológica del autor. Solo al final del artículo se presentará, brevemente, la obra *Historia de España*, publicada en 1952 en el exilio mexicano.

Trayectoria familiar y laboral hasta el final de la Guerra Civil

La vida de Antonio Ramos Oliveira (ARO) ha sido marcada profundamente por los sobresaltos de la época histórica que le tocó vivir; como en el caso de tantos otros exiliados se puede decir que parte de su trayectoria personal y profesional le ha sido impuesta desde fuera. Antonio, nacido en 1907 en Zalamea la Real (Huelva), solo pasó los primeros años de su infancia en su lugar natal, pues ya en 1914 la familia se trasladó por motivos laborales a Sevilla y en 1916 a Madrid, donde el joven ARO cursó la segunda enseñanza. Sin una formación específica, muy pronto se dedicó al periodismo; de su madre había recibido una sólida instrucción en casa a lo largo de su niñez y juventud.

Antonio se afilió muy joven, a los 18 años (en 1925), al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y al sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT). Ya en 1927 intervino en actividades políticas. Así, para el Primero de Mayo de 1927, el pe-



Antonio Ramos Oliveira, fecha desconocida
(Fuente: Uργοiti Editores).

riódico *El Imparcial* recogía una nota acerca de la participación de ARO en un mitín del Partido Socialista en el Puente de Vallecas, muestra de su muy temprana socialización política.

Los años de la Segunda República Española (1931-1936) serían determinantes no solo para el futuro del país, sino también para Ramos Oliveira y su posicionamiento político. Después de su regreso, desde Berlín (donde trabajaba de corresponsal para varios periódicos) a Madrid, a los pocos meses de proclamarse la República ingresó en la agrupación socialista capitalina, y desde 1932 era miembro de la Asociación de la Prensa. Fueron años de intensa actividad política, periodística, de masiva participa-

ción en mítines, en los que muchas veces dio charlas y conferencias. Sus continuas alusiones históricas permiten reconocer ya tempranamente sus profundos conocimientos históricos, adquiridos de manera autodidacta. En aquellos años, participó del proceso de radicalización que las organizaciones socialistas experimentaron durante la Segunda República, bien testimoniada en su obra *Nosotros los marxistas. Marx contra Lenin*, de 1932, la cual suministró argumentos a las posiciones largocaballeristas en los debates doctrinales del socialismo español de los años treinta^[1]. Solo un año más tarde, publicó *Alemania: ayer y hoy*, obra en la que relata la experiencia de su periplo germánico^[2]. En las elecciones generales a las Cortes españolas de 1933, sería candidato del PSOE por Huelva, pero no resultó elegido.

La posible participación de Ramos Oliveira en la «Revolución de Octubre» de 1934 no está del todo aclarada. Mientras que Antonio mismo negó haber tomado parte en el movimiento, una nota de *La Epoca* de diciembre de 1934 escribía bajo el título «El redactor jefe de *El Socialista*, procesado» que había sido detenido con motivo de los sucesos revolucionarios de octubre y procesado por la publicación en *El Socialista* de una carta apócrifa que originó una querrela. Al parecer, el entonces director de *El Socialista*, Julián Zugazagoitia, no asumió la responsabilidad de la publicación que recayó sobre Ramos Oliveira^[3]. Ese mismo año escribió, en solo dos meses, «en la Cárcel de Madrid», su libro *La Revolución Española de Octubre: ensayo político*, publicado a principios de 1935 por la Editorial España. En agosto de 1935, *El Heraldo* publicó la noticia de la recogida, por parte de la Dirección

General de Seguridad, de la obra de ARO *El capitalismo español al desnudo*, publicada justo entonces, en la que el autor hacía un repaso crítico de la economía española desde el siglo XVI. También este polémico libro fue escrito en la Cárcel Modelo de Madrid. El contenido de esta obra es parcialmente visible en algunas partes e interpretaciones generales de su posterior *Historia de España*.

La victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 hizo posible que Antonio Ramos Oliveira regresara de Londres (a donde había huido en 1935) a España. Ya comenzada la Guerra Civil, ARO se quedaría definitivamente en Inglaterra como Agregado de Prensa en la Embajada española. En ese momento no podía saber que a fin de cuentas se quedaría por 14 largos años en Gran Bretaña, hasta 1950, año en el que emigró a México, el país que iba a ser su último destino (murió en 1973), si bien interrumpido continuamente por muchas estancias en otros países, al servicio de las Naciones Unidas.

Del socialismo reformista a la revolución social

Para analizar el desarrollo intelectual e ideológico del historiador socialista, la década comprendida entre finales de los años veinte y finales de los treinta, fue decisiva. Se trata de la fase en la que ARO —joven todavía, entre veinte y treinta años— comenzó a lidiar en el campo político. A pesar de su temprana edad, rápidamente logró ocupar puestos importantes en el socialismo español, ante todo en el periódico oficial del PSOE, *El Socialista*, donde primero obtuvo el puesto de redactor del extranjero; después fue enviado especial en Berlín, y ya en 1931 ascendió al puesto de redactor-jefe del periódico. Formó parte del círculo cer-

1.– Sobre la radicalización socialista en los años treinta, cf. los siguientes dos capítulos.

2.– Antonio Ramos Oliveira, *Alemania ayer y hoy*, Madrid, Imp. De Bolaños y Aguilar, 1933.

3.– Cf. *La Epoca*, 21 de diciembre de 1934.

cano a Luis Araquistain y a Francisco Largo Caballero, y junto a ellos forzó, a partir de 1933, el proceso de radicalización del Partido Socialista que desembocó en la «Revolución de Octubre» de 1934 y que llevó a Ramos Oliveira a la cárcel. Paralelamente a estas actividades profesionales y políticas, se lanzó de lleno a presentar al público análisis elaborados de la situación sociohistórica y política del momento, publicando en la primera mitad de los años treinta a un ritmo acelerado —aparte de muchos artículos periodísticos y ensayos— nada menos que tres libros, importantes para entender su evolución ideológica y la del socialismo de la época.

Aun antes de proclamarse la República, ARO había señalado que España necesitaba reformas radicales, que solo podrían realizar los socialistas en el gobierno, ya que el país, «en su gran trama política, social y psicológica, no es sino una cadena de desatinos»^[4]. Y unos tres meses antes ya había descrito en *El Socialista* las tareas que tendría la República: «La primera tarea que se han de imponer los hombres de la República —si se llega a implantar— será la de estructurar a España en molde opuesto al actual. Rectificar la historia. Esa es la primera gran cuestión política, que, al resolverse, implicará la resolución del problema de la tierra y del clerical, nuestros dos problemas máximos»^[5].

4.- Antonio Ramos Oliveira: «La policía y el orden público», *El Socialista*, 25 de noviembre de 1930. Esta visión pesimista de la historia de España se repetiría, unas décadas más tarde, en su obra *Historia de España*. El prólogo de Ramos Oliveira que abre esa obra comienza con las palabras: «Tal vez no encontremos en el mundo una nación que haya tenido menos oportunidad de decidir su propio destino que la española. En rigor, la Historia de España no la han hecho los españoles más que en mínima parte; la han hecho a menudo sucesos y accidentes en cuyo desencadenamiento no ha tenido mano el español y cuya trayectoria tampoco ha podido gobernar.»

5.- Antonio Ramos Oliveira, «España no es Africa», *El Socialista*, 2 de septiembre de 1930, p. 1.

En un artículo suyo publicado unos años después, ya en plena República, bajo el título «El socialismo español de 1909-1934», Ramos Oliveira explicaba la función histórica del socialismo organizado en España: «España debe al Partido Socialista nada menos que esto: el despertar de la conciencia civil en el proletariado y en la clase media»^[6]. En otro escrito, en el que comentaba la falta de debates teóricos en el socialismo español, convertía este defecto en virtud, oponiendo la «desorientación» en el seno de los partidos socialistas en el extranjero (p. ej. en Alemania) al «marxismo» seguido por el socialismo español al que atribuía una estrategia revolucionaria más adecuada en términos comparativos: «El talento, el instinto o la capacidad política en sus dirigentes, o la casualidad, lo que sea, han impreso al socialismo español un ritmo y una estrategia revolucionaria que el marxista más exigente no podrá, sin cometer una arbitrariedad, impugnar»^[7]. Ramos Oliveira defendía, pues, la tesis que el socialismo español había seguido en el último medio siglo una ruta correcta, la «marxista» (sin especificar, qué entendía por «marxismo»), y que debía seguir por esta senda. En otro lugar del mismo libro dio expresión a su convicción de que el socialismo español había recorrido una ruta impecable: «Ni dogmático de izquierda ni dogmático de derecha, el partido socialista español tiene una historia de oportunismo marxista que le ha valido triunfos resonantes, muchos de los cuales no han sido apreciados aún en su largo alcance. Insurreccional en 1917, legalista en la República, ni insurreccional ni legalista, puesto que no había ley, durante la dictadura, la táctica de los socialistas espa-

6.- Antonio Ramos Oliveira, «El socialismo español de 1909-1934», *Leviatán*, tomo I, mayo-agosto de 1934, reimp. 1974 (cf. nota 21), p. 27.

7.- Antonio Ramos Oliveira, *Nosotros, los marxistas. Lenin contra Marx*, Madrid, Editorial España 1932, p. 138.

ños es una afirmación del marxismo como acción que difícilmente podrá mejorar ningún partido socialista del mundo»^[8]. Resaltando el «marxismo como acción», parece que repudiaba el papel de la teoría como guía de la acción, pues admitía que incluso la «casualidad» podía haber sido la base de la correcta «estrategia revolucionaria» de los socialistas españoles. En este análisis del socialismo español reluce la temprana edad de su autor, que entonces tenía tan solo 25 años, y su inmadurez teórica.

En el socialismo español, tradicionalmente ha habido poco debate teórico. Y durante décadas, apenas se escribió sobre Marx como filósofo y economista o como forjador de la ciencia social. El pequeño grupo internacionalista marxista estaba, ante todo, dedicado a la organización de la actividad política y sindical cotidiana. No sería hasta los años treinta del siglo XX que se produjo un debate teórico, que resultaba por un lado de la necesidad de tomar posiciones frente a la Tercera Internacional, y de otro por la radicalización política de la clase obrera española ante una burguesía cada vez más intransigente frente a las moderadas concesiones a que la República la obligaba. Empezaron a difundirse masivamente las obras de Marx, Engels y Lenin, y al mismo tiempo proliferaban nuevas revistas como *La Nueva Era* o *Comunismo* y, con una acentuada orientación teórica, *Leviatán*. Este auge de bibliografía marxista incluso se puede cuantificar: Durante los ocho años que van de 1930 a 1937 se publicaron tres veces más títulos sobre Marx que durante los 40 años que van de 1890 a 1930. Era en este contexto en el que Ramos Oliveira publicó, en 1932, su obra *Nosotros, los marxistas. Lenin contra Marx*^[9].

8.- Ibid., p. 167.

9.- Cf. Pedro Ribas, *Aproximación a la historia del marxismo español (1869-1939)*, Madrid, Ediciones Endymion, 1990, pp. 96-101.

En esta obra, Ramos Oliveira defendía incondicionalmente la política colaboracionista de los socialistas en los principios de la República, resaltaba la acción «revolucionaria» de su partido frente al reformismo y el aventurerismo sectario de los comunistas, destacando el carácter pacífico de la revolución que había traído la República: «Revolución sin precedente en el mundo [...] Original y admirable [...] Sí, Revolución». En la interpretación de Ramos Oliveira era un cambio que dio lugar a la transformación integral del Estado. No suprimía la propiedad privada, «pero desaparecerá el feudalismo». Los tiempos históricos se aceleraban. Y sostenía: «España ha hecho la revolución que pudo y debió hacer: la democrática», que era una revolución liberal, aconsejada no solo por las aspiraciones de la población y la correlación de fuerzas sociales y políticas, sino porque todavía la lucha de clases tenía «más de amo a vasallo que de capitalista a proletario»^[10].

El autor onubense justificaba, pues, el reformismo continuista, la trayectoria seguida por el socialismo español, ante todo durante la dictadura de Primo de Rivera y el comienzo de la Segunda República, con la colaboración socialista en el gobierno. Abogaba por apoyar los movimientos democráticos y prorrepúblicanos, y calificaba la colaboración socialista en el gobierno al comienzo de la Segunda República como tarea necesaria y actitud marxista^[11]. Su ensayo *Nosotros, los marxistas* dista mucho de ser un análisis rupturista o un panfleto revolucionario.

En la primera fase republicana, muchos escritos socialistas asumían un carácter de

10.- Antonio Ramos Oliveira, *Nosotros, los marxistas. Lenin contra Marx*, Madrid, Editorial España 1932 (re-edición Madrid, Júcar, 1979, pp. 169-171).

11.- Todavía a finales de 1931, una participación gubernamental de los socialistas le había parecido desaconsejable.

autojustificación con respecto a la postura colaboracionista del PSOE, trazando esquemas evolutivos que entroncaban reformas sociales y transformación revolucionaria. En *Nosotros, los marxistas*, Ramos Oliveira defendía la política socialista frente a sus críticos de izquierda, ante todo de la izquierda comunista, alegando que el colaboracionismo —tanto en los años veinte como en los primeros años treinta— resultaba de la defensa de los intereses del proletariado. Dentro de la República, sostenía Ramos Oliveira, el socialismo español venía desarrollando una obra marxista. Tomando como ejemplo la política de instrucción pública, ARO afirmaba categóricamente: «La República está haciendo socialismo» (p. 209). Para él —parafraseando a Lenin— civilizar era abolir el analfabetismo y desarrollar la técnica y la industria. «He ahí la labor inmediata del socialismo español. Si logramos civilizar a España nos aproximaremos al socialismo» (p. 211). En cuanto a la correcta y necesaria política socialista del momento, sostenía: «Lo marxista en España no es propugnar a tontas y locas una dictadura socialista, para la cual no reúne actualmente condiciones la nación [...], sino apoyar a la República y controlarla, con el fin de que la clase trabajadora funde 'fortalezas de la democracia proletaria'. La actitud del socialismo español con respecto al régimen republicano es perfectamente marxista. De ahí que me haga a mí mucha gracia escuchar de labios de mis compañeros, ministros, diputados y miembros menos destacados del Partido Socialista, casi a diario, el tópico de nuestro sacrificio por la República. No hay tal sacrificio. Defendemos lo nuestro. Nada más que lo nuestro. Porque en este pueblo, sin República no hay nación, ni socialismo, ni posibilidad de revolución socialista» (p. 211).

Como se puede deducir de estas citas, en el debate político-ideológico de los socia-

listas españoles sobre la Segunda República y el carácter de ésta en la lucha por una España socialista, ARO se posicionaba, hasta comienzos de 1933, más o menos claramente contra los críticos filosoviéticos del reformismo socialista, identificándose plenamente con la República^[12]. Contemplaba el avance al socialismo como la consolidación de una serie de posiciones defendidas por las fuerzas socialistas dentro del orden capitalista; en ese proyecto, la democracia republicana era una especie de plataforma para resolver los problemas de la fase intermedia entre capitalismo y socialismo. Resumía su posición en la frase: «La República va haciendo socialismo». Para Ramos Oliveira, en esta fase histórica la democracia republicana se presentaba como el único marco posible para el avance en España hacia el socialismo.

Para ARO, la educación del pueblo y la evolución capitalista eran requisitos previos para la revolución socialista, y ambos requisitos podrían avanzar mejor en el ámbito político de la República. Convencido de que la Historia avanzaba según la concepción materialista de desarrollo por un esquema lineal, concluyó: «La función histórica del socialismo durante unos años, no muchos, consistirá en actuar apropiándose un concepto de Lenin nada disparatado, incuestionablemente marxista [...] En España hay que edificar el capitalismo en beneficio de la clase trabajadora» (p. 213). Pero, a mediano y largo plazo, la «revolución socialista en España» tendrá unos rasgos similares a la Revolución rusa: «La revolución socialista en España presentará modalidades peculiares. Pero no tan peculiares que carezcan

12.- Cf. Marta Bizcarrondo, «Socialistas y democracia», en Joan Antón y Miquel Caminal (coords.), *Pensamiento político en la España contemporánea (1800-1950)*, Barcelona, Teide, 1992, pp. 837-871 para el encuadramiento de la postura de Ramos Oliveira en el debate socialista de los años treinta.

de analogía, en su almendra, con la Revolución rusa, una vez conquistado el Poder. Reclamará esfuerzos poderosos y sacrificios considerables, porque expropiar integralmente a la burguesía, aplastar el sistema de propiedad privada es tarea que no podrá realizarse sin violencia» (pp. 218 y ss.).

En cuanto al carácter de la transición de la democracia burguesa al socialismo, a fin de cuentas rechazaba la vía democrática y apostaba por la revolucionaria: «El socialismo tiene el deber de sostener el régimen, hoy por hoy, con más entusiasmo que los republicanos. Para los socialistas marxistas la República será, durante unos años, lo que la vía férrea para la locomotora. Afianzar la República es, para nosotros, tanto como abrir camino al socialismo [...] No confundamos la conquista del Poder con la revolución socialista. La revolución socialista presupone la conquista del Poder e, inmediatamente, la dictadura. Toda conquista de Poder por el socialismo que no vaya seguida de la dictadura es, lo diré con frase lisa, una solemne salida en falso. *Democráticamente no puede cumplirse la transición del capitalismo al socialismo*» (p. 221). En caso de que en el futuro se agudizara la lucha de clases, el PSOE no debía consentir el aplastamiento de la dictadura socialista por la burguesía. Con esa postura, Ramos Oliveira ya sugería en 1932 lo que pocos años después sería la estrategia de la revolución defensiva: «Si se agudiza la lucha de clases en tal magnitud que solo se resuelve la pugna con la victoria plena, inexorable, de una clase sobre otra, y no han variado las circunstancias que hoy nos aconsejan la renuncia a la dictadura socialista, ¿qué debe hacer el Partido Socialista español? Mi opinión, modesta cual ninguna, es la de que al Partido Socialista, entre morir a manos de una *posible* ofensiva, oriunda del exterior, o morir a manos de una dictadura fascista *segura*, la Historia le indica que se lance al aplastamiento de

la burguesía nacional. Cabe que demos de lado hoy a la dictadura socialista porque, frente a la seguridad de nuestro desenvolvimiento y nuestra ascensión presentes, existe la casi evidencia de que la dictadura socialista nos reportaría un descalabro. De otro estilo es la disyuntiva que nos presentará la agudización extrema de la lucha de clases, por cuyo dramatismo sombrío no ha pasado todavía España» (p. 227).

Nosotros, los marxistas era, a finales del primer año de República, un alegato defensivo de la política socialista frente a las críticas de la izquierda, haciendo uso del argumento de que dentro de la República el socialismo español venía desarrollando una tarea marxista. Según esta interpretación, el socialismo del primer bienio estaba aplicando una táctica marxista para obtener reformas en el marco de la democracia burguesa y para desplazar del poder, progresivamente, a las clases dominantes. Según Ramos Oliveira, afianzar la República no quería decir para un socialista afianzar a la burguesía, sino todo lo contrario: desalojarla de sus posiciones preeminentes dentro del Estado, ya que —mediante los socialistas en el gobierno— la clase trabajadora tenía acceso a la dirección de los asuntos públicos. Hasta 1933, el denominador común de la política socialista —exceptuando algún crítico en las propias filas— eran el apoyo a la República para su consolidación democrática, la contención de las tensiones sociales y las perspectivas de avance^[13]. En vista de la polarización política en ciernes, ARO insistía —todavía en enero de 1933— desde las páginas de *El Socialista* que su partido no debía rehuir la participación gubernamental, sino que —muy al contrario y siguiendo las pautas trazadas por el austromarxista Otto Bauer— debería ensanchar

13.— Cf. Marta Bizcarrondo, «Democracia y revolución en la estrategia socialista de la II República», *Estudios de historia social*, núm. 16, 1981, pp. 227-459.

y defender desde el poder las «fortalezas socialistas» en los cuadros de la sociedad burguesa. Había que seguir defendiendo la democracia, pues esa postura coincidía plenamente con los intereses socialistas, incluso si en algún caso había que transigir con la burguesía^[14]. Pero pronto cambiaría la situación. De manera cada vez más clara, se relativizaba la vinculación democracia-socialismo insistiendo en la idea que esta vinculación solo permanecería en tanto la democracia burguesa no limitara las proyecciones socialistas de futuro. En editoriales de *El Socialista* del primer semestre de 1933 se resaltaba la voluntad de utilizar la violencia defensiva contra toda derechización de la República. Basado en una sensación de cerco sufrido por el socialismo, el PSOE insistiría en su defensa intransigente de las reformas conseguidas en el primer bienio republicano^[15].

Después de la toma del poder por Hitler en Alemania, se acrecentaron las críticas socialistas con respecto a la socialdemocracia alemana, cuyo «reformismo» había llevado —por «indecisión» y «apatía»— al desastre. Ahora, Ramos Oliveira se desentendía del oportunismo y reformismo del socialismo español para presentar como ejemplar el comportamiento de los marxistas rusos en 1917. Si hasta principios de 1933 había abogado por apoyar la República como «trampolín hacia el socialismo», en septiembre de ese mismo año resaltaba la compatibilidad del ideario socialista con un régimen de dictadura proletaria: «Si la burguesía nos colocase en el dilema de tener que optar entre su dictadura y la nuestra, la elección no es dudosa. Por la Dictadura del Proletariado lucharíamos en España [...]»^[16].

14.- Cf. Antonio Ramos Oliveira, «La labor de los ministros socialistas en el régimen capitalista», *El Socialista*, 6 de enero de 1933.

15.- *Ibid.*

16.- *El socialista* (17 de septiembre de 1933), citado por

Ahora, incluso usaba ciertos escritos de Pablo Iglesias para fundamentar doctrinalmente la postura radical(izada) de los socialistas frente a la República. Así, en una reseña del primer tomo (que también sería el último) de las *Obras completas* de Pablo Iglesias, publicado por Ediciones Leviatán en 1934, ARO ensalzaba la vida y doctrina del fundador del PSOE, «nuestro apóstol marxista». Veía en él un predecesor de la postura socialista radicalizada en los años anteriores: «La dialéctica materialista, la teoría de la lucha de clases, la de la concentración de capitales, la de la plusvalía, con qué sobriedad y modestia las desliza el luchador socialista en estos trabajos [de 1886 y 1887]. Asombra comprobar la seguridad con que se vuelve contra las ilusiones del reformismo social. Lanza un dardo contra la participación de los obreros en los beneficios de las empresas, adelantándose así a una controversia histórica entre el marxismo y el reformismo [...] Gusta de dar en dos líneas el golpe crítico, y así extrae toda la enjundia de la contradicción burguesa cuando repite que la muerte del capitalismo está dictada porque es un régimen que trata de coordinar la producción social con la apropiación individual»^[17].

A lo largo de 1933, Ramos Oliveira se alineó, pues, con la izquierda socialista, es decir con el ala radical del socialismo español, representado entonces por Francisco Largo Caballero, Luis Araquistain, Álvarez del Vayo, Santiago Carrillo y otros. En su *Historia de la UGT*, Amaro del Rosal afirma que Ramos Oliveira era uno de los «intérpretes» de Largo Caballero. En la prisión a la que fue sometido por participar en el levantamiento de octubre de 1934, Ramos Oliveira escribió *La revolución española de*

Marta Bizcarrondo, «Democracia y revolución», p. 268.

17.- Antonio Ramos Oliveira, «La actualidad de Pablo Iglesias», *Leviatán*, tomo II (sept. 1934-abril 1935), reimp. 1974 (cf. n. 21), pp. 38-40.



Conducción de presos en Gijón durante la Revolución de Asturias, 1934 (Fuente: *pinterest.com*)

octubre^[18], estudio que fue publicado en 1935. En él, primero se mostraba convencido de que la «república democrática» había sido, en 1931, una aspiración de todos los españoles; criticó duramente a los que se habían opuesto a esta aspiración, como los comunistas. Pero ya en 1934, para Ramos Oliveira la situación había cambiado radicalmente: «En octubre de 1934 la República democrática ha fracasado en España, como había fracasado en Rusia en octubre de 1917. Ningún obrero mueve un dedo por ella, a no ser que las impaciencias de algún general contrarrevolucionario le obligue a salir en defensa de la República burguesa, amenazada por la dictadura terrorista de las viejas castas»^[19]. Pedro Ribas interpreta este cambio de postura recurriendo al paralelismo con la situación rusa: «Este paralelismo, que encontramos continuamente en el Araquistain de *Leviatán*, en los escritos

de las Juventudes Socialistas desde 1934, en los de Nin y Maurín y, en general, en todas las publicaciones influidas por el marxismo de Lenin, define el marco en el que se habla de pasar de la revolución democrática a la revolución socialista o de la dictadura burguesa a la dictadura del proletariado»^[20].

Un factor esencial en el proceso de radicalización de los socialistas durante la Segunda República fue la revista *Leviatán*^[21]. Esta «revista mensual de hechos e ideas» sirvió —entre mayo de 1934 y julio de 1936— de portavoz doctrinal al sector revolucionario del PSOE. En la interpretación de Luis Araquistain, director de *Leviatán*, la agudización de las luchas de clase selló el fracaso del socialismo reformista o democrático. *Leviatán*, que estaba vinculada a la

18.— Antonio Ramos Oliveira, *La revolución española de octubre. Ensayo político*, Madrid, Editorial España, 1935.

19.— *Ibid.*, pp. 69-70.

20.— P. Ribas, «Aproximación», p. 148.

21.— Sobre la importancia de *Leviatán* para el giro socialista del reformismo al revolucionismo, cf. detalladamente el estudio preliminar para la reedición de *Leviatán* en 1974 de Marta Bizcarrondo, *Leviatán y el socialismo de Luis Araquistain*. Glashütten im Taunus, Detlev Auvermann / Nendeln, Kraus Reprint Co., 1974.

izquierda del PSOE, alimentó con sus posiciones en buena medida a las Juventudes Socialistas en su proceso de radicalización; éstas se integraron, en 1936, en las Juventudes Socialistas Unificadas, con Santiago Carrillo de Secretario General.

El planteamiento que se encuentra en los escritos de Araquistain en esa revista a lo largo de los años 1934-1936, es un contundente rechazo del parlamentarismo, del socialismo reformista y de la imagen de un Marx defensor de la marcha gradual y pacífica hacia el socialismo. En *Leviatán*, Araquistain planteó la radicalización del PSOE —y la suya propia—, basada en un Marx revolucionario (en términos leninistas), con el acento en el papel transformador del proletariado, enfrentado a una burguesía que había dejado de ser democrática. El acento de este marxismo «verdadero» estaba puesto en la revolución, en una revolución explícitamente contrapuesta a una comprensión gradual de la instauración del socialismo. Esto representó un giro radical de la postura de Araquistain, que dos décadas antes había mostrado su admiración por el modelo de socialismo fabiano, por el parlamentarismo y el laborismo inglés, por una intensa colaboración con la burguesía en la política de reformas graduales, opuesto a cualquier planteamiento revolucionario.

La «radicalización» socialista a partir de 1933 se ha interpretado habitualmente a través del prisma de la estructuración interna de las corrientes socialistas de los años anteriores a la Guerra Civil. Según esta perspectiva, el PSOE estaba dividido en tres tendencias: los «moderados» de Julián Besteiro, los «centristas» de Indalecio Prieto, y los «radicales» o «bolchevizantes» de Francisco Largo Caballero (entre éstos se encontraba Ramos Oliveira). Pero, a diferencia de esta visión demasiado esquemática, hay que resaltar que hasta bien entrado el año 1934, Prieto y el ulterior «centrismo» parti-

ciparon a fondo en la orientación prerrevolucionaria largocaballerista^[22]. Según Marta Bizcarrondo, la radicalización socialista no puede explicarse por un solo factor, a saber el fin de la colaboración política del PSOE en el gobierno y el proceso que llevó a la mayoría parlamentaria del Partido Radical y de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). La intensidad de la respuesta socialista se debía, ante todo, al rápido deterioro de la situación política en el primer semestre de 1933, y a la intensificación de la lucha de clases a lo largo de ese año, producto de una contraofensiva real de la derecha contra el reformismo del primer bienio. Factores importantes de contexto eran, además, la crisis económica y el ascenso del fascismo alemán^[23].

El artículo de Ramos Oliveira «El socialismo español de 1909-1934», publicado en 1934 en *Leviatán*, era como exposición histórica más bien débil, pero en el fondo no tenía la función de presentar una vista panorámica del desarrollo socialista en el primer tercio del siglo XX, sino que debía servir —y lo hizo con eficacia— a la idea de que todo intento de conjuntar republicanismo de izquierda y socialismo (como se había practicado en el primer bienio republicano) había de resultar inútil. En cierta manera, ARO hacía suya la vieja estimación de Luis Araquistain sobre la incapacidad política del republicanismo español y añadía su juicio correlativo: «El fracaso de la República y la Constitución consiste, esencialmente, en haber pretendido los socialistas y los republicanos de izquierda imponer con maneras democráticas una superestructura auténticamente republicana a una estructura económica de tipo feudal. En este conflicto histórico la economía ha vencido a la política»^[24].

22.- En esta diferenciación insiste M. Bizcarrondo, «Democracia y revolución», p. 255.

23.- *Ibid.*, p. 256.

24.- Antonio Ramos Oliveira, «El socialismo español», p. 33.

Hasta 1934 se había invertido la situación de partida de la República. Si en 1931, al proclamarse la República, los socialistas en su euforia reformista habían creído poder controlar no solamente el aparato del Estado, sino también la estructura económica, tres años más tarde estaban desengañados y tenían que reconocer que no habían logrado su cometido, sino todo lo contrario. La consecuencia para el Partido Socialista resultaba clara: «Hay, pues, que empezar de nuevo. Mejor dicho: hay —para los socialistas— que continuar. Insurreccional en 1917, estatal en 1931-33, ni insurreccional ni estatal durante la dictadura, frente al viejo Estado latente hoy, marxista siempre, el Partido Socialista Español continúa su obra y lleva en sí mismo el gran futuro de España, el crisol en que ha de fundirse esta pobre nación en ruinas, la nueva salida de nuestro país al mundo avanzado»^[25].

Antonio Ramos Oliveira también formaba parte de la redacción de *Claridad*, un semanario socialista («marxista») que apareció por primera vez el 13 de julio de 1935 y que tenía como «preocupación fundamental conseguir un predominio incontrastable en el seno del PSOE, en el que todos militamos. Ello ha de llevarnos, por consiguiente, a combatir sin descanso contra las varias desviaciones que sobre aquél se ciernen, con lo que no hemos de hacer sino volver por los fueros de la línea tradicional que con tanta precisión y rigor —como videncia— trazara hace ya medio siglo Pablo Iglesias»^[26]. *Claridad* prestaría especial atención a la divulgación marxista, a la unidad obrera y al enfrentamiento con los sectores reformistas y centristas del PSOE. En cierta manera, el semanario era un portavoz oficioso del sector radical del

socialismo, especialmente a partir de la dimisión de Francisco Largo Caballero como presidente del PSOE en diciembre de 1935. En abril de 1936, *Claridad* se convertía en diario, siendo su nuevo director ahora Luis Araquistain. Ramos Oliveira, por aquel entonces seguía plenamente convencido que el proceso de descomposición del capitalismo español avanzaba a pasos gigantes, y que el socialismo español estaba a punto de hacerse con el poder en el país.

Las transformaciones ideológicas experimentadas por ARO a lo largo de los años de la República y después, se pueden ver claramente en su cambiante interpretación de la «Revolución de Octubre» de 1934. En la época misma la interpretaba de manera radical, como «explosión nacional» y principio de la revolución proletaria para conquistar el poder: «El proletariado español ha hecho en octubre de 1934 su primera salida de clase por la conquista del Estado. Precisamente, lo que distingue de modo esencial nuestra revolución de octubre de las demás subversiones habidas en España es su impronta de clase, el designio revolucionario de los trabajadores de ganar el poder para sí»^[27]. Por lo tanto, en 1934/35 para Ramos Oliveira estaba claro que el levantamiento de 1934 había sido el primer paso para erigir un régimen marxista en España.

Su texto más extenso sobre los hechos ocurridos ante todo en Asturias y Cataluña es su libro *La revolución española de Octubre*, acabado en diciembre de 1934 en «la cárcel de Madrid», como indica el autor mismo en la última página del libro. No se trata de una «historia de la Revolución que acaba de conmover los cimientos del arcaico sistema económico imperante en España» (p. 9) y que era «la más grande entre todas las revoluciones que ha habido en nuestro país» (p. 53) —en su situación,

25.– *Ibid.*, pp. 33 y s.

26.– Editorial de *Claridad* del 13 de julio de 1935, citado por Andrés de Blas Guerrero, *El socialismo radical en la II República*, Madrid, Tucur ed. 1978, p. 85.

27.– A. Ramos Oliveira, «Revolución de octubre», p. 252.

el autor no hubiera estado en condiciones de escribir documentadamente una «historia» fundamentada—, sino (como reza el subtítulo) de un «ensayo político» sobre las causas y los acontecimientos principales, o —en palabras introductorias de Ramos Oliveira— «tejido sobre la urdimbre de los pasados sucesos». Hablando de la «base de los razonamientos» de su exposición, ARO expone lo que quiere «demostrar» con su libro: «primero, la responsabilidad de las clases conservadoras en la Revolución española de octubre; segundo, la verdad irrefutable de que nuestra Revolución es un movimiento de la inmensa mayoría de la nación contra una minoría opresora, y tercero, que la Revolución española encierra, aun fracasada, un triunfo relativo inmediato del proletariado y la gran victoria obrera de mañana» (p. 10).

Según Ramos Oliveira, en España solo ha habido dos movimientos revolucionarios de tipo «categórico»: el de 1917 y el de octubre de 1934. Todos los demás, incluido el del 14 de abril de 1931 —proclamación de la Segunda República—, fueron contrarrevolucionarios. En el período histórico que comenzó en 1812, todos los movimientos revolucionarios españoles fueron anulados siempre por su misma intención. Ni el original impulso de la Primera República ni el de la Segunda fueron suficientes para asegurar su subsistencia. Solo los socialistas han sido, en esta visión, totalmente conscientes, en 1917 y en 1934, de su misión histórica, que, por esencia, era revolucionaria. En la interpretación socialista de ARO, las revoluciones del siglo XIX arrancaban del principio de «libertad»; pero entretanto, tal principio resultaba insuficiente. Las revoluciones debían partir del principio de que todo estado social, en cualquier momento dado, representaba una situación de lucha de clases, y sin fundamentarlas en este principio, las revoluciones resultaban

incomprensibles. Era el encuentro de dos elementos, el que encendía la revolución: el estado social, por un lado, y el estado de ánimo de los individuos inmersos en él, por el otro. Luego toda revolución exigía ser propuesta por la sociedad misma, y después, señalada como objetivo personal.

Al final de su libro, Ramos Oliveira presenta una visión general de la importancia de octubre de 1934 para la historia de España: «De cara al porvenir, el proletariado español no olvidará la gran experiencia de octubre. Es la primera vez que denuncia su ambición de clase con las armas en la mano. En 1917 las utilizó para derribar a la monarquía [...] La Revolución de octubre representa, a todas luces, el primer golpe serio que asesta la clase obrera española al régimen burgués [...] Tarden lo que tarden los oprimidos españoles en triunfar, la futura revolución está ya contenida en la de 1934. El Estado socialista, la dictadura del proletariado, vive, alienta, cobra formas y perfiles en la Revolución de octubre [...] Ha sido vencida la Revolución, pero —insisto— no ha sido derrotado el proletariado [...] Bien lo saben los explotadores, para quienes, si es cierto que la Revolución ha sido sofocada, no lo es menos que la guerra de clases sigue su curso en España»^[28].

Para finalizar este capítulo sobre la posición política de Antonio Ramos Oliveira en la Segunda República, merece la pena contrastar la citada interpretación revolucionaria y basada en el concepto de lucha de clases con la visión moderada que expone el autor en su *Historia de España* de 1952, con distancia temporal y tras haber reflexionado crítica y detenidamente sobre lo que significó la «Revolución de octubre» de 1934: «La revolución de Octubre fue, ante todo, un gesto defensivo. Por radical que pareciera

28.— A. Ramos Oliveira, «La Revolución española de octubre», pp. 253 y s.

ra la propaganda revolucionaria de los partidos obreros —radicalismo impuesto por la oligarquía, que al resistir toda reforma insufló un extremismo desesperado a las masas—, por radical que pareciera esa propaganda, ningún partido proletario pensó en otra cosa que en reconquistar la República popular, tal como se concibió, en su aspecto social, antes del 14 de abril de 1931»^[29]. Si la revolución de octubre hubiera alcanzado su objetivo final —insistía el autor en 1952—, la República no habría ido «mucho más lejos» que debió ir al nacer. Esta interpretación posterior intentando quitar al movimiento de octubre toda intención revolucionaria socialista, contrasta con la interpretación que se daba de la República y con la intención que se declaraba por parte del sector radical del socialismo español para el proceso revolucionario en las manifestaciones anteriores a octubre de 1934.

Pensamiento socio-económico y análisis marxista

La radicalización de Antonio Ramos Oliveira en los años de la Segunda República se puede reconocer en sus interpretaciones del devenir histórico español y, ante todo, en sus análisis económicos. Estudios sobre la realidad económica española y sobre las condiciones concretas de la evolución del capitalismo español han sido, en la trayectoria del PSOE, hasta el advenimiento de la Segunda República una excepción, e incluso después no hubo gran preocupación por la teoría y por el análisis de la formación social española. Obras doctrinales socialistas, como las de Jaime Vera o de Pablo Iglesias, han rehuido semejante planteamiento. Lo que sí se puede constatar es que en los primeros años treinta, la izquierda socialista

sentía la exigencia de publicar órganos teóricos, ya que había cierta necesidad, desde 1933, de fundamentar la nueva vía revolucionaria. Surgieron al respecto varios órganos de expresión: *Leviatán*, como revista más bien intelectual; *Espartaco*, la revista de las Juventudes Socialistas y de duración muy efímera; y *Revista de Economía Socialista* (RES) que reflejaba el pensar del sector sindical de los empleados de banca.

Fue a partir de octubre de 1933, que Amaro Rosal editó la *Revista de Economía Socialista*, cuya argumentación se basaba en la crisis del capitalismo mundial y en la ejemplaridad de la solución soviética, lo que no era de extrañar considerando el filosovietismo de su editor, ex-militante del PCE que, después de haber entrado en el PSOE en 1933, contribuyó sensiblemente a la radicalización del sector ugetista de los bancarios. Rosal coincidía con Araquistain y Largo Caballero en que por aquél entonces en España solo quedaba la disyuntiva: «fascismo o revolución socialista». Y la polémica que ejercía la revista contra el capitalismo financiero, anticipaba en cierta manera la revisión crítica que efectuaría Ramos Oliveira en *El capitalismo español al desnudo*, en 1935.

El libro de Ramos Oliveira *El capitalismo español al desnudo* sería tanto más llamativo cuanto que, en cierta manera, rompía con la tradicional carencia de un pensamiento teórico-económico y marxista en la izquierda española. En prácticamente todos los líderes socialistas se podía apreciar una extrema dificultad para abordar el proceso histórico desde una óptica de clase. El socialismo español había renunciado —casi se podría decir: sistemáticamente— a preguntarse por la naturaleza del sistema económico que aspiraba a transformar. Fue ARO quien presentó un primer estudio económico de planteamiento y metodología marxista, si bien con toda una serie de limi-

29.- Antonio Ramos Oliveira, *Historia de España*, México, Ed. Oasis, 1952, t. 3, p. 591.

taciones. Así, al igual que los artículos de la *Revista de Economía Socialista*^[30], pretendía en primer lugar suministrar argumentos económicos en defensa de una posición ya definida de antemano, a saber que España enfilase la vía soviética de la revolución social. Había, en esta visión, una bipolaridad insuperable, que eran las contradicciones del sistema capitalista español por contraste con el valor de la experiencia soviética. Ramos Oliveira cooperaba con sus escritos, en el plano ideológico cercano a la RES, a remodelar la tradición del PSOE, también acentuando los rasgos revolucionarios de la figura de Pablo Iglesias.

La *Revista de Economía Socialista* proporcionaba una visión de conjunto de la economía española de la que se podía desprender que la burguesía hispana era impotente a la hora de resolver los problemas económicos, ante todo en tiempos de crisis como eran los años de la Segunda República. Al explicar la evolución española, la RES «importaba» el esquema de las publicaciones de la Tercera Internacional sobre la crisis mundial y lo proyectaba sobre el caso español. En esta interpretación, el núcleo del poder capitalista en España residía en la Banca, ante todo en la Banca de Estado que defendía los intereses de la burguesía. En este punto había gran concordancia con las tesis de Ramos Oliveira. Tanto en la exposición del poder de la Banca como en los ataques contra la concentración del poder económico en general, los artículos de la RES eran más descriptivos que analíticos, por eso su alcance interpretativo era limitado y no llegaba a descubrir las formas

concretas de actuación del poder económico-financiero. Pero de una cosa no cabía duda: ese poder era «inmoral», y la revolución proletaria surgía como única salida a la «anarquía» capitalista.

La mayor parte de los artículos de la RES consistía en estudios sobre la crisis del capitalismo, en críticas a la socialdemocracia, al reformismo en un régimen democrático y naturalmente al fascismo, además tenía informes sectoriales sobre la economía española y descripciones laudatorias del sistema soviético. La RES se situaba abiertamente «bajo la bandera del marxismo» y propagaba planteamientos unitarios, muy próximos a la estrategia del PCE de frente único. La línea editorial de la revista puede resumirse en unos pocos planteamientos generales: se negaba a aceptar la fase democrática de la revolución socialista; para la clase obrera no había otra opción que la de impulsar la revolución social o someterse al fascismo; la crisis del capitalismo tenía un carácter definitivo (asumiendo, con esta tesis, el análisis de la Tercera Internacional). La preocupación fundamental de la RES consistiría en un solo punto: quería conseguir la unidad de acción entre comunistas y socialistas. El último objetivo era forjar un Frente Único y un partido de la revolución. En muchos puntos, estos planteamientos se correspondían con la línea de Francisco Largo Caballero y el caballerismo en general, ante todo valorando negativamente los resultados del primer bienio republicano, al no haber sido desarticulado el poder del gran capital.

En la línea de un incipiente análisis crítico de la economía española sobre una base cuantitativa, línea que propagaba la RES, se situaban también las tres colaboraciones de Ramos Oliveira sobre el monopolio de petróleos, la banca privada y el Banco de España, publicadas las tres en la revista *Leviatán*, en varios números de los años 1934

30.- La *Revista de Economía Socialista*, no solo dirigida por Amaro Rosal, sino también redactada en gran parte por él, representaba, a partir de 1933, un intento estimable de explicar las contradicciones del sistema económico español. Sobre esta revista, cf. Marta Bizcarrondo, «Análisis económico y socialismo en la Segunda República», *Estudios de historia social*, núm. 14 (1980), pp. 221-439.

y 1935^[31]. Y en 1935, ARO publicó también, en la editorial España, su obra más polémica del período, *El capitalismo español al desnudo*, con una tirada de 10.000 ejemplares y distribuida por el librero Enrique Prieto^[32]. Este libro ya se inscribía en la nueva actitud, radicalizada, del socialismo español que precedió a octubre de 1934.

En vista del enorme déficit teórico en los escritos del socialismo hispano, *El capitalismo español al desnudo* podía esperar cierto interés como recopilación de datos y análisis estructural del capitalismo español^[33]. A forma de introducción, Ramos Oliveira describía, en la presentación de la obra, la finalidad revolucionaria inmediata que perseguía con el libro: «Aspiro a que este libro sea un alegato de eficacia inmediata contra las oligarquías que esclavizan en España a la pequeña burguesía, a la clase media y al proletariado. Por eso no es una historia, en la acepción más pura y trascendente del vocablo. Su primordial finalidad consiste en avivar la conciencia subversiva de los españoles explotados, sin distinción de clases»^[34].

La profusión de adjetivos, con un sistema permanente de connotaciones negativas para la burguesía, denotaba desde un principio las metas políticas del libro. Ramos Oliveira presentaba, de forma más o menos lograda, un análisis estructural de la economía española, centrándose en los mecanismos de conexión entre el capital industrial,

el financiero y el sector público. La clave del poder económico en España era, para Ramos Oliveira, el sector financiero y, dentro de éste, el Banco de España. La función económica fundamental del Estado consistía en cubrir la incapacidad de una burguesía nacional, de suerte que la única alternativa válida era la economía dirigida, susceptible de establecerse tras la toma revolucionaria del poder político por la clase obrera.

Aunque los artículos publicados en la *Revista de Economía Socialista* habían sido ya unos primeros análisis marxistas de algunos aspectos de la economía española y de la sociedad del país, se trataba —como era obvio en artículos aparecidos en una revista— de análisis muy parciales, sectoriales o coyunturales, centrados en determinados aspectos; no eran análisis globales de los rasgos de la estructura del capitalismo en España. Esta reflexión, teórica y práctica, de las estructuras económico-financieras españolas, de cara a las exigencias del marco histórico y orientada a la actualidad, la intentaba presentar Ramos Oliveira con su estudio, pionero en este campo, *El capitalismo español al desnudo*, que de alguna manera podría ser denominado el punto de llegada de la trayectoria doctrinal socialista en el orden económico durante la Segunda República.

En comparación con la escasa competencia teórica de las diferentes tendencias de la izquierda española en los años treinta, los trabajos de Ramos Oliveira podían reclamar para sí cierta atención ya que eran el único intento serio de presentar un estudio marxista de conjunto de la economía española. En los planteamientos de *El capitalismo español al desnudo* se reconocen, además, algunos de los análisis concretos sobre el capitalismo financiero que adelantaron los colaboradores de la *Revista*

31.— Antonio Ramos Oliveira, «Historia del monopolio de petróleos», *Leviatán*, t. II (septiembre 1934-abril 1935), reimp. 1974, pp. 48-56; idem, «Fábricas de riqueza y fábricas de miseria», *ibid.*, pp. 351-356; idem, «El Banco de España. La rémora de nuestra economía», *Leviatán*, t. III (mayo 1935-diciembre 1935), Reimp. 1974, pp. 150-157.

32.— Antonio Ramos Oliveira, *El capitalismo español al desnudo*, Madrid, Ed. España, 1935 (exclusiva de venta: Librería Enrique Prieto).

33.— Cf. «Antonio Ramos Oliveira: un historiador socialista», *Triunfo*, 22 de marzo de 1975, p. 18.

34.— A. Ramos Oliveira, «Capitalismo español», p. 5.

de *Economía Socialista*^[35]. Según Ramos Oliveira, el punto de partida de la endeble industrialización de España debía situarse en la pérdida de las últimas colonias en 1898. Fueron la repatriación de capitales, la afluencia de capital extranjero y el despertar de la conciencia nacional las fuentes del progreso industrial de España.

Retomando el temario de sus artículos publicados en *Leviatán* unos meses antes, Ramos Oliveira desarrolló en su libro un análisis de los sectores que consideraba centrales en la estructura económica española; quería demostrar que la situación de crisis global y de crisis en los sectores cruciales hacían necesario un cambio radical en sus fundamentos para salvar la economía del país. Se trataba, pues, de un análisis estructural con una articulación finalista: la solución solo podía ser una economía planificada según el modelo soviético. Todos los datos que aportaba para los diferentes sectores analizados, como el sector siderúrgico, el papelerero, la industria hulleira, la ferroviaria, la naviera, la petrolera, el sector bancario, etc., llevaban a una única conclusión: la necesidad de seguir el ejemplo de racionalización económica socialista. En esta conclusión no se diferenciaba de la mayoría de los autores de la RES. Al final de *El capitalismo español al desnudo*, resumía: «Pienso en los grandes y audaces planes quinquenales que viene desarrollando el comunismo ruso. Para España no hay otra salida, si quiere salvarse históricamente. Dirección de la economía, sí, pero dirección auténtica, en la que no tengan voz, ni voto, ni parte los propietarios. La posesión privada de los medios de producción y cambio es incompatible con la economía dirigida. Porque el interés de la burguesía se halla en conflicto, como hemos visto, con los intere-

ses generales del país» (pp. 249 y ss.).

El estudio de Ramos Oliveira partía de una concepción apriorística que subyacía a todo su análisis, y sus estudios sectoriales debían facilitar material para probar que el capitalismo español, básicamente, había fracasado y no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Para conferir a su diagnóstico la necesaria profundidad histórica, se remontaba al siglo XVI, al comienzo de la «era capitalista moderna» (p. 7). Si bien España poseía entonces «el cúmulo de condiciones favorable para ser guía de Occidente en la Revolución económica» (p. 8), practicó una política económica funesta: «Inglaterra y Holanda actúan de cara al porvenir. España vuelve la espalda al futuro» (p. 9). El «fuerte proteccionismo» amparaba una «industria absolutamente artificiosa» (p. 10). Pero lo peor era, en materia de economía interna, el triunfo de la ganadería sobre la agricultura: «España retorna a la ganadería, al pastoreo, al nomadismo, a la economía primitiva, cuando Europa se afana en industrializarse» (p. 10). No sería hasta el siglo XIX que los ganaderos fueron «vencidos por la oligarquía agraria», y la «agricultura feudal» obtenía «el control de la economía española» (p. 11).

Resulta llamativo que para explicar esta orientación de la economía española, Ramos Oliveira no haya recurrido a criterios marxistas, sino que haya hecho uso —como lo han venido haciendo muchos historiadores antes y después de él— de argumentos psicologizantes: «Resaltan la orfandad de genio económico de los españoles y su escasa vocación para el trabajo. De América únicamente interesaba aquí el oro y la plata» (p. 11), y América fue para el «pueblo ocioso» español la aventura que distraía la atención del trabajo, creando, «el espejismo de una riqueza posible sin esfuerzo» (p. 11).

Sentada la base histórica de la economía de «una nación sojuzgada por los ganade-

35.— Cf. M. Bizcarrondo: «Análisis económico y social», ante todo (y para lo que sigue) pp. 311-322.

ros hasta las primeras décadas del siglo XIX y oprimida por los agrarios desde entonces» (p. 13), ARO se adentraba a examinar los diferentes sectores industriales y financieros existentes en España. De nuevo utilizó criterios de la psicología de pueblos para explicar diferencias económicas entre las regiones españolas. El desarrollo de la siderurgia vasca se debía, a que los vascos eran «gente muy industriosa» con una «valentía rayana en la temeridad», mientras que los demás capitales españoles eran «de por sí tímidos y asustadizos». Pero el problema que surgió en el desarrollo de la siderurgia, impulsada por un acentuado proteccionismo arancelario, era que los capitalistas vascos «se lanzaron a crear grandiosas factorías olvidando que aquí no hay mercado» (p. 19); la industria siderúrgica, «tecnológicamente desarrollada, magnífica, pero inútil por excesiva y onerosa por enorme» (p. 19), que prácticamente estaba «en quiebra», solo podía mantenerse gracias a la protección estatal y sus buenas relaciones con el capital financiero que le concedía cuantos créditos solicitara.

Muy parecido era su análisis de la industria textil catalana. El problema catalán arrancó, según Ramos Oliveira, en 1898 con la pérdida de las últimas colonias españolas de Ultramar; pronto se convertiría en uno de los problemas cardinales de la política española, pues al perder la burguesía catalana grandes partes de su mercado exterior, reclamaba protección y amenazaba al poder central con el separatismo. A pesar de las ayudas políticas y financieras a la economía catalana, seguía existiendo el antagonismo entre los intereses de los terratenientes españoles y la burguesía catalana; ésta habría necesitado una honda reforma agraria, que aumentara el poder adquisitivo de las masas campesinas, pero este tipo de reforma no se podía esperar de un gobierno burgués. También para el caso catalán, Ra-

mos Oliveira resaltaba el éxito de su industria, en este caso la textil, pero insistiendo también en su explicación de que el alto nivel de producción solo se podía mantener gracias a las barreras aduaneras que ayudaban decisivamente a la economía catalana, y cuando ésta estaba en crisis, la burguesía «amenaza al Poder central con el separatismo» (p. 31), para mantenerse en su «régimen de abuso y parasitismo» (p. 35). ARO volvía a hacer uso de criterios evaluativos moralizantes, por ejemplo cuando caracterizaba un arancel elevado como «inmoralidad de bulto» (p. 35). Para él, no había duda de que el «revolucionismo catalanista» de la burguesía regional «no ha sido sino una páfida amenaza constante para obtener de los Gobiernos la protección arancelaria desorbitada y las pingües subvenciones» (p. 35). La política económica dictada desde Madrid para proteger los intereses económicos catalanes tuvo consecuencias políticas corrompiendo a la burguesía catalana para que no realizara su función histórica: «La torpe y reaccionaria burguesía catalana claudicó ante la España feudal. Le bastaron las concesiones ilícitas del Poder central para renunciar a su cometido histórico. Las primas a la exportación, las subvenciones, la protección arancelaria, he ahí las fabulosas conquistas de una clase social que tuvo miedo de comprometerse a fondo en la empresa de derribar un Estado anacrónico. El temor a perder las ventajas de vivir a expensas de la nación, sumió a la burguesía de Cataluña en domesticidad. No supo crear industria ni sostenerla con decoro». (pp. 40 y ss.)

No mejor parada sale «la industria hulleira, sostenida por el contribuyente» (p. 54). Para Ramos Oliveira la industria del carbón era un «claro ejemplo de lo que puede representar para una economía la inhibición de los órganos del Poder» (p. 55). Esta rama industrial tenía que combatir contra dos

problemas: contra la mala calidad del carbón para las máquinas, y contra la pésima gestión de empresas. Cuando éstas quebraban, los empresarios transmitían sus quiebras al Estado, y éste las aceptaba. Peor aún: «Los capitalistas españoles no saben serlo. En sus manos no hay negocio próspero. Les falta capacidad de hombres de empresa» (p. 58). En el fondo, la industria hullera solo podía sobrevivir por hallarse fuertemente protegida por la barrera arancelaria, y por una protección directa en forma de subsidios estatales para compensar las pérdidas de los hulleros. «Los defectos e inmoralidades inherentes a la gestión de los empresarios burgueses en la industria hullera» (p. 64) tenían por consecuencia que esta rama industrial solo podía sobrevivir gracias a que el Estado, es decir el contribuyente con sus impuestos, resolvía las crisis. La única consecuencia que se derivaba de este análisis: «En poder de los capitalistas y en el actual Estado español la industria hullera no saldrá nunca de la crisis» (p. 65).

Un último ejemplo de malversación sistemática de bienes nacionales eran las compañías ferroviarias con sus «incomprensibles privilegios» (p. 66). Y las casas principales de este «gran error capitalista» se volvían a encontrar, como ya en casos anteriores, en el «parasitismo contra el Estado y torpeza y despilfarro en la gestión de empresa» (p. 68). Las compañías ferroviarias vivían a costa del Estado: «Nunca han temido el déficit, y menos la quiebra, porque han sabido que en los momentos de gravedad, fingida o real, el Estado, manejado por los políticos abogados de las Empresas ferroviarias, acudiría, sin dudarle siquiera, a tapar los huecos producidos por una administración desastrosa» (p. 70). A lo largo de varias páginas, Ramos Oliveira exployaba, con cifras y cantidades, el continuo derroche de dinero, la incapacidad y torpeza de los directores, para llegar a la conclusión

ineludible: «La contabilidad de las Compañías es impenetrable y arcana. La intervención estatal más apta fracasa ante el poder omnímodo de la masonería del dinero. Sólo cabe un control eficaz: el del proletariado» (p. 78). Y: «Solo un Gobierno revolucionario respecto de toda la economía española estará en condiciones de subordinar a las Compañías ferroviarias» (p. 80).

Se podrían seguir enumerando más casos de ramas industriales pésimamente gestionadas y dependientes del Estado. La caracterización de esa oligarquía que controlaba el poder económico y que bloqueaba el desarrollo capitalista, y la señalización de cómo resolver el problema fundamental de la economía española, a saber mediante una toma del poder por los obreros y estableciendo una dictadura proletaria, no variarían. Pero conviene presentar todavía el análisis del sistema bancario, ya que la Banca constituía, según ARO, la clave de bóveda de todo el sistema económico del país.

Al analizar la función de la Banca privada, ya de antemano Ramos Oliveira destacaba la diferencia del caso español en comparación con casos de países capitalistas avanzados: «En nuestro país la Banca ejerce una función especial. En rigor, no cumple ninguna de las misiones que les están asignadas en el régimen capitalista a los establecimientos de crédito y de cambio» (p. 103). Trataba de mostrar el antagonismo entre el funcionamiento «normal» de un sistema bancario y las exigencias del crecimiento capitalista, en el caso concreto español entre los intereses de la Banca y los de la pequeña burguesía: «La Banca española es, a todas luces, una degeneración del capitalismo [...] No puede haber industria, ni desarrollo capitalista en España mientras los Bancos impidan tenazmente que se cree aquí el capital financiero» (p. 104). Unos párrafos después describía la función de esos «centros absorcionistas de capita-

les» con las palabras: «Los Bancos tienen en nuestro país una finalidad, que no consiste en distribuir el capital monetario para fecundar las fuentes de riqueza, ni en favorecer al comercio mediante el descuento de letras, ni en apoyar a la industria. El objeto esencial de la Banca española estriba en obtener los mayores beneficios posibles para los consejeros [...] En semejantes condiciones no existe margen para la prosperidad comercial e industrial del capitalismo español» (p. 105). Las entidades bancarias asfixiaban al comercio y las pequeñas industrias; el sistema «feudalista» de los bancos descansaba sobre un «sistema oligárquico familiar» y de compadrazgo (p. 111) que residía en manos de una «casta» que se repartía los negocios financieros de la nación. La consecuencia era que «al socaire de la política y de una ausencia total de crítica honrada nuestro mundo bancario se ha desenvuelto de manera catastrófica para la economía nacional» (p. 112).

El centro de todo ese sistema bancario era el Banco de España, un «Estado dentro del Estado y, consiguientemente, un anti-estado» (p. 115). Esta institución articulaba sus intereses con la Iglesia y el capital internacional operativo en España, amén de la gran propiedad agraria. El Banco, «entregado a la Banca privada y a la Nobleza» (p. 122), se conducía por maneras «latifundistas», pues la mentalidad de los industriales y banqueros era «la mentalidad del latifundista» (p. 116) de apreciación antieconómica. Como las cautas reformas iniciadas por el Ministro socialista de Hacienda Indalecio Prieto al comienzo de la República prácticamente apenas habían dado frutos, solo había una solución: «No se puede operar desde un Estado, al que se arriba circunstancialmente, contra poderes que lo medianizan, sino revolucionariamente. El fracaso de la República en general y en relación con el Banco de España en particular se origina

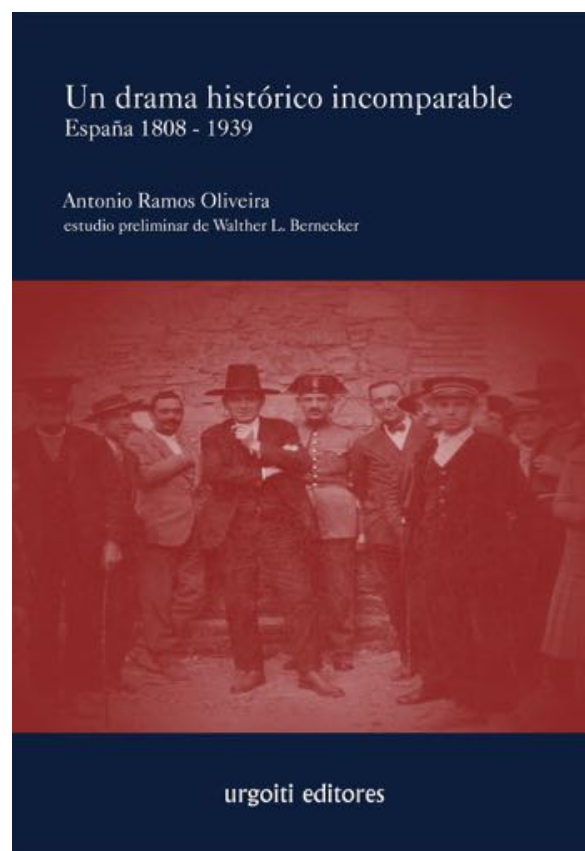
en la propia democracia. Una reforma del funcionamiento del Banco de España por vía parlamentaria, aun en unas Cortes de izquierda, había de ser limitadísima [...] El Gobierno solo tenía un camino para destruir la preponderancia de los accionistas —piedra angular— en el Consejo del Banco: la revolución. Al no acometer el problema, había de limitarse a modificaciones tímidas, que acabarían siendo falseadas. Y si Indalecio Prieto hubiera ido más lejos en su ofensiva, aun sin destituir a todos los consejeros elegidos por los accionistas, el Gobierno habría sido derribado. Ello prueba la incapacidad del régimen democrático para domeñar a la burguesía» (pp. 126 y ss.).

Para demostrar la íntima relación existente entre la Banca y las grandes empresas españolas, descubría las conexiones personales en los diversos Consejos de Administración de bancos y empresas. Muy frecuentemente, uno se topa con los mismos nombres, «las mismas caras, cuando no iguales apellidos» (p. 128). Eso significa que «la camarilla bancaria controla la mayoría de las industrias, las fiscaliza y vigila» (p. 130). Era la escandalosa «ubicuidad consejeril» (p. 146), la que respaldaba sin excepción, a través de una política financiera destinada a perpetuar este sistema, los intereses de la oligarquía.

En los últimos dos capítulos de su libro, Ramos Oliveira resumía «las características más acusadas de nuestro capitalismo» y trataba de dar respuesta a la pregunta: «¿A dónde va la economía española?» También en esta reflexión final conjugaba un análisis materialista con criterios valorativos subjetivos como la moral: «Las industrias, los Bancos, los ferrocarriles españoles han nacido y han medrado en el tumultuoso oleaje de la inmoralidad» (p. 236). El elemento más inmoral en este sistema era, tradicionalmente, el Estado, y de ahí que la política era sinónimo de inmoralidad en España.

Además, reincidía en sus valoraciones basadas en la psicología de pueblos: «De suyo, el español no ha sido un tipo psicológico apto para la economía» (p. 237). No solo hablaba del «fracaso de nuestra industria, su incapacidad, su pobreza reconocidas» (p. 238), sino —en términos mucho más generales— de «nuestra inferioridad y nuestra derrota en todas las manifestaciones de la vida» (p. 239). La culpable era «la medrosa e inepta burguesía española», que siempre podía recurrir al Estado cuando estaba en apuros: «El vicio de origen del capitalismo español no es otro que su esperanza, nunca defraudada, en el Estado» (p. 240).

La única solución a los problemas acumulados de la economía española era un cambio radical del Estado y de la estructura económica: «Dentro del Estado que conocemos, los males de España no tendrán remedio. Se precisa una dirección férrea de la economía española» (p. 242). Ramos Oliveira también indicaba cómo se podría conseguir esta meta: «Hay que destruir la máquina del viejo Estado y el tinglado de las viejas clases, de modo que con su acabamiento surja un nuevo concepto de la propiedad» (p. 243). El fracaso de la República del primer bienio se había originado, en palabras del autor, en el conflicto entre la política y la economía. En esa lucha, la economía «feudal y oligárquica» andaba «suelta, libre y omnipotente», y por eso estaba en condiciones de «vencer» a la política. Por lo tanto, para poder ganar esa lucha, había que transformar el Estado: «No es en régimen de democracia burguesa como se transforma el sistema económico, sino en régimen de dictadura proletaria» (p. 244). Y, de nuevo, no podía haber duda acerca de quién iba a realizar los cambios necesarios: «la clase revolucionaria del actual momento histórico es el proletariado» (p. 244). El modelo a imitar solo podía ser el soviético: «Pienso en los grandes y audaces planes quinque-



Portada del libro de A. Ramos Oliveira, con estudio preliminar de Walther L. Bernecker editado por Urgoiti Editores en 2017 (Fuente: Urgoiti Editores).

nales que viene desarrollando el comunismo ruso. Para España no hay otra salida, si quiere salvarse históricamente» (p. 249).

Para ARO, racionalización y planificación equivalían a socialismo (del tipo soviético), y solo éste podía hacer posible la supervivencia de la economía española. Todos sus estudios sectoriales indicaban en esa dirección. La eliminación de la burguesía española no solo era necesaria por su ineptitud y fracaso, sino además —y ante todo— por su inmoralidad. La valoración global de los empresarios burgueses españoles se deducía por lo menos tanto de criterios morales como económicos. Si bien la base teórica del análisis de Ramos Oliveira era el materialismo histórico, y el enfoque era —ante todo con respecto a sus deducciones políticas— claramente marxista, *El*

capitalismo español al desnudo no era (en el sentido estricto) una aportación teórica a la bibliografía marxista de la época, sino una amalgama de argumentos moralizantes, psicologistas (y, dicho sea de paso, muy discutibles), históricos y económicos. En muchos párrafos, no se reconoce a Marx ni de lejos. No es un libro de doctrina, sino más bien un reportaje documentado de tipo panfletario, que trataba de esbozar en forma de visión panorámica el desarrollo económico español, desde su proceso de formación hasta la descripción de sus sectores básicos.

Los estudios sectoriales de este libro están sólidamente asentados en datos (si bien el autor apenas cita fuentes en que se basa). Pero surge la impresión que la selección de ejemplos servía, más que nada, para ilustrar un planteamiento general presupuesto que subyacía a toda la obra, a saber la incapacidad de la burguesía oligárquica española a dirigir la economía del país, y la necesidad de una dirección económica socialista. No todas las interpretaciones y generalizaciones del libro están convincentemente fundamentadas. Esto es válido ante todo para la conexión entre economía y política, pues no queda del todo explicada la malformación capitalista en prácticamente todos los sectores económicos por un lado, y las posiciones políticas de la derecha, por el otro. Tampoco resulta convincente el argumento que para resolver las contradicciones inherentes al sistema, haya que instituir necesariamente una dictadura obrera (además del tipo soviético), sin clarificar qué carácter tendría entonces la relación entre economía y política. Por lo menos, los argumentos economicistas no permiten desprender la obligatoria necesidad de que solo el proletariado revolucionario podía asumir el papel «redentor».

En comparación con otros escritos socialistas anteriores, el libro de ARO es un avan-

ce notable, basado en argumentos cifrables y controlables y alejado de especulaciones abstractas. Con este análisis, el socialismo se acercaba a la realidad económica cuya transformación pretendía llevar a cabo. Esta «transformación», por otro lado, es decir el camino que había que recorrer desde las «contradicciones» capitalistas hasta la revolución socialista, quedaba sin definir. En este sentido, el libro de Antonio Ramos Oliveira muestra tanto el avance analítico y metodológico dentro del socialismo español como sus limitaciones teóricas.

Observaciones finales

El presente ensayo se ha limitado a interpretar la obra de ARO anterior a la Guerra Civil, pues fue en la fase republicana en la que nuestro autor mutó de un socialismo socialdemócrata a un marxismo revolucionario, lo que se refleja a la perfección en las obras presentadas y discutidas más arriba. En estas breves observaciones finales se tratará de presentar, aunque sea muy someramente, el *opus magnum* de ARO, la *Historia de España*, publicado por primera vez en el exilio mexicano, en 1952. La idea subyacente a este apartado final es la de mostrar el desarrollo ideológico de Antonio, que —si bien siguió siendo un izquierdista a lo largo de su vida—, en la segunda mitad volvió a acercarse a posiciones de centro izquierda.

Antonio Ramos Oliveira ha sido, a lo largo de su vida, en primer lugar periodista. El periodismo le apasionaba, sus crónicas estaban bien escritas. Su interés por la historia —ante todo la española, la alemana y la mexicana— provino de su dedicación al periodismo. Sus obras históricas son las de un periodista comprometido que buscaba explicaciones en el pasado para sucesos del presente. No le bastaban las respuestas coyunturales; más bien, veía la necesidad de

profundizar en las estructuras de la sociedad y de la economía. La panorámica que trazó en sus obras puede considerarse como iniciadora de un estudio marxista sobre la sociedad, ante todo la española, del siglo XX, apoyado consecuentemente en el análisis de las relaciones de clase. Como historiador fue autodidacta, lo que se desprende no solo de su estilo periodístico, en el que resalta la desnuda sobriedad de su prosa, y de su muy desigual documentación, sino también de incoherencias argumentativas y cierta rigidez en los planteamientos, si bien en más de una ocasión dejó de lado su metodología materialista inclinándose hacia explicaciones voluntaristas.

Grandes partes de su obra historiográfica se asemejan más a ensayos de filosofía histórica que a un estudio riguroso, basado en fuentes y documentado fehacientemente; apenas ha incluido notas a pie de página, con ayuda de las que se pueda verificar en qué fuentes —primarias o secundarias— basaba su argumentación. La estructuración de sus libros, ante todo de su *Historia de España*, refleja una composición ordenada por capítulos, algunos de ellos en orden cronológico, pero muchos otros siguiendo criterios estructurales que interrumpen repetidas veces el flujo narrativo. Por otro lado, la *Historia de España* como su obra más importante tenía la enorme ventaja de ser —después del primer intento, ensayista y rudimentario todavía, del tipógrafo socialista Juan José Morato, de 1897 (!), de presentar con sus *Notas para la historia de los modos de producción en España* el primer esbozo de una historia de España ateniéndose a los supuestos del materialismo histórico— la primera historia española (escrita más de medio siglo después del estudio pionero de Morato), que operó con el materialismo histórico como guía metodológica de una obra que pretendía dar una interpretación marxista a la historia del país.

En la *Historia de España* se pueden apreciar todas las flaquezas, pero también las fortalezas de la historiografía de ARO. Poseía una enorme capacidad de síntesis, y sabía combinar convincentemente los diferentes factores que explicaban la historia del país: la estructura agraria y la industrial, las clases sociales derivadas de estas estructuras, las relaciones de poder, los diferentes intereses políticos. Observaba una clara línea interpretativa, de base fundamentalmente pesimista: en su visión, la historia de España era una historia fracasada que había dejado como resultado, hasta el siglo XX, un país semifeudal y semicapitalista, cuya «revolución» no había tenido lugar, tanto por falta de una clase media como por los intereses egoístas de la burguesía periférica que prefirió aliarse con la oligarquía terrateniente en vez de realizar la revolución burguesa que exigía el desarrollo histórico. La revolución pendiente y necesaria, ante todo en el sector agrario, no se realizó en España ya que —explicaba en tono decaído y desesperado— desde el siglo XIX, más pronto o más tarde un melancólico sentimiento «suele invadir a todos los liberales españoles: la persuasión de que la revolución en España es estéril» (t. II, p. 229). Y esta persuasión condenaba a España al fracaso: «Sin la reforma del estado de la propiedad agraria, España no tenía salvación» (t. II, p. 315).

En cierta manera se podría decir que la *Historia de España* trataba de justificar la estrategia del socialismo español en la Segunda República, ante todo la estrategia revolucionaria del sector izquierdista y radicalizado del socialismo en los años treinta; pero en primer lugar quería resaltar las causas «profundas» de la Guerra Civil Española y de su fatal desenlace^[36]. Que la his-

36.— Cf. Gonzalo Pasamar, *Apologia and Criticism. Historians and the History of Spain, 1500-2000*. Bern, 2010, pp. 213 y s. Ya al presentar la política de los liberales en los años

toria del país desembocase en la catástrofe de 1936, se debía a factores coyunturales provenientes de la política demasiado reformista y demasiado poco revolucionaria de la Segunda República, pero también y ante todo a factores estructurales, entre los que resaltaban la falta de una clase media y, consiguientemente, de una revolución burguesa, al igual que la falta de visión nacional de las burguesías periféricas, así como —ya comenzada la guerra— las injerencias fascistas del extranjero. La derrota de la democracia en España se explicaba, por lo tanto, con la inexistencia o, por lo menos, con la «debilidad estructural» de una burguesía revolucionaria. En el trasfondo de la gran catástrofe española del siglo XX se hallaba la incapacidad de los políticos y de la sociedad para forjar una alianza de clases que desde el proletariado hasta la burguesía industrial acabase con la hegemonía de la oligarquía agraria, sector social dominante en España.

La *Historia de España* es, en su parte contemporánea, producto de la experiencia de Ramos Oliveira como escritor y periodista, militante político y exiliado; fue leída y utilizada por hispanistas extranjeros y españoles, ante todo en la década de los sesenta, y constituyó un eslabón con las posteriores historias de España escritas desde el exilio, como por ejemplo la de Manuel Tuñón de Lara. No abundan las obras sobre la historia de España escritas por los exiliados de la Guerra Civil, pero quizá se pueda decir que fueron las de mayor significación (tanto fuera como dentro del país) y las que mayor influencia han ejercido. De sobra es conocida la polémica entre Claudio Sánchez-Albornoz y Américo Castro, y

la repercusión que tuvo en el campo de los estudios hispánicos. Y entre las historias generales, deben mencionarse las de Rafael Altamira, de Francisco González Bruguera, de Manuel Tuñón de Lara y de Antonio Ramos Oliveira, todas ellas con un enfoque determinado y un planteamiento original que posiblemente no se les hubiera dado de no provenir del exilio; éste les impuso su carácter peculiar y generalizador, pues todas ellas pretenden presentar una visión «global» de la historia.

La categorización que muy frecuentemente se le ha adscrito a ARO, de ser un historiador «socialista» o «marxista», si bien en términos generales es correcta, en cierta manera también habría que relativizarla. Pues si bien militaba en el Partido Socialista, y muchos de sus análisis se basaban en categorías de Karl Marx, por otro lado en sus interpretaciones históricas y en su aproximación metodológica era más bien inconsecuente y eclectista o, por lo menos, ideológicamente flexible. Sus tres monografías que preceden al comienzo de la Guerra Civil, son políticamente mucho más radicales que las publicaciones posteriores de los años en el exilio londinense y mexicano. Si en los libros y artículos de los años treinta se puede apreciar claramente su conversión de un socialismo más bien socialdemócrata y reformista a uno radical que preconizaba la lucha de clases y la revolución, en sus obras de los años cuarenta y cincuenta su materialismo es mucho más palpable y perceptible en los análisis estructurales económico-políticos que en sus proclamaciones destinadas a alentar una determinada postura y acción políticas. Incluso se podría hablar de una renovada moderación ideológica. Algunos comentaristas quizá hayan visto por eso en su obra más importante e influyente, la *Historia de España*, no tanto un ejemplo de historiografía marxista sino un ejemplo para el man-

treinta del siglo XIX, Ramos Oliveira afirmaba, en términos generales y no restringidos a la época que estaba describiendo: «Hay reformas que por su profundidad y amplitud rebasan el marco puramente legislativo del Parlamento elegido por sufragio universal» (II, p. 228).

tenimiento y la continuidad de una historiografía española liberal y democrática en unos momentos en los que la historiografía oficial franquista no dejaba ningún espacio a otras visiones del pasado nacional.

La *Historia de España* de Antonio Ramos Oliveira refleja la visión de un socialista exiliado y desilusionado con la historia de su país y de su ideología política; por las originales explicaciones (de largo y corto alcance) de las causas últimas de la Guerra Civil; por el enfoque estructural y materialista sobre el pasado del país. Por otro lado, los análisis de Ramos Oliveira no siempre están libres de contradicciones,

incluso son incoherentes en algunos casos, pero tienen para el lector de hoy la enorme ventaja de presentar la visión de un periodista-historiador socialista, con todas las contradicciones de su época, pero con un decidido enfoque materialista, en más de un sentido muy innovador para su época y ante todo en el marco de la historiografía española de los años treinta y el primer franquismo. Es una visión que en términos generales puede caracterizarse de pesimista —un pesimismo debido, indudablemente, a la frustración por el fracaso de la Segunda República y el desenlace funesto de la Guerra Civil^[37].

37.— Para una panorámica más detallada de la vida y obra de Antonio Ramos Oliveira, cf. el estudio preliminar de Walther L. Bernecker («Antonio Ramos Oliveira y la historia socialista de España», pp. IX-CLVI) a la reciente re-edición de la parte contemporánea de la *Historia de España*: Antonio Ramos Oliveira, *Un drama histórico incomparable. España 1808-1939*, Pamplona, Urogoiti Editores, 2017.

Rossana Rossanda, la Política de Reconciliación Nacional y la oposición antifranquista

Rossana Rossanda, the Policy of National Reconciliation and the Francoist opposition

Manuel Guerrero Boldó

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Rossana Rossanda regresó de su viaje clandestino a la España franquista con la firme convicción de que no iba a pasar nada que tuviera que ver con algún tipo de insurrección o levantamientos populares. El Partido Comunista de España (PCE) había asentado su cambio estratégico en la política de reconciliación nacional (PRN). Esta política encontró el suficiente sustento material en el ciclo huelguístico iniciado en Asturias y sus similitudes con la política nacional togliattiana practicada por el Partido Comunista Italiano (PCI) siempre fueron negadas. En este artículo se analiza, desde las trayectorias divergentes de estos partidos, las semejanzas significativas que tenían ambas políticas partiendo del trabajo realizado por la comunista italiana en su viaje a España y sus interpretaciones sobre el estado de la oposición antifranquista.

Palabras clave: Rossana Rossanda, 1962, Asturias, PCE, política de reconciliación nacional (PRN), PCI, oposición.

Abstract

Rossana Rossanda returned from his clandestine trip to Franco's Spain firmly believing that nothing would occur that had to do with some sort of insurrection or popular uprisings. The Communist Party of Spain (PCE) was immersed in a turn to moderation that resulted in the policy of national reconciliation (PRN). This policy found sufficient support in the strike cycle that began in Asturias, but its similarities with Togliatti's national policy were always denied. This article analyzes, from the point of view of the divergent trajectories of both parties, the meaningful similarities that both policies had, starting from the search done by the Italian communist on her trip to Spain and her interpretation of the status of the Francoist opposition.

Keywords: Rossana Rossanda, 1962, Asturias, PCE, policy of national reconciliation (PRN), PCI, opposition.

Introducción

«La caducidad de las certezas»^[1], en palabras de Rossana Rossanda, fue lo que significó, en gran medida, el periplo clandestino de la dirigente comunista italiana por la España franquista. En marzo de 1962 fue enviada a España para entrar en contacto con los miembros de una oposición fragmentada y abrirles las puertas de la Conferencia Internacional por la Libertad del Pueblo Español que estaba prevista para el mes de abril en Roma. Sin embargo, como señala en su autobiografía política o *Bildung*^[2] —como a ella le gusta definir esta obra suya—: «en aquel viaje perdí algunas de las categorías de las que había estado convencida»^[3]. Una de esas categorías teóricas convertidas en certezas que se tambalearon, fue el esquema antifascista adquirido en su etapa de la Resistencia, influida por lecturas como *Fascisme et grand capital* de Daniel Guérin.

No iba a encontrar una clase trabajadora antifranquista organizada capaz de terminar con la dictadura. Ni tampoco un poder monolítico o un fascismo «fragoroso» fácilmente reconocible. Por el contrario, se encontró con una oposición menor y dispersa, desmoralizada, y con un régimen camaleónico, que «ni se veía», en el que, sin embargo, percibía «cierto movimiento cauteloso» por parte de Manuel Fraga Iribarne hacia el exterior. Según Rossanda, «si alguien hablaba, no sería el pueblo»^[4]. Los comunistas españoles, además, venían del rotundo fracaso de la Huelga Nacional Pacífica de junio de 1959.

Rossana Rossanda, antes de viajar a España, conoció a Jorge Semprún en Florencia. La responsable cultural del Partido Comunista Italiano (PCI) frente al responsable en el Partido Comunista de España (PCE) del trabajo con la intelectualidad y la cultura en el interior. La importancia del elemento intelectual es vital para interpretar el viaje de la comunista italiana. Semprún, que era nieto del político conservador Antonio Maura e hijo del Encargado de Negocios de la embajada republicana en La Haya, se exilió al comenzar la Guerra Civil con el resto de su familia. Miembro del Partido Comunista de España desde 1942 y detenido como miembro de la Resistencia francesa en 1943, fue deportado al campo de concentración de Buchenwald hasta 1945. En 1962, cuando conoció a Rossanda, era miembro del Comité Ejecutivo del PCE y delegado clandestino del mismo en el interior con el nombre oficial, más tarde célebre, de Federico Sánchez. Los contactos que Semprún posibilitó a la agente secreto —como Rossanda se autodenomina con sorna— eran intelectuales comunistas como Armando López Salinas o Javier Pradera entre otros. Nombres que debía guardar en la memoria, ya que en Roma le habían advertido que nunca debía llevar consigo ninguna dirección, nombre, número de teléfono o nota escrita^[5].

También le hablaron mucho a Rossanda del filósofo Manuel Sacristán pero no pudo encontrarse con él: «El que no viera a la bambina [...] se debió en cambio solo a razones de precaución. Yo sabía que Federico [Jorge Semprún] quería que la viera, pero aquellos días estaban alternando el seguirme «atemorizador», para que yo lo viera, con el seguirme en serio [...], me di cuenta a unos 20 m. de la cita»^[6].

1.- Rossana Rossanda, *Un viaggio inutile o della politica come educazione sentimentale*, Milano, Bompiani, 1981, p. 6.

2.- Término alemán que hace referencia a la formación, al desarrollo personal y cultural. También se entiende como un desafío a las creencias adquiridas y un rechazo a lecturas universales, anteponiendo, así, la experiencia.

3.- Rossana Rossanda, *La muchacha del siglo pasado*, Madrid, Foca, 2008, p. 276.

4.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 277.

5.- Rossana Rossanda, *Un viaggio*, p. 9.

6.- «Comité de intelectuales democráticos» (abril de



Intervención de Rossana Rossanda en el congreso de *il manifesto* en 1974, junto a ella Eliseo Milani, Luciana Castellina y Lucio Magri (Fuente: *il manifesto*).

La realidad socioeconómica que encuentra la comunista italiana a su llegada a España es herencia de los cambios acaecidos en este país en 1957. Aquel año comenzó a reorganizarse la estructura de poder franquista, dando paso a lo que se ha denominado etapa tecnocrática por ser protagonizada por nuevas personalidades que no querían presentar como políticos «profesionales». Las tensiones entre las diferentes familias del régimen y el fracaso de la autarquía en el terreno económico, con el consecuente descontento creciente entre las clases populares, llevaron a que Franco decidiera formar un nuevo gobierno. La llamada etapa «azul» llegaba a su fin y con ello se confirmó la hegemonía ideológica del nacionalcatolicismo en detrimento del falangismo. Triunfaban las tesis católicas, tradicionales y monárquicas en el ámbito

sociopolítico y cultural, y el liberalismo en el plano económico^[7], que culminarían con el Plan de Estabilización de 1959.

El cambio ministerial se produjo en febrero de 1957. Alberto Ullastres y Mariano Navarro Rubio, miembros del Opus Dei, se ocuparían de los Ministerios de Comercio y de Hacienda respectivamente. Laureano López Rodó, también opusdeísta, había entrado unos meses antes en la secretaría general técnica de la presidencia del gobierno. Se eligieron hombres interesados en la integración de España en la economía mundial, lo que supuso el fin de la política económica falangista^[8], la autarquía. Estos

7.- Para el enfrentamiento en el campo ideológico del franquismo, véase: Sara Prades Plaza, *España y su historia. La generación del 48*, Valencia, Universitat Jaume I, 2014; C. Molinero y P. Ysàs: *La anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008.

8.- Paul Preston, *Franco «Caudillo de España»*, Barcelona, De Bolsillo, 2004, p. 724.

1962), AHPCE, Fuerzas de la Cultura, caja 126, carpeta 1.5.

tecnócratas de filiación opusdeísta compartían una visión radicalmente autoritaria del poder político que combinaban con el objetivo de modernizar el capitalismo español, pasando por su liberalización económica progresiva^[9]. Además, muchos de ellos, reunían requisitos que se consideraban indispensables en los años cincuenta: procedían del Movimiento y habían desempeñado distintos cargos en las instituciones estatales sin estar adscritos a ninguna familia ideológica ni tener vinculación con los políticos originarios a los que se pretendía apartar.

Este cambio de gobierno vino acompañado del Decreto-Ley de Reorganización de la Administración Central del Estado, que formalizaba la estructura autoritaria del régimen y abría el camino a la restauración de la monarquía. Tras la llegada de los tecnócratas al gobierno, continuaron e incluso aumentaron los problemas de inflación, deuda pública y desequilibrios en la balanza de pagos en gran medida heredados de la autarquía, lo que dio lugar a una nueva oleada de huelgas en este año 1957 por la presión constante sobre las condiciones de vida.

En el PCE, meses antes del citado cambio en la estructura de poder franquista, se iniciaba un viraje político nacido de la necesidad de conectar con amplios sectores de la sociedad española. Quedaría formalizado en la «Declaración del Partido Comunista de España por la reconciliación nacional». Se trataba del triunfo de las tesis de Santiago Carrillo y su grupo, que defendían el derrocamiento de Franco por medios pacíficos mediante la alianza de la clase trabajadora con otros grupos sociales y políticos. Con ello se abandonaba la consigna del Frente

Nacional Antifranquista^[10]. Esta nueva política se dio a conocer en el llamamiento del primero de mayo de 1956: «¡A los trabajadores! ¡A todos los españoles!»^[11]. El documento fundacional del cambio estratégico fue redactado por Santiago Carrillo y Fernando Claudín, que acababan de avanzar en la nueva jerarquía del PCE y lo dominarían de facto, pero la idea de la reconciliación nacional procede de Dolores Ibárruri, la secretaria general, en una de sus últimas aportaciones relevantes en el cargo^[12].

La política de reconciliación nacional (PRN) tenía como objetivo aprovechar la crisis económica de la autarquía, explotando el descontento de unas clases populares que, desde una interpretación horizontalista de alianza de clases, podría canalizarse hacia un cambio pacífico de régimen. Para ello se intentaría organizar protestas a nivel nacional con un contenido netamente político frente al espontaneísmo localista basado en reivindicaciones de tipo economicista de la etapa anterior. Pese a todo, Jorge Semprún, entre otros, advertía del peligro de confundir «reconciliación nacional» y «reconciliación de clase», desviando en un sentido oportunista los planteamientos del documento^[13].

El ejemplo del PCI y el «partido guía» de Moscú

La suma de actores políticos que aglutinaran unas demandas de interés nacional

9.- C. Molinero y P. Ysàs, *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008, p.37.

10.- «Actas de la reunión del Buró Político del Comité Central del PCE» Bucarest, abril-mayo de 1956, s.l., 2 vols, AHPCE.

11.- «Llamamiento del PCE con motivo del 1 de mayo» 1956, *Documentos PCE*, carpeta 37, AHPCE.

12.- Rafael Cruz, «Pasionaria». Dolores Ibárruri, *Historia y Símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 183. Este hecho también es recogido por Felipe Nieto en *La aventura comunista de Jorge Semprún*, Madrid, Tusquets, 2014, p. 295.

13.- Felipe Nieto, *La aventura comunista de Jorge Semprún*, Madrid, Tusquets, 2014, p. 314.

que fueran señaladas por un partido comunista representante de las mismas, tuvo su origen, en el comunismo occidental, en las tesis de Palmiro Togliatti en el PCI de los años cuarenta (tras el breve escarceo de los años treinta y aunque no se oficialicen hasta el VIII Congreso de ese partido en 1956), conocidas como *La vía italiana al socialismo*. Togliatti señalaba entonces en sus escritos que:

«La bandera de los intereses nacionales que el fascismo ha arrastrado por el fango y ha traicionado, es recogida por nosotros, que la hacemos nuestra. [...] daremos a la vida de la nación un nuevo contenido; un contenido que corresponda a las necesidades, a los intereses, a las aspiraciones de las masas del pueblo. [...] A la formación de un nuevo gobierno le hemos puesto, empero, tres condiciones. la primera de ellas es que no se rompa la unidad de las fuerzas democráticas y liberales antifascistas [...] La unidad es la mejor garantía de nuestra victoria. [...] Esta postura no va dirigida contra nadie y no excluye de la vida nacional a nadie, excepción de los traidores fascistas. A los monárquicos sinceros y honestos habrá que dárseles la posibilidad de presentarse a la Asamblea Constituyente en la medida del apoyo que hallen entre el electorado»^[14].

Las condiciones y las necesidades que el marco de la oposición democrática y las democracias occidentales imponían a los partidos comunistas, no podían ser ignoradas por el PCE si quería tener incidencia y alguna posibilidad de hegemonizar los cambios que estaban por venir. El centrismo y una incipiente transversalidad se imponían como estrategia y táctica para poder capitalizar los conflictos sociopolíticos. Togliatti

supo advertir esto y, además, garantizar la legitimidad de un conflicto entre capital y trabajo en los márgenes de la democracia parlamentaria para que no fuese neutralizado bajo la reconciliación de clases, o directamente negado. La propia Rossana Rossanda reconoce que:

«En 1970 le critiqué tanto [a Togliatti] como hoy le revalorizo, una vez aceptado que su objetivo no fue derribar el estado de cosas existente, sino garantizar la legitimidad del conflicto. No sé si llegó a pensar que se trataba de la mejor condición posible en Occidente, o que en aquel momento no se podía hacer otra cosa. Me inclino por la primera hipótesis [...] Había tiempo para crecer y elaborar avanzando paso a paso, pasos gramscianos, considerando en cualquier caso que los caídos en las guerras de posiciones son mucho menos numerosos que los de las guerras de movimientos»^[15].

Esta interpretación de una ya madura Rossanda, es muy sugerente respecto a aquellos obstáculos a los que también se tuvo que enfrentar el PCE durante la dictadura y en su posterior actuación como sujeto político en un contexto democrático parlamentario. Antonio Gramsci advirtió en su día que el ataque frontal o guerra de movimientos, en determinados momentos, podía ser solo causa de derrotas; pero también que la guerra de posiciones requería de una «inaudita concentración de hegemonía» y, para ello, un gobierno o partido de oposición, en este caso, «intervencionista» que sepa defenderla o conquistarla enfrentándose de forma abierta a sus adversarios políticos.

Cuando solo importan las posiciones decisivas en el tablero —señalaba Gramsci—, «entonces se pasa a la guerra de cerco [de

14.- Palmiro Togliatti, *La vía italiana al socialismo*, Barcelona, Ediciones Torres, 1976, pp. 42-57. La cursiva es mía.

15.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 269.

posiciones], comprimida, difícil, en la cual se requieren cualidades excepcionales de paciencia y espíritu de intervención»^[16]. Es decir, un proceso por el que el grupo dominado debía incrementar su presencia en las instituciones en un contexto democrático parlamentario como el italiano, o bien, desde la clandestinidad, una batalla sostenida, en el caso del PCE, para intentar alterar la correlación de fuerzas en su lucha contra la dictadura.

Los pasitos gramscianos a los que se refiere Rossanda requerían también astucia y de cierta influencia o legitimidad en el vértice de las formaciones políticas. Si trasladamos la tesis gramsciana al caso del partido español, observamos que el PCE no tenía influencia en el espacio de las direcciones del resto de partidos que formaban el arco de la oposición al franquismo. Esto es una cuestión fundamental para comprender las diferentes actuaciones protagonizadas por el PCI y el PCE, las cuales vienen condicionadas por las trayectorias distintas en su materialización en la lucha contra el fascismo. El PCI, desde una hegemonía política en amplios sectores poblacionales, conquistada en la Resistencia, que resultó clave en la derrota del fascismo italiano y su aliado invasor: el nazismo. Lo que además le proporcionó un prestigio y legitimidad para encarar la vida parlamentaria. El PCE, por el contrario, fue derrotado en su lucha contra el fascismo y sufrió un aislamiento político consecuente al fracaso en la Guerra Civil, del que no le ayudó a salir la línea política adoptada en los años siguientes, muy agresiva con el resto de partidos antifranquistas.

16.- Antonio Gramsci, *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, Madrid, Akal, 2013, p. 262. Para una mayor profundización del esquema gramsciano, véase: Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*. Torino, Einaudi, 1975 y Giuseppe Vacca, *Vita e pensieri di Antonio Gramsci (1926-1937)*, Torino, Einaudi, 2012.

La PRN era por su apertura al diálogo con otras formaciones políticas, su vocación nacional y el viraje al centro, una estrategia muy similar a la llevada a cabo por el PCI. Eran trayectorias distintas pero con un objetivo común: tener una incidencia significativa el tránsito a la democracia y en su consolidación.

Paolo Spriano destaca que en el proceso de construcción democrático italiano en la segunda mitad de los años cuarenta, el PCI, mediante la llamada «*svolta di Salerno*», dejó de lado la ambición hegemónica (apoyada en la experiencia yugoslava), fundamentada en el valor transformador, en sentido institucional, de las formas de autogobierno de las masas, por la preeminencia ahora de las «exigencias nacionales de liberación y de reconstrucción» como proponería Togliatti. Un planteamiento unitario a todos los niveles del arco político que aspiraba insitucionalizarse, desde socialistas a democristianos, pero siempre «en primer lugar *desde las direcciones de estos partidos*»^[17]. Los citados pasitos gramscianos y su interpretación togliattiana.

Conseguir ser un adversario fiable con el que se ha de contar para construir la democracia en España, era una tarea que el PCE tenía pendiente, más allá del peso residual que pudieran tener el resto de alternativas políticas en el interior a finales de los años cincuenta. El vértice de las formaciones políticas y no solo sus bases y las clases populares, era también un sector clave en el que obtener un papel influyente en una reconstrucción nacional pacífica. Para ello el PCE debía abandonar sus posiciones provenientes de los tiempos de la derrota en la guerra, para intentar tener relevancia en todo el espacio político. Lo cual, para una materialización exitosa de esta estrategia,

17.- Paolo Spriano, *Storia del Partito comunista italiano*, Vol. VIII, par. 2, Torino, Einaudi, 1975, p. 526. La cursiva es mía.

se iba a mostrar como un desafío a medio y largo plazo que pondría en cuestión el «subjetivismo» y el voluntarismo carrillista plasmado en el «jornadismo».

Santiago Carrillo, sin embargo, siempre ha negado que existiese tal influencia del PCI y las tesis de Togliatti en la línea política que el PCE llevó a cabo a partir de 1956. Apoyándose en Giorgio Amendola, negaría, muchos años después (en el año 2000), la similitud entre las políticas de unidad nacional de PCI y PCE, aunque lo cierto es que existen paralelismos entre ambas.

Carrillo fundamentaba su postura en una condena, a posteriori, de la incipiente y brevísima experiencia de la política de «reconciliación nacional» que el PCI expuso y que corrigió rápidamente en la segunda mitad de los años treinta. Consideraba Carrillo que la política de «reconciliación nacional» del Partido italiano no pudo adoptarse de manera más inoportuna, cuando comenzaba la guerra civil antifascista en España. En el punto en el que el enfrentamiento irreconciliable entre fascismo y antifascismo se convertía ya en una realidad a escala mundial^[18]. Esta línea —como hemos dicho— terminó por modificarse y finalmente los italianos participaron en las Brigadas Internacionales, siendo Togliatti, además, el máximo responsable de la Internacional Comunista en España y el PCE, bajo los seudónimos de Alfredo o Ercoli. En cualquier caso, la idea de formar un frente amplio de oposición antifascista en el que se incluyera una oposición decepcionada con el fascismo y otros sectores de la derecha, continuó en la cabeza de Togliatti y terminó por ponerla en práctica en Italia, con la construcción de un partido nacional^[19].

Pese a que Carrillo afirme, también, que cuando adoptaron la línea política de reconciliación nacional en 1956, todavía no conocía el breve episodio de mediados de los años treinta que anunciaba ya la posterior estrategia del PCI, eso no implica que el dirigente español desconociese la línea política que practicaba el PCI desde hacía una década. Que era, en su concepción, muy similar a aquella embrionaria de los años treinta.

Para entender mejor la evolución del PCE, no se ha de pasar por alto, además, los cambios que se estaban desarrollando en la URSS. Tras la muerte de Stalin en 1953, se puso punto y final a la etapa de las purgas, se liberó a un millón de prisioneros del Gulag, se normalizaron las relaciones exteriores con Occidente, se suavizó la represión y comenzó la «desrusificación» de los líderes de los países del bloque socialista.

En febrero de 1956 se celebró el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), donde Krushev presentó el conocido como «informe secreto», en el que denunciaba algunos de los crímenes cometidos por Stalin y sus acólitos y se condenaba paralelamente el culto a la personalidad. Este acontecimiento terminó agitando a los partidos comunistas de todo el mundo. En el citado congreso se expuso también la doctrina de la «coexistencia pacífica». Un giro en la política exterior soviética que ya había comenzado en mayo 1955 con la firma del «Tratado de amistad, cooperación y defensa mutua», y el abandono de la tesis estalinista de la inevitabilidad de la guerra mundial. Son representativos de este viraje, en diciembre de 1955, los viajes de Krushev y Bulganin a India, Birmania, Afganistán o la reconciliación con Yugosla-

18.- Santiago Carrillo, *¿Ha muerto el comunismo?*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, pp. 157.

19.- Véase: Palmiro Togliatti, *La vía italiana al socialismo*, Barcelona, Ediciones Torres, 1976. ; Paolo Spriano, *Storia*

del Partito comunista italiano, Vol. VIII, par. 2, Torino, Einaudi, 1975. y Francesco Benvenuti, *La via italiana al socialismo attraverso i congressi del Partito Comunista Italiano (1956-1964)*, Vol. III, Edizioni del Calendario, 1985.



V Congreso del PCE, celebrado en Bucarest en 1954 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

via en un esfuerzo por el establecimiento de relaciones amistosas^[20].

En el V congreso del PCE celebrado en Praga en noviembre de 1954, Carrillo ya advertía que «la red del PCE debía extenderse aún más en busca de aliados contra Franco, a la vez que el partido tenía que aceptar el hecho de que no había posibilidad de retornar a 1936»^[21]. Se pretendía superar la concepción del Frente Amplio de Fuerzas Democráticas, sostenida por los dirigentes provenientes de la Guerra Civil, que pretendía el restablecimiento de la República. La interpretación que hacía Carrillo de la realidad española estaba influida por los cuadros que operaban en el interior.

20.– Josep Fontana, *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013, p. 201.

21.– Paul Preston, «Eurocomunismo, estadio superior del estalinismo. La democratización del Partido Comunista de España», *Estudis d'Historia contemporània del País Valencià*, 9 (1991), pp. 139-173, esp. p. 151.

Los «jóvenes» del PCE (Santiago Carrillo, Fernando Claudín, Ignacio Gallego o Jorge Semprún) entendían que la dirección en el exilio, encabezada por Vicente Uribe, estaba perdiendo el contacto con la situación del interior; por ello querían centrar sus esfuerzos en realidad actual española, situar el marco de análisis en lo concreto y abandonar cuestiones de principio y formulaciones de carácter más abstracto. La apropiación de la realidad española por parte de los «jóvenes», era un objetivo central de cara a hegemonizar el Partido y poder tener alguna incidencia en la coyuntura del interior^[22].

Fue a finales de 1955 cuando se materializó la ruptura entre los «jóvenes» y los «viejos» que significó el cambio de rumbo del PCE plasmado en la PRN. El telón de

22.– Facundo Tomás Ferré, «El Partido Comunista de España y la primera formulación de la Reconciliación Nacional», *Estudis d'Historia contemporània del País Valencià*, 2 (1981), pp. 291-323, esp. p. 315

fondo fueron las diferentes interpretaciones que hicieron los «jóvenes» y la vieja guardia del Politburó respecto al ingreso de España en la ONU con el voto favorable de la Unión Soviética. La reacción de Carrillo, Claudín y Semprún fue positiva. Veían una clara coherencia con la política de coexistencia pacífica impulsada por Krushev tras la muerte de Stalin. Por otro lado, la vieja guardia del Politburó, sin llegar a enjuiciar a la URSS, fue muy crítica con la admisión en la ONU de la España franquista a través de Radio España Independiente, la emisora del partido. Existían en la vieja guardia sentimientos de decepción y resentimiento evidentes por lo que consideraban una traición a la «legalidad republicana». Esto revelaba una rígida mentalidad de exiliado, frente a las posiciones notablemente más flexibles y pragmáticas del grupo de los «jóvenes»^[23].

Pasionaria, en un principio opuesta a los «jóvenes», cambió de posición tras acceder al informe secreto de Krushev y llegó a considerar que los planteamientos de Claudín y Carrillo no se encontraban en sintonía con la nueva línea política del Kremlin^[24].

Las tesis de Santiago Carrillo, que se convertirían en la PRN, sintonizaban con el XX congreso del PCUS celebrado en febrero de 1956 y fueron favorecidas por éste. Seguramente, apoyándose en la experiencia de este congreso, Carrillo llevó a cabo, también, su papel de purificador del PCE en lo que se refiere al culto a la personalidad y, de paso, encontrar el chivo expiatorio que le permitiese avanzar en la jerarquía del partido. Fue Vicente Uribe, según Carrillo, quien representaba entonces «los errores más graves, los mayores excesos, por su soberbia, fatuidad, incapacidad y desconocimiento de la situación española»^[25].

Los meses siguientes al XX Congreso del PCUS fueron difíciles para el movimiento comunista internacional. Al trauma ocasionado por las revelaciones del informe secreto, se unió la feroz represión llevada a cabo en Poznan (Polonia) en junio tras una manifestación obrera, y las revueltas de la clase trabajadora húngara en Budapest en octubre. Además, el 20 de junio de 1956, el Secretario General del PCI había ido más lejos en su crítica a la URSS en unas declaraciones publicadas en la revista *Nuovi Argomenti*^[26], que agravaron la conmoción en la se hallaba el mundo comunista. Togliatti profundizó en la crítica al estalinismo, cuestionó la noción de partido comunista y señaló la corresponsabilidad de todo el grupo dirigente soviético en los crímenes estalinistas y las violaciones de la legalidad socialista. El Secretario General del PCI deslizaba la siguiente reflexión, en la que ampliaba el campo de las responsabilidades:

«[...] mientras que nos limitemos en sustancia a denunciar los defectos personales de Stalin como causa de todo, permanecemos en el ámbito del «culto a la personalidad». Antes, todo lo bueno se debía a las sobrehumanas cualidades positivas de un hombre. Ahora, todo el mal se atribuye a sus defectos igualmente excepcionales e incluso asombrosos. Tanto en un caso como en otro estamos fuera del criterio de juicio propio del marxismo. Desaparecen los problemas verdaderos, que son el modo y el porqué la sociedad soviética pudo alcanzar y alcanzó ciertas formas de alejamiento de la vía democrática y de la legalidad que se había trazado, alcanzando incluso la degeneración»^[27].

23.- Paul Preston, «Eurocomunismo, estadio», p. 153.

24.- Paul Preston, «Eurocomunismo, estadio», p. 154.

25.- Felipe Nieto, *La aventura comunista*, p. 292.

26.- Trad. Castellana en Palmiro Togliatti, *Escritos políticos*, México, Era, 1971.

27.- Palmiro Togliatti, «Domande sullo stalinismo», *Nuovi Argomenti*, 20 (1956), pp. 125-126.

Estas críticas y reflexiones de Togliatti vertidas sobre el PCUS y las conciencias del resto de partidos comunistas, fueron respondidas desde el PCE con una manifestación de adhesión y lealtad a la URSS en forma de ataques a Togliatti (sin nombrarle) y a su línea política, pero centrándose exclusivamente en lo que se conoció como policentrismo^[28]. Ni una sola mención, eso sí, a la política de unidad nacional llevada a cabo por el PCI y que era muy similar a las tesis de Carrillo concretadas en la Reconciación Nacional que en estos momentos iba a aprobar el PCE. Para ello, Santiago Carrillo se sirvió de las páginas de *Mundo Obrero* en enero de 1957:

«La característica número 1 de ese llamado ‘comunismo nacional’, es el antisovietismo militante y la lucha contra el internacionalismo proletario y los partidos comunistas que defienden ese principio. Se trata de un arma contra el sistema socialista mundial para provocar su disgregación y descomposición; de un arma para dividir el movimiento comunista y obrero mundial. El llamado «comunismo nacional» no existe materialmente en parte alguna, porque no puede existir un comunismo antisoviético y anticomunista. [...] Si en algún partido, las desviaciones del marxismo-leninismo toman cuerpo, se desarrollan y en vez de ser corregidas terminan por cristalizar y caracterizar una política ese partido —mientras no sobrevenga la corrección— puede alejarse del comunismo; en ningún caso formar una corriente especial dentro del movimiento comunista. [...] Ir por otro ca-

mino, por el camino de negar el papel de la URSS y el Partido Comunista de la Unión Soviética [...] sería tanto como alejarse de las posiciones de clase del proletariado, de las posiciones del marxismo-leninismo»^[29].

En resumen: *Amicus Plato sed magis amica veritas*^[30], y la *veritas* para Santiago Carrillo y el PCE se encontraba en el PCUS. Pese a las semejanzas entre la política adoptada desde el 56 por el PCE y el PCI, fuera de España «existían dos cosas más o menos indiscutibles: que la URSS seguía teniendo razón siempre y que el PCI era un foco de revisionistas emuladores de los yugoslavos de otras épocas»^[31]. Todavía no había llegado el momento de identificarse con el PCI.

Dolores Ibárruri, por su parte, recurría a Lenin (¿?) en mayo de 1957 para legitimar y justificar el viraje nacional del PCE:

«Aprendiendo de Lenin nos orientamos en la lucha contra el actual régimen, a establecer alianzas y compromisos incluso con fuerzas que son nuestras antípodas, y aunque nuestros aliados sean inestables, vacilantes y poco seguros. [...] El mantenimiento de las alianzas que pueden establecerse en la lucha contra el franquismo, puede ser prolongado más allá de esta etapa; pero esto ya no dependerá solo de nosotros, sino de la disposición de otras fuerzas a llevar hacia adelante la democratización de nuestro país»^[32].

Los virajes ideológicos fueron una constante en la dirección del PCE, y Santiago Carrillo no fue una excepción. En el interior

28.- Esta tesis togliattiana proponía que cada partido pudiera escoger su vía más apropiada al socialismo. Vías nacionales al socialismo frente a la teoría del partido guía representado por el PCUS; lo que suponía una mayor autonomía política para los partidos comunistas y que, por tanto, existiera más de un centro de dirección. De ahí policentrismo.

29.- Santiago Carrillo, «Redoblar la lucha en el terreno ideológico», *Mundo Obrero* (enero de 1957), p.3.

30.- Platón es mi amigo, pero soy más amigo de la verdad.

31.- Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del PCE (1935-1985)*, Barcelona, Planeta, 1986, p.310

32.- Dolores Ibárruri, «Breves consideraciones sobre la política del partido», *Nuestra Bandera*, 16 (1957), pp. 4-5.

debían derrotar al dogmatismo, sin embargo, en el plano internacional, el enemigo era el revisionismo. No podía existir tal influencia del PCI. Paradójicamente, ya en 2006, a ojos de Santiago Carrillo, el PCE fue uno de los partidos que llegó más lejos en su crítica al estalinismo hasta el punto de que —destaca Carrillo— «en aquel año 1956 se nos hizo sentir que nuestra desconsideración hacia el que muchos consideraban el partido guía, no gustaba, diciéndonos que la expresión reconciliación nacional encajaba mal con los escritos de Lenin»^[33].

En esta declaración hay una parte que rescatar: el término «reconciliación nacional», no solo no encajaba con los escritos de Lenin sino que el líder bolchevique —como bien recuerda Gregorio Morán— había insultado gravemente a los mencheviques en su día por utilizar un léxico similar. Una muestra ilustrativa de hasta qué punto seguía siendo el PCUS el partido guía para el PCE en los cincuenta, fueron las dificultades que encontraron los dirigentes del PCE para presentar su giro político a los soviéticos en las reuniones que mantuvieron con estos, sin que la terminología se asemejase demasiado a aquella que Lenin denostó en su día^[34].

En aquellos meses de 1956 —señala Rossanda— «se hizo pedazos la idea de los comunistas y de la URSS como uña y carne»^[35]. En este clima se celebró en Roma el VIII Congreso del PCI de los días 8 al 13 de diciembre. El 9 de diciembre de 1956, *L'Unità* recogía la intervención de Togliatti del día anterior, pronunciada en el VIII Congreso. Tras una referencia obligada al XX Congreso del PCUS, Togliatti sintetizaba la «vía italiana al socialismo»:

«Renovar quiere decir determinar con la mayor claridad los fundamentos y el contenido de la acción que en Italia llevamos a cabo por la democracia, por la paz y por el socialismo; quiere decir subrayar el carácter nacional y democrático de nuestro partido; quiere decir eliminar cualquier forma abierta o encubierta de resistencia a esta línea de acción y a este carácter y a su traducción en la práctica cotidiana; quiere decir romper y destruir cualquier incrustación burocrática y el esquematismo organizativo que limita o deforma la relación con la clase trabajadora, comprimiendo la vida interior del partido e impidiendo su desarrollo»^[36].

El terreno de la democratización del Estado, así como las reivindicaciones y las luchas en el trabajo, la transformación de las estructuras y el objetivo común de la preservación de la paz, eran ámbitos —como señaló Rossanda en su intervención como delegada de la Federación de Milán en este congreso— que la clase trabajadora debía conectar, y poner en movimiento a otros sectores sociales en la alianza estratégica de clases. Había que conjugar estos espacios de lucha para que la clase trabajadora ampliase su temática política y la unificase en una sola acción que culminase en la transformación del Estado. Ésta era la interpretación que hacía Rossanda de la vía italiana al socialismo^[37]. «De esta suerte, a finales de 1956, el tema del VIII congreso fue qué PCI [buscaban], en vez de qué URSS»^[38].

33.— Santiago Carrillo, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 2006, p. 495.

34.— Gregorio Morán, *Miseria y Grandeza*, p. 277.

35.— Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 211

36.— Palmiro Togliatti, «Il testo integrale della relazione di Togliatti all'VIII Congresso del PCI», *L'Unità* (9 de diciembre de 1956), p.2.

37.— «Rossana Rossanda, delegata di Milano» (diciembre de 1956), VIII Congresso Nazionale del PCI, MF. 442, FIG, APCI.

38.— Rossana Rossanda, *La muchacha*, p.229

La Huelga Nacional Pacífica y el «optimismo de la voluntad»

Tras el fracaso de la Jornada de Reconciliación Nacional (JRN), organizada por el PCE en solitario y que no provocó ningún efecto destacable en la actividad económica ni de agitación en las calles, Carrillo expresó en el pleno ampliado del Comité Central celebrado en la República Democrática Alemana (RDA) que todo marchaba según lo esperado y que la JRN había sido un éxito que abría el camino a la jornada definitiva: la Huelga Nacional Pacífica (HNP).

Dolores Ibárruri reflexionaba sobre la JRN en *Nuestra Bandera* concluyendo que ésta había mostrado, «en su organización y desarrollo, al mismo tiempo que la debilidad del régimen, las enormes posibilidades que existen en el país para una lucha de masas de carácter nacional contra la dictadura»^[39]. A este intento de movilización, además, hay que añadirle la novedad que supuso el apoyo de dos formaciones antifranquistas del interior: el Frente de Liberación Popular (FLP) y la Agrupación Socialista Universitaria (ASU). Eran dos organizaciones de nuevo tipo, no insertas en las líneas divisorias de los partidos tradicionales. La ASU era una reducida vanguardia estudiantil proveniente de las primeras movilizaciones estudiantiles de 1956. El FLP, por su parte, surgió del catolicismo progresista, abarcando dos sectores, el universitario y el obrero. Esto para el PCE supuso salir del total aislamiento y, además, contar con la complicidad de sectores de la juventud que comenzaban a acercarse a la política. Ambas organizaciones constituyeron una escuela de cuadros para partidos de la izquierda como el propio PCE y el PSOE.

Sin embargo para los intelectuales, la

experiencia de la JRN, había sido un rotundo fracaso. Manuel Sacristán consideraba que el origen del mismo se encontraba en:

«deficiencias de la idea de reconciliación nacional. La idea de reconciliación nacional es eminentemente política y en esa formulación resulta seguramente adecuado el trato con los demás partidos, pero no para ser presentada a la masa obrera. Pensamos ahora (es decir, no se nos ocurría antes) que quizás sea excesivo pedir al proletariado «reconciliación» con la burguesía, y que acaso sea incluso un exceso que supone una falta de seriedad ideológica»^[40].

El uso del concepto reconciliación nacional, además, era considerado un tanto confuso y problemático para una clase obrera que se creía preparada para tomar la iniciativa, como ya había intuido Semprún. Las valoraciones de la intelectualidad del PCE, contrastaban con el triunfalismo de la dirección.

Con la HNP, como quedó claro en un comunicado del Buró Político ante la negativa de la cúpula del PSOE a colaborar con el PCE (negativa de Rodolfo Llopis publicada en *El Socialista* el 2 de abril de 1959), se pretendía crear esa «lucha de clases de carácter nacional»:

«un carácter muy amplio abarcando no sólo a la clase obrera, sino a a todas las clases y capas lesionadas por la política del general Franco. Serviría para protestar contra la corrupción reinante en las esferas de gobierno; contra la política económica de la dictadura y la carestía de la vida. Para reclamar un aumento general de salarios, la amnistía

39.- Dolores Ibárruri, «El plebiscito nacional contra la dictadura franquista», *Nuestra Bandera*, 21 (1958), p. 8.9.

40.- «Carta de José Luis (M. Sacristán)», 15 de mayo de 1958, Fondo PSUC, jacq. 997, AHPCE. Las cursivas pertenecen al original. Citado en Giaime Pala: *Cultura clandestina: los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares, 2016, p. 36.

para presos y exiliados y el alejamiento del poder del general Franco»^[41].

Las demandas eran las mismas que en la JRN, de naturaleza explícitamente política, las que en buena medida habían sido la causa del fracaso de la anterior convocatoria. Para terminar de imprimirle ese carácter nacional que incluyese al conjunto del pueblo en la jornada, se hizo un llamamiento a las Fuerzas Armadas en el que se invitaba «a los generales, jefes, oficiales y suboficiales de los ejércitos de tierra mar y aire» porque los militares tenían la posibilidad de «hacer saber al pueblo español y al dictador que ellos conciben el Ejército como una institución al servicio de la Patria y no de un hombre y no están dispuestos a ser el brazo armado de un régimen enfrentado a un país entero»^[42]. En general era una llamada a los trabajadores de la ciudad y el campo y a los españoles de todas las tendencias^[43].

La preparación de la huelga (convocada finalmente para el 18 de junio) se cuidó especialmente en Madrid, ya que la trascendencia que pudiera alcanzar en la capital, sería mucho mayor que en otras zonas. Para ello se envió a Fernando Claudín para reforzar el apoyo al grupo dirigente de la capital que estaba formado por Julián Grimau, Francisco Romero Marín, Simón Sánchez Montero y Jorge Semprún. Pese al fallo de la JRN y a las señales negativas que pudieran llegar desde el interior, Carrillo siguió adelante con el plan, ya que lo realmente importante era la propaganda por el

hecho^[44]. El dirigente comunista pretendía mostrar a las masas el camino para llegar a la solución democrática.

El 18 de junio resultó que no ocurrió, una vez más, nada significativo en las calles ni en las fábricas, nada relevante en la actividad económica del país. El PCE se encontraba ante un nuevo fracaso que Santiago Carrillo convirtió en una campaña propagandística para rentabilizar el duro revés: «subrayamos la gran agitación política de masas realizada, que ha permitido llevar nuestras consignas a millones de españoles, cosa que con el ritmo normal hubiera tomado meses o, más bien, años»^[45].

Rodolfo Llopis, en las páginas de *El Socialista*, atizaba al PCE señalando que la huelga había sido un fracaso total a la que ni siquiera habían ido los comunistas y que por ello «había que suponer que en España hay más comunistas de los que fueron a la huelga del 18 de junio»^[46].

En agosto se dio a conocer la declaración del buró político del Partido sobre la HNP. En ésta se consideraba que tildar de fracaso la HNP respondía a una propaganda mentirosa que pretendía desmoralizar al conjunto del pueblo. Más allá de estos juicios, sostiene el documento, había que «esforzarse por percibir la verdad». La verdad era, según el buró político, que «ha sido un paso de siete leguas hacia la liquidación de la dictadura del general Franco»^[47].

Sin embargo, una vez más, la intelectualidad discreparía con la visión triunfalista de la dirección. Javier Pradera, el primero y el más crítico de los intelectuales comu-

41.- «Comunicado del Buró Político de Partido Comunista de España», 15 de abril de 1959, *Documentos PCE*, carpeta 40, AHPCE.

42.- «A los generales, jefes, oficiales y suboficiales de los ejércitos de tierra mar y aire», abril de 1959, *Documentos PCE*, carpeta 40, AHPCE.

43.- «¡Trabajadores de la ciudad y del campo! ¡Españoles de todas las tendencias!», 1 de mayo de 1959, *Documentos PCE*, carpeta 40, AHPCE.

44.- Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas: la política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012, p. 85.

45.- Gregorio Morán, *Miseria y grandeza*, p. 329.

46.- Rodolfo Llopis, «El fracaso de una operación comunista», *El Socialista* (25 de junio de 1959), p.1.

47.- «Declaración del Partido Comunista de España sobre la Huelga Nacional», 1 de agosto de 1959, *Documentos PCE*, carpeta 40, AHPCE.

nistas, le confesó a Rossana Rossanda, tres años más tarde, que:

«fue un fracaso tremendo. Fracasó. Fracasó. [...] Aquella mañana me levanté temprano y salí de casa. A contemplar la ciudad inmóvil, cerrada, que se negaba a moverse. Pero vi un empleado que abría la tienda. Luego abrieron todas las demás. Una tras otra, como siempre. Luego vi pasar un autobús. Todos los autobuses funcionaban. Todas las oficinas. Todas las fábricas. Excepto los nuestros, que quedaron aislados, asustados, trabajó todo el mundo...»^[48].

El PSUC tampoco obvió los evidentes fracasos de la JRN y de la HNP. En octubre de 1960, su Comité Ejecutivo declaraba que:

«la vaga nacional no es podrà convocar mentre no s'obtingui un cert grau de desenrotllament de les accions parcials de masses. La principal tasca dels comunistes és, per consegüent, l'organització de les lluites reivindicatives, polítiques i econòmiques, de caràcter parcial. Però, ensems, cada comunista ha de propagar des d'ara la perspectiva de la vaga i la necessitat de preparar-la a cada lloc sense esperar l'anunci del dia, que cadascú ha de contribuir a propagar»^[49].

La lectura que hacían los comunistas catalanes se basaba en el evidente descenso de la conflictividad social acaecido desde 1958 y que duraría hasta 1962. Ante el fracaso del «jornadismo», el PSUC apostaba por concentrarse en acciones parciales para crear las condiciones necesarias y su-

ficientes que posibilitaran la convocatoria de una huelga de carácter nacional con más garantías. La represión, el Plan de Estabilización (que supuso un empeoramiento de las condiciones materiales de la clase trabajadora) y la emigración a Europa de una parte importante de los cuadros obreros mejor cualificados que protagonizaron los conflictos laborales del período anterior, habían condicionado enormemente el éxito de la estrategia del PCE.

Asturias y el «pesimismo de la inteligencia»

«No tengo idea de por qué me eligieron, evidentemente confiaban en mi lealtad y en mi capacidad de establecer relaciones con las fuerzas políticas españolas. [...] El PCI no lo quiso hacer público porque, entre otras cosas, podía parecer una injerencia del mismo en la línea de PCE»^[50]. Esto último, concluye Rossanda, pudo ser la razón por la que el Partido la eligió para su viaje clandestino a España en marzo de 1962. Alguien que podía pasar desapercibida y que el PCE, a su vez, no vería como una amenaza, para la delicada tarea de examinar la situación política española y establecer puentes con la oposición antifranquista.

Días después de su vuelta a Italia, Rossanda le diría a Giancarlo Pajetta^[51] que «no iba a pasar nada» en España, ya que había percibido al país como «adormecido o enmudecido», y «nadie habría intentado un levantamiento, ni aún teniendo la certeza de la victoria»^[52]. Sin embargo, semanas más tarde, en abril de 1962, las huelgas de Asturias supusieron unas movilizaciones sin paragón en la dictadura, «[...] por su du-

48.- Rossana Rossanda, *Un viaggio*, p. 39.

49.- «És possible posar fi a la dictadura del general Franco», Declaración del CE del PSUC, 31 de octubre de 1960, Fons PSUC, caja 54, ANC. Citado en Xavier Domènech: *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, La Catarata, 2008, p. 75.

50.- Entrevista a Rossana Rossanda (octubre de 2015).

51.- Uno de los miembros más respetados en el PCI tras la II Guerra Mundial. Miembro del Secretariado Nacional a partir de 1948.

52.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, pp. 277-279.

ración y combatividad, representaron el techo más alto de la clase obrera en su lucha contra la dictadura»^[53]. La comunista italiana se había encontrado con una militancia desmoralizada que trabajaba con una clase obrera como la de Barcelona, que se hallaba segregada residencialmente y no conocía la tradición sindicalista catalana. Es preciso señalar que en 1965, solo un 40% de la población activa podía recordar la Guerra Civil, y un porcentaje aún menor había participado en la experiencia del sindicalismo o del asociacionismo^[54].

El aumento de la productividad y la congelación salarial, fueron medidas del Plan de Estabilización (citado más arriba) que incrementaron una conflictividad laboral que ya se inició en 1957-1958. Se reclamaba, desde el PCE, un aumento de salarios, un incremento de las primas de producción que se evaluaba en un 100% o 120% de lo establecido hasta la fecha. Por su parte, las direcciones de las empresas se mostraban intransigentes o bien exigían un aumento de la productividad y postergar para entonces las negociaciones^[55]. Más allá de las negociaciones de convenios colectivos, la solidaridad con el conflicto asturiano y la reivindicación de un salario mínimo a nivel de empresa (un tema central en el desarrollo del movimiento obrero desde 1956) fueron elementos cruciales en el ciclo huelguístico iniciado en 1962^[56]. La reivindicación del salario mínimo, además, tuvo un papel protagonista durante los debates



Dibujo de Pablo Picasso dedicado a las movilizaciones de los mineros asturianos, 1963 (Fuente: *Arte y Solidaridad*).

desarrollados en el marco del II Congreso Sindical celebrado en Madrid en marzo de 1962. El origen laboral de las huelgas no era óbice para que adquirieran una dimensión política por el simple hecho de llevarse a cabo, ya que la legislación franquista prohibía explícitamente las huelgas. En base a esto, suspender o ralentizar la producción se interpretaba como un cuestionamiento de un poder fundamentado en el principio de autoridad^[57]. Una autoridad paternalista sustentada en el sindicalismo vertical que en ningún caso era un interlocutor real de la clase trabajadora, y que se envolvía en el discurso de la «hermandad cristiana y fa-

53.- Gregorio Morán, *Miseria y grandeza*, p. 352.

54.- Sebastián Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1994, pp. 76-77.

55.- «Carta de Carlos», Asturias, julio de 1961, Nacionalidades y Regiones: Asturias, Jacq. 63, AHPCE.

56.- Xavier Domènech, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 50-51.

57.- Rubén Vega García (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, TREA, 2002, p. 66.

langista» superador de la lucha de clases^[58].

El trabajo lento para disminuir considerablemente la producción, la negativa para hacer horas extras o acuerdos para paralizar parcial o totalmente el trabajo, fueron algunas de las acciones de protesta de los mineros que se fueron extendiendo solidariamente por el territorio asturiano, hasta rebasarlo y alcanzar el País Vasco, paralelamente con un incremento de la represión. El 4 de mayo de 1962, el Gobierno decretó el estado de excepción en Asturias^[59], Vizcaya y Guipúzcoa; una decisión que no consiguió contener una protesta, ya de carácter nacional, que alcanzó a las fábricas andaluzas, leonesas, gallegas o catalanas. En total, entre abril y mayo, se movilizaron alrededor de 300.000 trabajadores en 28 provincias^[60].

Rossana Rossanda, debido a sus «angustias definitorias» y a las limitaciones propias de un viaje de ni siquiera un mes de duración, no percibió ningún indicio de lo que ocurriría apenas días después de su vuelta a Italia. Se guió por el abatimiento y el pesimismo de algunos militantes e intelectuales que conformaban una oposición débil y fragmentada. La comunista italiana señala que no pudo captar el estado de ánimo de España en un solo viaje^[61], como es lógico. Sin embargo, si algo pudo captar fue eso: estados de ánimo, pero de una militancia y una intelectualidad deprimida que restringía inevitablemente el marco de su análisis. La naturaleza del viaje condicionó

enormemente su estudio de campo y aquello fue lo que trascendió en sus notas y en sus informes. Ni siquiera se encontró con el optimismo voluntarista de los comunistas, «algunos apenas acababan de salir de la cárcel y todos estaban fuera de sí porque la HNP [...] no había tenido ningún éxito, es más, había sido un completo fracaso»^[62]. Pese a ello, la comunista milanese entusiasmó con su labor a Manuel Sacristán que, aunque no pudo reunirse con ella, como se ha señalado anteriormente, comentaba a partir de referencias que seguramente recibió de *Sebastián* (Josep Solé Barberà, abogado y miembro del PSUC) o de su esposa Giulia Adinolfi que «la acción de la *bambina* ha sido eficazísima [...] los ha deslumbrado [a los miembros de la oposición con los que se reunió] por su cultura y por su valentía, que muchos de ellos no tienen a pesar de ser hombres barbudos»^[63].

Santiago Carrillo, tras el movimiento huelguístico acaecido, se felicitaba porque estos hechos venían a «corroborar», una vez más, la justeza de la línea política y la táctica del Partido, e iba más lejos: «no pecábamos de subjetivismo al afirmar que el fracaso histórico del régimen franquista es ya un hecho»^[64].

El PCE fue protagonista prolongando y expandiendo el conflicto gracias a su actividad propagandística y militante, y a la creación y desarrollo de las Comisiones Obreras. No hay que olvidar el esfuerzo llevado a cabo por el PCE también en el ámbito universitario, para obtener la solidaridad de un sector que contribuyó a dar un alto

58.- C. Molinero y P. Ysàs, *La anatomía*, p. 66.

59.- Sobre la naturaleza de la conflictividad socio-laboral en el ciclo 1956-1962, véase: R. Vega, *Las huelgas de 1962: hay una luz en Asturias* y *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional: el camino que marcaba Asturias*, Gijón, TREA, 2002; X. Domènech: *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, La Catarata, 2008.

60.- Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas*, pp. 117-118.

61.- Entrevista a Rossana Rossanda (julio de 2015).

62.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 277.

63.- «Carta de Andreu (M. Sacristán)», París, 25 de abril de 1962, APFV. Citado en Andreu Mayayo I Artal: *Josep Solé Barberà, abogado. La voz del PSUC*, Barcelona, RBA, 2008, p.198.

64.- Santiago Carrillo, «La clase obrera ha abierto el camino hacia la solución del problema político español», *Mundo Obrero* (junio de 1962), p.2.

contenido político a las huelgas organizando manifestaciones. En estas, los estudiantes de Madrid, como destacaba Semprún en las páginas de *Mundo Obrero*:

«lanzaron en la calle, frente a la policía [...] una consigna resonante y certera: «Asturias, sí; Opus no». En pocas palabras se resumían así los objetivos fundamentales de la oposición universitaria democrática. «Asturias, sí», simbolizaba la solidaridad de los universitarios con las masas populares, con la clase obrera; la comprensión de que es preciso fundir cada vez más estrechamente la lucha de obreros y estudiantes en acciones generales contra la dictadura. «Opus, no», resumía la repulsa de un sistema de opresión, de privilegios y prebendas, de radical ineficacia histórica; representaba, en suma, la condena de la dictadura»^[65].

Sin embargo, la solución al «problema político español» no se encontraba cerca y estaba por ver cuál iba a ser el papel de la clase obrera. El optimismo voluntarista de la dirección del PCE en el periodo analizado contrasta con el pesimismo de los testimonios recogidos por Rossanda y la propia visión de ésta de la realidad sociopolítica española. Las dudas políticas de la intelectualidad del PCE procedían en gran medida de la Jornada fallida de 1958, y su baja moral fue registrada por la responsable cultural del PCI^[66]. Además, como creyó observar, el nacionalismo vasco, Esquerra Republicana (ERC), PSOE, UGT o CNT eran prácticamente inexistentes. La comunista italiana concluyó que el PCE, pese a todo, era la única fuerza política estructurada

de la oposición y también percibió, a lo sumo, un «embrión» de partidos católicos con Gil Robles y Giménez Fernández como representantes, una nueva generación que se interesaba por hacer política (Frente de Liberación Popular) y lo que parecía el surgimiento de un nuevo movimiento sindical compuesto por unas incipientes Comisiones Obreras, la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y la Juventud Obrera Cristiana (JOC)^[67]. Sin embargo, con los ojos puestos en la Conferencia Internacional por la Libertad del Pueblo Español, que sería donde se suponía que participaría el grueso de la oposición antifranquista, la reunión más fructífera para la dirigente comunista milanese y el PSUC fue la mantenida con Esquerra Republicana. Como destacaba Josep Solé Barberà, que asistió al encuentro con Rossanda:

«no solamente poseían (Esquerra) una información acerca de la Conferencia superior a todos (nosotros incluidos) sino que manifestaron un interés excepcional acerca de la misma. [Además] al final de la conversación y después de preguntarnos a quiénes habíamos visto y consultado, ofrecieron una entrevista con la CNT [...] En la imposibilidad de ver a Andreu [Manuel Sacristán], tomé la responsabilidad de documentar a la «bambina» sobre lo que esto representaba y cuál era el papel que debíamos adoptar, ya que a última hora, la reunión se acordó con la dirección, de que no asistiera a la misma yo, y que la «bambina» fuera sola con los de Esquerra [Josep Andreu Abelló]. La reunión fue un éxito, ya que aparte, hacer constar, con un cierto tono de amargura, que no siempre habían recibido un trato cordial por parte de algunas de las personas que figuraban en la primera lista de figu-

65.- Federico Sánchez, «Ante nuevas acciones universitarias», *Mundo Obrero* (1 de octubre de 1962), p. 3. Citado en Rubén Vega García (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, TREA, 2002, p. 67.

66.- Giaime Pala, *Cultura clandestina: los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares, 2016, p. 72.

67.- Juan Pablo Fusi, *Espacios de libertad: la cultura española y la recuperación de la democracia (c. 1960-c. 1990)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2015, p. 66.

rantes en la Conferencia (Dolores y Longo, especialmente), declararon solemnemente que había llegado la hora de una unión sin exclusivas y que ésta era inconcebible sin nosotros. Dijeron a la «bambina» [...] que se habían dado cuenta de su aislamiento entre la masa obrera y que ello era consecuencia de que en el ánimo de sus compañeros había cuajado la idea de que sin la unión de todos era inútil cualquier esperanza»^[68].

El Movimiento Socialista Catalán (MSC), el Front Nacional de Catalunya (FNC), ERC y la CNT mostraron su predisposición, tras la ronda de reuniones, de participar en la conferencia con el deseo de comenzar a llevar a cabo una colaboración entre las distintas formaciones políticas que desembocase en una acción conjunta. Los democristianos, por su parte, que ya habían informado de su apoyo a la iniciativa, condicionaron su asistencia a la presencia de José María Gil Robles. Pese a los resultados positivos logrados en su viaje por parte de la comunista italiana y corroborando la impresión pesimista de ésta, conocemos el testimonio de Mario Palermo. Abogado y miembro del PCI, en calidad de representante del movimiento *Solidarietà Democratica*^[69], en mayo de 1962, se encontraba en Madrid asistiendo como observador a un proceso judicial contra cinco estudiantes socialistas imputados por propaganda antifranquista. En el informe sobre su paso por Madrid, Palermo señala que la situación en la capital era normal, que no observó ninguna repercusión de las fuertes huelgas

de abril en Asturias. Pese a que Armando López Salinas le había dicho que hacía 12 días que los obreros de 4 fábricas estaban en huelga, la ciudad —dice Palermo— estaba repleta de extranjeros, sobretudo americanos, y los hoteles completos. Palermo, además, destaca un hecho curioso en su informe: «la facilidad con la que se circula en el Ministerio de Exteriores, situado en la Plaza Santa Cruz, en un gran palacio que he visitado con las mencionadas compañeras [Josefina Arrillaga (socialista) y María Luisa Suárez Roldán (comunista), las dos únicas mujeres que llegaron a militar en el Secretariado de Abogados de UGT, en estos momentos ya extinto] sin que ningún agente o guardia civil se haya detenido mientras caminábamos por los pasillos que daban a las oficinas»^[70].

En Madrid, el ciclo huelguístico iniciado en Asturias no generó conflictos en oleada o cascada. El escaso seguimiento que tuvo la cadena huelguística en Madrid, ayuda a entender las impresiones que Mario Palermo dejó escritas en su informe. La agencia de prensa UPI, en un despacho fechado el 27 de mayo de 1962 arroja datos reveladores sobre el número de trabajadores que se encontraban en huelga en los principales centros industriales del país: Asturias: 30000, Vizcaya: Entre 15000 y 20000, Barcelona: 15000, Madrid: 1500, repartidos entre Renfe y la metalurgia^[71].

Más allá del caso concreto de Madrid, seguramente condicionado por el particular desarrollo de su industria y su clase obrera, diferentes fuentes hablan de un número total de huelguistas en todo el país que oscila entre los 165000 y el medio millón desde el mes de abril a junio de 1962. Este acontecimiento supuso un hito en las rela-

68.- «Carta de Sebastián (Josep Solé Barberà)», abril de 1962, Fondos PSUC, jacq. 1056, AHPCE.

69.- El Comité de Solidaridad Democrática o Solidaridad Democrática, fue constituido en Italia por iniciativa del PCI tras el atentado sufrido por Palmiro Togliatti en julio de 1948. Este movimiento defendía las libertades democráticas y prestaba asistencia legal y sustento material a los ex partisanos afectados por detenciones por su lucha contra el fascismo en la posguerra.

70.- «Relazione viaggio a Madrid», Roma, 3 de junio de 1962, Spagna, MF. 503, pp. 247-251, FIG, APCI.

71.- José Babiano Mora, *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, Madrid, Siglo XXI, 1995, p. 236.

ciones laborales desde Guerra Civil e inició un «ciclo de conflictividad ascendente» que continuaría hasta el final del franquismo^[72]. Pese a todo, Rossana Rossanda, más de dos décadas después de su primer viaje a España, se reafirmó en su interpretación original. En su regreso a Madrid se angustió porque el fascismo —dice— pudo transitar hacia la democracia sin demasiados traumas. Así pues, podía suceder también lo contrario^[73]. Esto inquietó especialmente a la intelectual italiana, ya que implicaba ciertas variables que no se encontraban en su «organización mental». La ausencia de una ruptura radical con la dictadura, en la que hubieran sido protagonistas las clases populares, desafió a su esquema teórico. Pero éste es otro tema que habrá que estudiar en su contexto.

Conclusión

En el PCE existían dos sectores muy diferenciados en su interpretación de la PRN. La dirección del Partido, como se ha podido observar, estaba convencida de que la coyuntura histórica era una prueba en sí misma del acierto de la implementación de esta estrategia. Los resultados, entonces, tenían que ser adaptados necesariamente y no podían desmentir a la «realidad». El sector crítico, la militancia intelectual fundamentalmente, tras contrastar con los resultados políticos el desacierto de la PRN, contrariamente a lo que la dirección proclamaba, consideraba que la formulación política de la «reconciliación» con la burguesía no era la adecuada para ser presentada a la clase trabajadora en un contexto de dictadura.

Pese a existir unas semejanzas significativas con la «vía italiana al socialismo» de Togliatti, esta política se estaba intentan-

do desarrollar en unas condiciones socio-políticas diametralmente opuestas al caso italiano. La tesis del líder del PCI nació de la conocida «*Svolta di Salerno*» (1944) para conjugar conflicto social y política institucional en un incipiente escenario democrático-parlamentario, y así construir un partido de masas capaz de generar mayorías sociales y electorales garantizando la legitimidad del conflicto entre capital y trabajo. Al llevar a cabo la comparativa entre las estrategias del PCI y el PCE, además de encontrar las similitudes entre ambas que contextualizan y proporcionan contenido a la PRN, nos damos cuenta de cómo los entornos sociopolíticos disímiles lastraron al partido español. Unas consignas eminentemente políticas lanzadas con la aspiración de una alianza interclasista que derrotase al franquismo, eran objetivos demasiado optimistas para un partido que no lograba conectar ni siquiera con el vértice del conjunto de las formaciones políticas antifranquistas.

El viaje de Rossana Rossanda a España en 1962, funciona como un hilo conductor que desvela a cada paso las contradicciones a las que la dirección del PCE se enfrentó en el terreno de la estrategia política. Las reuniones de la comunista italiana con la oposición antifranquista nos muestran un evidente desfase entre el entusiasmo voluntarista de Santiago Carrillo y la lectura que el resto de las formaciones políticas y la propia intelectualidad del PCE hacían del estado de salud de la dictadura. Así como del nivel de implicación y concienciación que la clase trabajadora podría disponer en el momento de plantear una estrategia que pretendía un levantamiento popular masivo contra la dictadura. La intelectualidad militante, que es capaz también de permanecer como un observador crítico del medio que le rodea, manteniendo cierta distancia que le permite una mayor amplitud

72.- José Babiano Mora, *Emigrantes*, p.233.

73.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 279.

de miras, se nos muestra como un factor de contrapeso frente al triunfalismo de la dirección. Rossana Rossanda posee la condición de un observador crítico especial por ser una intelectual perteneciente al PCI, el partido en cierto modo inspirador de la PRN. Aglutinar unas demandas de interés nacional a través de una coalición antifranquista que abarcara desde cualquier formación política marcadamente antifascista y de izquierda a liberales o sectores de la derecha decepcionados con el franquismo, eran los planteamientos de un partido que aspiraba a ser nacional, tal y como lo era el PCI.

Los intelectuales no eran tenidos en cuenta desde la dirección para diseñar la

línea política pese a que, en los años 60', el PCE ya se estaba intelectualizando gracias, en gran medida, al atractivo que el partido despertaba entre aquel sector en un contexto de dictadura y a otros factores como la estrategia de captación que se estaba llevando a cabo con Semprún al frente. Los intelectuales, pese a todo, no eran protagonistas en la elaboración programática del Partido, no se aprovecharon orgánicamente en este sentido, ya que la dirección se creía autosuficiente en el plano ideológico. En dicho escenario se comenzaron a fraguar unas contradicciones que tendrían gran trascendencia a corto plazo para el PCE, las cuales fueron observadas y analizadas por la comunista italiana.

La amnistía en la literatura clandestina del Partido Comunista de España (Madrid, 1973-1977)

The amnesty in the clandestine literature of the Communist Party of Spain (Madrid, 1973-1977)

Carlota Álvarez Maylin

Universidad Complutense de Madrid

David Martínez Vilches

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

El objetivo de este artículo es el análisis de la literatura clandestina impresa por el PCE relativa a la reivindicación de la amnistía entre 1973 y 1977. La demanda de la amnistía política fue el elemento vertebrador del discurso democrático del PCE durante el final de la dictadura franquista y la transición. Examinamos la cultura escrita, a través de la cual el PCE proyectó la reivindicación de la amnistía en la sociedad y el proceso de comunicación política en la que el emisor es un partido ilegal y el receptor una sociedad educada en la desactivación de la política. El marco espacial se circunscribe a la ciudad de Madrid por la intensidad de los movimientos contestatarios que se desarrollaron en su interior.

Palabras clave: Amnistía, clandestinidad, prensa clandestina, literatura panfletaria, PCE.

Abstract

The aim of this paper is the analysis of the clandestine literature printed by the PCE regarding the claim for amnesty between 1973 and 1977. The demand for political amnesty was the backbone of the democratic discourse of the PCE at the end of Franco's dictatorship and in the transition to democracy. We examined the written culture, through which the PCE projected the demand for amnesty and the process of political communication in which the issuer is an illegal party and the receiver is a society educated in the deactivation of politics. The spatial framework is limited to the city of Madrid because of the intensity of the protest movements that developed inside it.

Keywords: Amnesty, clandestine world, clandestine press, pamphlets, Communist Party of Spain.

Introducción

La reivindicación de la amnistía para todos los presos políticos y sociales fue uno de los elementos vertebradores del discurso democrático del Partido Comunista durante el final de la dictadura del general Franco y los primeros años de la transición a la democracia. En este trabajo pretendemos explorar las estrategias de difusión de esta reclamación en la literatura clandestina del PCE, con atención a los distintos formatos en los que esta se proyectaba (literatura panfletaria y prensa periódica). La campaña de amnistía, aunque de amplio recorrido en el PCE, protagonizó las últimas grandes reivindicaciones contra el régimen y las primeras por la democracia, y supuso un punto de encuentro de toda la oposición política hasta convertirse en una de sus señas de identidad. Esta campaña, que tenía como eje discursivo principal la liberación de todos los presos por motivos políticos, dio un significado concreto a gran parte de las movilizaciones contra la dictadura, con consignas que fueron socializadas entre distintos sectores de la población. Nuestro análisis se circunscribe a la ciudad de Madrid, no solo porque en ella confluyen los mundos del trabajo, la universidad y el movimiento vecinal, sino también por el tipo de relaciones sociales que se dan en el espacio urbano, donde se abren mayores posibilidades a la clandestinidad. La cronología acotada, entre 1973 y 1977, responde a los años de mayor auge de la campaña de amnistía, tanto por la intensidad de las movilizaciones contra la dictadura como por el recrudecimiento de la represión por parte del régimen. En este sentido, el «Proceso 1001», cuyo juicio tuvo lugar en 1973, constituye un hito fundamental que nos sirve de punto de arranque para nuestro estudio, que se extiende hasta 1977, con la apro-

bación de la Ley 19/1977, de Amnistía^[1]. Aunque encontramos disposiciones legislativas previas de carácter limitado, como el indulto de noviembre de 1975^[2] o el real decreto-ley sobre amnistía de 30 de julio de 1976^[3], es la ley de 15 de octubre de 1977, aprobada por una gran mayoría en el Congreso de los Diputados, la que contempla los presupuestos políticos de superación de la dictadura que había exigido la oposición democrática.

La transmisión de ideas a través de la cultura escrita durante la dictadura de Franco estaba completamente limitada por uno de los múltiples mecanismos de control político-social e inhibición cultural de los que se valió el régimen a lo largo de su existencia, como fue el de la censura. Nacida al compás de la guerra, y reactualizada en términos de operatividad en 1966, la censura introducía en el circuito comunicativo de difusión de textos una instancia intermediaria que seleccionaba lo que podía llegar al público lector y lo que no y, por tanto, implicaba, por una parte, una lectura controlada y mutilada, y por otra, una autocensura negociada en la misma génesis de los textos. A todo este estrangulamiento de la circulación de textos contribuía la inexistencia de un conjunto de criterios que orientase la propia censura, que recaía directamente en el libre arbitrio del censor. Frente a los canales de difusión de textos visibles, constreñidos por la dictadura, se desarrolló una cultura escrita que eludía los cauces que contemplaba la legalidad del régimen, y que constituía un circuito de difusión de

1.- Ley 46/1977, de 15 de octubre, de Amnistía, BOE del 17 de octubre.

2.- Decreto 2940/1975, de 25 de noviembre por el que se concede indulto general con motivo de la proclamación de Su Majestad don Juan Carlos de Borbón como Rey de España, BOE del 26 de noviembre.

3.- Real Decreto-ley 10/1976, de 30 de julio, sobre Amnistía, BOE del 4 de agosto.



Manifestación en Sevilla por la amnistía, 11 de julio de 1976 (Archivo Histórico de CCOO de Andalucía, Fondo José Julio Ruiz Benavides).

textos oculto y, en consecuencia, libre^[4].

Desde que pioneros como Sergio Vilar y Javier Tusell abordaran la oposición a la dictadura, este tema ha sido revisitado por la historiografía en numerosas ocasiones y desde múltiples perspectivas^[5]. En cambio,

los estudios sobre la campaña de amnistía son escasos y se encuentran en trabajos más globales, abordados generalmente desde una perspectiva jurídica y orientada hacia las preocupaciones del presente en torno a los derechos de las víctimas de la dictadura de Franco^[6]. Resultan especialmente interesantes los trabajos que abor-

4.- Jesús Martínez Martín, «Editar en tiempos de dictadura. La política del libro y las condiciones del campo editorial», en Jesús Martínez Martín (dir.), *Historia de la edición en España (1939-1975)*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 27-42; Jesús Martínez Martín, *Letras clandestinas*, Madrid, Imprenta Municipal, 2016. Sobre la circulación de textos, ver Robert Darnton, «What is the history of books?», en *Daedalus*, 113, 3 (1982), pp. 65-83. Este mismo autor ha dedicado una obra al fenómeno de la censura: Robert Darnton, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, FCE, 2014.

5.- Específicamente sobre el PCE, destacan por su actualidad de análisis Juan Antonio Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012; y, de reciente publicación, Carme Molinero y Pere Ysas, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido*

Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Crítica, 2017; Alfonso Pinilla, *La legalización del PCE. La historia no contada (1974-1977)*, Madrid, Alianza, 2017, también publicado recientemente.

6.- Josefina Cuesta, «Recuerdo, silencio y amnistía en la Transición y en la Democracia españolas (1975-2006)», en *Studia historica. Historia Contemporánea*, 25 (2007), pp. 125-165; Paloma Aguilar, *Justicia, política y memoria: los legados del franquismo en la transición española*, Madrid, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, 2001; Paloma Aguilar, *Memory and Amnesia: the Role of the Spanish Civil War in the Transition to Democracy*, Nueva York, Berghahn Books, 2002; María Jesús Espuny et al., *30 años de la Ley de Amnistía (1977-2007)*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 2009.

dan la campaña de amnistía a partir de la historia de género, entre los que destaca aquellos realizados por Irene Abad Buil^[7].

Las aproximaciones a la cultura escrita de la clandestinidad durante la dictadura de Franco han estado muchas veces comprometidas por la propia consideración que otorgó la dictadura a los textos clandestinos, expresada en la etiqueta de «propaganda ilegal», con la que se atribuía una finalidad de subversión y derribo del régimen. La trasposición de esta concepción a la interpretación histórica del conjunto documental de la clandestinidad implica un acercamiento reduccionista que contempla únicamente el fenómeno desde la propia óptica de los resortes de la represión del Estado, olvidando que bajo la denominación de «propaganda ilegal» afloran multitud de textos, con diferentes finalidades que no se limitaban únicamente a la subversión, y que se difundían en formatos diversos y variables en función de las estrategias de difusión^[8]. Otros estudios más novedosos han indagado en las formulaciones ideológicas que se encontraban detrás de los textos clandestinos, como un proceso comunicativo que pretendía enfrentarse al bloqueo informativo de la dictadura, especialmente en el caso de la guerrilla antifranquista^[9]. Estudios locales y sectoriales revelan

que estos aspectos, aunque presentes en la cultura escrita de la clandestinidad, son insuficientes para entender este conjunto de textos desde las propias coordenadas en las que se produjeron, insertándolos en la realidad social en la que fueron creados^[10].

Precisamente, en esta relación continua entre texto y contexto se inserta nuestra investigación. Partimos de la hipótesis de que cada formato de texto, tanto la literatura panfletaria (y sus distintas variedades) como la prensa, tiene un objetivo distinto de agitación y propaganda, es decir, cuenta con un sistema de comunicación diferenciado, pues la producción, su difusión y su receptor son diferentes. Para entender esta cuestión, debemos estudiar los diferentes circuitos de comunicación que se desarrollaron en el mundo de la clandestinidad durante el franquismo. Así, hemos realizado un análisis comparado entre ambas tipologías de fuentes con el objetivo de examinar la configuración de los circuitos de comunicación, edición y difusión que genera cada formato. Nuestro trabajo se centra en varias cuestiones a resolver: la configuración de los circuitos de comunicación en el mundo clandestino del PCE, la interconexión entre los circuitos que generan ambas tipologías de fuentes y la posibilidad de producir diferentes circuitos y cómo afecta esto al contenido y al formato de las fuentes. A ellas hemos accedido en el Archivo

7.- Irene Abad Buil, *En las puertas de la prisión: de la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo*, Barcelona, Icaria, 2012; Irene Abad Buil, «El papel de las 'mujeres de preso' en la campaña pro-amnistía», en *Entelequia. Revista Interdisciplinar*, 7 (2008), pp. 139-151.

8.- José De Cora, *Panfletos y prensa antifranquista clandestina*, Madrid, Ediciones 99, 1977; Joan Olivier et al, *La prensa clandestina (1939-1956). Propaganda y documentos antifranquistas*, Barcelona, Planeta, 1978.

9.- Salvador Fernández Cava, «Información, prensa y propaganda en la AGLA», en *Entremontes. Revista digital de los estudios del maquis*, 2 (2011), pp. 27-43; Julián Chaves Palacios, «Franquismo y oposición: propaganda contra el régimen en la década de los cuarenta», en *Historia Contemporánea*, 26 (2003), pp. 353-368; Armando Recio

García, *Propaganda de la guerrilla antifranquista (1939-1952)*, tesis doctoral, UCM, 2016.

10.- José María Moro Barrañeda, «Información y propaganda», en Rubén Vega García (coord.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Oviedo / Gijón, Fundación Juan Muñiz Zapico / Trea, 2002, pp. 257-279; Néstor García Lázaro, «Escrituras contestatarias en contextos dictatoriales. Las Palmas durante el tardofranquismo (1959-1975)», en *Hispania*, 74, 246 (2014), pp. 237-266; Raúl Ramírez Ruiz y Sara Núñez de Prado, «Estudio de los textos de la propaganda ilegal contra el Franquismo a través de las sentencias del TOP», en *Hispanic Research Journal*, 16, 6 (2015), pp. 523-544.

Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE)^[11]. No obstante, la investigación no ha sido planteada como una explotación sistemática de los fondos de este archivo, sino como un trabajo exploratorio que nos permita un acercamiento al fenómeno de la campaña de amnistía en la literatura clandestina del PCE desde la óptica interpretativa de una historia social de la escritura.

La reivindicación de la amnistía en la literatura panfletaria del PCE

La literatura panfletaria no solo se inserta en el mundo de la cultura escrita de la clandestinidad, sino que además constituye una forma de acción colectiva dentro de los repertorios de protesta y propaganda de aquellos años. Se trata de un conjunto de textos de naturaleza efímera, cuya confección —en condiciones más o menos precarias— se ajustaba a circunstancias concretas y cuyo circuito de difusión se proyectaba más allá de los círculos de la oposición, multiplicando los destinatarios y potenciales lectores. Su objetivo no era la transmisión de contenidos doctrinales, aunque estos pudiesen estar presentes, sino la agitación contra la dictadura; su misma presencia en calles, facultades o lugares de trabajo constituía un desafío a un régimen que nunca dejó de velar por el orden en el espacio público. Los distintos formatos respondían a diferentes contenidos, pero sobresale por sus especiales caracteres un tipo particular de literatura impresa: las octavillas. Producidas a ciclostil en vietnamita, su formato en octavo facilitaba la distribución a través de tiradas, en las que cualquier persona que pasara por el lugar en el que se efectuaba la acción po-

día ser receptor de su texto. Este reducía al mínimo los planteamientos doctrinales en una exposición reivindicativa que invitaba a convertir la disconformidad con la dictadura en disidencia abierta a través de frases concisas y, sobre todo, consignas directas, convocando a la movilización en huelgas o manifestaciones^[12].

La labor de propaganda a través de la literatura panfletaria necesitaba de una previa organización logística para que los textos llegaran a sus potenciales destinatarios sin contratiempos. Por ello, el PCE estableció unas normas de seguridad durante todo el proceso de distribución de textos clandestinos, desde su almacenamiento hasta su reparto, con objeto de asegurar la eficacia de las actividades y aminorar los efectos de una siempre posible intervención policial. Dichas normas incluían prevenirse ante registros inesperados en el propio domicilio, advertir el control del teléfono y la correspondencia por parte de las autoridades y observar todo tipo de precauciones a la hora de acudir a las reuniones clandestinas. Para el caso concreto de la distribución de la propaganda, existían pautas para llevar a cabo tales actuaciones. En primer lugar, había que mantener una gran discreción y evitar a los confidentes a la hora de pasar las citas. La acción había que realizarla puntualmente y con decisión, para no levantar sospechas, y con previo conocimiento del lugar para escapar lo más rápido posible. Asimismo, se proporcionaba una serie de directrices para que, en caso de que se efectuase una detención contra alguno de los militantes, los detenidos tuviesen estrategias para soportar los interrogatorios —incluso la tortura física— y evitasen facilitar información de las actividades clandestinas a la policía^[13].

11.- En las referencias a este archivo, usamos las siguientes abreviaturas de sus fondos: Movimiento Obrero (MO), Movimiento Estudiantil (ME), Comité de Madrid (CM), Movimiento Democrático de Mujeres (MDM).

12.- Jesús Martínez Martín, «Letras clandestinas», pp. 92-94.

13.- «Normas prácticas para la seguridad de todos los estudiantes antifascistas», ME: c.125, carp.5, AHPCE;

El PCE hizo pivotar sobre la amnistía el discurso de cambio político en los años de agonía de la dictadura. Cada acto de represión de las autoridades era contestado por lluvias de octavillas en las que se manifestaban las contradicciones del régimen de Franco, se exponía un programa hacia una alternativa política y se convocaba a la actuación opositora con concentraciones, manifestaciones o asambleas. En abril de 1973, la muerte de Manuel Fernández Márquez, obrero y militante del PSUC y CCOO, en una protesta ante la central térmica de Sant Adrià de Besós dispersada a tiros por la policía era respondida por el Comité de Madrid del PCE con una lluvia de octavillas cuyo texto refleja bien este discurso. Presentaba la represión como el único instrumento que contemplaba la dictadura a la hora de solventar los problemas del mundo del trabajo, una «irresponsabilidad establecida y legalizada» que se estaba patentizando en el «Proceso 1001». El «interés de la mayoría de los españoles» exigía «elaborar una alternativa democrática» que se habría de basar en cuatro puntos: la concesión de una amnistía para presos y exiliados, la constitución de un Gobierno Provisional, la convocatoria de elecciones a Cortes Constituyentes y, el establecimiento de las libertades de asociación, reunión y expresión. Finalmente, la octavilla llamaba a la realización de paros, manifestaciones y minutos de silencio en las fábricas^[14].

La muerte de Fernández Márquez no solo se produjo en el momento en que estaba en marcha el «Proceso 1001», sino también a escasos días para el 1º de Mayo, jornada reivindicativa del obrerismo por excelencia, cuya preparación por parte del Comité de Madrid del PCE contempló la confección

de un folio, que continuaba y ampliaba el contenido de octavillas como la anterior, con una exposición programática y doctrinal. Frente a la represión del régimen, la alternativa propuesta se concretaba en una «revolución política» concebida como «el resultado de las luchas de las masas por sus problemas y reivindicaciones más inmediatas hasta su culminación, en una coyuntura apropiada, en la Huelga Nacional» junto a la convergencia de las fuerzas políticas democráticas en un «pacto por la libertad». No obstante, la instauración de un sistema de libertades no era el punto de llegada, sino la plataforma para lo que el PCE llamada el «objetivo final» y su «razón de existencia»: «el logro del socialismo en nuestro país»^[15].

Octavillas y folios, por tanto, mostraban ante una misma situación un idéntico programa, pero con distintos planteamientos. Mientras que en la octavilla se acentuaba la naturaleza democrática del programa propuesto, en el folio se incidía en la consecución del socialismo como elemento definitorio del cambio político que se perseguía. El uso de las mayúsculas y los subrayados también apuntan en esta dirección: en la octavilla se reservaba para las consignas, los llamamientos y, en menor medida, para el contenido programático; en el caso del folio, era esta última dimensión la que más se acentuaba con tales recursos, destacando aquellos conceptos más importantes para la argumentación. La utilización de estas estrategias en los textos tenía como objetivo guiar su lectura, por lo que eran fundamentales a la hora de articular el discurso en aquellos más extensos. En cambio, el lenguaje breve y directo de las octavillas ofrecía en sí mismo un mensaje claro en su interpretación. En ambos casos, las consignas finales cerraban el discurso a modo de

«Normas prácticas a tener en cuenta por todos los militantes del Movimiento Obrero», MO: c. 84, carp. 1/3, AHPCE.

14.- Comité de Madrid del PCE, «Madrileños, ciudadanos», 1973, CM: c. 69, carp. 1AHPCE.

15.- Comité de Madrid del PCE, Ante el 1 de Mayo, 1973, CM: c. 69, carp. 1AHPCE.

síntesis de lo fundamental que se deseaba transmitir, pero también eran una invitación abierta a la acción contra la dictadura.

Esto evidencia los diferentes circuitos de difusión para los que estaban confeccionados estos distintos formatos en su misma configuración externa e interna. Los folios, que circulaban de mano en mano, estaban destinados a la militancia comunista u otros sectores de la oposición más o menos cercanos y vinculados. Las octavillas, al contrario, no tenían un público lector específico, cualquier persona del espacio público podía recoger una, leer su contenido y obrar en consecuencia. Ello requería, por otra parte, adecuar el discurso al público lector, tanto en su contenido como en su articulación a través de la argumentación y de los recursos formales (uso de mayúsculas, subrayados, signos de exclamación).

El movimiento obrero comunista hizo su propia lectura de la amnistía en clave laboral y la intentó socializar a través de su propia literatura clandestina en centros de trabajo. La octavilla distribuida con motivo del fallecimiento del dictador y de la sucesión de Juan Carlos en la jefatura del Estado subrayaba la amnistía como paso fundamental para romper con la dictadura y construir un sistema de libertades. Pero ello no significaba únicamente la salida de los presos políticos y la vuelta de los exiliados, sino también la readmisión de los despedidos, esa otra amnistía que debía darse en el plano laboral, en tanto que los sancionados con esa medida lo eran tales por su participación en la lucha contra la dictadura de Franco desde el movimiento obrero^[16]. En otra octavilla, que llamaba a la movilización durante una semana por la amnistía convocada por Coordinación Democrática, el movimiento obrero metalúr-

gico colocaba a los trabajadores en la vanguardia de la lucha por la conquista de la democracia, entendiendo que la amnistía también contemplaba la «amnistía laboral» que les llevaría a «reconquistar, junto a las libertades, nuestros puestos de trabajo»^[17].

El movimiento estudiantil, por su parte, intentó un discurso socialmente transversal, que incluyese también las reivindicaciones obreras. Un folio que circuló tras la muerte de Franco y el discurso de proclamación del nuevo monarca desdeñaba las formas aperturistas de Juan Carlos y su indulto como «una migaja a la sociedad española» que no anunciaba nada nuevo, sino que continuaba con fórmulas anteriores. Lo que de verdad abriría la puerta a la democracia sería una verdadera amnistía, «reivindicación política llave de todas las demás» y que había que «arrancar» al poder: el fin de los presos políticos significaba el fin de los delitos políticos y, por tanto, la pluralidad democrática^[18].

Además de folios y octavillas, la amnistía fue reivindicada a través de la tirada de un tipo particular de textos cuya singularidad reside en su pequeño formato. Se trata de dieciseisavos, cuyo tamaño era la mitad de una octavilla, y que tenían como virtualidad una inmediata y directa transmisión del mensaje. Algunos de los que se distribuyeron convocando a manifestaciones contenían en el anverso un escueto texto con el motivo de la movilización, el día, la hora y el lugar, así como una imagen de un preso, que era identificado en el reverso, donde constaba su nombre, su trabajo y la condena que estaba cumpliendo. La relación

16.- Secretariado de la Coordinadora General de Comisiones Obreras, «A los trabajadores del Estado español», noviembre de 1975, MO: c. 83, carp. 3/4 AHPCE.

17.- Coordinadora de los represaliados del metal de Madrid, Llamamiento a todos los compañeros metalúrgicos de Madrid a la lucha por la amnistía, julio de 1976, MO: c. 88, carp. 20 AHPCE

18.- Organización Universitaria de Madrid del PCE, «Amnistía: aquí y ahora, ca», julio de 1975, ME: c. 123, carp. 2/1.4, AHPCE.

entre imagen y palabra, simple, inmediata, pero enormemente expresiva, era una apelación directa, casi personal al lector, como si fuera el mismo preso que aparecía en la imagen quien le convocaba a acudir^[19].

En otros ejemplos de este tipo de literatura efímera, en el anverso figuraba la palabra «Amnistía» y en el reverso distintas consignas reivindicativas. Estas no solo estaban referidas a la situación de los presos («¡Libertad para todos los presos políticos y sociales!», «¡Reclamemos el estatuto del preso político!»), sino que también vinculaban la amnistía con el cese de la represión («¡No más expedientes académicos! Fuera policía de la Universidad!», «Exijamos la derogación del decreto-ley fascista sobre bandidaje y terrorismo»), la consecución de libertades («¡Libertad de reunión asociación manifestación y prensa para el pueblo»), la injusticia social a la que abocaba la dictadura («¡Están en las cárceles honestos trabajadores, estudiantes e intelectuales! ¡Andan libres los ladrones de ‘Matesa’!»), la incapacidad del régimen para superar la guerra civil («¡Después 30 años de finalizar la guerra civil aún no ha habido una amnistía!»), «¡Basta ya de vencedores y vencidos! ¡Libertad para el pueblo!») o, incluso, una llamada a la jerarquía eclesiástica para que mostrase su apoyo a la amnistía («¡El pueblo espera que los Obispos y Cardenales manifiesten públicamente la petición de amnistía para los presos y exiliados políticos!»)^[20]. En suma, mensajes de todo tipo que intentaban involucrar a la mayor parte de población posible para ampliar el apoyo social en la campaña a favor de la amnistía.

Dentro de la literatura panfletaria en favor de la amnistía se singulariza la pro-

ducción de textos procedente del mundo de las mujeres. La actuación de las mujeres en ayuda a los presos políticos fue una constante a lo largo de la dictadura de Franco debido a que la represión que ejercía al régimen a sus esposos o hijos las afectaba de forma directa. Su asistencia fue fundamental para la supervivencia de sus familiares dentro del sistema penitenciario en los momentos más duros de la posguerra, pero, avanzando el tiempo, esa actividad asistencial y básicamente individual dejó paso a la acción colectiva —que observó factores de concienciación y politización— dirigida a la consecución de la amnistía y plenamente integrada en el mundo de la oposición. El PCE tuvo un papel relevante a la hora de plantear ese avance con el lanzamiento de la campaña de amnistía en 1952, pero ello también implicaba la limitación de la presencia femenina a los ámbitos que tradicionalmente se habían atribuido a las mujeres, sin adoptar ningún tipo de rol transgresor. Desde 1965, el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM) —en estrecha vinculación con el PCE, aunque sus relaciones no fueron unívocas— protagonizó multitud de actuaciones en las que la oposición política al régimen, con la amnistía como elemento fundamental, se mezclaba con reclamaciones de carácter social o económico de su propia cotidianeidad, que asimismo servían de instrumento para extender la base social de sus reivindicaciones^[21].

La literatura panfletaria del Movimiento Democrático de Mujeres refleja bien las estrategias de actuación mencionadas. Las octavillas —muchas de ellas lanzadas en mercados— vinculaban el deterioro de la situación económica y sus negativos efectos sobre las finanzas domésticas con la

19.- «Amnistía. Manifestémonos el día 3 – 8 tarde Atocha», CM: c. 69, carp. 1, AHPCE.

20.- «Amnistía», CM: c. 69, carp. 1, AHPCE.

21.- Ver Irene Abad Buil, «En las puertas de prisión» y Francisco Arriero Arranz, *El Movimiento Democrático de Mujeres: de la lucha contra Franco al feminismo (1965-1985)*, Madrid, Catarata, 2016.

imposibilidad que tenían los trabajadores para plantear demandas salariales, en tanto que el movimiento obrero estaba en el punto de mira de los resortes represivos del régimen. En estas circunstancias, rescatar de las cárceles a quienes habían luchado contra la dictadura era un primer hito en el camino hacia un bienestar social indisoluble a un sistema político democrático. El aumento del precio de la bolsa de la compra no era una materia de tipo político, sino de naturaleza social y económica. Sin embargo, conseguir su abaratamiento pasaba por acabar con la represión y alcanzar la amnistía —dos elementos indisolubles—, lo que evidencia el fondo de sus reivindicaciones, pero también una apelación más allá de la política que facilitaba que este tipo de textos fuesen leídos con un gesto de aprobación por un mayor número de lectoras^[22].

La reivindicación de la amnistía en la prensa periódica del PCE

Mundo Obrero, órgano de comunicación del PCE, fue la principal publicación periódica del PCE en la década de 1970. Durante la dictadura de Franco fue uno de los principales medios de comunicación de la oposición contra el régimen, siendo la voz del PCE en los círculos de la militancia de izquierda clandestina. El *Mundo Obrero* de la clandestinidad se desarrolló en un contexto político vinculado necesariamente al problema de la censura de la prensa en España durante la Dictadura^[23]. Como afirma Robert Darnton, la clandestinidad surge y se vuelve importante dentro de un contexto histórico, cuando la censura, el con-

trol y una élite de poder concreta tratan de acaparar toda manifestación escrita dentro de los límites de la legalidad^[24]. El régimen franquista ejerció un duro control sobre la prensa escrita, que indujo a crear nuevos circuitos de escritura y prensa clandestina. Aunque la dirección de *Mundo Obrero* nunca se planteó someter la publicación a los canales de la legalidad, la censura franquista no solamente limita la prensa que se encuentra dentro de la legalidad del Régimen, sino que impulsa toda una serie de hojas, números sueltos, números especiales, portadas, etc., que forman parte del contexto de clandestinidad del órgano de comunicación del PCE.

Mundo Obrero fue editado en Madrid en imprentas clandestinas situadas en distintos barrios desde el año 1945. Las imprentas fueron cambiando de ubicación durante el periodo en el que nos centramos, debido a las constantes caídas de las células que las gestionaban. La mayoría se situaban en los barrios del centro de la capital, siendo también importantes las que se concentraban en la zona de Moratalaz y Vallecas y la zona de Barrio del Pilar. Además, su difusión era constante en los movimientos vecinales obreros y estudiantiles. Por poner un ejemplo, *Mundo Obrero* estaba presente en 1976 en tres universidades madrileñas, dentro de las cuales entre unos 3.000 y 4.000 ejemplares se vendían directamente a los universitarios a través de una campaña de suscripciones. Todavía eran más los ejemplares que de forma sistemática se vendían en mano a los simpatizantes, el resto, habitualmente se vendían públicamente en las clases, los bares, los pasillos de Facultades y Escuelas. Se organizaban «puestos», convenientemente protegidos de la llegada de la policía en los que se pedía una apor-

22.- MDM, «La bolsa de la compra y la lucha contra la represión y MDM», «¡Mujeres de Madrid!», MDM: c. 117, carp. 2/6AHPCE.

23.- Juan Antonio Hernández Les, «Información clandestina», en *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 8 (2002), pp. 231-244.

24.- Robert Darnton, *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Madrid, Turner, 2003.

tación voluntaria a todo aquel que comprara el periódico. Además, se reservaban algunos ejemplares para colocarlos en los murales, destacando las ideas más importantes de cada ejemplar, consiguiendo que *Mundo Obrero* llegará más allá del circuito de la clandestinidad.

Actualmente, se antoja complicado realizar un resumen del papel jugado por *Mundo Obrero* durante el periodo de la Dictadura. Sin embargo, sí es importante destacar su papel durante la campaña a favor de la amnistía, pues se convierte en el órgano de difusión y agitación de las organizaciones movilizadas por la causa de la amnistía. En 1952 aparece publicado en *Mundo Obrero* —que por aquel entonces cumplía su función dando difusión a los acuerdos del Comité Central— la decisión tomada por el principal órgano de decisiones del PCE de iniciar la campaña de amnistía para los presos políticos entre su militancia^[25]. La consigna de la «Amnistía general para los presos políticos y sociales», se hizo desde este momento extensiva a todo el periodo en el que la publicación se mantuvo en la ilegalidad. Aunque las décadas de 1950 y 1960 son importantes en la campaña de amnistía porque durante sus años se van forjando las bases de la movilización posterior, es durante la década de 1970 cuando se produjeron las movilizaciones más significativas a favor de la amnistía. En los años finales de la Dictadura, *Mundo Obrero* multiplicó sus publicaciones sobre la amnistía y su difusión aumentó exponencialmente, llegando las reivindicaciones por la libertad de los presos políticos y sociales a un espectro de población que iba más allá de la militancia del PCE.

Durante la campaña de amnistía que se desarrolla entre los años 1973 y 1977, *Mundo Obrero* llevó a sus páginas multitud de



Portada de *Mundo Obrero* del 26 de abril de 1973.

artículos reivindicativos, pero también artículos escritos por los presos políticos que se encontraban en las cárceles franquistas. En Madrid, destacaron aquellos elaborados por los presos de la cárcel de Carabanchel^[26] que, a través de *Mundo Obrero*, tenían noticias del exterior. Estas eran uno de los principales anhelos de los presos, y les llegaron mediante la prensa clandestina introducida a través de los familiares, que circulaba por las galerías de prisión.

A lo largo del periodo que estudiamos observamos diferentes cambios en el discurso forjado alrededor de la reivindicación de la Amnistía. Previamente a la muerte del dictador, los artículos de *Mundo Obrero* repitieron en todos sus formatos tres consignas

25.- «Por una Amnistía General para los presos políticos sociales», en *Mundo Obrero*, septiembre de 1952, p. 5.

26.- «En defensa de Camacho y los dirigentes obreros. Movilización inmediata nacional e internacional», en *Mundo Obrero*, noviembre de 1974, pp. 2-3.

principales: *Libertad, Amnistía, Democracia*, como tres ejes reivindicativos ligados e inseparables y que se condicionan unos a otros^[27]. Entre los años 1973 y 1974, *Mundo Obrero* abrió la mayoría de sus portadas con títulos como «Gobierno Provisional, Amnistía, Libertades democráticas, Elecciones a Cortes Constituyentes»^[28]. En Madrid los artículos se centraban en las manifestaciones que se organizaban en torno a la cárcel de Carabanchel y las grandes movilizaciones que reclamaban la amnistía.

Tras la muerte de Franco y la concesión del indulto a los presos del «Proceso 1001», las demandas por la Amnistía General crecen notablemente. Debido a la nueva situación política del país, podemos observar un cambio discursivo en el que se destacan dos conceptos, «Amnistía» y «Democracia». El PCE entendía, como paso previo a la democracia, la necesidad de desarrollar un proceso de Amnistía para los presos políticos y sociales. Este cambio discursivo era la contestación que lanzaba la oposición comunista a la «amnistía a medias» de julio de 1976 que desde el gobierno se planteaba como estrategia para acabar con las movilizaciones y facilitar el proceso de reforma desde arriba^[29]. Bajo el título de «Amnistía es Amnistía», a principios del verano del 76, *Mundo Obrero* dedicaba un número específico a esta reivindicación, en el que el PCE anunciaba su participación en la Semana por la Amnistía celebrada en País Vasco, insertando esta como una de las principales exigencias ante el gobierno de Suárez^[30]. En

este número se repiten consignas y convocatorias a manifestaciones que hemos visto previamente en la literatura panfletaria, además de dedicar páginas a las mujeres del Movimiento Democrático de Mujeres^[31] y sus demandas a través del Comité por la Amnistía.

En septiembre 1976, aunque en las páginas de la publicación del PCE se presentaba al Comité Provincial de Madrid saliendo de la clandestinidad, formado por algunos de los nombres conocidos de la ilegalidad y las cárceles franquistas, como Víctor Díaz Cardiel, se seguía exigiendo la Amnistía para los presos políticos, con especial atención a los vascos. Aunque el PCE en Madrid había salido a la luz y su militancia ya fuese visible, seguían siendo conscientes del conflicto que se estaba desarrollando dentro de las cárceles y de la necesidad de una Amnistía total^[32].

Dos eventos tienen especial relevancia en las páginas de *Mundo Obrero* en la época de mayor difusión de la campaña de Amnistía: el «Proceso 1001»^[33] y la detención de Santiago Carrillo^[34]. En torno al «Proceso 1001» se mezclan las movilizaciones nacionales e internacionales reivindicando la libertad de los sindicalistas presos, con la exigencia de la libertad sindical^[35]. Dicho

1976, p. 1.

31.– «Luchando por la Legalidad del Partido. Rueda de prensa de las mujeres de Sánchez Montero y Lobato», en *Mundo Obrero*, julio de 1976, p. 15.

32.– «El Provincial de Madrid se presenta» y «País Vasco», en *Mundo Obrero*, septiembre de 1976, pp. 2 y 4 respectivamente.

33.– «7 de diciembre, en torno a Carabanchel, una barrera represiva frente a un pueblo que clama: ¡Amnistía!», en *Mundo Obrero*, diciembre de 1976, p. 2.

34.– «La respuesta», en *Mundo Obrero*, diciembre de 1976, p. 2.

35.– «Intensa movilización internacional en apoyo a la lucha de los trabajadores españoles por la libertad sindical y los derechos humanos. En defensa de Marcelino Camacho y sus compañeros», en *Mundo Obrero*, diciembre

27.– «¡Amnistía!, ¡Amnistía! Una batalla que no cesa», en *Mundo Obrero*, diciembre de 1974, p. 5.

28.– «Gobierno Provisional, Amnistía, Libertades democráticas, Elecciones a Cortes Constituyentes», en *Mundo Obrero*, abril de 1973, p. 1.

29.– Pau Casanellas, *Morir matando: el franquismo ante la práctica armada, 1968-1977*, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 241-243.

30.– «Amnistía es Amnistía», en *Mundo Obrero*, julio de

proceso protagonizó gran cantidad de páginas en *Mundo Obrero* y simbolizó uno de los momentos de máxima movilización en la campaña por la Amnistía, demostrando que la argumentación comunista a favor de la amnistía estaba inserta en las coordenadas políticas en las que se desarrollaba el conjunto de la oposición democrática. Igualmente, tal y como hemos examinado en las octavillas y demás literatura panfletaria, *Mundo Obrero* refleja cómo se viven estos procesos judiciales desde los movimientos sociales, como el movimiento obrero y el movimiento estudiantil. En torno al «Proceso 1001», bajo el título «El proceso en la calle. Paros y asambleas en fábricas y huelgas en la universidad», se reflejan las distintas manifestaciones y acciones que se estaban realizando por la «Amnistía y Libertad» de los presos de la cúpula de CCOO^[36].

En este mismo sentido, las convocatorias de manifestaciones en Madrid que aparecen en las octavillas, aparecen en las páginas del *Mundo Obrero*. Un ejemplo puede ser la convocatoria en Madrid de una manifestación pro-amnistía, «Madrid. 4 de abril, manifestación por la Amnistía»^[37], donde se expone una larga lista de figuras políticas relevantes firmantes del manifiesto convocante. Además, convocatorias a manifestaciones como la que se celebra por el Primero de Mayo incluían entre sus reivindicaciones la amnistía, como en «Primero de Mayo, contra la congelación, por la Amnistía y las libertades»^[38]. Hacia el año 1977 encontramos un viraje discursivo hacia la

amnistía como reconciliación^[39]. Dado que durante los años anteriores ya se habían sucedido diversas amnistías e indultos, el PCE se centrará entonces en la «Amnistía General» y la amnistía para los presos vascos. A partir de 1977, con el inicio de la transición hacia la democracia en España, *Mundo Obrero* da el salto a la legalidad. En noviembre de 1978 salía el primer *Mundo Obrero* diario.

Conclusiones

Aunque la ley de amnistía de 1977 dejase fuera a los militares de la UMD y los «delitos de la mujer», el PCE cedió en este punto para posibilitar el avance del país hacia la reconciliación nacional^[40]. Quienes luchaban contra el régimen pensaron la amnistía como el gran paso a un sistema de libertades en el que ya nadie pudiese ser encerrado por sus ideas y militancia, esto es, en el que la pluralidad democrática rigiese la vida política del país. Tal exigencia iba precisamente contra la misma médula de la dictadura, que se había construido y legitimado apelando a la superación de la contingencia de la política a través de los principios inmutables que el pensamiento reaccionario español había ido atribuyendo a su propio concepto de nación desde el siglo XIX. Sin embargo, proyectar sobre los hombres y mujeres del momento una reivindicación con este contenido era tarea difícil, y no solo por el peligro siempre presente de la represión. La dictadura había conformado una sociedad a la imagen y semejanza de un pasado mitificado y mistificado en la que, a través de la violencia

de 1973, p.6.

36.- «El proceso en la calle. Paros y asambleas en fábricas y huelgas en la universidad», en *Mundo Obrero*, febrero de 1976, p. 4.

37.- «Madrid: 4 de abril. Manifestación por la Amnistía», en *Mundo Obrero*, febrero de 1976, p. 4.

38.- «Primero de Mayo, contra la congelación, por la Amnistía y las libertades», en *Mundo Obrero*, marzo de 1976, p. 16.

39.- «Amnistía para la reconciliación, opinión Mundo Obrero», en *Mundo Obrero*, octubre de 1977, p. 1.

40.- Jordi Solé Tura, «La máxima amnistía posible», *Mundo Diario*, 10 de octubre de 1977. Véase Carme Molinero y Pere Ysas, *De la hegemonía a la autodestrucción...*, pp. 227-229.



Venta de *Mundo Obrero* en las calles de Sevilla, diciembre de 1976 (Archivo Histórico de CCOO Andalucía, Fonfo Manuel Sanvicente).

y la inhibición cultural, cualquier ideario político fue sustituido por un conjunto de supuestos valores eternos que no eran sino los de la línea más extrema del conservadurismo español, representados por la Iglesia, el Ejército y las oligarquías tradicionales. El omnipresente recuerdo de la guerra civil contribuía a cimentar este orden social que encerraba desmovilización y apatía.

Los circuitos de difusión de textos que construyó la militancia clandestina comunista intentaban dar solución a este problema comunicativo desde sus propios intereses y objetivos. Con la finalidad de maximizar sus apoyos sociales, los distintos formatos de textos adoptaban una argumentación que pudiese movilizar a sus potenciales lectores. Así, la octavilla, de naturaleza efímera y de muy amplia difusión a través de las tiradas, planteó una reivindicación de la amnistía socialmente transver-

sal, que convirtiese la disconformidad en oposición, atendiendo a las circunstancias de un amplio rango de destinatarios, como hemos examinado en los casos concretos del movimiento obrero y el Movimiento Democrático de Mujeres. El folio, en cambio, contenía un argumento más desarrollado y, puesto que se reservaba a los círculos de la militancia, concebía la amnistía como el primer paso hacia el socialismo.

Por otra parte, la prensa periódica, que representa el órgano *Mundo Obrero*, también intentó salir más allá de la militancia, no solo por ampliar la difusión de sus ideas, sino asimismo porque una mayor venta de ejemplares aseguraba su supervivencia. Aunque pueda parecer que sus formas de distribución estaban limitadas a ambientes contestatarios como el universitario, no hay que olvidar la difusión de *Mundo Obrero* en la cárcel de Carabanchel, que servía tan-

to de plataforma de expresión de los presos como de medio para introducir noticias en el interior de la prisión, configurando un circuito perfectamente retroalimentado. Su formato, en el que tenía cabida un volumen de texto mayor que aquellos de literatura panfletaria y que daba pie a una lectura reposada, permitía generar un discurso propio en torno a la amnistía en función de los intereses del PCE en cada contexto de la cronología abordada, primero con una identificación entre amnistía y democracia, y después con la demanda de reconciliación y superación de la guerra civil.

El análisis de la literatura clandestina nos ha permitido calibrar cuáles fueron las estrategias comunicativas, tanto en el plano discursivo como en el de difusión, con las que el PCE llevó a cabo la campaña de amnistía en los años anteriores y posteriores a la muerte del general Franco. Si bien

esta campaña tuvo una larga andadura, es precisamente en estos momentos críticos cuando se desplegó una mayor movilización a este respecto, que caló en la élite política de la naciente democracia, como viene a confirmar la aprobación por una amplia mayoría en el Congreso de los Diputados de la ley de amnistía de 1977. No cabe duda de la importante función que la literatura clandestina cumplió en la lucha contra el régimen de Franco. Estos textos expresaban argumentos y socializaban consignas, pero sobre todo contribuyeron a generar otra esfera pública, libre y oculta por no censurada, en la que se gestaban muchas ideas de cambio, algunas de ellas con tintes revolucionarios. Prensa, octavillas y hojas volantes rompían el silencio de la censura y la represión y, con ello, interpelaban a una sociedad civil aletargada por décadas de dictadura.

Comisiones Obreras ante las actitudes políticas de la clase trabajadora española: entre el cambio posible y el cambio necesario (1980-1986)

The Workers' Commissions facing the political attitudes of the Spanish working class: between necessary change and possible change (1980-1986)

Joan Gimeno i Igual

Univesitat Autònoma de Barcelona - CEFID

Resumen

Las actitudes políticas de los y las trabajadoras españolas, tanto durante la dictadura como en la transición, han sido objeto no sólo de interés científico, sino que también han servido como argumento de fuerza justificativo o naturalizador de los resultados del proceso de cambio político en nuestro país. Nuestro objetivo, en el presente artículo, es observar qué papel jugó la percepción que se tenía de estas actitudes en el diseño de la estrategia sindical, así como en el proceso de configuración como sindicato.

Palabras clave: movimiento sindical, transición, democracia, actitudes políticas, Comisiones Obreras.

Abstract

The political attitudes among Spanish workers, both during the dictatorship and in the transition, have been of scientific interest. But they have also been a key argument to justify or naturalize the outcome of the process of political change in our country. The aims of this paper are to observe the role played by the perception of these political attitudes in the strategic design of the union, as well as in the process of union-building.

Keywords: trade union movement, transition, democracy, political attitudes, Comisiones Obreras.

Los límites del cambio político: ¿una sociedad moderada y pasiva?

«Si tuviéramos que preocuparnos por la gente que entra y sale del movimiento obrero, estaríamos todos en el manicomio. Y más en estos tiempos. A lo primero todo eran ingresos y euforia. Y ahora se mantiene cierta disciplina en los sitios de trabajo, pero aquí cuatro gatos. Sólo se anima esto cuando vienen los laboristas y despachan consultas. El franquismo nos ha maleducado a todos. Cuando leo eso de que el pueblo español está maduro para la democracia, me subo por las paredes. ¡Qué madurez ni que leches!»

Con su ácido estilo habitual ponía Vázquez Montalbán en boca del veterano sindicalista Cifuentes, allá por 1979, uno de los lugares comunes que han acompañado los relatos acerca del cambio político y sus consecuencias^[1]. En efecto, hago referencia al supuesto carácter pasivo primero, y moderado después, de la sociedad española en general^[2] y de la clase obrera en particular; carácter que se encontraría, entre otros factores, detrás de los límites del proceso de cambio político, del definitivo alejamiento de la posibilidad de realizar la «ruptura democrática» tal y como la había imaginado la oposición a lo largo del tardofranquis-

mo. Es decir, el relato sobre una supuesta «correlación de debilidades», según el cual si bien la espectacular irrupción del movimiento obrero en la política española fue capaz de impedir el continuismo franquista^[3], no fue en cambio capaz de imponer una ruptura conforme a las expectativas de la oposición y sus bases sociales, quedando ésta reducida al sucedáneo, no sólo discursivo, de la «ruptura pactada», término cada vez más repetido a lo largo de 1976^[4].

Sin embargo, para múltiples autores dicha moderación habría tenido un carácter eminentemente virtuoso, posibilitando así la consolidación democrática sin caer en «radicalismos» que provocaran «reacciones»^[5]; modulando, asimismo, de forma notable las estrategias de los actores colectivos, básicamente partidos y sindicatos, que se limitaron «más que a dirigir, o liderar, sus bases sociales, a secundarlas, o, como mucho a acompañarlas»^[6]. Dicha

1.- *Los mares del sur* recibió el Premio Planeta el 15 de octubre de 1979, justo el día después de la gran convocatoria de CCOO en la Casa de Campo contra el Estatuto de los Trabajadores y que habría de haber culminado con la convocatoria de una huelga general que nunca llegó.

2.- Uno de los elementos de la «matriz cultural» de la democracia española, véase: María Luz Morán, «La consolidación de la «matriz cultural» de la democracia en España (1982-1996)», en Ismael Saz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Vol. IV, Zaragoza, Marcial Pons y PUZ, 2015, pp. 111-141.

3.- Carme Molinero y Pere Ysàs, *Productores disciplinados y minorías subversivas*, Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 270.

4.- Robert. M. Fishman, *Working-Class Organization and the Return to Democracy in Spain*, Ithaca, London, Cornell University Press, 1990, pp. 142-143.

5.- Santos Juliá, «Orígenes de la democracia en España», *Ayer*, 15 (1994), pp. 165-188; encontramos otra referencia a la moderación del movimiento obrero en Manuel Pérez Ledesma, «'Nuevos' y 'viejos' movimientos sociales en la transición», en Carme Molinero (ed.), *La transición treinta años después*, Barcelona, 2006, p. 149. Aplicada a los sindicatos véase: Manuel Redero San Román, «Los sindicatos en la democracia: de la movilización a la gestión», *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 129-158 o Rafael Durán Muñoz, *Contención y transgresión. Las movilizaciones sociales y el estado en las transiciones española y portuguesa*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 200. Ciertamente, se trata de una tesis sincrónica al proceso de cambio político, como se puede observar en Juan Luis Cebrián, *La España que bosteza. Apuntes para una historia crítica de la Transición*, Madrid, Taurus, 1980, p. 19-20.

6.- Víctor Pérez Díaz, *La primacía de la sociedad civil*, Madrid, Alianza, 1993, p. 283. La base empírica de este estudio la constituye una serie de encuestas realizadas en 1978, 1980 y 1984. Sin embargo, habría que destacar que estas se realizaron en los mismos centros de trabajo y con la autorización de los patronos. Este hecho debería ha-



Manifestación contra el Paro en Sevilla, 1980 (Archivo Histórico de CCOO de Andalucía, Fondo M^a del Carmen Escobar - MACA).

«moderación virtuosa», conjuntamente a la hegemonía cultural y simbólica de unas nuevas clases medias desarrolladas bajo el franquismo habría llevado, sin graves «traumatismos», al cambio de régimen.

Otros autores, en cambio, y desde ópticas dispares, han matizado la idea de moderación señalando, por ejemplo, la dimensión anticapitalista asociada a la lucha democrática^[7]; la importancia de un movimiento obrero autónomo de carácter más radical pero escasamente presente, más allá de su rol potencialmente deses-

tabilizador, en las narrativas sobre el cambio político^[8]; la persistencia del prestigio de determinadas formas de representación obrera «desde abajo» como las asambleas^[9], indicativas de cierto carácter radical^[10]; o directamente refiriéndose al papel de algunas organizaciones políticas, ávidas por granjearse cierta «legitimación a través de

cernos tener una reserva crítica respecto a los resultados obtenidos, según los cuales los trabajadores mostrarían una «moderada satisfacción» respecto a las relaciones de intercambio empresarios-trabajadores.

7.- Xavier Domènech, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo*, Barcelona, Icària, 2012, p. 238. Para el caso del movimiento vecinal: Ricard Martínez, «Construir futurs. La dimensió anticapitalista del moviment veïnal», en Carme Molinero y Pere Ysàs, *Construint la ciutat democràtica*, Barcelona, Icària, 2010, pp. 265-317.

8.- Francisco Quintana (coord.), *Luchas autónomas y reestructuración capitalista, 1960-1990*, Barcelona, Alikornio Ediciones, 2002.

9.- Sobre la cuestión de las asambleas volvemos a Víctor Pérez Díaz, *La primacía de...*, p. 293, quien afirma que en 1980 un reducido 5% de los trabajadores consideraba que la asamblea debía protagonizar la representación de los trabajadores, sin embargo, en julio de 1988, y en base a un estudio más fiable del CIS, este porcentaje aumenta hasta el 10,8% (un 15,2% para los menores de 21 años), mientras que una mayoría del 38,4% consideraba que estas eran los espacios idóneos para ejercer la participación en las decisiones sindicales. CIS, *Estudio n.º 1771*.

10.- Emmanuel Rodríguez, *Por qué fracasó la democracia en España*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015, p. 356.

la desmovilización»^[11], como agentes de una moderación inducida. En este sentido, en relación al cambio político, se ha llegado a afirmar que no sólo la presión fue responsable de la caída del gobierno Arias, sino que también habría jugado un papel en dicho suceso la progresiva moderación del discurso opositor, lo que hubiera convencido a las élites del régimen acerca de la existencia de un espacio para la resolución política compartida^[12].

Sea como fuere, podemos observar que las actitudes políticas ocupan un espacio relevante en la explicación causal. Paradójicamente, contamos con los escasísimos estudios señalados para el caso de la transición^[13], apenas algunos referentes al franquismo^[14] y la pista se pierde, salvo honrosas excepciones^[15], en los primeros años del gobierno socialista. Solamente Pérez Díaz realizará un estudio para el año 1984, pero perspectivas como la de Fishman, que aborda el papel de los cuadros sindicales, no han tenido continuidad. En ausencia de amplios estudios empíricos para el período inmediatamente posterior a la victoria del PSOE hemos querido, en cierto modo haciendo uso del «paradigma indiciario»,

combinado con algunos de los estudios acerca del estado de opinión del momento, realizar una aproximación a la percepción que se tenía de las actitudes políticas de la clase trabajadora española, a través de una de sus principales instituciones de representación como era la CS de las CCOO.

Una advertencia inicial parece, sin embargo, necesaria. Hablar de actitudes políticas es hacerlo de algo tremendamente volátil y contingente —y es esta reserva epistemológica la que quizás más se echa en falta en los estudios disponibles— ; por eso creo que una aproximación como ésta, a través de la percepción de un actor colectivo fundamental, puede tener cierto interés. En este sentido, ha sido a través de *Gaceta Sindical* (GS), la documentación producida por el Secretariado Confederal (cuyas actas aparecen en las notas como ASC) y otros órganos de la central, aquello que me ha permitido acercarme a dicha cuestión y comprender cómo se modularon las estrategias sindicales y los posicionamientos políticos.

Un viejo dilema: entre la *locomotora* y el *último vagón*

Para hablar de la percepción de CCOO —que a pesar de no ser una organización explícitamente comunista^[16], sí que fue «hegemonizada de hecho» por militantes del PCE-PSUC^[17], aunque insuficientemente «comunizada»^[18]— es necesario comprender la cultura política comunista y el papel que ha jugado en ésta las reflexiones en torno a las bases sociales de todo movimiento transformador. En otras palabras,

11.– Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el Movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012, p. 364.

12.– *Ibid*, p. 388.

13.– Como también señala Ismael Saz, «No solo élites. La lucha por la democracia en España», en Ferran Archilés y Julián Sanz (coords.), *Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2017, pp. 26-27.

14.– Véase al respecto Claudio Hernández Burgos y Carlos Fuertes Muñoz, «Conviviendo con la dictadura. La evolución de las actitudes sociales durante el franquismo (1936-1975)», *Historia Social*, 81 (2015), pp. 49-65. O Pere Ysàs, «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», *Ayer*, 68 (2007), pp. 31-57 o Molinero y Pere Ysàs, *Productores disciplinados...*, pp. 26-43.

15.– Rodolfo Gutiérrez, «La representación sindical: resultados electorales y actitudes hacia los sindicatos», *Documentos de Trabajo*, 72 (1994), 34 págs.

16.– Álvaro Soto-Carmona, «Comisiones Obreras en la transición y consolidación democrática. De la asamblea de Barcelona a la huelga general del 14-D (1976-1988)», en David Ruiz (dir.), *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Madrid, Siglo XXI, 1993, p. 493.

17.– Emanuele Treglia, *Fuera de las...*, p. 383.

18.– *Ibid*, p. 363.

el debate sobre cómo articular una mayoría social que lleve al socialismo partiendo de las condiciones dejadas por el capitalismo^[19]. La importancia, en definitiva, desde una perspectiva leninista, de ser conscientes de las actitudes y mentalidades que constituyen la premisa de toda acción política. Una tensión inmanente en la táctica comunista que llevará a condenar enérgicamente las «desviaciones vanguardistas», opuestas a la pretensión de «conquistar mayorías» (a plantear «a las masas los problemas de un modo real y político, si se quiere obtener resultados»^[20]). O, en otros términos, el clásico debate de una derecha comunista subsumida a la fatalidad de las «correlaciones de fuerza» por un lado, y, por el otro, el de una izquierda que sistemáticamente obvia dicha cuestión para caer en el «voluntarismo».

Estos debates fueron una constante de las organizaciones con presencia comunista, tanto en la transición como durante la primera legislatura socialista. Ciertamente tuvieron un carácter distinto tratándose del partido o de la organización sindical, ya que ésta tuvo que orientar su acción para dar respuesta a los problemas concretos de la clase y no presentaba, como es lógico, un nivel de homogeneidad política-ideológica comparable a la del PCE-PSUC^[21]. Sin embargo, los dos espacios no fueron ni mucho menos compartimentos estancos como veremos. A partir de 1976, el PCE trató de promover un difícil equilibrio que permitiera combinar presión con moderación,

evitando así en todo momento el riesgo de desbordamiento que pudiera poner en peligro su estrategia, el alejamiento de las masas a través de cierto vanguardismo^[22], así como «quemar» a activistas y bases en movilizaciones de desgaste. Es decir, controlar la «huelgomanía» que pudiera suponer un estorbo tanto a la consecución de las libertades democráticas, como para la imagen de respetabilidad que los comunistas trataban de labrarse^[23]. La preocupación por evitar tensionar en exceso el músculo militante persistió también en los primeros años de democracia, en el que la crisis económica estaba generando un fenómeno de «delegados quemados»^[24] dada su escasa formación para afrontar el difícil contexto.

Esta táctica, en parte errática, de la dirección del PCE generó crecientes tensiones toda vez que profundizaba en dicha línea de moderación sin tener contrapartidas más allá de legalización. En este sentido, cabría entender los Pactos de la Moncloa de octubre del 77 que, a pesar de ser de carácter político y firmados por los partidos, tuvieron un impacto nada desdeñable entre los militantes obreros comunistas y condujeron, en algunos casos, a su radicalización^[25]. Para Carrillo, en el *Mundo Obrero* del 10 de febrero de 1980, el mayor peligro estribaba todavía en « caer [...] en un radi-

19.- Vladimir Ilich Lenin, *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, Pekín, Ediciones de Lenguas Extranjeras, 1975, p. 42.

20.- Antonio Gramsci, *Antología*, Madrid, Siglo XXI, 1974, pp. 189-190.

21.- Es más, la naciente confederación sindical, que dio el paso de movimiento socio-político a sindicato en octubre de 1976, por su carácter unitario, en ningún momento pretendió la homogeneidad ideológica y trató de preservar su autonomía política.

22.- Estas disposiciones ya aparecieron en una reunión de cuadros obreros, poco antes de la muerte de Franco, en Francia, véase *Nuestra Bandera*, 82, noviembre de 1975.

23.- Rubén Vega, «Las fuerzas del trabajo: los comunistas en el movimiento obrero durante el franquismo», en Manuel Bueno Lluch y Sergio Gálvez Biesca (eds.), *Nosotros los comunistas*, Sevilla, FIM/Atrapasueños, 2009, p. 360-363.

24.- ASC, Madrid, 6 de abril de 1982, Secretariado Confederal, Caja 4, Carp. 25, Archivo Historia del Trabajo (AHT).

25.- Sobre la evolución de la cultura política comunista véase: Alberto Sabio Alcutén, «Las culturas políticas socialista y comunista ante la ruptura pactada. Acción colectiva, consenso y desencanto en la transición española, 1975-1979», en Ismael Saz y Manuel Pérez Ledesma, *Historia de las...*, pp. 327-360.

calismo estéril e infecundo». El secretario general temía el desbordamiento de la presión sindical dada la actitud según la cual parecía «[...] percibirse algo así como la idea de que la vanguardia obrera realmente son Comisiones y no el partido»^[26]. Tanto la polémica en torno al Estatuto de los Trabajadores (ET), que terminaría por motivar la salida de Camacho del grupo parlamentario comunista, como el papel y la actitud del sindicato frente al Acuerdo Marco Interconfederal (AMI), fueron hitos en la escalada de la tensión entre partido y sindicato.

El 17 y 18 de mayo de 1980, en una reunión de cuadros sindicales del partido, que hasta entonces habían mantenido una notable autonomía^[27], salieron a relucir estas cuestiones, así como las diferentes percepciones respecto de las actitudes de la clase trabajadora^[28]. Carrillo hacía un llamamiento a la serenidad, pues el cambio había arrancado con la «reforma» y la euforia inicial, decía, se estaba desvaneciendo. Había que evitar «las fugas hacia delante» y el desviacionismo «ultraizquierdista» que tenía su origen en no haber estudiado en profundidad los *efectos psicológicos y políticos de la crisis* económica sobre los trabajadores^[29]. Vale decir, que este argumento parecía querer anticiparse a las críticas respecto a los Pactos de la Moncloa (en tanto que epifenómeno de la política de consenso que el partido venía propugnando) y, en este sentido, la arenga seguía con diversos llamamientos

al «realismo sindical» frente a la ola de conflictividad experimentada en 1979.

El informe del secretario general no fue objeto de una aprobación ni mucho menos unánime. Alfredo Clemente, secretario general de la unión de Barcelona, acusaba a la dirección directamente de haber «traicionado» las aspiraciones de los militantes con los Pactos de la Moncloa, de haberlos vendido como la «autopista al socialismo»^[30]. No se trataba, sin embargo, de un rechazo *in toto* de sus contenidos, sino de haber hecho «pasar por el aro» a la militancia y los trabajadores, convirtiendo dicho aro en el «Arco de Triunfo»^[31]. Es decir, acusaba a la dirección de haber hecho un análisis triunfalista de los pactos que, según él, suponían un claro retroceso. El equilibrio entre conectar con las más amplias masas sin por ello perder el encaje en cierta «vanguardia sindical» era francamente difícil y polarizaba el debate. Apareciendo el peligro, en definitiva, «de que queriendo coger el último vagón [...] se nos vaya la locomotora»^[32].

Una resolución del Comité Central de mediados de junio de 1980 parecía reafirmar las tesis de Carrillo en torno a la necesidad de «un golpe de timón». Aunque más ecuánime en su formulación, se conjuraba el peligro del «vanguardismo» concluyendo que: «Una política sindical para la crisis significa medir con realismo las acciones de lucha [...] Hay que auscultar continuamente el estado de ánimo de los trabajadores [...]»^[33].

Se trataba de asentar, en definitiva, una

26.- Gregorio Morán, *Misera y grandesa del Partido Comunista de España, 1939-1986*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 584. Cuestión en la que también había insistido en la reunión de cuadros de 1975, véase *Nuestra Bandera*, 82 (noviembre de 1975), pp. 21-22.

27.- Por lo menos hasta 1976, véase al respecto: Rubén Vega, «La relación con Comisiones Obreras», *Papeles de la FIM*, 24 (2006), pp. 235-247.

28.- Existe un texto que resume las intervenciones en dicho encuentro: PCE: *Los comunistas en el movimiento obrero. Reunión de militantes comunistas*, Madrid, PCE, 1980.

29.- Santiago Carrillo, en *Ibid*, p. 12

30.- *Ibid*, p. 30.

31.- Así recordaba Clemente cómo un camarada dirigente de Altos Hornos del Mediterráneo, quizás Ángel Olmos Gausas o Miguel Campoy, interpretaba los pactos a principios de la década de los ochenta. Entrevista a Alfredo Clemente, realizada el 4 de noviembre de 2015 en Sant Sadurní d'Anoia. Entrevistador: Joan Gimeno.

32.- Eduardo Saborido, secretario general de las Comisiones Obreras de Andalucía, en PCE: *Los comunistas en ...*, p. 62.

33.- *Ibid*, pp. 17-18.

línea de moderación sindical. Como se desprende de la documentación, uno de los fundamentos era la actitud de la clase trabajadora que, rememorando el viejo problema *lukacsiano*, estaba siendo «agredida, pero que además una parte considerable de ella vota a sus agresores»^[34], tendencia que se mantuvo durante las legislaturas socialistas^[35].

Producto, en parte, de este viraje se firmó el Acuerdo Nacional de Empleo (ANE) del 9 de junio de 1981, conocido también como el «pacto del miedo» dada la nueva coyuntura abierta después del intento de golpe de estado del 23F. Era la primera vez que CCOO firmaba un acuerdo de estas características y que suponía una clara pérdida del poder adquisitivo de los salarios^[36], aunque se enmarcó en la propuesta de Plan de Solidaridad del sindicato (de sacrificios compartidos para salir de la crisis)^[37]. Sin embargo, también jugó un papel en dicha firma la percepción de que la posición críti-

ca respecto al Estatuto de los Trabajadores y al AMI había contribuido a aislar a CCOO y, en sentido contrario, permitido a UGT tomar cierta iniciativa. El ANE, además, recibió el apoyo de los más diversos sectores dentro del sindicato, siendo la cuestión de la moderación de los trabajadores el *leitmotiv* de las justificaciones^[38]. La UGT, además, se había aproximado a la CEOE^[39] y todo parecía indicar que «mientras exista un sindicato como UGT cuya clientela es la retaguardia de la clase obrera, los sectores moderados, difícilmente podremos dar el salto hacia esos sectores sin contar con UGT»^[40]. En el fondo, esta cuestión dejaba traslucir también la dificultad entorno a definir qué era exactamente un «sindicato de nuevo tipo» o «socio-político» —por no hablar del Plan de Solidaridad o la política de alianzas—, formulación que si bien se había demostrado funcional en la articulación de un antifranquismo obrero mostraba dificultades en el nuevo marco democrático.

Si bien parecía haber un consenso en torno a adaptar la táctica sindical al difícil contexto de una crisis que estaba teniendo efectos inhibidores en la movilización, el disenso (que tenía su expresión práctica en conflictos de entidad y reveses electorales en determinadas empresas relevantes) se producía básicamente alrededor del cómo; que no sería otro que un viraje hacia

34.- En palabras de Manuel Nevado, *ibid*, p. 65.

35.- Cuestión de gran relevancia, más cuando, en el mismo estudio del CIS referido en la nota 8, si bien una mayoría consideraba al gobierno socialista como claramente *business friendly* (54.6%), un 62,8% creía que debía virar y comprometerse con los intereses de las capas asalariadas (un 74.8% entre los menores de 21).

36.- En este sentido, cabría mencionar las justificaciones —pero también críticas— de carácter ideológico que los comunistas promovieron a través de los debates, homólogos a los del PCI, respecto a la austeridad. Véase: Alberto Sabio Alcutén, «Las culturas políticas...», p. 350. Manuel Sacristán, «La polémica sobre la austeridad en el PCI», en *Intervencions polítiques. Panfletos y Materiales III*, Barcelona, Icaria, 1985, pp. 186-195.

37.- Estos «sacrificios» o «esfuerzo» tenía tanto una dimensión que podríamos calificar como «horizontal», es decir, entre los diferentes segmentos cada vez más diferenciados de los trabajadores, entre ocupados y parados, por ejemplo; como otra vertical, es decir orientada a aumentar las transferencias de los sectores más pudientes de la sociedad hacia los más desfavorecidos. Su planteamiento inicial se produjo en el primer congreso, véase al respecto CCOO: *La acción sindical de la Confederación Sindical de Comisiones Obreras*, Madrid, Secretaría de Información y Publicaciones, 1978.

38.- Fidel Alonso, de la Unión de Madrid, en declaraciones del dirigente en el II Congreso de CCOO en junio de 1981, citado en Robert Fishman, *Working-Class...*, p. 242-243. Nicolás Sartorius, «El Acuerdo Nacional de Empleo y las próximas primaveras», *El País*, 3 de julio de 1981.

39.- Véase: José M.^a Marín Arce, «Les organitzacions socials durant la transició: sindicats i patronal», en Pere Ysàs, *La configuració de la democràcia a Espanya*, Vic, Eumo, 2009, pp. 93-139. Ferrer Salat llegó a decir que echaba de menos pactos de la naturaleza del AMI en comparación al ANE, «Resolución del Consejo Confederal: Cumplimiento del ANE y negociación colectiva», *GS*, año III, 17 (1982), pp. 8-9.

40.- PCE: *Los comunistas en el...*, p. 62. En este sentido se expresaba Saborido.

mayores cuotas de pragmatismo e incluso la concertación social en una carrera por mantener cierta centralidad frente a UGT. Todo ello siempre en aras de atraer «a la mayoría de los trabajadores»^[41]. El resultado fue cierto «desencanto comunista» fruto de, entre otros factores, esta deriva moderada^[42]. De la misma manera, la exasperación de la militancia obrera que estaba sufriendo la crisis no debió ejercer una presión baladí^[43]. ¿El resultado final? Una incipiente división de la mayoría comunista que había dominado el sindicato, de la que cristalizarían distintas tendencias con planteamientos, a veces, opuestos respecto a la estrategia a seguir.

CCOO: de ariete democrático a bastión de la izquierda, pasando por pariente pobre

Después de la amplia movilización que siguió a la muerte de Franco, y durante la segunda fase del período de «transición sindical» (1980-1985/86), la densidad de las nuevas organizaciones sindicales sufrió una importante oscilación sin recuperar, ni mucho menos, los niveles iniciales. De representar un 56,4% en 1978, se pasó a un 13% en 1986. En este movimiento, CCOO pasó de representar al 31,1% a alrededor del 5%^[44]. Este descenso, generalizado en-

tre las distintas opciones sindicales, indica que, pasado este primer momento marcado por las expectativas abiertas por el cambio político, las actitudes políticas de los trabajadores fueron enfriándose, toda vez que el modelo sindical español invitaba a la estrategia del *free rider* y que la destrucción de empleo afectó a la afiliación^[45]. En este sentido, la baja densidad empeoró notablemente la situación financiera de las nuevas organizaciones, que habían nacido con importantes taras orgánicas. Con el agravante, para el caso de CCOO, de que la crisis tuvo un carácter inminentemente industrial —con casi 800.000 puestos de trabajo industrial y 400.000 en la construcción menos entre 1976-1985^[46]— minando así los bastiones del movimiento obrero (sin olvidar que tampoco contaba con importantes apoyos internacionales, como si fue el caso de UGT^[47]; más bien todo lo contrario, como demuestran cables desclasificados emitidos desde la embajada estadounidense en Madrid^[48]). Sin embargo, la «recon-

y nuevas realidades», en Pere J. Beneyto (Ed.), *Afiliación sindical en Europa. Modelos y estrategias (Vol.1)*, València, Germania, 2004 o CCOO, *La evolución de la afiliación*, Madrid, 2008. Roberto Cillerós Conde, «Las consecuencias de las nuevas características del trabajo en la afiliación sindical», en *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, nº1, (2011), pp. 28-50.

45.— José Babiano Mora, «El sindicalismo español en el último cuarto de siglo XX», en VVAA, *Movimientos sociales y estado en la España contemporánea*, Cuenca, EUCM, 2001, p. 432-433.

46.— Andrés Pedreño Muñoz, «Desempleo, fuerza de trabajo y mercado laboral», en José Luis García Delgado (dir.), *Economía española de la transición a la democracia*, Madrid, CIS, 1990, p. 400.

47.— Véase al respecto Antonio Muñoz Sánchez, *El amigo alemán. El SPD y el PSOE de la dictadura a la democracia*, Barcelona, RBA, 2012.

48.— Tanto documentos desclasificados del Departamento de Estado, como las filtraciones de Wikileaks, dan buena cuenta del interés y esfuerzos por cerrar el paso a CCOO. Por desgracia, el rastro, salvo algún informe puntual, se pierde a partir de 1980. Sin ánimo de ser exhaustivo, pueden consultarse los siguientes: Cable de la Embajada

41.— En boca de López Raimundo, *ibid*, p. 78.

42.— El caso del PSUC es notorio en este sentido, véase: Carme Molinero y Pere Ysàs, *Els anys del PSUC*, Barcelona, L'Avenç, 2010, pp. 315-334.

43.— Juan Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) transición*, Madrid, Siglo XXI, 2012, p. 418.

44.— Hay que advertir la complejidad de ofrecer datos en este sentido, estos provienen de José Antonio Sagardoy y David León, *El poder sindical en España*, Barcelona, Planeta/IEE, 1982 y Obdulía Taboadela, *La afiliación sindical*, Madrid, UCM, 1993, p. 425. Otros datos más optimistas en Jacint Jordana, «Reconsidering union membership in Spain, 1977-1994: halting decline in a context of democratic consolidation», *Industrial Relations Journal*, Vol. 27, Issue 3 (1996), pp. 211-224. Véase también al respecto Pere J. Beneyto, «La afiliación sindical en España: viejos tópicos

versión» también terminó radicalizando algunas actitudes obreras que, por ello, se acercaron a la central atraídos por sus posicionamientos más combativos en comparación a la UGT, aunque también operaron al margen de la misma, desbordándola en algunos casos^[49].

Las propuestas de salida de la crisis que impulsaron los diferentes ejecutivos pretendían la recuperación del excedente empresarial y el control de la inflación a través de una política de rentas que mermaría la capacidad adquisitiva de los salarios^[50]. Política en la que profundizó el primer ejecutivo socialista, esta vez como un elemento más de la mística de la «modernización»^[51].

de Madrid al Departamento de Estado, «The Presidents visit: some thoughts on Spain today and our approach to its future», May 21th, 1975, 1975MADRID03443_b. Bureau of European and Eurasian Affairs: «UGT - SWC debate: labor plant elections», November, 18th 1977, 1977MADRID09121_c. Bureau of European and Eurasian Affairs: «Worker's Comissions First Congress», June the 23th, 1978, 1978MADRID07082_d. Bureau of European and Eurasian Affairs, «Visit of AFL-CIO's Irving Brown», October the 6th, 1977, 1977MADRID07387_c. Bureau of European and Eurasian Affairs: «UGT - SWC debate: labor plant elections», November, 18th 1977, 1977MADRID09121_c. Bureau of European and Eurasian Affairs: «Worker's Comissions First Congress», June the 23th, 1978, 1978MADRID07082_d. Bureau of European and Eurasian Affairs, «Labor in Catalonia: an overview», December the 18th, 1979, 1979, BARCEL01030_e. Bureau of European and Eurasian Affairs: «Views of Marcelino Camacho, Workers' Comissions Leader», April 26th, 1979, 1979, MADRID05684_e. Bureau of European and Eurasian Affairs: «UGT Clearly Rejecting Unity of Action With Communists», July 6th 1979, 1979MADRID09458_e. Bureau of European and Eurasian Affairs: «PCE Leader Comments on Political Situation», October 10th, 1979, 1979MADRID14224_e.

49.- José M.ª Marín Arce, «La fase dura de la reconversión industrial, 1983-1986», *Historia del Presente*, 8 (2006), p. 72.

50.- Acerca de este proceso de reestructuración del capitalismo español véase, Miren Etxezarreta, *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*, Barcelona, Icaria, 1991.

51.- Véase al respecto Sergio Gálvez Biesca, «Del socialismo a la modernización: los fundamentos de la

Los efectos se hicieron sentir sobre la vida socio-económica, política y cultural de la clase trabajadora y en particular sobre familias y jóvenes^[52].

Un durísimo contexto, en definitiva, con un importante impacto también en las identidades colectivas. La fragmentación de la clase obrera^[53] y una muy incipiente todavía «balcanización» del mercado laboral —profundizada por la reformas socialistas^[54]— dificultaron sobremanera volver a encontrar ese «denominador común» de clase al que se refería Camacho^[55], dada la disparidad y variedad de posicionamientos. En paralelo se inició una crisis sindical en la cual, además del inicio de las tendencias señaladas y según algún analista, jugó un papel destacado la falta de «adecuación» y «rodaje» de los sindicatos a la nueva situación democrática. Daniel Lacalle advertía, en este sentido, también sobre las peligrosas tendencias hacia la corporativización y la no integración de nuevos sujetos, así como la necesidad de redefinir la función del sindicato^[56].

El artículo de la Lacalle seguía resaltando que si las estructuras sindicales estaban entrando en crisis a nivel europeo, ésta presentaba un carácter más duro en un país

«misión histórica» del PSOE en la Transición», *Historia del Presente*, 8 (2006), pp. 199-218. También en Sergio Gálvez Biesca, *La gran huelga general. El sindicalismo contra la «modernización socialista»*, Madrid, Siglo XXI, 2017

52.- James Petras, «El informe Petras», *Sediciones*, 13 (2000), p.110-111. Véase también José Antonio Pérez Pérez, «Una sociedad en transformación (1982-1996), en *Ayer*, nº84 (2011), pp. 99-127.

53.- Véase al respecto Andrés Bilbao, *Obreros y ciudadanos*, Madrid, Trotta y 1º de Mayo, 1993.

54.- Véase al respecto Sergio Gálvez Biesca, «El movimiento obrero en la España del tiempo vivido: del «sujeto político» al nuevo «precariado»», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 30 (2008), pp. 199-226.

55.- «Reunificación de la clase, nuevas tecnologías y técnicas», *GS*, 19 (1982), pp. 4-5.

56.- «Reacciones sindicales a la crisis», *GS*, 16 (1982), pp. 13-15.

donde el proceso de *union building* se daba ya en una coyuntura económica adversa y en medio de un proceso de democratización en la que los sindicatos estaban funcionando como «escuelas de democracia» frente a una patronal situada en el «trogloдитismo». Otro aspecto que dificultaba la acción sindical era la pluralidad sindical y la falta de unidad de acción, aunque la primera correspondía a las preferencias de los trabajadores. También señalaba las contradicciones entre cierto grado de lucha reivindicativa y consolidación democrática; entre, en definitiva, los intereses de la afiliación y los generales. Esta situación de excepcionalidad habría condicionado enormemente la estrategia sindical, quedando el carácter socio-político «congelado para un futuro incierto» ante la competencia de UGT. Asimismo, señalaba el hecho de que el sindicato quizás había tenido unos posicionamientos erráticos frente al ET y al AMI, y denunciaba en este sentido lo que entendía como una estrategia «declamatoria» y «testimonial». Finalmente, Lacalle concluía reconociendo que el contexto impedía implementar «estrategias económicas ofensivas».

De momento, se trataba de presionar para garantizar el cumplimiento de las disposiciones favorables a los trabajadores contenidas en el ANE, o tender hacia la parte alta de las bandas que estos acuerdos fijaban, de cara a la negociación colectiva, en materia de aumentos salariales. El acuerdo no dejó de ser objeto de debates. Si a principios de 1982 la confederación hacía un balance positivo, aunque no sin fisuras^[57], el posicionamiento fue cambiando conforme

quedaba claro la falta de compromiso por parte del gobierno. Fue entonces cuando se trató de impulsar la protesta obrera en aras de su cumplimiento. En realidad, era la filosofía contenida en el Plan de Solidaridad, en tanto que propuesta sindical de superación de la crisis, lo que se encontraba en juego; por lo que resultaba estratégico exigir el cumplimiento íntegro de lo dispuesto en el acuerdo, sobre todo en materia de creación de empleo. Sin embargo, el efecto *boomerang* resultó evidente: las movilizaciones no sólo distaron de ser multitudinarias, sino que incluso sirvieron para mostrar el rechazo de los participantes a dicho acuerdo^[58].

La clase está por el cambio, más que para que nada se pare

Los resultados de las elecciones del 28 de octubre de 1982 supusieron un varapalo para los comunistas. El PSOE había conseguido capitalizar la moderación de determinados sectores sociales^[59], cuestión que para el PCE era uno de los elementos fundamentales para explicar el éxito socialista^[60]. En efecto, ya desde los comicios andaluces de mayo comenzaba a apuntarse dicha tendencia. En estas elecciones no se podía negar que el voto trabajador había ido a parar al PSOE —«barriadas enteras»—, pero también el de parte de la afiliación y simpatizantes de las propias CCOO^[61]. Ciertamente, como se reconocía en la reunión del

57.- Es el caso del sindicato nacional gallego, ASC, Madrid, 16 de febrero de 1982, *Secretariado*, Caja 4, Carp. 20, AHT. Más tarde, durante la celebración del 1º de Mayo de 1982, Fidel Alonso, dirigente de CCOO en Madrid, también abogaba, públicamente, por avanzar hacia una huelga general, ASC, Madrid, 4 de mayo de 1982, *Secretariado*, Caja 4, Carp. 28, AHT.

58.- «Menos de 4.000 personas acudieron ayer a la concentración de la plaza de Las Ventas de Madrid», *El País*, 9 de junio de 1982. El sindicato, a través de un informe de Agustín Moreno, también reconocía la pobreza de las movilizaciones así como el malestar que generaba el acuerdo. «Informe», 15 de junio de 1982, *Secretariado*, Caja 4, Exp. 32, AHT.

59.- «Tras las elecciones en Andalucía», *GS*, 20 (1982), p. 29.

60.- Gregorio Morán, *Miseria...*, p. 608.

61.- David Gardner, «El pariente pobre espera mejor trato», *GS*, 23 (1982 o 1983).

secretariado, el PSOE había sabido representar mejor el voto del cambio e interpelar a los sectores moderados —o «realistas» en algún análisis— mayoritarios, entrañando el peligro de que éste se convirtiera a su vez en voto a UGT^[62].

A pesar de ello, había que seguir batallando en unas elecciones sindicales ahora mediatizadas por este contexto e impregnadas del aroma de la victoria del PSOE. Para Ariza —responsable de organización y vocero de los sectores «carrillistas»—, el reforzamiento de los socialistas no era positivo estratégicamente para CCOO. Sin embargo, dichos argumentos no siempre eran compartidos. En este sentido, Saborido advertía ante los efectos de una «conflictividad que se está desarrollando últimamente» caracterizada «por sus rasgos de salvajismo (sin perspectivas)», aconsejando que había que «prever y ser realista», para no aislarse, y abogaba por mantener una neutralidad respecto a los comicios frente a la desincentivación del voto socialista que proponía Ariza. Sin embargo, como había señalado Camacho, cada vez quedaba más claro que a la izquierda del PSOE no iba a haber ninguna opción con «peso real»; sí, en cambio, una amplia base movilizable que pudiera incidir en el cambio y, aunque no lo explicitaba, éste iba a ser el papel de CCOO^[63].

Aun así, CCOO saludó el triunfo del PSOE el 28 de octubre, reconociendo en él el final de la transición^[64], mientras advertía, a su vez, sobre los peligros de generar un nuevo desencanto ante posibles promesas frustradas en la dialéctica entre el *cam-bio posible* y el *necesario*^[65]. En definitiva, se

adoptaba una posición de apoyo crítico^[66], con el objetivo de presionar y promover políticas favorables a las mayorías sociales. Finalmente, los resultados de las elecciones sindicales de 1982 marcaron el *sorpasso* de UGT. Los datos del IMAC daban poco margen para la duda, en medio de una agria polémica entre los sindicatos. UGT aventajaba a su contrincante por tres puntos y medio, un 36,7% frente al 33,4% de delegados para CCOO^[67]. La central socialista había echado raíces, entre otros sectores, en los votantes de los estratos más moderados de la clase trabajadora^[68].

Representar a las «víctimas de la modernización»

Los años que transcurrieron entre 1980 y 1986 —a excepción de la extraordinaria actividad huelguística de 1984— estuvieron marcados por un descenso de la conflictividad, si tomamos como referencia la experimentada entre 1976 y 1979. A pesar de ello, ésta se mantuvo elevada en términos comparativos europeos, con sectores en conflictividad casi permanente a causa de los procesos de reestructuración^[69]. La

1982, las políticas de alianzas para llevar a cabo una salida a la crisis favorable a los trabajadoras fue desarrollada por Camacho en otro artículo titulado «Aliados posibles y aliados necesarios», *El País*, 13 de febrero de 1983.

66.– Acta de la Comisión Ejecutiva», 31 de octubre de 1982, *Ejecutiva*, C. 1, Carp. 25, AHT. Ratificada más tarde por el máximo órgano entre congresos: «Acta del Consejo Confederal Extraordinario», Madrid, 7 de noviembre de 1982, *Consejo Confederal*, C. 1, Carp. 24, AHT.

67.– «Los resultados oficiales dan a UGT vencedora de las elecciones sindicales de 1982. con el 36,71% de los delegados elegidos», *El País*, jueves, 10 de marzo de 1983.

68.– Véase, Ilse. M. Führer, *Los sindicatos en España*, Madrid, CES, 1996, p. 132.

69.– David Luque Balbona, *Las huelgas en España: intensidad, formas y determinantes*, Dirigida por Rodolfo Gutiérrez Palacios y Holm-Detlev Köhler. Tesis doctoral inédita. Universidad de Oviedo, Economía aplicada, 2010, p. 195-197. José Babiano Mora y Leopoldo Moscoso

62.– ASC, Madrid, 1 de junio de 1982, *Secretariado*, C. 4, Carp. 30, AHT.

63.– ASC, Madrid, 7 de septiembre de 1982), *Secretariado*, Caja 5, Carp. 6, AHT.

64.– Editorial, *GS*, 22 (1982), p. 3.

65.– En palabras de Camacho, *El País*, 8 de noviembre de

hipótesis, como hemos visto, según la cual los trabajadores preferían estrategias negociadoras en contextos de crisis, llevó a un ciclo de concertación social con la firma de una serie de acuerdos: primero el Acuerdo Marco Interconfederal (vigente para 1980 y 1981), luego el Acuerdo Nacional de Empleo (1982) y, finalmente, ya con ejecutivos socialista, el Acuerdo Interconfederal (1983) y el Económico y Social (1985-1986). CCOO firmó dos de ellos, el ANE y el AI, espolcada por motivos políticos. La filosofía general de los mismos fue la moderación salarial a cambio de inversiones creadoras de empleo u otro tipo de contrapartidas favorables a los intereses de los trabajadores^[70]. Sin embargo, estas transacciones no siempre fueron cumplidas por parte de los ejecutivos. Por ello, ya en el IV Congreso de CCOO, en noviembre del 87, se reconocería que, a pesar de ser una imposición de la coyuntura, la concertación había tenido nefastos resultados sobre el movimiento obrero y sindical^[71].

Ahora bien, en 1982, a pesar de los inconvenientes, según Camacho no se podía abdicar de la política de Solidaridad por la sencilla razón de que no había otra^[72]. El Acuerdo Interconfederal, firmado en febrero del 83, suponía un paso más en la dirección del intercambio entre moderación salarial y algunas concesiones laborales y disposiciones respecto al empleo o mejoras en la protección de los parados. Asimismo, su firma resultó congruente en el marco de

la posición de apoyo crítico al nuevo gobierno de izquierdas. Aun así, cada vez se hacía más necesario volver a definir una estrategia sindical ante el nuevo contexto y el ejecutivo entrante. La cuestión generaría interesantes debates en los que las percepciones de las actitudes políticas de los asalariados fueron un elemento central. En este sentido, y ante la evidencia de que las acciones del ejecutivo no coincidían con los planteamientos de la central^[73], Ariza proponía endurecer los posicionamientos respecto al gobierno, en una línea que le valdría a su sector el calificativo, ciertamente sensacionalista, de los «halcones», frente a las «palomas» de Camacho^[74]. Pero esta posición distó mucho de ser unánime, y otros, como Eduardo Saborido, eran partidarios de mantener el apoyo crítico, influido por la situación andaluza, probablemente^[75].

El Acuerdo Interconfederal fue el último pacto de macro-concertación firmado por CCOO y, por lo tanto, el último paso en la dirección establecida en el primer y segundo congresos. Fue aprobado por 98 de los 110 miembros del Consejo Confederal, a pesar de reconocer que se movía en los «límites del acuerdo posible»^[76]. Asimismo, de cara a evitar tensiones pretéritas, se inició un proceso de consulta orgánico sobre el mismo. Si en los órganos de representación territorial y sectorial, de un total de los 126 convocados, 97 eran favorables al AI; en los ramos, en un total de 114 asambleas cele-

Sarabia, «Los conflictos sociales en fase depresiva ante la adopción de política de ajuste: el caso español», en *Zona abierta*, nº56 (1991), pp. 120-173.

70.- Faustino Miguélez, «Sindicalismo y conflicto social en la España de la transición», *Mientras tanto*, 24 (1985), p. 32.

71.- Agustín Moreno, citado en Morán, Agustín, «Auge y crisis ...», p. 49.

72.- ASC, Madrid, 15 de junio de 1982, *Secretariado*, Caja 4, Car. 32, AHT.

73.- ASC, Madrid, 17 de mayo 1983, *Secretariado*, Caja 5, Carp. 25, AHT.

74.- «La línea dura de CC OO intentará aumentar su influencia en la ejecutiva de la central sindical», *El País*, 3 de mayo de 1984.

75.- De hecho las críticas a una deriva radical, oficialmente, acabarían por motivar la dimisión del histórico dirigente de las Comisiones Obreras de Andalucía, «Eduardo Saborido dimitió por su oposición a la política radical llevada a cabo por CCOO», *El País*, 1 octubre de 1983.

76.- «Resolución Consejo Confederal de 12 febrero de 1983», *Consejo*, Caja 5, Carp. 16, AHT.



Intervención de Marcelino Camacho en una asamblea explicando el Acuerdo Interconfederal. Sevilla, 1983 (Archivo Histórico de CCOO de Andalucía. Colección Fotográfica).

bradas en las que participaron 7.514 personas, hubo un 52% de votos afirmativos frente a un 41% negativos. Siendo rechazado, por ejemplo, en Alimentación, Campo o Construcción. No, sin embargo, en el Metal, federación bajo dirección «carrillista», donde fue aprobado. Es decir, se produjo una victoria más ajustada en las asambleas de base, que contrasta con el «barrido» en los órganos de dirección. En la estructura horizontal o territorial la diferencia fue mayor: de un total de 9.724 asistentes a las diferentes asambleas y encuentros, hubo un 60% de votos afirmativos y 33% negativos. Sin embargo, el AI fue rechazado en enclaves como Barcelona, Guipúzcoa, Madrid o Navarra^[77].

En total el proceso de consulta movilizó a un total de casi 22.000 personas. Lo que equivalía a un 5.8% de la afiliación y de los cuales un 21% eran miembros de órganos

sindicales. Los 7.514 delegados de ramos supusieron, en cambio, cerca del 21% del total elegido en 1982. Estas cifras muestran un sindicato parcialmente movilizado, pero con unas cuotas de lealtad relativamente bajas conforme nos alejamos de su núcleo dirigente. Cruzando ambos indicadores podríamos lanzar la hipótesis de encontrarnos ante unas bases poco movilizadas y que, en el caso de hacerlo, bascularían hacia unos posicionamientos moderados^[78].

Durante el verano del 83, resultaba ya evidente cuál iba a ser la orientación del ejecutivo. Orientación que terminaría por ser caracterizada desde CCOO como de «ajuste duro»^[79]. A partir de la presentación del *Libro blanco* relativo a la reconversión,

77.- «Acta de la reunión extraordinaria de la comisión ejecutiva del día 11 de febrero de 1983», *Ejecutiva*, Caja 5, Carp. 16, AHT.

78.- En el estudio del CIS citado en la nota 8, preguntados sobre el balance la concertación social, un 35,2% de los encuestados la considera muy o algo beneficiosa para sus intereses, un 20% indiferente y un 27,4 algo o muy perjudicial.

79.- «Situación de la negociación Gobierno-Sindicatos», 25 de noviembre de 1983, *Ejecutiva*, C. 1, Carp. 38, AHT.

el sindicato fue modulando su posicionamiento inicial ante la evidencia de las intenciones del ministro Carlos Solchaga. Éste era diáfano en cuanto a sus líneas estratégicas: «una política-marco de carácter general que reduzca los costes de emplear trabajo, flexibilice las condiciones de contratación, reduzca el nivel de inflación y rebaje los tipos de interés», antes que «una actuación directa del sector público a través de los instrumentos tradicionales de la política industrial»^[80]. Ya con anterioridad, durante diferentes debates realizados en el seno del sindicato, habían aparecido voces críticas sobre «el desastre histórico [que supondría] entender que como los trabajadores han votado PSOE hay que conectar con ellos»^[81]. Estas tesis, defendidas por «carrillistas», sirvieron de eje para la articulación de un sector duro en el sindicato junto con los «prosoviéticos». Posturas que, conforme se profundizaba en la crisis comunista, se fueron radicalizando^[82] en lo que se entendió como un retorno a cierto «fundamentalismo ideológico» en aras de recuperar relevancia política^[83].

En mayo de 1983 CCOO decide, en el marco de un debate presupuestario en el que el «superministro» de Boyer llamaba

a moderar los aumentos salariales^[84], hacer un balance de la situación. Para ello se elaborará un informe que el secretariado valida para ulterior discusión en el Consejo Confederal^[85]. En éste se reafirma el objetivo estratégico de, a través de la negociación y la movilización, se imponga una salida favorable a la crisis, bajo la lógica de «que pague más quien más tiene». A la hora de sopesar las actitudes políticas de la clase trabajadora predominaba el análisis electoral, caracterizando los resultados del 28 de octubre como una inequívoca voluntad de cambio progresista que, al defraudar rápidamente algunas expectativas, habría favorecido la recuperación del voto comunista en las elecciones municipales de mayo de aquel año. Una lectura ciertamente optimista, sin embargo^[86].

El documento citado, seguía rechazando tanto una posición de «radicalismo exacerbado» como la «mera crítica puntual», definiendo el papel de CCOO como de agente de presión hacia el gobierno. Advirtiendo, en este sentido, que de no producirse cambios en la política económica del ejecutivo, los trabajadores podían sucumbir bajo la «frustración», con el agravante que ésta se manifestara en forma de apatía e inhibición. Asimismo, el informe hablaba del carácter «decepcionante» de la política económica y de la necesidad de una actitud más ofensiva, ya que permanecer a la expectativa era un peligroso factor desmovilizador. El informe concluía con un llamamiento a «una amplia, serena y puntual movilización de los trabajadores».

80.- Carlos Solchaga, «Prólogo del Ministro de Industria y Energía al «Libro Blanco de la Reindustrialización», en *Economía industrial*, nº232 (julio-agosto de 1983), p. 49. Sobre el ajuste estructural llevado a cabo, contraviniendo si programa electoral, por el primer ejecutivo socialista, véase Donato Fernández Navarrete y Gustavo Matías, «Ajuste estructural de la economía española y negociaciones con las Comunidades Europeas durante el primer gobierno socialista (1982-1985), *Historia del presente*, nº8, 2006, pp. 39-60.

81.- ASC, Madrid 31 de mayo de 1983, *Secretariado*, Caja 5, Carp. 26, AHT.

82.- Ariza llegará a tildar de totalitario al gobierno socialista. ASC, Madrid, 11 de febrero de 1986, *Secretariado*, Caja 8, Carp. 5, AHT.

83.- Fórmula con relativa malicia que podemos encontrar en Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio*, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 22.

84.- «Boyer anuncia que en el mes de mayo se ha cortado la sangría de divisas y que la inflación va al ritmo previsto por el gobierno», *El País*, viernes, 3 de junio de 1983.

85.- «Informe para la reunión de los días 13 y 14 de junio», *Secretariado*, Caja 5, Carp. 26, AHT.

86.- Respecto a las municipales de 1979, habían perdido 642.142 votos, cayendo hasta los 1.499.907. En total, el PCE había perdido 1.230 concejales, casi un tercio de los obtenidos en las primeras elecciones municipales democráticas.

Realmente, lo que podemos observar es una falta de orientación clara y de cómo ciertos posicionamientos extrasindicales penetraban en la confederación generando, a menudo, tensos debates. Al mismo tiempo, la reconversión desataba duros conflictos, mostrando retazos de radicalidad obrera y un repunte global de la conflictividad para 1984. Aunque conviene recordar que, ya en abril de 1983, habían tenido lugar las huelgas generales en Gijón, Sagunto, Vigo y en el Bajo Deba, en las cuales CCOO se jactaba de jugar un papel centrado, entre el talante dubitativo de UGT y el «maximalismo» de otras opciones sindicales^[87]. Sin embargo, la confederación mostró por lo general una adaptación táctica a las expectativas de movilización, llegando incluso a secundar las acciones más contundentes, como en el caso de Gijón, o a promover alianzas con otros sindicatos de corte más radical como la Corriente Sindical de Izquierda (CSI)^[88].

El contexto general llevó al sindicato a promover la movilización socio-laboral^[89], con el efecto inmediato de un creciente enfrentamiento no solamente con el gobierno, sino también con la UGT. Una de las conjeturas manejadas era que «el cierre de filas en torno a una política antiobrera puede quebrar la familia socialista y hacer que se deshaga»^[90]. Las críticas del gobierno hacia el supuesto «giro radical» de CCOO, motivado por «intereses espurios», generó malestar en la central, cuya respuesta

consistía en interrogarse sobre dónde se encontraba el radicalismo, si en la práctica del sindicato o en la política del gobierno, solidarizándose a su vez con las luchas en marcha^[91].

El III Congreso y el final —*de facto*— de la concertación

La crisis en el PCE reverberó en el III Congreso Confederal de junio de 1984. En éste, CCOO se reafirmó en su estrategia de defensa de «los intereses de la mayoría de los trabajadores, no los de su vanguardia [...]», y dio así un espaldarazo a la estrategias basadas en el binomio presión-negociación^[92]. Sobre los acuerdos, Camacho señalaba que había un exceso de «doctrinarismo» a la hora de hacer un balance sobre los mismos, pero también se registraron críticas al «empecinamiento» de la dirección con una política de solidaridad en la que la central, ciertamente, parecía estar sola^[93]. Lo que resultaba, hay que reconocerlo, en su imposibilidad, máxime cuando el modelo propugnado por CCOO había de concertar a gobierno, sindicatos y patronal.

Los acuerdos sociales firmados por CCOO centraron buena parte de los debates. En este sentido, ante las críticas, la dirección aseguraba que la negociación centralizada estaba orientada a la rearticulación de la clase, a no dejar a ningún trabajador fuera por el hecho de no estar sindicado o por no contar con presencia sindical organizada en su puesto de trabajo, lo que era uno de los elementos inspiradores del «sindicalismo de nuevo tipo» que Comisiones pretendía representar, así como de la política de soli-

87.- «Informe sobre la negociación colectiva, aprobado por el consejo confederal del 19-4-83. Alta participación en la negociación y en las movilizaciones», *GS*, 26 (1983), pp. 9-18.

88.- Que en 1981 se había escindido de CCOO, véase al respecto Rubén Vega, *CCOO de Asturias, Oviedo*, CCOO Asturias, 1995, pp. 159-176.

89.- «Contra la reconversión y los despidos. Movilización en el metal», *GS*, 28 (1983), p. 17.

90.- ASC, Madrid, 2 de noviembre de 1983, *Secretariado*, Caja 6, Carp. 8, AHT..

91.- «¿Dónde está el radicalismo?», resolución del Consejo Confederal, noviembre de 1983, *Consejo*, Caja 2, Carp. 8, AHT.

92.- «III Congreso de CCOO. Marcelino Camacho: resumen del informe general», *GS*, 31 (1984), p. 3.

93.- *Ibid*, p. 6

daridad^[94]. Si bien los acuerdos no eran positivos o negativos *per se*, sino producto de una determinada correlación de fuerzas, parecía abrirse paso en el sindicato el posicionamiento según el cual había que «aprovechar el caudal de descontento y rechazo [...] para exigir acuerdos beneficiosos para los trabajadores [...]». Al tiempo que se reconocía también que «las causas de la desafiliación sindical son, sin duda, el paro, la crisis, la represión patronal. Pero los Acuerdos han influido también en la desafiliación [...]»^[95].

A pesar del tono autocrítico, Camacho fue reelegido por 579 votos a favor, 312 en contra y 54 en blanco. De las cuatro listas para la Comisión Ejecutiva la más votada fue también la de Camacho (500), seguida de la propuesta «carrillista» de Ariza (266), la «prosoviética» de Clemente (144) y, finalmente, la de la «izquierda sindical» de Nieto (27). El resultado aseguró la continuidad de la mayoría sindical y dio un espaldarazo a la línea seguida hasta entonces, incorporando, eso sí, algunas de las críticas realizadas. En este sentido, y entre algún que otro silbido, Camacho aseguraba que se tenía que «tirar hacia adelante, suavemente, de toda la clase para no romper», y continuaba preguntándose «¿Es que los hombres que pegan tirones bruscos sirven para ligarse a las masas? [...] ¿Qué es ser de clase? Es, por supuesto considerar, que los objetivos fundamentales conducen a la supresión de la explotación [...] Pero solamente se produce esto cuando las masas comprenden esta necesidad y luchan por ello»^[96].

Defendiéndose de los ataques en un congreso más que dividido, el secretario

general añadía además que CCOO había hecho bien en no forzar la situación contra un ejecutivo que no había dejado de tener un amplio respaldo popular. Haberlo hecho en sentido contrario, afirmaba, implicaba el riesgo de un segundo «desencanto»^[97]. Si bien los trabajadoras habían hecho gala de actitudes políticas más bien moderadas y depositado ciertas esperanzas en la gestión socialista, parecía cuestión de tiempo que estos sectores se acabaran alejando del gobierno ofreciendo así posibilidades de incidencia. Sin embargo, de momento las tendencias electorales, pero no sólo, parecían constatar lo que algunos llamaban el *mientras tanto*, en el que la movilización devenía difícil y amenazaba, de no aplicarse en el momento adecuado, con aumentar dicha moderación o inhibición en una suerte de círculo vicioso. A ciertas actitudes de docilidad —o precaución dependiendo del lugar de enunciación— de las cúpulas sindicales, habría que sumar, en todo caso, los efectos de la crisis y los «trazos de una cultura política subalterna de origen anterior» como los elementos que dificultaban emprender la movilización social^[98].

Ya hacía unos años, se afirmaba^[99], que la evidencia empírica señalaba que el igualitarismo y la solidaridad eran valores en retirada en la sociedad y esta tesitura fue, en última instancia, la responsable de los debates estratégicos en el seno del sindicato. Sin embargo, las fuentes de información de que se nutría Comisiones no eran de gran fiabilidad (fundamentalmente la prensa), llegando a, unos años más tarde, plantearse la necesidad de encargar un «barómetro sindical» propio^[100]. Sondar las actitudes

94.- *Ibid*, p. 12-13.

95.- *Ibid*, p. 14. Según Félix Pérez, de CCOO Euskadi y del sector carrillista, que en la reunión de cuadros de 1980, sin embargo, se había mostrado favorable a la presión para conseguir un «buen» AML. PCE: *Los comunistas...*, p. 70-71.

96.- *Ibid*, pp. 26-27.

97.- *Ibid*.

98.- Antonio Izquierdo, «Juicios y actitudes de los trabajadores en paro y los ocupados según encuestas recientes», en *Mientras tanto*, 13 (1982), p. 104.

99.- *Ibid*, p. 103.

100.- ASC, Madrid 15 abril de 1986, *Secretariado*, Caja 8,

se había convertido en algo vital para el sindicato, tanto para trazar la acción sindical, como establecer sus tesis políticas generales. A pesar de las divisiones mostradas en el congreso, de la fragmentación de la dirección y de los «duros debates» que se sucederían^[101], CCOO inició un giro hacia posturas de mayor confrontación frente al ejecutivo. Éste, a su vez, ante el viraje contrario a firmar más pactos sociales, respondió asegurando que desde CCOO no se estaba respetando «el deseo mayoritario de los trabajadores y de la sociedad española»^[102]. Todo ello en un contexto marcado por el aumento de la conflictividad contra la reconversión, no exenta ésta de trágicos acontecimientos.

Hacia la Huelga General

La apuesta por la participación salda del congreso, ejecutada por la nueva Secretaría de Organización, estuvo orientada a la extensión y consolidación organizativa y a la profundización de los análisis de coyuntura. Todo ello, a su vez, con el objetivo de canalizar el descontento, presionar al gobierno^[103] y perfilar una estrategia a «corto, medio y largo plazo [...]» de la que la central reconocía carecer^[104]. Fue a partir de 1984, en el marco de la negociación del Acuerdo Económico y Social (AES), cuando se aprovechó para lanzar una campaña de información y extensión organizativa. A mediados de noviembre se afirmaba haber alcanzado a unas 170,000 personas, en un total 372

actos, en los que el apoyo a la negativa de la central a firmar el AES era amplio^[105]. Sin embargo, las únicas perspectivas de movilizaciones concretas estaban relacionadas con los procesos de reconversión^[106] y eran, por lo tanto, de carácter defensivo, es decir en defensa de los puestos de empleo y contra los ajustes laborales.

A pesar de los planteamiento optimistas respecto al «desencanto» hacia la política socialista y el auge de los movimientos sociales^[107], del análisis de la negociación colectiva se desprendía que la conflictividad, entre enero y febrero de 1985, había caído un 29% respecto al año anterior, en el cual se habían perdido 122 millones de horas^[108]. Asimismo, se alertaba sobre ciertos posicionamientos «principistas» que «no sólo nos hacen perder espacio de negociación», sino que generaban incompreensión entre las masas^[109]. Y es que la «nueva» clase obrera española forjada en el desarrollismo franquista, ciertamente comenzaría a erosionarse a raíz de, entre otros factores, como el elevado desempleo, la reforma laboral de noviembre de 1984, que promovió la tem-

Carp. 8, AHT.

101.- Marcelino Camacho, *Confieso...*, p. 505.

102.- Antonio Izquierdo, «Juicios y actitudes de los trabajadores en paro y los ocupados según encuestas recientes», en *Mientras tanto*, 13 (1982), p. 104.

103.- «Informe de la Secretaría de Organización de la CS de CCOO», Madrid, 24 de julio de 1984, *Secretariado*, Caja 6, Carp. 25, AHT.

104.- *Ibid*, p. 13.

105.- ASC, Madrid, 30 octubre de 1984, *Secretariado*, Caja 6, exp. 32, p. 3, AHT.

106.- ASC, Madrid, 13 noviembre de 1984, AHT, *Secretariado*, Caja 6, Carp. 34, p. 2, AHT.

107.- «El resurgir de los movimientos sociales» GS, 34 (1985), p. 3.

108.- Hay que decir, empero, que los datos usados por CCOO eran las de la CEOE. Según éstos, en 1984, la conflictividad supuso más de 120 millones de horas, unos 15 millones de jornadas sin trabajar. Este nivel de conflictividad, sitúa el año 1984 como uno de los más duros, sólo superado por 1978 en número de jornadas y por 1979 en el total de horas y participantes (aunque por un pequeño margen en esta última variable). 1984, sin embargo, supera ampliamente los dos años referencia en número de conflictos, más de 3.000 frente a las 1789 de 1.979. Otros son, sin embargo, los resultados ofrecidos por el Ministerio de Trabajo. David Luque Balbona, *Las huelgas en España*, p. 350

109.- «Análisis de la evolución de la negociación colectiva en 1985», GS, 35 (1985), pp. 5-9.

poralidad y, por lo tanto, un aumento en la segmentación del mercado laboral. Dichos cambios habrían de incidir en los comportamientos y hábitos sindicales, haciéndose imprescindible una reflexión sobre los comportamientos y actitudes que estas reformas producían^[110]. Una mala gestión o la incompreensión del fenómeno dificultaría al sindicalismo organizar a los nuevos sujetos precarios que quedarían en los márgenes del mercado laboral, con el resultado de provocar una crisis de representación de los mismos y su alejamiento del sindicato.

Lejos de aflojar en lo que el sindicato entendió como una deriva «neoliberal»^[111], el gobierno de González pretendió una reforma de las pensiones que fue el motivo de la convocatoria de un paro general para el 20 de junio de 1985, el primero de 24 horas en democracia^[112]. En un clima de creciente enfrentamiento Redondo-González, CCOO instó a dar respuesta a la arrogancia del ejecutivo, superando las respuestas «puntuales» que los trabajadoras habían dado hasta entonces^[113]. A pesar de la falta de unidad, dada la inhibición de UGT, la convocatoria salió adelante con el apoyo de otros sindicatos. Cuatro millones de personas secundaron la convocatoria, siendo considerada por CCOO como todo un éxito, a pesar de los intentos de desprestigio

desde el gobierno y medios afines^[114]. De la misma manera el seguimiento sorprendió gratamente a actores que, sin embargo, no habían compartido la idoneidad de la convocatoria, como fue el PSUC^[115]. A pesar de la percepción de éxito, fue abriéndose camino la convicción según la cual, para este tipo de movilizaciones, era condición *sine qua non* tratar de arrastrar a la UGT.

La huelga recibiría la aprobación del 56.2% de las personas asalariadas^[116], una cifra un 11,3% por debajo del 14D. En este sentido, no es de extrañar que la central hiciera valoraciones muy positivas, adivinando la posibilidad de imponer un giro en la política del gobierno. CCOO comenzaba a cuestionar así la legitimidad de las políticas del ejecutivo, que había amasado el voto de «una inmensa mayoría que va desde la derecha hasta la extrema izquierda» no para imponer una política de ajuste duro o neoliberal, sino para promover una salida de la crisis más equitativa. En lugar de eso, el gobierno profundizó en las reformas estructurales y centró sus ataques contra el sindicato (temeroso, quizás, de que llegara a articularse una «izquierda real» en torno a la central), recurriendo incluso a revivir el fantasma del anticomunismo^[117].

110.– *Ibid*, pp. 15-19.

111.– El término aparecía ya claramente en «Informe para la reunión del Consejo Confederal de los días 13 y 14 de junio», Madrid, 31 de mayo de 1983, AHT, *Secretariado*, C. 5, Carp. 26, p. 5. De la misma manera fue calificada la concepción de las relaciones laborales de los socialista en el poder Antonio Baylos, «El «cambio socialista» y sus política sociales», *Gaceta sindical*, nº26 (1983) en *Las relaciones laborales en España, 1978-2003*, Madrid, Ediciones GPS, 2003, pp. 48-49.

112.– Véase al respecto Encara Ruiz Galacho, «La huelga de pensiones y «el sindicato comunista», en *Laberinto*, nº31 (2010), pp. 51-64.

113.– «El más duro golpe contra los trabajadores» *GS*, 36 (1985), p. 3.

114.– «20J: respuesta sindical y popular», *GS*, 37 (1985), p. 3. La huelga, apenas queda recogida en los datos del Ministerio de Trabajo, aunque sí podrían reflejarse en los de la patronal. Aunque entrevistado Antonio Gutierrez, éste declara que las cifras habrían sido notablemente sobredimensionadas, Entrevista a Antonio Gutiérrez Vergara, *Biografías Obreras y Militancia Sindical en CCOO*, BIO 52, AHT.

115.– «Poco (o ninguno) eran los que preveían la masividad», Comissió de Política Sindical, «Perspectiva de actuación de los comunistas en el próximo curso sindical», Barcelona, septiembre de 1985, *Fons PSUC*, Caixa 222, Carp. 4639, ANC.

116.– Rodolfo Gutiérrez, «La representación...», p. 31

117.– «La España real y la España oficial», *GS*, 37 (1985), pp. 40-41. En este sentido se pronunciaría también Vázquez Montalbán desde su atalaya de *El País*, en *Felipicas*, Madrid, Aguilar, 1994, p. 91-92.

A finales de 1985, el sindicato hacía un balance positivo de la actividad llevada a cabo. Ésta había repercutido «en el desarrollo sindical y organizativo» y «la amplia participación y respaldo de los trabajadores» había sido evidente. Las huelgas generales de sectores, nacionalidades y regiones afectadas por la reconversión, la campaña de denuncia del AES, la mayor participación de trabajadores en la negociación colectiva y la huelga general habían lanzado a CCOO «a la cabeza de la movilización sindical». En el marco de este crecimiento organizativo se había producido incluso un trasvase de delegados de otras centrales^[118]. Sin embargo, también se advertía de las complicaciones crecientes, en un contexto que sería electoral, y se hacía un llamamiento no sólo potenciar el desarrollo organizativo, sino a mantener las discusiones de índole política fuera del sindicato^[119].

Reconociendo implícitamente la existencia de conflictos en el seno de la central, se recomendaba centrar la actividad en varios ejes de trabajo de materia estrictamente socio-sindical para no entorpecer el normal desarrollo del sindicato. Éstos eran: 1) el desarrollo y apoyo a las movilizaciones que se estaban produciendo en el sector público contra los Presupuestos Generales del Estado (ciertamente las primeras de estas características y magnitudes^[120]), el apoyo a los trabajadores del sector sanitario frente a la Ley de Sanidad, la negociación colectiva, los planes de reconversión y reindustrialización, la Ley de Patrimonio Sindical y la movilización anti-OTAN y 2) crear y consolidar las secciones sindicales en las empresas y preparar las elecciones sindicales que tendrían lugar en 1986^[121].

118.- «A fin de facilitar el debate en la reunión de la CE Confederada», 5 de noviembre de 1985, *Secretariado*, Caja 7, Carp. 21, p. 7, AHT.

119.- *Ibid.*, p. 8.

120.- ASC, Madrid, 22 de noviembre de 1985, Caja. 7, exp. 23, p. 7, AHT.

121.- «A fin de facilitar el debate en la...», p. 9.

1986: CCOO y el cambio que pudo ser

A pesar de las directrices, 1986 fue un año en el que se experimentó un retroceso notable de la conflictividad. Asimismo, se acrecentaron las tensiones en el seno del sindicato, ya que algunos de sus dirigentes competían también en la arena electoral desde opciones políticas distintas. En este contexto, Ariza publicaba un artículo en el cual se proponía un giro ofensivo que abandonase posiciones «conservadores», de concertación, y que aprovechara el supuesto descontento social ante el proceso de ajuste duro que, según el gobierno, se iba a extender hasta 1990. Dinamizar y consolidar la presencia en los centros de trabajo y promover las asambleas, entre otras cuestiones, formaba parte del conjunto de propuestas del candidato de la Mesa para la Unidad de los Comunistas (más tarde Partido de los Trabajadores de España-Unidad Comunista, PTE-UC). Ante las pruebas de que «los trabajadores no se resignan», el sindicato tenía que dar una respuesta «sin radicalismos, pero con mucha coherencia, firmeza y unidad»^[122].

A nivel orgánico estas declaraciones y otras —en las que se acusaba a las Comisiones Obreras de Andalucía de moderación frente al gobierno de Borbolla^[123]— provocaron airadas respuestas. Camacho hacía un llamamiento a una cierta contención en aras de la continuidad del sindicato y aseguraba que «de la unidad de los comunistas no depende el futuro de CCOO»; añadiendo que «[h]ay cosas que el tiempo decide», en

122.- «Las fórmulas de la desestabilización», *El País*, 9 de enero de 1986. Las tensiones del contexto electoral, sobre todo con Ariza, resultan evidentes en las notas de una agitada reunión de órgano confederal, véase ASC, Madrid 11 de febrero de 1986, *Secretariado*, Caja 8, Carp. 5, p. 15, AHT.

123.- Declaraciones en el *ABC* de Sevilla y *El Correo de Andalucía* del 26 de enero de 1986.

alusión a la unidad que podía forjarse aprovechando el movimiento antiatlantista y pacifista^[124]. Asimismo, la corriente mayoritaria señalaba que la línea actual había afianzado la credibilidad del sindicato, la recuperación de otros movimientos sociales y advertía, también, que «[c]rear alarma entre los afiliados y la incertidumbre sobre el futuro de CCOO [...] es el peor servicio que se puede hacer a CCOO», defendiendo en todo momento el carácter democrático del sindicato^[125]. Cada crisis de este tipo parecía, sin embargo, cerrarse en falso y, además, su carácter público debilitaba la imagen de la central.

El resultado del referéndum de la OTAN del 12 de marzo de 1986, en el que CCOO había volcado esfuerzos considerables, también resultó ser indicativo. En efecto, el resultado supuso un evidente espaldarazo al gobierno y constituía claro síntoma, en cierta medida, de la moderación social. A pesar de ello, la central señalaba «el apreciable avance de la base social, dispuesta a apoyar una política de neutralidad, progresista y de izquierdas», una suerte de desiderátum para las elecciones de junio. Los resultados del referéndum mostraban, hay que reconocerlo, cierto desgaste del gobierno respecto de las elecciones del 28O, sin embargo la referencia a una pérdida de «millones» de votos no se correspondía con la realidad. Si bien por un lado se reconocía que los votos negativos en determinadas regiones mostraban «que una parte del voto nacionalista, es en gran medida de

orientación progresista y de izquierdas», se señalaba también que el sindicato no había sido capaz de llegar a personas paradas, jubiladas o jóvenes^[126]. La lectura según la cual parecía posible articular una opción a la izquierda del PSOE, y además con posibilidades de resultar victoriosa, parecía ciertamente más que optimista.

Finalmente, las elecciones de junio de 1986 arrojaron un balance que demostraba que, a pesar de todos los esfuerzos, la ciudadanía mantenía actitudes menos refractarias de las que el sindicato había previsto o no se sentía interpelada por ninguna opción a la izquierda del PSOE. Hay que señalar también que se comenzaba a vislumbrar el proceso de recuperación económica e incluso se generaba ocupación, hecho que podría haber empujado al electorado a apostar por la continuidad y estabilidad política. A pesar de la pérdida de más de un millón de votos y 18 escaños, el PSOE reválidaba la mayoría absoluta e Izquierda Unida obtenía unos resultados realmente modestos. Todo ello con una caída del 10% en la participación. De hecho, la central reconocía los mediocres resultados, la inhibición de la ciudadanía y hacía llamamientos a la unidad de la izquierda para conjurar dichas tendencias^[127].

Si bien el sindicato decía afirmarse en la línea mantenida hasta entonces, resultaba evidente que el resultado de los comicios suponía una impugnación de sus planteamientos y análisis. El desenlace tuvo, también, su translación a las elecciones sindicales de 1986, todo un plebiscito sobre su estrategia de «conflictividad mode-

124.- ASC, Madrid, 11 de febrero de 1986, *Secretariado*, Caja 8, Carp. 5, p. 7, AHT. Para el PCE en la campaña por el referéndum y por el no a la OTAN una vez convocado, así como las esperanzas de recuperación del espacio político perdido depositadas en esta movilización, véase Emanuele Treglia, «La última batalla de la transición, la primera de la democracia. La oposición a la OTAN y las transformaciones del PCE (1981-1986), en *Ayer*, n°103 (2016), pp. 71-96.

125.- *Ibid*, p. 28.

126.- «Continuar la lucha contra el hegemonismo norteamericano y el complejo militar-industrial. Resolución sobre los resultados del referéndum del 12 de marzo», *GS*, 41 (1986), pp. 49-50.

127.- «Ante los resultados de las elecciones del 22 de junio», ASC, 24 de junio de 1986, *Secretariado*, Caja 8, Carp. 6, AHT.

rada», entre la combatividad y el discurso de concertación social. UGT se mantuvo en cabeza. A pesar del eslogan de la «victoria cualitativa», a la que se sumaron incluso algunos medios, y las denuncias de fraude generalizado, si tenemos en cuenta que CCOO había volcado amplios recursos en su oposición y crítica a las políticas gubernamentales y esperaba capitalizar su actitud frente al ejecutivo, los resultados fueron modestos: si bien el número absoluto de delegados aumentaba en casi 35.000, el peso relativo de CCOO apenas aumentaba un 0,4% (59.230), mientras que la UGT crecía un 3% (69.427).

Conclusiones

El período de 1980 a 1986 fue complicado y estuvo marcado por la crisis, la concertación y sus efectos negativos sobre los salarios, los conflictos entre las dos centrales mayoritarias —pero también en su seno, como hemos visto— y la profundización en la fragmentación de la clase trabajadora en paralelo a la del mercado laboral. Si bien ésta no había sido un todo homogéneo, asociada al paradigma del obrero fordista varón, sí que era de este estrato el lugar del cual surgían sus segmentos más combativos. El proceso de crisis asedió este bastión de clase que, acorralado por la reconversión, dio muestras de un radicalismo notable en defensa de los puestos de trabajo. El proceso de crisis y reestructuración, además de minar la base sobre la cual se había sustentado el «nuevo» movimiento obrero, también tuvo un impacto notable en las identidades y en las actitudes sindicales. En este sentido, si en 1980 un 37% de los trabajadores se identificaban como clase obrera, este porcentaje había caído a un 20% en 1984^[128].

128.—Víctor Pérez Díaz, *La primacía...*, p. 294.

El sindicato, como hemos visto, no era ajeno a este proceso. El supuesto giro conservador en las actitudes suscitado por la crisis económica lo inducirá —a su vez inmerso en un difícil proceso de extensión, consolidación organizativa y de lucha/adaptación al nuevo marco jurídico— a adoptar una estrategia de conflictividad moderada que generó, a su vez, animados debates internos. Y es que, para trazar la acción sindical y establecer sus posicionamientos políticos, la central se guiaba según los distintos indicios: fundamentalmente a través de la prensa y medios ajenos y otros indicadores más o menos volátiles como son los resultados electorales, las movilizaciones o la conflictividad laboral —sujeta tanto al calendario de la negociación colectiva como al electoral—, etc. Todo ello con la presión añadida de ser prácticamente la única oposición efectiva al gobierno, ejercida principalmente en la calle^[129].

Respecto a las actitudes políticas el sindicato constató, a principios de los ochenta, que sus bases se circunscribían a los sectores más «radicales» de la clase trabajadora y trató por ello de moderar sus posiciones en aras de interpelar al resto; deviniendo esta tendencia, en determinados momentos, en una auténtica obsesión «antiizquierdista» que trataba de huir de aquello que, más adelante, se llamará una suerte de «política-espectáculo sin arraigo de masas»^[130]. Esta visión cobraba sentido en un contexto en el cual la competencia entra las centrales aumentaba y UGT parecía gozar de más apoyos entre los sectores más moderados, mientras crecía la identificación de CCOO con posicionamientos más radicales.

Esta percepción del supuesto carácter moderado de la clase, en buena medida fru-

129.—José M.^a Marín Arce, «La fase dura...», p. 100.

130.—José Luis López Bulla, «Carta abierta a Marcelino Camacho», *El País*, 19 de octubre de 1984.

to del impacto de la crisis económica, entre otros elementos, llevó a un breve período marcado por la concertación social. En este sentido, la central firmó sendos acuerdos, el ANE (1981) y el AI (1983), con el objetivo, entre otras cuestiones, de que la negociación centralizada permitiera representar los intereses de las nuevas cohortes de trabajadores no sindicalizados —siguiendo la lógica un tanto borrosa del «sindicato de nuevo tipo»— así como conseguir atraer a aquellos que veían en UGT una actitud más proclive a la negociación y a la resolución no «principista» de los conflictos. Esta directriz, estaba también imbuida de cierta percepción de que la complicada coyuntura económica impedía adoptar una posición ofensiva dado el retraimiento conservador de la clase trabajadora, que sólo se veía abocada a cruentos conflictos a la desesperada cuando se encontraba ante la posibilidad de perder sus puestos de trabajo.

Con la victoria socialista y la política continuista de ajuste, determinados sectores de CCOO —paradójicamente, en buena medida correspondientes a los que habían promovido actitudes más moderadas con anterioridad— creerán oportuno aprovechar el descontento que habría de producir

dicha política para forzar un giro en el gobierno o el cambio político. Si bien ciertas apelaciones al «realismo sindical» continuaron presentes, poco a poco, y sobre todo a partir del III Congreso, la central endurecerá sus posicionamientos convencida de poder recuperar de esta manera el terreno perdido frente a la UGT en las elecciones sindicales del 82 y erigirse, así, en mejor representante de los intereses de los asalariados ante la actitud del gobierno.

A pesar de ello, el posicionamiento adoptado no bastó para impedir que la central —y el campo político a la izquierda de los socialistas en general— cosechara dos importantes derrotas. Por un lado el referéndum de la OTAN y, finalmente, las elecciones de junio del 86, que demostraron que la erosión llevada a cabo no había sido suficiente y que el gobierno seguía generando amplios consensos entre la clase trabajadora. Asimismo, los sectores que acabaron por alienarse del mismo tampoco optarían por opciones más a su izquierda y sí por la abstención. Todo ello llevaría a un necesario proceso de redefinición e, incluso, a cambios orgánicos en 1987 a raíz del IV Congreso, que valoró con severidad la línea desarrollada hasta entonces.

AUTORES INVITADOS

Aproximaciones marxistas a la Edad Media, algunas cuestiones y ejemplos

*Marxist approaches to the Middle Ages,
some issues and examples*

Chris J. Wickham
University of Oxford

Resumen

Este artículo analiza la contribución de los enfoques marxistas a la Edad Media en la historiografía reciente y sostiene que son mucho más importantes de lo que la gente admite, aunque cada vez están más implícitos. Argumenta que el hecho de su naturaleza implícita supone, sin embargo, una debilidad. En una segunda parte, analiza las formas en que podríamos comenzar a abordar el problema de la lógica económica del modo de producción feudal y sostiene que los patrones de equilibrio a largo plazo en las economías feudales han sido muy frecuentes a través de la historia.

Palabras clave: Modo de producción feudal, Edad Media, Lógica económica.

Abstract

This article discusses the contribution of Marxist approaches to the Middle Ages in recent historiography and argues that they are much more substantial than people recognise, although they are increasingly implicit. It argues that the fact of their implicit nature is, however, a weakness. In a second part, it discusses the ways in which we might begin to approach the problem of the economic logic of the feudal mode of production and argues that long-term equilibrium patterns in feudal economies have been very frequent in history.

Keywords: feudal mode of production, Middle Ages, economic logic.

Los enfoques históricos marxistas casi siempre fueron polémicos, frecuentemente subversivos, a veces revolucionarios. Las aproximaciones marxistas a la historia medieval, sin embargo, lo son mucho menos. Existe una razón básica para eso: no se necesita ser muy de izquierdas para considerar injusto al feudalismo. Existe un número excepcionalmente pequeño de historiadores (a pesar de que existen) que piensan que la Edad Media fue un periodo bueno para vivir, especialmente si se era campesino, lo que normalmente era el caso de cerca del 90% de la población, que cae al 70% en áreas altamente urbanizadas (pero ser pobre en una ciudad era peor), y sube al 95% en algunas áreas como, en Europa, Escandinavia. Y poquísimos historiadores piensan que la razón fundamental por la cual la sociedad campesina era injusta no lo era en relación al hecho de que los excedentes producidos por los campesinos fueran apropiados por los señores, sino por el uso sobreentendido de la fuerza. Estas visiones no son polémicas ni siquiera entre la extrema derecha en los Estados Unidos: uno de los mitos fundadores de todos los americanos del Norte es el de que ellos se levantaron contra una Europa del *antiguo régimen*, que frecuentemente era caracterizada como «feudal» —la palabra fue popularizada, tal vez hasta incluso inventada— por Montesquieu para describir aquella sociedad. Sin embargo, esto no quiere decir que exista una gran historiografía explícitamente marxista *escrita* en realidad sobre la Edad Media. Me gustaría comenzar mi intervención con el por qué de eso. Voy a argumentar que, en verdad, el paradigma marxista es bastante influyente entre los historiadores, aunque eso no sea muy reconocido, y a pesar de que algunos problemas también resultaron de esto. Finalmente, pretendo exponer lo que me parecen las cuestiones llave para ser afrontadas por los investigadores, es-

pecialmente si ellos quisieran ser teóricamente más conscientes en el futuro de lo que frecuentemente lo fueron en el pasado, especialmente en el pasado reciente^[1].

De una manera muy general, Marx no estuvo muy interesado en la Edad Media, frecuentemente dejó la historia para Engels. Pero, como es bien sabido, en sus *Formen*, o «Formaciones económicas precapitalistas», parte de los (no publicados) *Grundrisse*, expuso un breve relato estructural de las economías precapitalistas, y eso ha sido ampliamente discutido y rediscutido en los últimos cincuenta años. La tradición engelsiana más tarde popularizó la idea de que habrían existido cinco estadios de desarrollo histórico, el «comunal primitivo», el modo de producción esclavista, el feudal, el capitalista y el socialista. Hubo mucho debate sobre otros modos, que parecerían plausibles a la luz de observaciones dispersas de Marx en cartas y otros escritos: el antiguo, el germánico, el eslavo y, por encima de todos, el modo de producción asiático. Estos modos parecían ofrecer maneras diferentes de explicar cómo se produjo el tránsito del comunismo primitivo, en el caso de los tres primeros, y en el caso del modo de producción asiático como una forma de explicar el fracaso de Asia en realizar la transición hacia el capitalismo o de explicar el fracaso en aquella región para ofrecer una alternativa posible a un modelo social que era claramente eurocéntrico. Esta tradición fue absorbida por el estalinismo, y hacia la segunda mitad del siglo pasado todo debate sobre esos estadios era un metadebate sobre el estalinismo. Esto, por otro lado, abrió un camino para la expresión abierta de versiones religiosas del marxismo, que alcanzaron su apogeo en Europa occidental en un momento althusseriano de los

1.— *Marxist approaches to the middle ages, some issues and examples*. Conferencia impartida en la Universidad Federal de São Paulo, Guarulhos (Brasil).



Campeños y vigilancia señorial. S. XIII, (Miniatura del Salterio de la Reina Mary. British Museum).

años 1970 —un momento tendencialmente antiestalinista, pero así mismo sujeto a la creación de reglas con respecto de lo que podría constituir un modo de producción y de la relación entre modo de producción y formación social, reglas que eran esencialmente interpretaciones teológicas de frases casuales de los padres fundadores.

Yo soy un historiador, no un filósofo y menos aun un teólogo, y a pesar de haber sido un estudiante de pos-doctorado a mediados de los años de 1970 y de haber tratado fielmente de entender a Althusser con mis amigos, nunca conseguí aceptar la indiferencia de casi todos los partidarios de ese tipo de estudio teórico ante el pasado en sí. Estaba mucho más cercano a historiadores como Rodney Hilton en el Reino Unido, o Guy Bois en Francia, o Robert Brenner en los Estados Unidos, que procuraban entender cómo funcionaba efectivamente la sociedad campesina medieval, cómo operaban sus estructuras y, de modo más general, cómo funcionaba la lógica económica del propio sistema feudal. En fin, no era posible tener una visión marxista del

pasado (como yo tenía y tengo) sin pensar que la lógica económica del capitalismo no era universal, y que, si no lo era, entonces en los periodos precapitalistas otra lógica debería haber existido en su lugar. Cómo se dio eso es algo que tendría que ser estudiado empíricamente, a pesar de que tal conocimiento empírico tendría que ser apoyado por la teoría, como en cualquier otra ciencia social. En verdad, fue lo que yo mismo procuré hacer; y volveré a este punto más adelante. Sin embargo el mundo cambió en cuanto lo hice, y ese es el primer punto que pretendo explorar aquí.

En la Historia Medieval, como en otras áreas de la historia, hubo un empequeñecimiento de la carga ideológica del debate aproximadamente después de 1980, y aun más después de 1990. Las personas aun pueden ser tan duras unas con las otras, como lo fueron siempre, está claro, inclusive respecto a macro interpretaciones históricas, tal como, en los años 1990, se dio en el debate sobre la «revolución feudal» que pudo haber ocurrido o no en la Europa Occidental a la altura del año 1000. Pero

aquel debate, a pesar de tener ciertamente raíces estructurales en algunos argumentos marxistas tradicionales, y a pesar de haber tenido una significación simbólica considerable para algunos de sus participantes, no tenía prácticamente ningún contenido político explícito. Todo habría sido muy diferente dos décadas antes, como lo fue de hecho: el «debate Brenner» de final de los años 1970, sobre el papel de los conflictos de clase en la determinación de diferentes caminos para el desarrollo socioeconómico en las diversas partes de Europa después de la Peste Negra, que a pesar de estar esencialmente centrado en discordancias empíricas y estructurales, poseía una fuerte connotación política, y tanto los marxistas como los no marxistas que participaron en ese debate tenían interés en identificarse como tal^[2]. La primera cosa a hacer aquí es tratar de identificar exactamente qué es lo que cambió.

Me parece que en la Historia Medieval, pero no solo en ella, existen cuatro elementos en esa transformación. El primero es que el mundo de los historiadores se volvió menos parcelado ideológicamente, por lo menos en la Europa Occidental, que conozco mejor, y en la que me voy a concentrar. Una década antes de las convulsiones en el Bloque oriental en 1989-1992, realmente hacia 1980, la lucha política fue purgada del interior de la academia, por varias razones. En Gran Bretaña, el ataque del gobierno conservador de los años 1980 contra los valores académicos minimizó un número sustancial de rivalidades internas; en Italia la repulsa contra el terrorismo y

una eventual percepción de que la revolución no era de alguna forma inminente condujo a un quietismo político entre los académicos, que duró una década o más; en Francia la muerte repentina o el eclipse de tantos gurús estructuralistas en 1980-1981 coincidió con la sorprendente elección de un gobierno de izquierda y el inicio de un mundo en el cual los compromisos pragmáticos de la política de poder pesaban más que las proclamas ideológicas que habían sido dominantes hasta el final de los años de 1970; y, en todos los lugares, la generación que había crecido en las barricadas universitarias en 1968 y después, conquistó sus empleos, envejeció, y —independiente de su visión política— pasó a ser vista como menos amenazadora por sus iguales más tradicionales. La única excepción importante en Europa fue España, cuya trayectoria posfranquista dejó un enorme abismo entre los intelectuales marxistas, generalmente unos más progresistas y otros muy tradicionalistas, algo que aún existe hoy —el marxismo mantiene influencia en sus universidades, incluso entre los medievalistas. Fuera de Europa eso también podría percibirse en países como India, Sudáfrica, Turquía, Brasil y Argentina, que poseen en su trayectoria algunos paralelismos con España. Es preciso señalar que yo no había percibido esa coyuntura en la época, y mi incursión más explícita en la teoría marxista en esa época fueron dos artículos sobre la caída del Imperio Romano, datados en 1984-1985 que, tardíamente y pasados de moda, pueden encontrar ahora^[3]. Y fue eso lo que se vio: los artículos no tuvieron casi ningún impacto político. Fueron en general vistos como ejemplos neutros de análisis estructural, los lectores fueron amables, en lugar de entusiasmados o hostiles con respecto a su explícito contenido político —la

2.- Para el debate sobre la «revolución feudal», ver las referencias citadas en C. Wickham, «Le forme del feudalesimo», en: *Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto Medioevo*, 47 (2000), pp. 15-51, en la p. 27, para el «debate Brenner», ver T.S. Aston y C.H.E. Philpin (eds.), *The Brenner debate*, Cambridge, 1985, que reúne las contribuciones, publicadas todas por primera vez en *Past and Present*.

3.- C. Wickham, *Land and power*, London, 1994, pp. 7-75.

mayor excepción vino de países de lengua española. Lo mismo ocurrió verdaderamente con mi más reciente libro sobre el desarrollo socioeconómico de la Alta Edad Media, que presenté en un marco intelectual explícitamente marxista, para sorpresa de personas que yo conocía bien^[4].

Ese fue, en mi opinión el mayor cambio entre los historiadores; el colapso de la Unión Soviética contribuyó mucho menos, excepto en términos de moda. Yo no consigo pensar en ningún medievalista occidental cuya visión se haya visto alterada por ello, a pesar de ser eso diferente en los países inmediatamente implicados, huelga decir. De cualquier forma, ese enorme cambio tuvo implicaciones para los marxistas. Condujo al abandono inmediato de la mayoría de las versiones religiosas del marxismo que durante mucho tiempo habían obstaculizado versiones más críticas del paradigma —ese fue un cambio para mejor. Impuso a todo marxista serio la tarea de explicar un cambio tan repentino en términos marxistas (a pesar de que eso no habría sido tan difícil: como también comentó Eric Hobsbawm, para utilizar la terminología de Marx en 1859, los rápidos desarrollos de las fuerzas productivas representados por las ofertas a los consumidores y a las dos primeras generaciones de la revolución informática estaban, hacia el final de los años de 1980, en seria contradicción con las relaciones sociales de producción soviéticas, que se habían desarrollado para un momento diferente, el de la primitiva industrialización, y que se mostraban incapaces de cambiar)^[5]. Y la moda no es irrelevante:

ninguna generación nueva de teóricos marxistas apareció en la mayoría de los países europeos durante los años de 1990. Pero, a pesar de todo eso, fue 1980 lo que marcó el mayor cambio; 1989 apenas confirmó la tendencia.

Un tercer elemento es simplemente que la propia historia económica y social comenzó a pasar de moda en los años 1980, por lo menos entre la vanguardia historiográfica, y nuevos movimientos, como la historia cultural, la historia de género y el análisis del discurso tenían mucha menos influencia de la teoría marxista, que siempre había sido más débil en esas áreas. Las personas dejaron de leer a Althusser o Poulantzas, entre otros teóricos franceses, y comenzaron a leer a Foucault, Derrida, Bourdieu —izquierdistas, ciertamente, pero no marxistas clásicos en cualquier sentido del término (a pesar de que, para ser justo, Derrida, irritado con el empequeñecimiento político de los años 1990, hizo lo que le fue posible para reinstaurar a Marx como un pensador posestructuralista en 1993)^[6]. Entre los grandes pensadores marxistas del pasado, el único que mantuvo una gran influencia fue Gramsci, en parte por su notable inteligencia y originalidad, pero también porque, más allá de eso, fue un teórico de la cultura. Los historiadores sociales y económicos, alarmados con todo esto, comenzaron a unirse a pesar de sus antiguas enemistades y, en general, se han mantenido juntos desde entonces; la mayor parte ahora está entre una rama de la Historia económica y social que busca sus modelos en la Historia y otra que se ve como una rama de la Economía, lo cual incluye pocos medievalistas.

El cuarto elemento es tan importante

4.- C. Wickham, *Framing the early middle ages*, Oxford, 2005.

5.- Véase E.J. Hobsbawm, *The Age of Extremes*, London, 1994, pp. 496-9. Este punto —enfático como una cuestión separada por las ventas de recuerdos soviéticos— sostiene el aumento de la percepción de que todos los grandes hechos y personajes de gran importancia en la historia mundial ocurren, como si dijéramos, tres veces:

una vez como tragedia, la segunda como farsa y la tercera como mercancía.

6.- J. Derrida, *Specters of Marx*, New York, 1994, pp. 92-174.

como el primero, y los dos están relacionados: las explicaciones históricas se volvieron más eclécticas. Tomemos la historia económica de Inglaterra al final de la Edad Media como un ejemplo: el influyente libro sobre la comercialización de Richard Britnell, de 1993, puede situarse en un cuadro interpretativo de los factores de transformación económica que retrocede a Adam Smith, pero termina con un reconocimiento explícito de la importancia causal del énfasis de Marx en las desigualdades de riqueza y poder, y en su segunda edición quedó satisfecho por situar sus argumentos en el marco del debate sobre la «transición» marxista. El panorama sobre la sociedad inglesa publicado por Steve Rigby en 1995 colocó un gran peso en explicaciones malthusianas y especialmente marxistas: pero él las situó en un cuadro interpretativo más general, derivado de la teoría del «cercamiento» de Frank Parkin y de la sociología del poder de Garry Runciman, ninguno de ellos próximos al marxismo. El alza de modelos económicos sobre el periodo, de John Hatcher y Mark Bailey, de 2001, coloca un modelo malthusiano, otro marxista, y el modelo de comercialización en el mismo plano, y concluye diciendo que, dadas las complejidades del desarrollo socioeconómico real, nosotros deberíamos simplemente utilizar los tres. Fuera de la historia inglesa, Lorenzo Epstein, Pierre Toubert y Luciano Palermo muestran una variedad de fuentes teóricas semejantes para sus trabajos^[7]. Ese eclecticismo tiene

una consecuencia importante. Tomemos un debate internacional a gran escala como aquel sobre la protoindustrialización: muchos de sus teóricos iniciales en los años de 1970 se expresaron en términos claramente marxistas, ciertamente, pero ahora no se trata solo de la pérdida de la carga ideológica, como señalé al comienzo, sino también de que necesitamos esforzarnos más para definir cuáles son los presupuestos fundamentales con que cada autor contribuye al debate, y en muchos casos nunca podremos tenerlos con certeza^[8].

Vivimos entonces una situación en que pocas personas que en Europa escriben actualmente sobre la Edad Media se expresan en términos marxistas, incluso en países como Italia y Francia, donde muchos de los historiadores en cuestión votan a partidos de extrema izquierda. Pero eso no quiere decir que las interpretaciones esencialmente marxistas hayan sido abandonadas. Realmente quiero afirmar justamente que, en la historia económica y social de la Edad Media, las ideas marxistas parecen lejos de estar muertas o moribundas, en realidad están en todas las partes. En cierto modo Marx simplemente se volvió un teórico social del pasado cuyas ideas pueden ser utilizadas, como Malthus, Smith, o Weber. Todos nosotros utilizamos los métodos de cada uno, al mismo tiempo en que rechazamos sus demostraciones empíricas; lo mismo se da con Marx. Pero Marx se mantiene como el más central de todos, en la práctica de la Historia Medieval ¿Por qué? Me parece que eso es porque, de los grandes teóricos sociales, Marx es justamente aquel que confrontó las realidades de la explotación y las analizó; como casi nadie que estudia

7.- R.H. Britnell, *The commercialisation of English society*, 1ª ed. Cambridge, 1993, pp. 230-231; 2ª ed., Manchester, 1996, pp. 233-237; S.H. Rigby, *English society in the later middle ages*, Manchester, 1995, esp. pp. 1-14; J. Hatcher and M. Bailey, *Modelling the middle ages*, Oxford, 2001; S.R. Epstein, *Freedom and growth*, London, 2000, esp., pp. 49-52; T. Toubert, «Les féodalités méditerranéennes», in *Structures féodales et féodalisme dans l'Occident méditerranéen (X-XIII siècles)*, Roma, 1980, pp. 1-13, en pp. 3-4; L. Palermo, *Sviluppo economico e società preindustriali*, Roma, 1997.

8.- Compare la problemática marxista general en P. Kriedte, H. Medick, J. Schlumbohm, *Industrialization before industrialization*, Cambridge, 1981, e.g. pp. 6-11, con las perspectivas en S.C. Ogilvie and M. Cerman (eds.), *European proto-industrialization*, Cambridge, 1996.

la sociedad o la economía medieval desea negar la realidad de la explotación de campesinos (o artesanos), se basan en Marx, o en autores influenciados por Marx, en sus paradigmas de comprensión básicos —para utilizar una expresión kuhniana^[9]. Lo que ocurrió, sin embargo, es que estos fueron «normalizados». Nosotros olvidamos las imágenes de una guerra fría entre interpretaciones históricas marxistas y las «burguesas», luchando todo el tiempo, a pesar de los muchos préstamos mutuos, y a pesar del respeto personal que miembros de un campo sentían por los practicantes del otro (entre Georges Duby y Guy Bois, por ejemplo). En lugar de eso, conozco conservadores explícitos que utilizan categorías y modos de análisis marxianos, y algunos de ellos se dan cuenta, por lo menos en parte, de que es eso lo que están haciendo.

De cierta forma, es así como debería ser; la historia gana con el pluralismo, y pierde cuando sus practicantes simplemente gritan unos contra otros. De otra forma, es un retroceso. En parte porque la historia es mejor cuando tiene una «picadura», una arista incómoda, un hilo crítico. (La historia de género es el único ámbito que mantiene ese sesgo subversivo, y yo espero que continúe haciéndolo). Pero el retroceso de un debate explícitamente marxista también está ligado, y eso es más problemático, a un retroceso en relación a las aproximaciones teóricas pensadas detenidamente. Yo no estoy hablando de un rechazo a construir modelos, que existen en la mayoría de los casos en historia económica y social, sino de que los modelos representados hoy en día tienden a ser de un alcance teórico solamente mediano (o táctico). Las personas de manera general están mucho menos comprometidas en afirmar cuáles son sus pre-

supuestos más profundos, estratégicos, y a no ser que lo hagan nadie irá a interrogarlas sobre eso adecuadamente. El debate sobre la «revolución feudal» sufrió de manera inevitable de esta indefinición conceptual, exactamente por esta razón. Los historiadores normalmente defienden ese procedimiento a través de un ataque vigoroso contra las explicaciones monocausales para los cambios económicos. Lo cual está bien para mí; pero las causas también son jerárquicas, y tienen relaciones intersistémicas, que también necesitan ser exploradas. Las variantes sofisticadas del marxismo tienen ese tipo de elemento sistémico; es por eso que fueron poderosas, y es por eso que permanecen convincentes desde mi punto de vista. Más allá de eso, si el Marxismo es un paradigma en el sentido kuhniano, solo puede ser sustituido —si quieres hacerlo— por otros paradigmas, que puedan superarlo porque son capaces de explicar más anomalías y reunir más teorías de alcance medio en una estructura coherente, al igual que Einstein sustituyó la física newtoniana. A menos que seas teóricamente consciente, no podrás adquirir una consciencia de qué paradigma estás actuando; y si no tienes esa consciencia, no podrás desafiar al paradigma. El pluralismo actual no me parece estar contribuyendo mucho para hacer esto; es un desafío que está siendo desperdiciado.

Ese es, entonces, uno de los mayores problemas con que nos enfrentamos en el presente: una falta de consciencia generalizada de las categorías conceptuales y sus paradigmas. Los historiadores tienden a evitar la teorización; esa es verdaderamente una de las características más distintivas de la disciplina. Pero es también uno de sus puntos débiles, pues el compromiso de los historiadores con la forma expositiva empirista muy frecuentemente esconde sus presupuestos teóricos no solo de otros sino

9.— T. Kuhn, *The structure of scientific revolutions*, Chicago, 1962.

también de los de ellos mismos. En consecuencia, los historiadores pueden caer en argumentos contradictorios, y, en general, corren el riesgo de ser incoherentes; enteros debates históricos dependerán, en algunas ocasiones, de presupuestos teóricos que son indefendibles, y que habrían sido vistos como tales si hubiesen sido expuestos de forma articulada. Yo escribí mi propio libro de economía altomedieval en parte por furia contra esa indefinición conceptual. En el libro, que cubre la historia de una docena de países en Europa y el Mediterráneo, la mayoría de los cuales había sido estudiado aisladamente hasta entonces, estaba preocupado por atacar principalmente los paradigmas implícitos y nacionalistas utilizados por demasiados historiadores, pero también es verdad con las herramientas básicas de análisis de la acción económica y social: además esas quedan demasiado implícitas. Hacer a los historiadores más conscientes de los paradigmas dentro de los cuales operan se presenta como un desafío crucial; si se considera el *habitus* de los historiadores las cosas siempre continuarán siendo como fueron, pero eso no es motivo para desistir de esa tarea, y puedo imaginar que yo, por lo menos, debo continuar esa batalla particular durante el tiempo que sea capaz.

Para la segunda parte de esta intervención, quiero ser más propositivo, y discutir algunas de las cuestiones cruciales que veo delante de una historiografía marxista teóricamente consciente de la Edad Media. Todas ellas se ocupan de un problema que me parece central para todos los historiadores de la Europa Medieval, también de Asia, y partes de África y América: cuál es la lógica económica del modo de producción feudal, y cómo esta lógica puede cambiar o no, en respuesta a situaciones de creciente complejidad económica. Para dejar claro por qué es que considero este el problema

central, presentaré aquí una cuestión básica, que todos los que no son medievalistas pueden tener en el fondo de sus mentes en cuanto me lean: ¿por qué es que a cualquier persona le gustaría saber más sobre el modo de producción feudal? Existen dos razones, a mi entender. Una es que uno de los objetivos de Marx era mostrar que las «leyes» económicas del capitalismo no son universales ni eternas, pero sí son específicas de un modo de producción. Pocas veces fue tan explícito en sus escritos, pero todos sus análisis de los modos pre-capitalistas asumen eso, como también, es evidente, su premisa y esperanza de que el capitalismo sería eventualmente superado. Marx también lo dice en algunas ocasiones, o por lo menos de una forma lateral, como en la segunda edición de *El Capital*, volumen 1, cuando cita extensamente la reseña (anónima) de la primera edición de I.I. Kaufman, originalmente en ruso, que dice que «en la opinión (de Marx) todo periodo histórico posee sus propias leyes»; Marx describió esta reseña como *treffend*, «impresionante» o «acertada»^[10]. Teniendo eso en mente, me parece útil y tal vez hasta incluso importante desarrollar una imagen tan evidente como sea posible de las leyes económicas —yo prefiero el término lógica económica— del modo de producción no capitalista más sustancial y más duradero que jamás existió en la historia desde la aparición de las jerarquías de clase, o sea, el feudalismo. Esa es pues la segunda razón por la cual quiero discutir el modo de producción feudal aquí; en mi opinión, el feudalismo dominó casi toda la historia humana desde que aparecieron las sociedades de clase. Los sistemas basados en impuestos estatales o tributos que fueron tan comunes en tantos lugares, desde China hasta el Imperio Romano, has-

10.— K. Marx, *Capital*, I, trans. B. Fowkes, London, 1976, pp. 100-102; para *treffend*, K. Marx, *Das Kapital*, I, Berlin, 1947 (1867), p. 27.

ta el México azteca, se basaron todos por encima de todo en la extracción de excedentes de familias campesinas como productores primarios, así como lo fueron los sistemas de señorío en la Europa Occidental Medieval. Algunos de los otros autores que han argumentado que ese mismo modo de producción existió en áreas y periodos muy amplios, como Samir Amin y John Haldon, lo llamaron modo «tributario»; yo prefiero la terminología feudal, pero, más allá de eso las diferencias no son grandes. Discutí estos asuntos en otras ocasiones, y no me quiero repetir aquí, sin embargo mi punto principal es que, si todas estas sociedades en el Occidente Medieval, en Asia, y en otros lugares, pueden verse como parte del mismo modo de producción, tendrán por tanto la misma lógica económica subyacente^[11]. Como funcionó esa lógica es por tanto un elemento necesario para burlar la historia económica de partes sustanciales del pasado; y eso es lo que hace que este asunto sea merecedor de estudio.

La lógica económica de un modo de producción incluye, es evidente, su dinámica subyacente, así como las maneras más inmediatas en las cuales productores, exportadores y consumidores reaccionan ante los riesgos, limitaciones, oportunidades, cambios en la disponibilidad y precios de los productos, y así sucesivamente. No hay una razón específica por la cual esa lógica debería ser la misma en sistemas económicos diferentes, como entre el modo feudal y el capitalismo. No quiero caer en la trampa del subjetivismo extremo, los argumentos de Karl Polanyi, y aun más los de sus segui-

dores, ni en los de las tradiciones marxistas más románticas, de que *ninguna* «ley» económica es universal, de forma que incluso la interacción entre oferta y demanda es históricamente contingente. Pero no me parece nada inadmisible que la manera como la tecnología y el proceso de trabajo, de un lado (las fuerzas productivas en la terminología marxista) interactúan con la explotación y la resistencia, de otro lado (las relaciones sociales de producción de Marx), es dependiente de la lógica económica de modos específicos. Para empezar, la forma en que se explota el proceso de trabajo es estructuralmente diferente de un modo a otro. En el capitalismo, el capitalista controla el proceso de trabajo directamente y la realidad de la explotación de la fuerza de trabajo —juntamente con la posibilidad de que la naturaleza social de la producción pueda no requerir esa explotación— está oculta por la aparente naturaleza libre del contrato de trabajo; en el feudalismo, son los productores (normalmente las familias campesinas, a veces pequeños artesanos) que controlan el proceso de trabajo, y el excedente es extraído de forma completamente abierta, independiente de cuánto está justificado por ideologías locales. Dadas estas especificidades, durante mucho tiempo, he permanecido resistente a argumentos abstractos sobre como «El» modo de producción debe funcionar, ya si tiende a enfatizar las relaciones de producción (como en la tradición althusseriana, o en gran parte de ella) o si enfatiza la prioridad de las fuerzas productivas (como en el trabajo de Jerry Cohen)^[12]. Al revés de eso

11.— Yo acostumbraba a ver la explotación basada en el impuesto y la basada en el señorío como modos diferentes, pero aquí cambié mi visión. J. Haldon, *The state and the tributary mode of production*, London, 1993, ha influido bastante en mi visión actual y es el mejor guía para ella. Él prefiere llamar modo «tributario», no feudal, aunque la diferencia aquí es solo terminológica.

12.—Para los althusserianos, ver B. Hindess y P.Q. Hirst, *Pre-capitalist modes of production*, London, 1975, pp.9-10; Étienne Balibar en L. Althusser and Étienne Balibar, *Reading capital*, traducido, B. Brewster. London, 1970, pp. 201-308, es menos explícito, aunque ciertamente argumenta en la misma dirección (e.g. pp.297-298). Para una visión opuesta, G. A. Cohen, *Karl Marx's theory of history. A defence*, Oxford, 1978, esp. pp. 134-174. Cohen

asumiría, como punto de partida, que diferentes modos de producción son diferentes, y aportaría semejanzas estructurales más adelante.

Voy a comenzar hablando con más detalle sobre cuáles son efectivamente las líneas básicas del modo de producción feudal, para que se pueda ver por qué los historiadores lo abordaron de forma diferente. Tiene como centro la unidad familiar campesina, o la familia de artesanos a tiempo integral o parcial. En la mayor parte de la historia humana desde que la agricultura sedentaria se desarrolló, la producción agrícola —mayoritariamente dominante hasta la Revolución Industrial— fue controlada por estas familias, en primer lugar para su propia subsistencia. En sociedades de clases los campesinos tenían que entregar parte de sus excedentes a poderes exteriores, bajo la amenaza de la fuerza. Estas partes eran variables, y dependían de la intensidad efectiva o potencial de la lucha de clases. Tales poderes exteriores podían ser Estados, extrayendo impuestos como tributos, o propietarios de tierras, extrayendo alquiler, o ambos. Los campesinos poseían la tierra, pero no siempre tenían derecho de propiedad sobre ella. El arrendamiento e incluso los impuestos, podían cobrarse en forma de trabajo en las tierras cultivadas directamente por el señor (su reserva señorial) o en carreteras públicas o diques, o podían cobrarse en productos (el modelo normal en todas las sociedades); solamente si los intercambios fuesen suficientemente complejos sería cobrado en dinero, pues los

ha sido criticado, por ejemplo, por R. Brenner, *The social basis of economic development* en J. Roemer (ed), *Analytical Marxism*, Cambridge, 1986, pp. 23-53, en pp. 40-47, y S.H. Rigby, *Marxism and history*, Manchester, 1987, esp. pp. 92-142, críticas de historiadores, que para mí, como historiador, funcionan. He discutido de manera parecida en «Productive forces and the economic logic of the feudal mode of production», en *Historical Materialism*, 16/2 (2008), pp. 3-22.



Faenas agrícolas. Detalle del libro *Las muy ricas horas del Duque de Berry*, S. XV, (Museo Condé, Chantilly).

campesinos tenían que ser capaces de vender sus productos sistemáticamente para conseguir el dinero para eso. Los intercambios podían ser altamente desarrollados, y los campesinos podían producir sustancialmente para el mercado, pero ellos tenían que asegurarse su subsistencia en primer lugar; cultivar solo para vender era prácticamente desconocido en el feudalismo, y de hecho fue rara hasta el siglo XX, incluso en el capitalismo. Estos son los modelos que podemos identificar difusamente en la historia de Eurasia, e incluso mucho más allá. Existían cuando los estados eran fuertes, como bajo los imperios Romano y Bizantino, y en el siglo XVI en Europa, y también cuando eran débiles, como en el Occiden-

te Medieval, mientras el poder señorial se mantuvo como dominante.

El modo de producción feudal también podía coexistir con otros modos. Estos podrían no ser explotadores, como lo que Marx y Engels llamaron «arcaico» o «comunal primitivo», en el cual la extracción de excedentes estaba ausente o era asistemática (en la Europa Medieval ese «modo campesino», como prefiero llamarlo, existió en gran parte de la Europa del Norte y, en lugares aislados, incluso en las antiguas provincias romanas de la Europa meridional; duró hasta el periodo moderno en partes de Escandinavia septentrional). Otros fueron explotadores, pero poseían diferentes relaciones de producción, el modo esclavista con la esclavización completa y la manutención de los productores primarios (sin embargo esto fue inusual en la historia, y fue el producto de condiciones especiales), y el modo capitalista, con su fuerza de trabajo asalariada, normalmente libre. Prácticamente el único legado duradero de la tendencia althusseriana en la historiografía marxista es el reconocimiento de que los modos de producción pueden coexistir, aunque solo uno de ellos dominará la lógica económica del sistema socioeconómico (la «formación social») como un todo. Mientras el modo feudal duró, lo que ocurrió durante milenios en algunos lugares, el trabajo asalariado, en particular, fue común; solo que la lógica de su uso fue dominada por los ciclos económicos del feudalismo. El dominio de las relaciones feudales únicamente acabaría cuando el campesinado comenzó a ser expulsado de sus tierras (o las hubieran comprado), y los grandes propietarios locales o aquellos que estaban en posesión de la tierra comenzaran sistemáticamente a *sustituirlos* por trabajadores asalariados, que es lo que Marx describió en *El Capital*, en su capítulo sobre la «acumulación primitiva», y que fundamenta su relato de la

transición hacia el capitalismo, junto con los procesos paralelos en la manufactura; una vez que la lógica capitalista pasó a dominar una determinada región económica, la transición estaba completa.

Ese relato es, todavía, no es específico en cuanto a lo que efectivamente era la lógica económica del modo de producción feudal; y debo admitir que aun no pasé de la mitad del camino rumbo a lo que sería una respuesta sobre cómo funcionaba esa lógica. Sin embargo, a mi modo de ver, lo mismo es cierto para otros relatos. El trabajo más sistemático sobre la teoría de los precios fue realizado, por ejemplo por Witold Kula o Luciano Palermo o Julien Demade —dado que los precios son más fáciles de tabular y analizar de lo que son otros elementos del sistema; el mejor intento de un análisis sistémico, el de Guy Bois, es muy específico para un lugar y periodo, la Normandía del siglo XIV^[13]. Esa es, en verdad, la mayor tarea que tenemos por delante, en toda la historia económica del pre-capitalismo. Pero lo que expuse hasta aquí puede por lo menos ayudar a esclarecer el contexto en el cual podemos abordar ese problema. Aquí quiero desarrollar dos ejemplos separados del tipo de cuestión que debemos confrontar si deseamos tener una visión inteligible del funcionamiento interno del modo feudal: la relación entre fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, vista empíricamente —las discutiré en el contexto de la Europa del Medievo tardío; y la cuestión de cuanto tendió al equilibrio el modo feudal desarrollado, en vez del cambio social y la eventual desintegración— y,

13.— W. Kula, *Teoría económica del sistema feudal*, trans. B. Bravo y K. Zaboklicki, Turín, 1970, 1962; L. Palermo, *Sviluppo economico*; J. Demade, *Ponction féodale et société rurale en Allemagne du sud (XI - XVI siècles)*; Tesis de doctorado, Université Marc Bloch, Strasburg, II, 2004, esp. pp. 352-420 (las implicaciones de ese importante trabajo van más allá de la teoría de los precios); G. Bois, *The crisis of feudalism*, Cambridge, 1984, esp. pp. 391-408.

en este caso, quiero establecer una serie de comparaciones breves entre Europa y Asia.

La tradición anglo-americana de historia económica bajo medieval, Maurice Dobb, Rodney Hilton, Robert Brenner, enfatizaron todos o enfatizan, por encima de todo, la relación coercitiva entre campesinos y señores, la lucha de clases en cuanto a los derechos de propiedad y las rentas, y el marco en el cual se establecían las rentas. Ellos vieron la dinámica del feudalismo esencialmente en estos términos.^[14] En Francia, Guy Bois, mas estructuralista en el tono (criticó a Brenner por su «voluntarismo» y la falta de interés en las leyes del desarrollo del modo feudal, en el «debate Brenner» de los años 1970), vio, no obstante, en su trabajo sobre Normandía, a la lucha de clases como parte intrínseca de una tendencia medieval occidental general para que el lucro rural de los señores cayera en periodos de crecimiento, lo que fue un elemento central en su influyente discusión sobre la dinámica económica del feudalismo, en la cual —una vez más— los cambios tecnológicos y productivos raramente aparecieron^[15]. En Alemania, la importante (incluso que intencionadamente abstracta) caracterización de la «Struktur und Dynamik» del feudalismo, de Ludolf Kuchenbuch y Bernd Michael, también dejó poco espacio para las fuerzas productivas (e incluso, a pesar del título, para las dinámicas del modo feudal, excepto en un breve pasaje sobre Bois al final del artículo), y ellos evitaron deliberadamente la propia imagen de las fuerzas productivas/relación de

producción^[16]. Esencialmente, lo que todos estos historiadores argumentaron, o creían lo que sus fuentes les permitía suponer, es que el cambio tecnológico fue mayoritariamente marginal en el periodo medieval; de ahí, por ejemplo, que sucedieran las crisis de subsistencia de la Europa Occidental al inicio del siglo XIV. En el campo, en el mayoritariamente dominante sector agrícola, eran los campesinos y no sus señores los que elegían cómo cultivar su tierra, y, cuando los señores conseguían intervenir en esa elección (como, nuevamente con trabajo forzado dirigido, o algunas veces con trabajo asalariado, por campesinos en la reserva de los señores), esta intervención se estableció con dificultad, y siempre tuvo la tendencia a quebrarse. En la historia medieval, las reservas se dividían fácilmente, entre tenencias de campesinos que pagaban solo rentas, y el proceso de trabajo volvió al control campesino. Y este dominio campesino de la producción tuvo un efecto negativo en la transformación tecnológica, pues los campesinos, en esta tradición histórica, eran considerados contrarios al riesgo y por lo tanto reacios a la innovación; cualquier desarrollo agrícola que requería la cooperación más allá de la familia era improbable, excepto para unos pocos avances a nivel de la aldea, y solamente cuando el dominio campesino de la producción se desarraigó fue cuando los avances tecnológicos fueron posibles.

Esta imagen del modo feudal cuya dinámica era esencialmente el conflicto entre campesinos y señores, debemos reconocer, ha sido desafiada en diversos sentidos, en años recientes. En Inglaterra, Richard

14.– M. Dobb, *Studies in the development of capitalism*, London, 1946; R. Hilton, *Introduction to P. Sweezy et al, The transition from the feudalism to capitalism*, London, 1978, pp. 9-29, en pp 26-29; R. Brenner, *Agrarian class structure and economic development in pre- industrial Europe*, «Past and Present», 70, 1976, pp. 30-75.

15.– G. Bois, *The crisis of feudalism*; G. Bois, *Against the neo-Manthusian orthodoxy*, en *Past and Present* 79, 1978, pp. 60- 69 en p. 67.

16.– L. Kuchenbuch y B. Michael, *Zur Struktur und Dynamik der «feudalen» Produktionsweise im vorindustriellen Europa*, en *ibidem* (ed.) *Feudalismus- Materialien zur Theorie und Geschichte*, Frankfurt, 1977, pp. 649-761. Ese artículo se mantiene como el mayor análisis descriptivo del modo feudal.

Britnell y Chris Dyer, ambos influenciados por el marxismo, han argumentado, entre otros, a favor de un considerable desarrollo comercial en la Edad Media tardía, y a favor de una inversión productiva con un ojo en el mercado, por todas las clases sociales, incluyendo al campesinado, particularmente en sus estratos superiores (por ejemplo, en silos para un mejor almacenamiento, y caballos para el arado). El trabajo asalariado parece ahora haber sido el soporte principal de, según algunos, un tercio, según otros la mitad de la población de Inglaterra (y más en algunas áreas), a partir por lo menos de 1400, a pesar de no tener pasado de este nivel, por lo menos antes del siglo XVI. Para Europa como un todo, Larry Epstein generalizó a partir de trabajos de este tipo en una dirección más explícitamente marxista, enfatizando las innovaciones tecnológicas durante este mismo periodo, a pesar de ver como su amplia difusión por Europa fue obstruida por los costes de transacción, y también enfatizando el crecimiento de la protoindustrialización rural en muchos lugares. Estos historiadores no subestiman el desarrollo de las fuerzas productivas, por así decir (a pesar de no utilizar esta terminología), pero ellos también ven las relaciones sociales feudales como totalmente capaces de absorber tales desarrollos: «hasta un cierto punto el feudalismo prosperó gracias al comercio» según la expresión de Epstein^[17].

Este feudalismo tardomedieval comercializado, abierto a mucha innovación, inclusive para un campesino menos opuesto al riesgo de lo que algunas veces se afirmaba, es crecientemente diferente de la imagen aceptada hace poco tiempo, en los años 1970. Pero no hay nada en los escritores que

citó que diga que una economía más activa y abierta, con innovación tecnológica y una creciente división del trabajo, y elementos capitalistas en la industria rural y urbana, sea en si mismo contradictoria con una economía campesina y la explotación feudal. Los altos niveles de trabajo asalariado en Inglaterra no cambiaron durante dos siglos; permanecieron como un elemento estable de un sistema económico dominado por una lógica señor-campesino, feudal, como Dyer observó recientemente. Es verdad que cuando el trabajo asalariado se extendió aun más, y las plantaciones campesinas perdieron su dominio, lo que, como Bas van Bavel, ha mostrado, sucedió en una región particularmente activa del delta del Rhin, ya hacia 1600, la transición al capitalismo estaba preparada para comenzar^[18]. En la mayor parte de Europa, no obstante, para mas allá de Inglaterra y de los Países Bajos, incluso con toda esa comercialización, tal transición no ocurrió antes del siglo XIX. Se podría al menos decir que las relaciones sociales feudales fueron muy eficientes para bloquear, u obstruir, el desarrollo posterior de las fuerzas productivas en la mayor parte de Europa, si alguien quisiese hablar en términos de impedimentos. Pero también se puede decir que fueron solo los cambios en las relaciones señores-campesinos y la mayor y creciente capacidad de propietarios de tierras y productores arrendatarios de empujar a los hasta entonces campesinos hacia el trabajo asalariado, que caracterizaría a Inglaterra y a los Países Bajos, y no el mayor desarrollo de las fuerzas productivas en estos lugares, que solo comenzó después de la transición hacia el trabajo asalariado. Robert Brenner recien-

17.- R. Britnell, *The commercialisation of English society*; C. Dyer, *An age of transition?* Oxford, 2005 – para cada uno, esta es la única parte de sus extensos escritos sobre el tema; Epstein, *Freedom and grow*, o.c. p. 50.

18.- C. Dyer, *An age of transition?*, pp. 211-223; 245-246; Cf. R. Britnell, *The commercialisation of English society*, 2 ed., p.234; B. Van Bavel, «The transition in the low countries», in C. Dyer et al. (Eds), *Rodney Hilton's middle ages*, Past and Present, suplemento, 2, Oxford, 2007, pp. 286-303.

temente retornó a sus antiguas ideas, a la luz de esta nueva historiografía, y reafirmó su punto de vista de manera entusiasmada, siguiendo esta línea, yo, por lo menos, me contento con seguirle en este punto^[19]. Se debe decir que ese es un debate empírico y no teórico; la relación estructural entre una expropiación del campesinado y el desarrollo de las fuerzas productivas inglesas o europeas será definida eventualmente por la investigación histórica. Mi preferencia por el punto de vista de Brenner, de que la transición fue motivada por un cambio en las relaciones de producción, como Marx describió en *El Capital*, está por lo tanto en gran medida basada en la fuerza de su perspectiva comparada europea, una perspectiva que incluso hoy en día se mantiene rara. Me parece que nadie va a avanzar en este tipo de análisis a menos que mantenga en mente una perspectiva lo más comparada posible.

Eso me conduce a mi punto final, muy general, sobre la forma en que funcionó la lógica económica feudal en el pasado, que es sobre la relación entre equilibrio y transición, entre continuidad y cambio. Una característica de Eurasia, de China pasando por la India y el Imperio Otomano, hasta las economías europeas, entre los siglos XIV y XVIII (en algunos lugares antes y también después), fue la producción y los intercambios de «alto equilibrio», caracterizados por un sector comercial y artesanal muy activo, con intercambios interregionales emergentes, incluyendo en algunas regiones altos niveles de urbanización y/o un alto nivel de trabajo asalariado, más allá de una ligazón íntima y duradera entre esa economía comercial y las estructuras del Estado; pero este sistema se había basado siempre en la explotación directa de campesinos que

controlaban el proceso de trabajo. Ese sistema era económicamente complejo, pero se encontraba en equilibrio, en el sentido de que no precisaba necesariamente cambiar estructuralmente^[20]. Era el producto de desarrollos acumulados (inclusive en técnicas y otros aspectos de las fuerzas productivas) internos al feudalismo, que de todas formas se basaron en las relaciones de producción campesinas y que no estaban en contradicción con estas relaciones; se puede argumentar que fueron solo desarrollos contingentes, como el cambio en el papel del trabajo asalariado (como acabo de describir), y no por alguna diferencia estructural intrínseca, que empujaron a un pequeño sector de esta economía euro-asiática en la Inglaterra que caminaba hacia a una transformación industrial completa, el cambio del feudalismo al capitalismo. Inclusive, algunos historiadores argumentaron que el tránsito hacia el capitalismo dependió de factores casi casuales; el historiador de la economía china Kenneth Pomeranz es el mayor defensor de que fueron factores totalmente externos (principalmente los recursos del Nuevo Mundo) los que hicieron a Inglaterra, y no a China centro meridional, el núcleo de la revolución industrial. Para atestiguar esa afirmación, sería necesario saber más sobre la economía china del siglo XVIII de lo que yo sé; y tal vez serían necesarios más estudios, pues Pomeranz no consideró las relaciones sociales de producción, lo que me parece fundamental para la comprensión de cualquier periodo de transición. Sin embargo describió para China una economía comercial muy desarrollada

19.- R. Brenner, «Property and progress», en C. Wickham (ed.), *Marxist history - writing for the twenty-first century*, Oxford, 2007, pp. 49-111.

20.- Para «alto equilibrio» o «alto nivel de equilibrio», ver T. Raychaudhuri, «Mughal India», en T. Raychaudhuri y I. Habib (eds.), *The Cambridge economic history of India*, 1, Cambridge, 1982, pp. 261-307, en la p. 307. La expresión se encuentra en la forma «trampa de alto nivel de equilibrio», que reintroduce la idea de bloqueo, en M. Elvion, *The pattern of the Chinese past*, London, 1973, pp. 313-314, siguiendo a R.P. Sinha; yo eliminé eso.



Pago de tributos y pesaje de monedas. Miniatura del *Salterio de Canterbury*, 1150, (Trinity College Cambridge).

que estaba en equilibrio, en el sentido de no necesitaba conducir a la industrialización —como de hecho no sucedió^[21].

Acabaré de caracterizar ese equilibrio, aplicado al Norte y Oeste de Europa. Pero para el Sur y el Este, el trabajo asalariado en los grandes talleres urbanos de tejidos italianos de los siglos XIII al XVI, a pesar de ser totalmente capitalistas en sus relaciones de producción, no fue contradictorio con la lógica feudal más extendida, como se puede ver más fácilmente en el alejamiento de propietarios de talleres y su retorno hacia la propiedad de tierras en el siglo XVI y más tarde, cuando la propiedad de las tierras pareció más segura, más rentable y más prestigiosa, resultando con el final de la supremacía comercial italiana en casi todos los campos. Igualmente, la protoindustria rural del inicio de la Edad Moderna en la Europa central y meridional no dio origen a la industrialización plena en ningún lugar, y la mayor parte de ella desapareció nuevamente cuando los emprendedores se refeudalizaron^[22]. Y estos sistemas caracterizaron

también a Asia, de manera más marcada en la costa occidental de la India y en la cuenca del Yangtsé en China, sin que también necesitaran cambiar. Es verdad que una vez que los campesinos fueron expropiados y sustituidos por el trabajo asalariado rural en cualquier región, el desarrollo comercial, incluyendo los cambios tecnológicos, indudablemente ayudaría a tal región a cambiar su modo de producción feudal dominante al capitalista. Aun puede ser coyuntural que un sistema en equilibrio de alto nivel lo haya hecho, en lugar de, o antes de, algún otro, sin embargo la transición en ese momento se vuelve un proceso mucho más fácil de imaginarse. Y por otro lado, no obstante, esa transición no tenía que suceder de ninguna manera, y se puede argumentar que la norma fue que no sucedió.

Quiero concluir tratando estos sistemas de equilibrio de alto nivel, y no con la transición al capitalismo, porque me opongo a las teleologías. Mucha discusión sobre la economía de la Baja Edad Media y el inicio de la época moderna se dio en términos de «bloqueo del desarrollo» de la «trampa»

21.– K. Pomeranz, *The great divergence*, Princeton, 2000.

22.– Ogilvie and Cerman, *European proto-industrialization*,

e.g., pp. 232-327.

de los sistemas de alto nivel de equilibrio o, en la terminología de Marx, «grilletes» al desarrollo. Pienso que eso está errado, y, de hecho, una de las pocas cosas en que pienso que Marx estaba equivocado es en su tendencia a la teleología. Al igual que con Darwin y la evolución, no veo sistemas económicos, o incluso la dinámica de sistemas económicos, conduciendo «naturalmente» a algún lugar en especial; estoy en contra de interpretar uno cualquiera de ellos en términos de lo que se volvieron más tarde^[23]. No quiero continuar una larga tradición de historiadores ingleses de la economía que buscaban solo factores particulares, cuales quiera que fuesen, que conducirían a la revolución industrial, al revés de buscar los elementos que hicieron funcionar a la economía en cualquiera de sus fases. Lo que pienso es que son las *personas*, las acciones de las fuerzas sociales, las que posibilitan el tránsito del dominio de un modelo hacia otro, una vez que las condiciones mínimas se hayan conseguido para esa transformación. Eso es verdad aun hoy; también fue verdad en el pasado —así, en el caso del modo feudal, hacia 1700 y tal vez ya en 1500 en varias partes de Europa (pero no en el 1100 o en el 800), con fechas análogas para China, después de que los cambios relevantes en las relaciones de producción *hubieran podido* haber ocurrido en muchos lugares. De la misma forma, pienso que si eso no hubiese ocurrido, entonces el equilibrio de alto nivel podría haber continuado durante siglos, combatiendo sin dificultades con sus contradicciones, si existían, una vez que las formas de reproducción del modo feudal eran tan creativas como las del capitalismo en nuestros días. Una vez que el cambio sucedió, las cosas fueron diferentes; el lado darwiniano de

Marx aparece aquí, con la lógica de la economía capitalista superando rápidamente a sus competidores. Sin embargo, una de las pocas cosas que nosotros sabemos con certeza sobre la lógica económica del modo de producción feudal es que tenía la capacidad de perpetuarse, durante milenios en algunas regiones. También poseía un gran dinamismo, pero su capacidad de perpetuación y adaptación a nuevas situaciones son igualmente impresionantes.

Quiero hacer una última observación como conclusión, sobre un problema ligado a la cuestión del equilibrio. La mayoría de los estudios actuales sobre las sociedades pasadas hechos por historiadores no se ocupan de transformaciones o transiciones estructurales de larga duración. Por supuesto, siempre habrá cambios históricos, y los historiadores no solo discuten eso en detalle como efectivamente quieren hacerlo; el estudio del cambio en el tiempo es una parte fundamental del atractivo de la historia para sus practicantes. Sin embargo, la mayoría de los cambios históricos en todos los contextos sucede en el interior de las estructuras sociales, económicas, culturales y políticas que permanecen estables, algunas veces durante largos periodos de tiempo: quiero decir, situaciones de equilibrio. Estas situaciones de equilibrio pueden ser, y frecuentemente son, analizadas por los elementos que las vuelven estables, al contrario de por los elementos que potencialmente las conducirían al cambio estructural. De hecho, un gran problema de cualquier análisis estructural completo y de gran envergadura, es que cuanto más completo más tiende a explicar la estabilidad, al contrario de las transformaciones potenciales; ese fue uno de los problemas con Althusser. Pienso que existen razones extrahistóricas para la reciente preocupación sobre las continuidades, por las cuales me siento menos convencido. La más

23.- Cf. W.G. Runciman, *A treatise on social theory* 2, Cambridge, 1989, pp. 449.

importante de estas es la acentuada decadencia de la creencia en una alternativa al capitalismo en un futuro próximo. Creo que solo ahora es cada vez más evidente que el análisis de las grandes transformaciones en la historia mundial en el último medio siglo fueron inconscientemente dependientes de la creencia de que el cambio futuro de las estructuras económicas y sociales también sería posible. Hablando como alguien que no cree que el capitalismo sea el único sistema económico posible en el futuro, solo puedo lamentarme por eso, al mismo tiempo en que observo su actual omnipresencia, incluso, sorprendente, en una época de crisis económica mundial. Por lo tanto, mi discusión sobre el equilibrio aquí debe

verse en un escenario en el cual el estudio de los cambios estructurales algunas veces parece pasado de moda; enfatizar en el equilibrio es, de pues, en la coyuntura actual, casi demasiado fácil. Sin embargo lo mínimo que debemos hacer es reconocer, empíricamente, la fuerza considerable de situaciones de equilibrio en la historia, la tendencia documentada para que continúen sistemas socioeconómicos totales, de una forma que se autoperpetúa, frecuentemente por centenares de años. Si reconocemos eso, y estudiamos cómo se produjo, también podemos ser capaces de identificar las formas en que estos enormes sistemas pueden, al final, transformarse de una lógica económica a otra.

El problema de la Historia en la concepción de Marx y Engels

The problem of History in the conception of Marx and Engels

Carlos Antonio Aguirre Rojas

Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

Partiendo de la vigencia del marxismo y de su papel fundacional en el pensamiento crítico contemporáneo, este trabajo analiza la concepción de la Historia de Marx y Engels a través de sus obras de contenido histórico. El materialismo histórico aparece, en consecuencia, no como un mero conjunto de fórmulas generales, sino como síntesis conceptual de un trabajo continuo desplegado por los fundadores del marxismo a lo largo de toda su vida. No se limita a una serie de conceptos articulados en una monumental construcción teórica, sino que es también un compendio generalizador de las amplias y diversas incursiones llevadas a cabo por Marx y por Engels en todos los terrenos de la historia concreta, además de una guía metodológica para abordar nuevos estudios.

Palabras clave: Marxismo, Materialismo histórico, Obras históricas de Marx y Engels, Ciencia de la Historia, Historia inmediata.

Abstract

On the basis of the validity of Marxism and its foundational role in contemporary critical thinking, this paper analyzes Marx and Engels's conception of history through their works with historical content. Historical materialism appears, accordingly, not as a set of general formulas, but as a conceptual synthesis of a continuous work deployed by the founders of Marxism throughout their lives. It is not just a series of concepts articulated in a huge theoretical body, but is also a general compendium of the extensive and various incursions undertaken by Marx and Engels in all areas of concrete history, as well as a methodological guide to tackle new studies.

Keywords: Marxism, Historical Materialism, Historical Works by Marx and Engels, Historical Science, Immediate History.

«Yo les haría notar en general a los caballeros democráticos que harían mejor en ponerse al tanto de la literatura burguesa antes de presumir de ser capaces de charlar acerca de las contradicciones de la misma. Por ejemplo, esos caballeros debieran estudiar las obras históricas de Thierry, Guizot, John Wade, etcétera, a fin de enterarse de la pasada «historia de las clases».

Carta de Marx a J. Weydemeyer
5 de marzo de 1852.

A casi ciento treinta años de la muerte de Karl Marx, la doctrina fundada por él y por su gran amigo Friedrich Engels, continúa teniendo una vigencia impresionante, y mostrando con cada día que pasa, la todavía no agotada riqueza y novedad de algunas de sus principales tesis y argumentos. Por eso, no es para nada casual que la irrupción de la crisis económica mundial de finales de 2008, que no es más que una nueva crisis cíclica similar a la de 1929, haya relanzado en toda Europa y en el mundo entero, la lectura y la recuperación de los principales textos económicos de Marx, y en primer lugar del propio libro de *El Capital*^[1]. O también, que sea solo en los lustros más recientes, que ha comenzado a debatirse la aguda hipótesis de Marx, que predecía que el fin del modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa moderna que lo acompaña, sería al mismo tiempo y simultáneamente, el fin de todas las sociedades humanas divididas en clases sociales, e incluso y más allá, el final mismo de lo que él llamaba la «prehistoria» de la

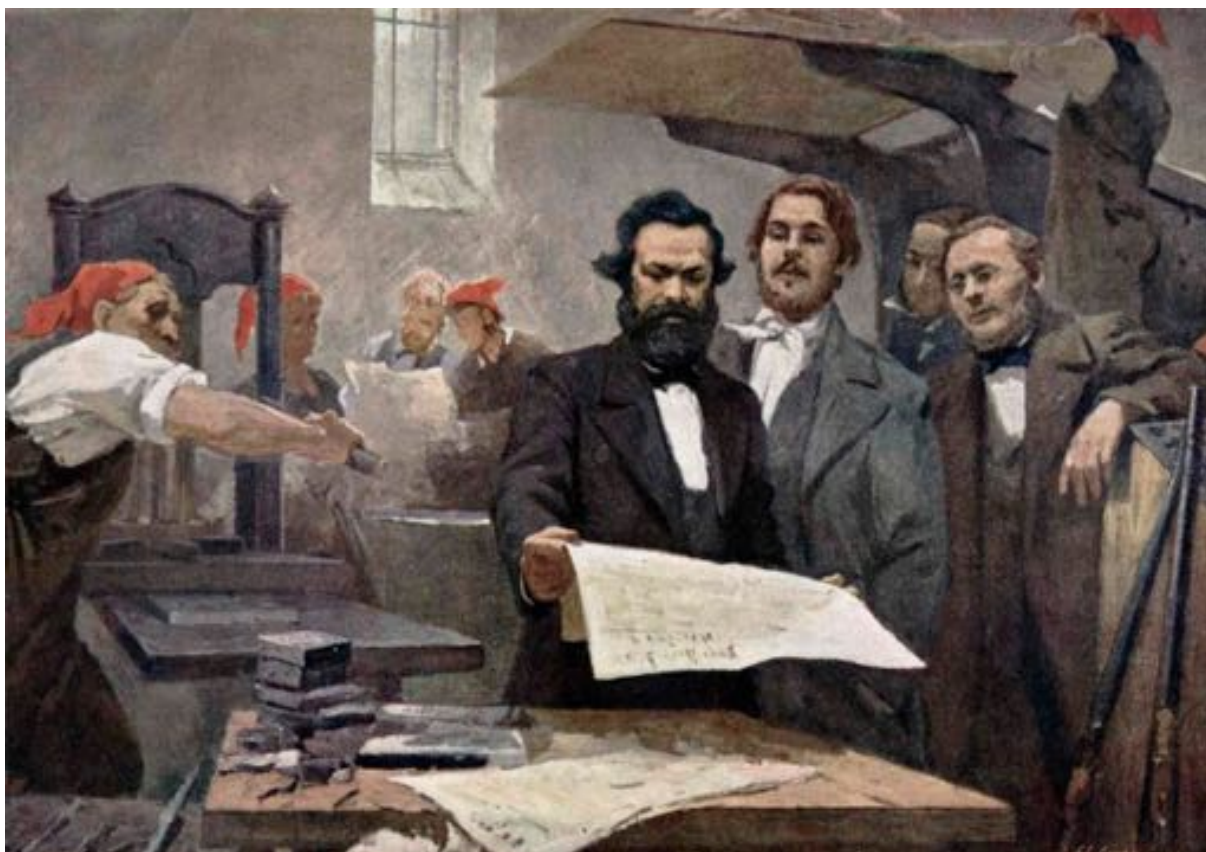
humanidad o el predominio del «reino de la necesidad»^[2].

Novedad radical de los aportes marxistas originales, que en parte se explica por el hecho de que es sólo hace unas cuantas décadas, y especialmente después de la renovación mundial que el marxismo vivió como fruto de la revolución cultural mundial de 1968, que han sido conocidos e incorporados a los debates de los científicos sociales, ciertos textos esenciales del *corpus* del legado marxista, como los *Cuadernos Etnológicos de Marx*, o sus fundamentales *Grundrisse...*, o también sus *Manuscritos de 1861 – 1863*, entre otros varios.

Porque, por extraño y hasta escandaloso que esto podría parecer, es todavía el momento en que los marxistas de todo el mundo siguen sin conocer las obras completas de Marx y de Engels, luego de que el fin de la antigua Unión Soviética, y después la caída del Muro de Berlín, hicieran naufragar los proyectos hasta ese momento en curso de dicha edición integral de esas obras completas. Proyectos interrumpidos de hacer accesible, integralmente, el entero legado marxiano, que más allá de disputas o cambios políticos o ideológicos de toda suerte, debería de imponerse a partir del obligado reconocimiento de que el marxismo es una doctrina que ha influenciado duraderamente, por más de un siglo y medio, a todo el conjunto completo de las ciencias sociales desarrolladas en este mismo periodo de las últimas dieciséis décadas recién transcurridas. Y ello, en la medida en que, como lo afirmó Jean-Paul Sartre, el marxismo constituye hasta hoy mismo el

1.– Por eso, no era por casualidad que ya en diciembre de 2008, en las mesas de «novedades» de las grandes librerías de París, como la Librería Joseph Gibert o como la Librería de la FNAC, se encontraban, en un lugar especialmente llamativo, las reediciones de los principales textos de Marx, y que en la Feria de Frankfurt de inicios de 2009, tuviese otra vez un lugar protagónico el texto de *El Capital* de Karl Marx.

2.– Una aguda tesis que funda la importante diferencia, hoy en el centro del debate de los más recientes movimientos sociales de la protesta mundial, entre movimientos anticapitalistas y movimientos antisistémicos, con todas las implicaciones complejas de esta misma diferencia. Sobre este punto, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «¿Qué son los Movimientos Antisistémicos?» en la revista *Contrahistorias*, 17 (2011), pp. 45-64.



Marx y Engels en la redacción de la *Nueva Gaceta Renana* (Autor: E. Sapiro, fuente: International Institute of Social History).

«horizonte insuperable de nuestra propia época»^[3].

Pues bien sea para negarlo y desmarcarse críticamente de él, o para intentar «superarlo», lo mismo que para recuperarlo creativamente o para prolongar sus lecciones y pistas, es claro que todas las ciencias sociales del siglo XX, e incluso del siglo XXI, continúan, ineludiblemente, tomándolo como una *referencia central* y definitoria de todos sus posibles desarrollos. Lo que, más allá del efímero efecto de 1989, y de sus absurdas declaraciones sobre el «fin de la historia» y sobre la «muerte del marxismo» o «el final del pensamiento marxista», explica también que hasta el día de hoy, sigan existiendo escuelas o tendencias o corrientes abierta y declaradamente

marxistas, lo mismo en la historia que en la economía, en las ciencias políticas o en la antropología, en el derecho o en la sociología, pero también en la geografía, en la literatura, en la filosofía, en la psicología, en la epistemología, en los estudios culturales o entre los ecologistas, las feministas, los defensores de la diversidad sexual, los artistas, los pacifistas o los estudiosos de las civilizaciones, entre otros.

Y esto no es casual, si comprendemos que el proyecto crítico original de Marx representa, por el momento histórico de su emergencia, y por su vínculo específico con el movimiento comunista naciente en esa segunda mitad del siglo XIX, el acto mismo de *la fundación del pensamiento crítico contemporáneo* como horizonte de inteligibilidad ineludible de la esencia misma del sistema capitalista mundial. Horizonte general de todo discurso genuinamente

3.- Sobre esta importante tesis, Jean-Paul Sartre, *Crítica de la Razón Dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963.

crítico, y de todo pensamiento social igualmente *crítico*, que entonces tendrá que reaparecer y reactualizarse en cada ocasión en que se intente mirar al mundo capitalista desde sus estructuras esenciales más profundas, y marchando a contrapelo o a contracorriente de las pseudoexplicaciones engañosas y mentirosas de la ideología capitalista dominante^[4].

De este modo, la riqueza y profundidad que han mostrado progresivamente, los textos y los teoremas centrales del marxismo, no ha hecho más que acrecentarse a lo largo del tiempo, y más especialmente, en los últimos tres o cuatro lustros, cuando los movimientos sociales anticapitalistas e incluso ahora antisistémicos de todo orden, se han multiplicado en toda América Latina y en buena parte del mundo, y cuando la crisis terminal del capitalismo mundial que ahora vivimos, ha comenzado a mostrar cada vez más sus terribles y catastróficos efectos destructivos^[5]. Lo que, a nivel intelectual, se ha proyectado entonces como una demanda creciente de interrogaciones y de requerimientos nuevos a esos textos marxistas originales, los que son releídos, buscados, rediscutidos y analizados una vez más, pero ahora a la luz de esa situación actual del capitalismo y de esas preguntas y explicaciones que se plantean los nuevos

movimientos de resistencia antisistémica y anticapitalista.

Con lo cual, la generación actual sólo reedita el mismo proceso que ya han vivido todas las generaciones posteriores a 1968, abriendo entonces un nuevo capítulo de preguntas y demandas específicas, a ese corpus del marxismo que, aunque sea lentamente, prosigue poco a poco su publicación y difusión^[6].

Pues ya desde los años setentas y ochentas del siglo pasado, el importante crecimiento y expansión que se dio en todas las áreas de las ciencias sociales, sometidas al igual que otras esferas, a una constante división y especialización del trabajo, comenzó a requerir de manera insistente a la obra de Marx y Engels, para encontrar posibles soluciones a los diversos problemas que en esos tiempos se planteaban a esas florecientes y expansivas ciencias sociales. Y entonces se trató de fundamentar, a partir de los escritos del marxismo original, desde una caracterización específica del capitalismo entonces contemporáneo hasta el concepto de «trabajo doméstico» en la economía política, o desde la explicación y teorización de la cuestión étnica y/o nacional, hasta los particulares conceptos marxistas de la ciudad, del Estado, de la técnica

4.- Para un desarrollo más amplio de esta importante idea, cfr. los sutiles ensayos de Bolívar Echeverría, contenidos en su libro *El discurso crítico de Marx*, México, Era, 1986, y también Walter Benjamín, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, Contrahistorias, 2005.

5.- Sobre esta crisis terminal del capitalismo, y sobre sus diversos efectos, en el mundo y en América Latina, Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1996, y *La crisis estructural del capitalismo*, México, Contrahistorias, 2005, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el mundo actual*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2010 (hay una edición cubana de esta misma obra, anterior y con menos ensayos, editada por la Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 2003) y *América Latina en la encrucijada*, México, Contrahistorias, 7ª ed., 2009.

6.- En 1990, se creó un Comité Internacional, en el que participan Institutos de Alemania, Holanda y Rusia, y editores e investigadores de tres continentes, y que está encargado de retomar y continuar el proyecto de publicación de las Obras Completas de Marx y Engels. En este proyecto participan 100 editores de todo el mundo, interesados en la publicación de estas obras, las que se espera sean concluidas hacia el año de 2025, aproximadamente. De los 114 volúmenes previstos habían sido publicados 59 hasta febrero de 2011. Al mismo tiempo, avanza en China un proyecto independiente y paralelo de publicar también estas obras completas de Marx y Engels, en idioma chino, y en 70 volúmenes. Sobre estos datos, cfr. los sitios de Internet: <http://www.bbaw.de/bbaw/Forschung/Forschungsprojekte/mega/de/Blanko.2005-01-20.3457959854> y http://spanish.news.cn/cultura/2011-10/01/c_131171441.htm.

o de la cultura.

De este modo, esta creciente demanda de nuevas preguntas al marxismo de Marx, y a los marxismos posteriores genuinamente *críticos*, estimuló una consecuente propagación amplia y extendida de los más diversos trabajos y recopilaciones de Marx y Engels, que hasta antes de la emblemática fecha de 1968, habían permanecido como textos inéditos o en otro caso como textos «olvidados» por largo tiempo dentro de la bibliografía marxista usual. Así, y sólo hace tres o cuatro o cinco décadas, es que los estudiosos del marxismo han podido contar, especialmente desde los años sesenta del siglo pasado, con publicaciones completas y manejables de importantísimos textos marxistas. Por ejemplo, apenas en 1962 se concluyó la publicación de la versión *íntegra* del manuscrito sobre la *Historia crítica de las teorías de la plusvalía*. Y fue también hasta esa década que se difundieron de manera más generalizada, obras que hasta entonces vivían sepultadas como verdaderas «rarezas bibliográficas», como los *Grundrisse (Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, de 1857 – 1858*, publicados por vez primera en 1939), *La ideología alemana* (publicada inicialmente en 1932) o el *Capítulo VI Inédito de El capital* (que apareció originalmente en 1933).

También, es en 1967 que se publica por fin la correspondencia completa de Marx y Engels con distintas personalidades rusas, y en 1971, la recopilación más exhaustiva realizada hasta entonces de los escritos de ambos autores sobre la cuestión de Irlanda. En 1972 aparecen los fundamentales *Cuadernos Etnológicos* de Marx, con sus comentarios a distintas obras de Lewis H. Morgan, Henri Summer. Maine, John Lubbock y John Budd Phear, seguidos de una reedición en 1975 de sus comentarios a otra obra de Maxim M. Kovalevsky sobre estos mismos temas (la primera edición, fue publicada

sólo en idioma ruso en 1958). En 1976 se publican por vez primera los cinco cuadernos iniciales del manuscrito de 1861-1863 sobre la crítica de la economía política, último manuscrito preparatorio de *El Capital* aún parcialmente inédito para esas fechas. Y los restantes cuadernos de este manuscrito, que incluyen además del ya conocido texto de la *Historia crítica de las teorías de la plusvalía*, nuevos tratamientos de los temas de los libros I y III de *El Capital*, se continúan publicando luego de esa fecha, concluyendo su edición en los años ochenta del siglo XX. Además y paralelamente a la publicación de estas obras mayores, se elaboraron y difundieron buenas recopilaciones sobre diversos problemas, como los de la cuestión de los sindicatos, el partido de clase, la crítica de Malthus, el movimiento obrero francés, las formaciones económicas precapitalistas, etcétera, que muchas veces contenían Cartas, notas de lectura o artículos periodísticos poco conocidos, e incluso inéditos hasta ese momento^[7].

Entonces, cuando observamos más en perspectiva este proceso que evocamos de la progresiva difusión de nuevos y de viejos textos y materiales marxistas, desplegada en las últimas décadas, llama la atención el hecho de que tanto el conjunto de esos trabajos recién descubiertos o «desempolvados» que referimos, como también esa multitud de interrogantes y demandas al *corpus* teórico del marxismo que la ha esti-

7.- Las anteriores menciones de algunos de los textos importantes de Marx y Engels publicados en las décadas recientes, no tiene la pretensión, ni mucho menos, de ser exhaustiva y ni siquiera aproximadamente completa, sino que es puramente ejemplificativa, y sólo persigue ilustrar el claro proceso de renovación y de más amplia difusión que se desencadenó en todo el mundo alrededor y como consecuencia de la revolución cultural mundial de 1968. Sobre los impactos de este proceso en el campo particular de la historiografía, nuestros libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, La Habana, Centro Juan Marinello, 1999 y *La historiografía en el siglo XX*, La Habana, ICAIC, 2011.

mulado y acelerado, tienden a concentrarse en torno de dos ejes fundamentales, que son de un lado el de la renovación y el replanteamiento de la compleja perspectiva marxiana de la *crítica* de la economía política, y del otro lado el de la vasta y abarcativa cosmovisión constituida por la que ha sido llamada por Marx concepción *materialista* de la historia^[8].

Dos centros o núcleos problemáticos que, si los concebimos con la misma amplitud y complejidad con la que fueron concebidos por el propio Marx, nos permiten incluir y abarcar a prácticamente todo el conjunto de la obra de los fundadores del marxismo dentro del terreno de las ciencias sociales, comprendiendo además porque desde ambos es posible conectarse y acceder a las más importantes polémicas e investigaciones marxistas contemporáneas. Dos ejes o líneas de análisis centrales a las que, por lo tanto, se hace necesario volver desde distintas perspectivas, para desde allí ser capaces de aprehender de nueva cuenta el sentido y los logros principales del entero proyecto crítico del marxismo original.

Por eso, creemos que resulta importante preguntarse nuevamente acerca del *papel específico* que ocupa «la historia» dentro de la concepción global de Marx y Engels. Pues si uno de los núcleos centrales de su obra lo constituye su *concepción materialista de la historia*, es lógico entonces que esta historia estará presente de un modo fundamental dentro de los estudios, proyectos y textos marxistas en general. Y esto de muy diversos modos. Así, desde el dato primario pero no siempre bien aquilatado, de que Marx y Engels han sido durante toda su vida, unos voraces e insaciables estudiosos de la historia de los distintos pueblos

y de los diversos aspectos de la sociedad, hasta el más importante hecho de que, en varias ocasiones, han intentado sistematizar en forma explícita sus puntos de vista más generales sobre el sentido, las causas y el desarrollo concreto de la evolución histórica universal de la humanidad, y pasando también por las varias aplicaciones y usos múltiples que han hecho de su conocimiento y perspectivas de la historia, para el análisis de las situaciones, corrientes, personajes o sucesos que a lo largo de su vasto periplo intelectual han ido abordando e intentando explicar. Diversos modos que nos dan entonces, las posibles presencias que «la historia» tiene dentro del marxismo, las varias dimensiones o facetas que abarca esa recuperación de la historia dentro de toda la obra de Marx y Engels. Porque la concepción materialista de la historia no es entonces tan sólo un *conjunto de conceptos generales* sobre el tema de «lo histórico», articulados en una construcción teórica monumental, sino también y de modo relevante, es una apretada *síntesis generalizadora* de amplias incursiones llevadas a cabo por Marx y por Engels en todos los terrenos de la historia concreta, lo mismo que una posible *guía metodológica* para el ulterior abordaje de nuevos estudios y nuevos análisis históricos de todo orden.

La «historia» se hace entonces presente dentro del marxismo a través de una triple y simultánea forma, primero como teoría de la historia, después como fuente y apoyatura concreta de esa teoría, y finalmente como campo de aplicación ulterior abierto de la misma. Lo que tanto Marx como Engels han expresado cuando afirman que su concepción materialista de la historia, tal y como se halla esbozada en distintas partes de su obra, es, además de una formulación teórica de un conjunto de principios generales y abstractos, también una *conclusión* o *resumen* de un vasto trabajo específico, y

8.- Algo que ya el propio Engels había visto, al resumir ante la tumba de Marx sus más importantes aportaciones teóricas. Al respecto, «Discurso ante la tumba de Marx», en *Obras Escogidas* (2 tomos), Moscú, Progreso, (s.f.).

simultáneamente, una *guía para el estudio de la historia*, un mero hilo conductor de la investigación^[9].

Conclusión o «resultado general» de un trabajo de estudio e investigación previos, pero también síntesis integrada de amplias lecturas históricas y de vastos análisis especiales de obras de los historiadores clásicos, así como de comparaciones y desarrollos previos de interpretación de los distintos casos y períodos particulares de la historia. Y luego, posible guía del examen cuidadoso de nuevos campos y temas e investigaciones históricas, en tanto hilo conductor dentro del conjunto de los hechos históricos identificados, y como plataforma de ubicación y enjuiciamiento de los nuevos problemas y de los nuevos resultados arrojados por la historiografía y la historia burguesas. Resultado-resumen e hilo conductor-guía, que lejos de permanecer como mera construcción abstracta o principio general, se abre hacia atrás, hacia sus fuentes y apoyos concretos, de los que es elaborada generalización, y hacia adelante, a la comparación y confrontación de las nuevas

investigaciones que la verifican y precisan, o que la reformulan y reubican. Aspectos que en conjunto, conforman la aportación específica de los fundadores del marxismo a la construcción y desarrollo de una verdadera *ciencia de la historia*.

Ahora, de estos varios aspectos enunciados, queremos retomar solamente el que corresponde a las fuentes o apoyos específicos a partir de los cuales se ha elaborado esa concepción materialista o marxista de la historia, procediendo entonces a la reconstrucción del conjunto de temas, proyectos y estudios realizados por Marx y Engels dentro de dicho campo de los estudios históricos, reconstrucción que nos permitirá apreciar la enorme *amplitud y variedad* de autores, temas, períodos, cuestiones y análisis en que se sustenta esa compleja y rica elaboración conceptual de la ya referida cosmovisión materialista de la historia.

* * *

Marx sólo ha podido llegar a la concepción materialista de la historia sobre la base de una *cantidad importante* de estudios críticos de la historia concreta de diversos pueblos, y también de la historia de los diferentes aspectos de la realidad social. Así, ya su primera formulación sistemática de la concepción materialista en el campo de la historia, realizada en el capítulo primero de *La ideología alemana*, se apoya en variadas lecturas de la historia antigua y moderna de Francia, de la historia de Alemania, de Inglaterra, de Suecia y de Estados Unidos, y también en estudios particulares de historia del arte, de las religiones, de la filosofía, del maquinismo, de la tecnología y de la economía política. Ya que al intentar poner en claro su propia concepción positiva de los hechos históricos, Marx resume, generalizándolos, todos estos estudios previamente realizados. Con ello, esboza un cuadro ge-

9.- «El *resultado general* que obtuve y que, una vez obtenido, sirvió de *hilo conductor de mis estudios...*», nos dice Marx al reseñar sus estudios críticos de juventud, y como Introducción a su conocida exposición sintética de la concepción materialista de la historia, incluida en el Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859. Igualmente Engels, en su carta a Conrad Schmidt del 5 de agosto de 1890 expresa: «Pero nuestra concepción de la historia es, por sobre todo, una *guía para el estudio*, y no una palanca para construir a la manera de los hegelianos. *Es necesario reestudiar toda la historia*, deben examinarse en cada caso las condiciones de existencia de las diversas formaciones sociales, antes de tratar de deducir de ellas los conceptos políticos, jurídicos, estéticos, filosóficos, religiosos, etcétera, que les corresponden. A este respecto, sólo muy poco se ha hecho hasta ahora, porque pocas personas se han dedicado a ello seriamente». Lo que naturalmente contradice la posición del marxismo vulgar, que concibió a esa concepción marxista de la historia como un conjunto de «recetas» o de «esquemas» ya terminados y listos para aplicarse a cualquier período de la historia y a cualquier situación, dimensión o tema histórico posible.

neral de sus principios ordenadores en este nivel, cuadro que al funcionar como hilo conductor de sus ulteriores estudios, se irá precisando, corrigiendo y enriqueciendo en sucesivos momentos, pero sin cesar nunca de desarrollarse y ensancharse.

Engels, por su parte, si bien en forma menos desarrollada que Marx, también irá alcanzando desde esta época temprana, y debido en gran medida a sus discusiones y colaboración con Marx, la misma concepción. Y de la misma manera, durante toda su vida habrá de darle cada vez más cuerpo y contenido, reformulándola en distintos puntos y matizándola en otros.

Pero ya desde sus primeras versiones, esta concepción de la historia habrá de revelarse como resumen, como *síntesis generalizadora* de un trabajo empírico desarrollado dentro de diversos campos de la historia concreta, trabajo realizado tanto por Marx como por Engels. Resumen del análisis concreto de distintos temas y periodos de la historia real que, por lo tanto, siempre habrá de permanecer abierto a nuevos desarrollos conceptuales y a más precisas formulaciones generales. De este modo, y desde sus primeras formalizaciones, la concepción materialista de la historia, en tanto síntesis teórica de la investigación concreta de distintos periodos de la historia, será entonces, esencialmente, una concepción siempre *abierta*. Es decir, y en contra de una ampliamente difundida idea, propagada y sostenida por el marxismo vulgar y manualesco, no algo ya terminado y perfectamente establecido, al modo de un esquema ya completado y sólo listo para ser «aplicado», sino más bien y por el contrario, un esquema general abierto, siempre susceptible de comprobación, de desarrollo, y de profundización y perfeccionamiento.

Lo que, por lo demás, se ha revelado claramente en sus propios autores. Pues Marx y Engels han proseguido afinando y com-

pletando esta concepción materialista de la historia de modo incesante y a lo largo de todas sus vidas. Así, por mencionar sólo un ejemplo entre otros posibles, desde el concepto más bien general y aún no totalmente precisado de «formas de intercambio» y de «modalidades distintas de la división del trabajo», planteado ya en *La ideología alemana*, Marx pasará más adelante al concepto mucho más riguroso y definido de «relaciones de producción», tal y como es esbozado en el *Prólogo* de 1859 y conceptualizado ampliamente en *El Capital*^[10]. Y de una definición genérica de las «formas primitivas de la organización humana», todavía concebidas como formas tribales-patriarcales en ese mismo capítulo primero de *La ideología alemana*, Marx derivará luego su compleja tipología de las formas primarias, secundarias y terciarias de la comunidad primitiva posibles, la que explicará amplia y detalladamente en su fragmento de las *Formaciones económicas precapitalistas* incluido en los *Grundrisse*, retomándola y ampliándola nuevamente tanto en sus Cartas a Vera Zasulich o Borradores sobre la comuna rural rusa, como también en sus importantes *Cuadernos Etnológicos* o en sus Notas a los materiales de Maxim Kovalevsky^[11].

10.- Sobre el contenido de este central concepto de Marx, de las relaciones de producción, y sobre algunos de los principales debates de que ha sido objeto, cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Economía, escasez y sesgo productivista. De los aforismos de Marx a los apotegmas marxistas», en *Boletín de Antropología Americana*, 21 (1990), pp.41-68.

11.- Sobre esta compleja tipología de las formas posibles de la comunidad arcaica y luego de la comuna rural, cfr. nuestros ensayos, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Gernanische Gemeinde» (Comunidad Germana) en el *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, tomo 5, Berlín, 2001, y «La comuna rural de tipo germánico» en *Boletín de Antropología Americana*, 17 (1988), pp. 5-23, y nuestro libro, *Las luminosas «Edades Oscuras». La concepción marxista sobre la transición de la Antigüedad al Feudalismo*, Guatemala, Universidad de San Carlos, 2005.

Engels, por su parte, también irá puntualizando esta concepción general de la historia, conforme avanza en la asimilación del material histórico concreto, pasando, por ejemplo, de una visión tradicional de la Edad Media como un período de barbarie general, a un reconocimiento cuidadoso de los grandes aportes histórico-universales del feudalismo europeo.

La concepción de la historia es pues, tanto para Marx como para Engels, una preocupación teórica constante y motivo permanente de nuevas lecturas e investigaciones. Así, desde el juvenil proyecto de Marx de escribir sobre el período de la Convención en la Revolución Francesa del siglo XVIII, hasta su proyecto póstumamente realizado por Engels, de retomar a la luz de su cosmovisión materialista de la historia las investigaciones de L. H. Morgan, y pasando por su expresa intención de trabajar las categorías generales del análisis de la historia precapitalista, el campo de la ciencia de la historia aparece siempre como uno de los *ejes fundamentales* del desarrollo intelectual de Marx. Más aún, como el *segundo* eje principal de sus esfuerzos e investigaciones, únicamente superado por su magno e inconcluso proyecto de la Crítica de la Economía Política.

Y no menos para Engels. Porque también él, desde sus primeros estudios de historia militar y de los países de Oriente, hasta su ensayo sobre los orígenes del cristianismo primitivo, considera como uno de sus temas centrales y más recurrentes el del vasto campo de la historia, dentro del cual incursiona incluso con sus fallidos proyectos de escribir una historia de Irlanda y una historia de Alemania.

Hace falta entonces reconstruir con cuidado y en detalle todo el perfil de lecturas, proyectos, investigaciones y trabajos relacionados con el mundo de la historia, que Marx y Engels efectuaron a lo largo de sus

vidas, para poder así medir la profundidad, amplitud y constancia de estos problemas dentro de su itinerario intelectual. Aunque esta amplitud y profundidad se revela claramente y de diferentes maneras en el vasto conjunto de sus diversas obras. Ya que es frecuente encontrar en los textos de Marx y Engels, comparaciones de la situación o del personaje analizado, con situaciones o personajes históricos anteriores, por ejemplo en *El dieciocho Brumario de Luis Napoleón Bonaparte* o en el texto de *La guerra campesina en Alemania*. O también, al examinar un tema cualquiera, por ejemplo la guerra española de mediados del siglo XIX, o la situación de Irlanda o de Polonia en aquellas mismas épocas, es frecuente encontrar que para ese examen, nuestros dos autores vuelven a hacer referencia a la historia, de la cual extraen enseñanzas y lecciones importantes. Igualmente, su enorme y excepcional erudición histórica entra en juego en diversas ocasiones, a veces como recurso polémico, o en otras como contrapunteo crítico o también como arma de demostración del carácter efímero y limitado del asunto estudiado, tal y como es posible comprobarlo en la *Miseria de la filosofía*, en *El capital*, o en la *Historia del cristianismo primitivo*. Así la historia aparece todo el tiempo en sus obras, como plataforma general y como cantera inagotable de sus análisis críticos. Lo que se confirma una vez más, cuando reconstruimos con más cuidado los respectivos itinerarios intelectuales^[12] de ambos fundadores del marxismo original.

12.- El cuadro descriptivo completo de estos itinerarios intelectuales de Marx y de Engels, respecto de sus diversas incursiones en los distintos campos de la historia, se encuentra en el Apéndice final de este mismo ensayo. En cambio aquí, se trata más bien de relacionar dichos itinerarios con las demás actividades teóricas, personales y políticas de Marx y Engels, para ubicar los contextos, los momentos, las premisas y las implicaciones de dichas incursiones.

Entonces, si repasamos brevemente el periplo intelectual de Marx, veremos que él asume ya desde sus primeros años de estudios propios y luego de concluir su Tesis Doctoral, la importancia general del estudio de la historia. Así, dado que desde esta época Marx tiene ya un amplísimo proyecto de crítica de la moral, del derecho, de la política y de la economía, del cual nos informa en su Prólogo a los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, él va a abocarse al estudio general de varios textos de historia, a partir de lo cual va ya a elaborar una *cronología de la historia universal* para su uso personal.

A lo largo del período de 1843 a 1845, el gran autor de *El Capital* se dedica, paralelamente con el inicio de sus lecturas sobre economía política y de la redacción de sus obras primeras, a la revisión de una importante masa de la literatura histórica a su alcance: la historia de Francia y en particular de la Revolución Francesa, historia de Inglaterra, de Alemania, de Suecia y de Estados Unidos, la historia de la tecnología, de las cuestiones bancarias, de la moneda y del comercio, y de la génesis del Estado moderno, son algunos de los temas centrales de sus estudios de aquella época. Y a partir de todos ellos, Marx se siente ya con las bases suficientes como para acometer la audaz elaboración, en una primera versión, de las líneas maestras generales de su concepción materialista de la historia.

Y a la luz del resultado obtenido, se hace evidente la magnitud del camino ya recorrido por Marx en 1845. Pues el grado particular de asimilación de estas investigaciones mencionadas en los diversos terrenos de la historia referidos, y la sutil y excepcional calidad de su elaboración, podemos medirla a partir de esa *primera sistematización* explícita que lleva a cabo en el capítulo primero de *La Ideología Alemana*. Además, allí encontramos la importante y retadora

afirmación marxiana que declara que *existe sólo una ciencia, la ciencia de la historia*, la que a su vez puede ser vista desde dos ángulos posibles, para darnos de un lado la historia de la naturaleza, y del otro lado la historia de los hombres^[13].

En este texto, Marx delimita ya varios de los problemas centrales de la concepción materialista de la historia, analizándolos a partir de sus primeros conceptos elaborados. Entre ellos, no sólo una explicación de las etapas histórico-progresivas de la historia humana, sino también varias tesis fuertes sobre el motor general o los motores centrales del desarrollo histórico, sobre la ubicación de los niveles básicos de cada forma de producción, en torno a la caracterización de la función del Estado, del derecho y de la ideología, e incluso problemas menos discutidos y habituales, como el de la naturaleza de la individualidad y la función de los individuos en cada forma del desarrollo histórico, o el análisis sobre la mecánica general y las mecánicas específicas del paso de una formación social a otra.

Y aunque hacia estas épocas tempranas

13.- Esta importante idea ya se encontraba presente en sus Manuscritos de 1844. Aquí recibirá, sin embargo, su formulación más radical. Aunque no deja de ser interesante contrastarla con la afirmación de Vico, citada y avalada más tarde por Marx, de que «La historia de la humanidad se diferencia de la historia natural, en que la primera la hemos hecho nosotros y la otra no» (Cfr. *El Capital*, tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI, p. 453). De modo que si en los primeros escritos se acentuaba la unidad de ambas historias, después se subrayará más bien su diferencia. Por lo demás, no deja de ser relevante la coincidencia de esta radical afirmación de Marx, con la inmensa mayoría de los autores de la historiografía crítica del siglo XX, los que también han asumido, de diferentes modos, esta centralidad, omnipresencia e inclusividad de la historia respecto del conjunto de todas las llamadas «ciencias sociales» actuales. Sobre este tema, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Antimanual del Mal Historiador*, México, Contrahistorias, 14ª edición, 2011 (hay edición cubana, por la Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 2004) y *Retratos para la historia. Ensayos de Contrahistoria Intelectual*, La Habana, ICAIC, 2010.

de su periplo intelectual, no es ni mucho menos exhaustivo ni completo el conocimiento que Marx tiene de la historia económica concreta^[14], sí es ya lo suficientemente amplio como para permitirle esbozar los *contornos generales* de lo que será durante toda su vida su *concepción materialista de la historia*, es decir su hilo conductor general para las ulteriores incursiones en este vasto campo de los hechos y de los estudios históricos. Y si a la luz de sus nuevos y vastos estudios Marx irá precisando, corrigiendo y ampliando esta concepción en múltiples puntos, es claro que siempre lo hará sobre esta *base* ya creada en 1845, siempre a partir de este *esqueleto general* fruto de sus años de estudios previos.

Engels en cambio, pese a que para esa misma fecha había leído ya a varios de los más importantes historiadores, y llegado por cuenta propia a la misma *idea general* que Marx, no logró sin embargo trabajarla y sistematizarla hasta el mismo punto. Por eso, y precisamente bajo el influjo de éste, en sus discusiones, viajes de estudio y colaboraciones en proyectos comunes se apropiará de manera paulatina de esa misma concepción, asimilándola personalmente y comenzando a utilizarla también como su propia visión general de abordaje de los más distintos problemas concretos. Situación entonces asimétrica en cuanto a la elaboración personal de esta visión marxista de la historia, que explica porque en las obras comunes escritas durante este

período, tales como *La Sagrada Familia* y la propia *Ideología Alemana*, la colaboración de Engels sea notoriamente menor que la de Marx.

Así, en esta primera etapa y sobre esta situación de relativa desigualdad, le corresponderá entonces a Marx el papel principal en el desarrollo y difusión de la concepción materialista de la historia, tarea en la que no obstante, Engels lo secundará asiduamente. Y es muy claro cómo en las diferentes polémicas con Proudhon (*Miseria de la filosofía*), con Karl Heinzen (*La crítica moralizante o la moral crítica*), o con los «Socialistas Verdaderos» de la época (en la *Ideología Alemana* y en el *Manifiesto del Partido Comunista*), se irá depurando y precisando esta concepción. Ya que al usarla como su arma polémica fundamental, Marx se verá obligado a afinar sus aristas, a pulir sus distintas facetas y a medir sus diversas posibilidades.

Pero esta concepción no sólo se desenvuelve en la crítica a sus enemigos, sino que comienza a servirle a Marx de «hilo conductor» de sus estudios, de brújula orientadora en sus nuevas incursiones que realiza al interior de la ciencia de la economía política. Y también a Engels, quien a partir de su colaboración con Marx, habrá de compartir más o menos profundamente el mismo recorrido intelectual de éste, al asumir con él sus distintas inquietudes intelectuales, sus principales actividades políticas y hasta su propio destino y peripecias de orden personal.

Por eso, y a partir de la gestación de una amistad que será realmente ejemplar, en varios sentidos, ambos redactarán el *Manifiesto del Partido Comunista*^[15], como un

14.- Sobre este punto, es curiosa la afirmación de Engels, quien al releer en 1888 el manuscrito de la *Ideología Alemana*, dice que el mismo sólo revela «cuán incompletos eran todavía, por aquel entonces, nuestros conocimientos de historia económica» (Prólogo al texto de *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Moscú, Progreso, s.f.). Aunque a la luz de lo que estamos nosotros planteando, creemos que esta afirmación es más aplicable al propio Engels que a Marx, siendo sin embargo y con este matiz señalado, una afirmación que aunque relativizable es en líneas generales correcta.

15.- El punto hasta el cual Engels, personalmente, ha asimilado la concepción materialista de la historia en este momento de la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista*, podemos observarlo revisando su propio ensayo *Principios del comunismo*, que es el bosquejo personal

texto que resume los principios básicos y esenciales de los comunistas europeos de su época. Y entre tantas y tantas de las razones por las cuales este texto célebre y aún enormemente vigente hoy, es importante, se encuentra también la del hecho de que aquí, Marx y Engels intentarán aplicar su concepción materialista, en grandes trazos, a toda la historia de la humanidad^[16]. Esfuerzo monumental de reconstruir, con botas de siete leguas, las distintas etapas del desarrollo humano, a partir del propuesto «motor de la historia» que es la lucha de clases, que no sólo da sentido al complejo y milenarismo periplo de la humanidad hasta ahora desplegado, sino que también ubica, con mano maestra, el singular papel que, en esta historia humana de larga duración, debe de cumplir la sociedad y el mundo capitalistas, en tanto necesarias antecámaras de la ya muy cercana emancipación humana en general.

Poco después de la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista*, comenzará toda la serie de las revoluciones europeas de 1848, provocando que Marx y Engels desarrollen una importante y amplia labor periodística de análisis de los hechos más importantes que van aconteciendo a cada momento. Y una vez más, el soporte subyacente a todo este trabajo será el de esa cosmovisión materialista de la historia, la que frente a este nuevo desafío, habrá de mostrar tanto sus grandes posibilidades expli-

con el que él mismo contribuye al trabajo preparatorio de dicho *Manifiesto*..., así como en sus artículos sobre los temas candentes e inmediatos de aquellos años.

16.- Es el propio Engels, el que en su Introducción a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, de Marx, afirmará que en el *Manifiesto del Partido Comunista* se ha aplicado la concepción materialista de la historia a todo el proceso general de la historia humana. Sobre la vigencia aún fundamental de este texto marxista de 1848, cfr. de Bolívar Echeverría, «Lejanía y cercanía del *Manifiesto Comunista* a ciento cincuenta años de su publicación» en el libro *Vuelta de Siglo*, México, Era, 2006.



Portada de la primera edición del *Manifiesto del Partido Comunista* (Londres, febrero de 1848).

cativas, como también sus ricas y complejas potencialidades. Pero con la derrota de esas revoluciones europeas de 1848, vendrá también el reflujo de la actividad política y organizativa directa de ambos revolucionarios. Por eso, ya en 1850, y como uno de los últimos frutos de ese auge o ciclo histórico revolucionario, Marx y Engels emprenden la tarea de redactar algunos trabajos históricos de mayor envergadura.

Es así como, retomando esa experiencia recién vivida, Marx escribe su importante folleto *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en el que revisa con un agudo ojo crítico todo el período histórico

inmediato anterior, buscando los motivos generales de la crisis revolucionaria recién vivida en el hexágono francés, en la situación económica y política dada, para entonces analizar los mecanismos *concretos* del curso inmediato de los hechos. Con lo cual, Marx nos entrega en este brillante ensayo, un verdadero *modelo de análisis de lo que hoy se llama historia inmediata, o historia del tiempo presente*. Porque muy bien puede defenderse la tesis de que este texto es el primer modelo de la aplicación consecuente de la concepción materialista de la historia, al análisis de los hechos de la historia concreta e inmediata, referido además a un período singularmente típico y crítico además de particularmente importante del acontecer europeo, como lo fue precisamente esa revolución europea de 1848.

Lo que nos ilustra además el hecho de que, lejos de presentarse como un mero *esquema abstracto*, que sólo intenta forzar y remodelar la realidad que estudia para hacerse valer, o también tan sólo como una visión reducida, simplista y empobrecida de la realidad, la concepción marxista de la historia se exhibe más bien y por el contrario, como un arma teórica recién elaborada de variados matices y de gran poder científico. Ya que al ponerla a jugar como su propia «caja de herramientas» interpretativa, pero basándose siempre en el *estudio concreto* de los hechos y en los propios materiales empíricos particulares suministrados por la realidad, Marx logra que ésta, su nueva teoría de la historia, comience a mostrar y a confirmar su validez general, pero también sus puntos débiles, sus áreas poco desarrolladas y por ende su aún abierta posibilidad de nuevos enriquecimientos. Lo que va a ejemplificarse, por mencionar sólo una ilustración posible de esta tesis general, en los finos y complejos análisis que Marx realiza aquí sobre el Estado, sobre los partidos y sobre toda la complicada

trama de la vida política en esa Francia del siglo XIX, análisis que sin duda le servirán más tarde de base para matizar, precisar y desarrollar con más amplitud tanto su concepción general del Estado burgués, como su caracterización general de la superestructura política capitalista.

Engels a su vez, y aún también dentro de la atmósfera y el impacto inmediato de las recién vividas revoluciones europeas de 1848, va a emprender su trabajo sobre *Las guerras campesinas en Alemania*, que si bien tiene por tema las insurrecciones campesinas alemanas del siglo XVI, persigue directa y conscientemente extraer la experiencia del pasado, para así entender la aún fresca derrota revolucionaria alemana. Y es Engels mismo quien establece de manera explícita este paralelismo. En este escrito, primer texto engelsiano realizado sobre un tema de historia pasada, nuestro autor va a mostrar su sólido manejo de la concepción materialista de la historia, al reconstruir para nosotros, cómo a partir de la caracterización económica y de las diferentes clases existentes en esa Alemania del siglo XVI, pueden explicarse y comprenderse las diversas fracciones y posturas existentes en el interior de los movimientos campesinos y urbanos, así como sus posiciones ideológicas divergentes, y desde todo esto, también el desenlace específico de todo el conflicto. Y es interesante subrayar que, en etapas posteriores de su también rico periplo intelectual, Engels habrá de retornar varias veces a esta obra, alrededor de la cual proyectará escribir una mucho más amplia y abarcativa historia de Alemania, proyecto que no realizará completamente, pero del que habrá de legarnos importantísimos fragmentos.

Vistos entonces en su conjunto los itinerarios intelectuales de los dos fundadores del marxismo, en relación a este tema de sus específicas incursiones en el amplio

campo de la historia, podemos evaluar que el resto de los años cincuenta del siglo XIX, pueden considerarse en general más bien como años de enriquecimiento y consolidación importantes de la concepción materialista de la historia, y ello tanto para Marx como para Engels. Porque al ser, como ellos mismos lo referirán, y luego de las profundas tormentas revolucionarias de 1848, empujados de nuevo a refugiarse, Marx en su «gabinete de estudio» y Engels en su oficina de trabajo, ambos van a retomar el análisis de viejos y de nuevos temas históricos en general.

Marx, al tiempo que reanuda sus trabajos de crítica de la economía política, va a comenzar también a estudiar historia de las civilizaciones, del colonialismo, de Roma, del sistema feudal y de la tecnología, entre otros. Aunque no por ello va a descuidar el examen crítico y atento de la situación inmediata, lo que explica el hecho de que, luego del golpe de Estado de Luis Napoleón, Marx escriba su célebre obra *El dieciocho Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, obra que una vez más nos ilustra de la excepcional capacidad de su autor para explicar los hechos históricos que están aconteciendo bajo su propia mirada, pero también y más allá del enorme potencial heurístico de la concepción marxista de la historia en tanto herramienta de explicación de la historia presente o inmediata recién vivida. Lo que además, nos ilustra meridianamente sobre el hecho de que para Marx el objeto de estudio de la historia *debía siempre incluir al más inmediato presente*, y no limitarse entonces, como más adelante afirmará prácticamente toda la historiografía burguesa, a investigar solamente «el pasado humano»^[17].

Engels, por su parte y durante esta década de los años cincuenta, comienza sus estudios sobre temas militares en general y también de historia militar, problemas cuyo interés mantendrá durante toda su vida. Paralelamente y a pedido de Marx, redacta 19 artículos sobre la historia de la revolución y la contrarrevolución en Alemania, artículos que serán firmados por Marx, a pesar de que él *no* es su verdadero redactor. De este modo, y un poco espontáneamente, la atención de Engels se irá concentrando en distintos momentos de la historia de Alemania, lo que tal vez explique ese proyecto posterior que ya hemos mencionado, de sistematizar y unificar todo este trabajo en una sola obra especial. En esta misma línea, y en parte también debido al auge del paneslavismo que Europa conoce en esos años, es que Engels proyectará escribir un folleto sobre el tema de *Germanismo y Eslavismo*, que quedará inconcluso pero que le servirá una vez más para desarrollar nuevas incursiones dentro de esa misma historia de Alemania.

Además de los elementos ya mencionados, vale la pena señalar que tanto Marx como Engels, van a iniciar también en esta década sus estudios de los países de Oriente, incursionando entre otros campos en los temas de la historia de la religión y de las sociedades asiáticas, sobre los cuales discuten en sus cartas de este periodo.

De su lado, Marx lee también historia de España, de Rusia, de Francia, de la India, del Imperio otomano, de Roma y hasta de México. Con lo cual, parece ser claro que el abanico de sus intereses y preocupaciones dentro del vasto territorio de los estudios históricos, parece abrirse en estos tiempos

17.- Sobre este punto importante, en donde Marx anticipa las posturas de prácticamente todas las corrientes de la historiografía crítica del siglo XX, cfr. nuestros libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, Rosario, Prohistoria, 8ª ed., 2006,

Fernand Braudel y las ciencias humanas, México, Instituto Politécnico Nacional, 2010, *La obra de Immanuel Wallerstein y la crítica del sistema-mundo capitalista*, La Habana, Centro Juan Marinello, 2005 y *Microhistoria Italiana. Modo de Uso*, Londrina, Universidad Estadual de Londrina, 2012.

de una manera particularmente amplia y abarcativa. Y esta amplitud de esas nuevas investigaciones históricas e historiográficas, va a reflejarse en los trabajos que redactará en esta misma década, pues además de las obras antes mencionadas, Marx escribe también en estos años sus *Revelaciones sobre la Historia Diplomática secreta del Siglo XVIII*, así como el fragmento luminoso, incluido en sus *Grundrisse* de 1857 - 1858, sobre las «Formaciones Económicas Precapitalistas». En este último, además de su creciente y bastante considerable erudición histórica general, Marx demuestra poseer igualmente una muy estructurada y desarrollada visión sobre el complejo tema de la periodización histórica del desarrollo humano en general, así como sobre las distintas y sucesivas formas de producción que han existido en la historia, visión que en términos comparativos se revela como bastante más sistemática, completa y pulida que la que doce o trece años atrás había expuesto en su obra de la *Ideología Alemana*. Pues es perceptible que tanto estos dos puntos referidos, como también los propios conceptos generales que utiliza para explicarlos se han matizado ahora mucho más. Y es por eso que la apretada y multicomentada exposición de estos conceptos que será incluida en el multicitado Prólogo de 1859 a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, es una presentación tan precisa, tan sugerente y tan sintética al mismo tiempo.

Engels, por su parte, aunque no será tan prolífico en resultados inmediatos, debido a su responsabilidad laboral cotidiana, va no obstante a desplegar un trabajo que es también intenso dentro del campo de la historia. Pues además de los estudios mencionados de historia militar y de historia oriental, va a leer sobre historia de los eslavos, de su lengua y cultura, y sobre historia de Alemania. También aprenderá

persa para facilitar sus investigaciones históricas, y redactará una gran parte, mucho mayor que Marx, de los artículos sobre los sucesos de la historia contemporánea que ambos van presenciando, y entre éstos, los artículos incluidos en los dos folletos titulados *El Po y el Rin*, y *Saboya, Niza y el Rin*.

Y si en los primeros años de la década de 1860, y aún como secuelas de su compromiso con el trabajo periodístico, Marx y Engels estudiarán los sucesos de la guerra civil en Estados Unidos, polemizando entre ellos sobre el punto, y redactando todavía varios ensayos sobre este problema, también es claro que más en general, y observando la década en su conjunto, estos serán más bien años que para ambos autores se presentarán como un poco más escasos en lecturas e investigaciones de temas particularmente históricos.

Y las razones de esto son evidentes, pues es bien sabido que en esta sexta década del siglo XIX, Marx se verá absorbido en una gran medida por la preparación definitiva del tomo I de *El capital*, pero también por la escritura de los sucesivos borradores de los tomos II y III^[18], además de por las urgencias prácticas políticas y por todo el trabajo organizativo del lanzamiento y luego del crecimiento y desarrollo de la I Internacional. De ese modo, y aunque durante estos años Marx lee un poco sobre historia

18.- Lo que resulta evidente cuando revisamos todos los borradores y manuscritos preparatorios y complementarios de *El Capital*, los que en su mayoría fueron publicados y conocidos solamente después de la importante fecha simbólica de 1968. Entonces, y desde los *Grundrisse* o Borradores de 1857 - 1858, seguirá luego la *Crítica de la Economía Política de 1859*, (de la que existe un segundo tomo, nunca publicado en vida de Marx), para continuar con los *Manuscritos de 1861 -1863*, los *Manuscritos de 1865*, (de los que forma parte el texto conocido como *Historia crítica de las Teorías de la Plusvalía*), el tomo 1 de *El Capital* editado en 1867, y finalmente la redacción de los borradores de los tomos 2 y 3 de *El Capital*, la que iniciada en 1868 se prolongará más allá de esta década de los años sesenta del siglo XIX.

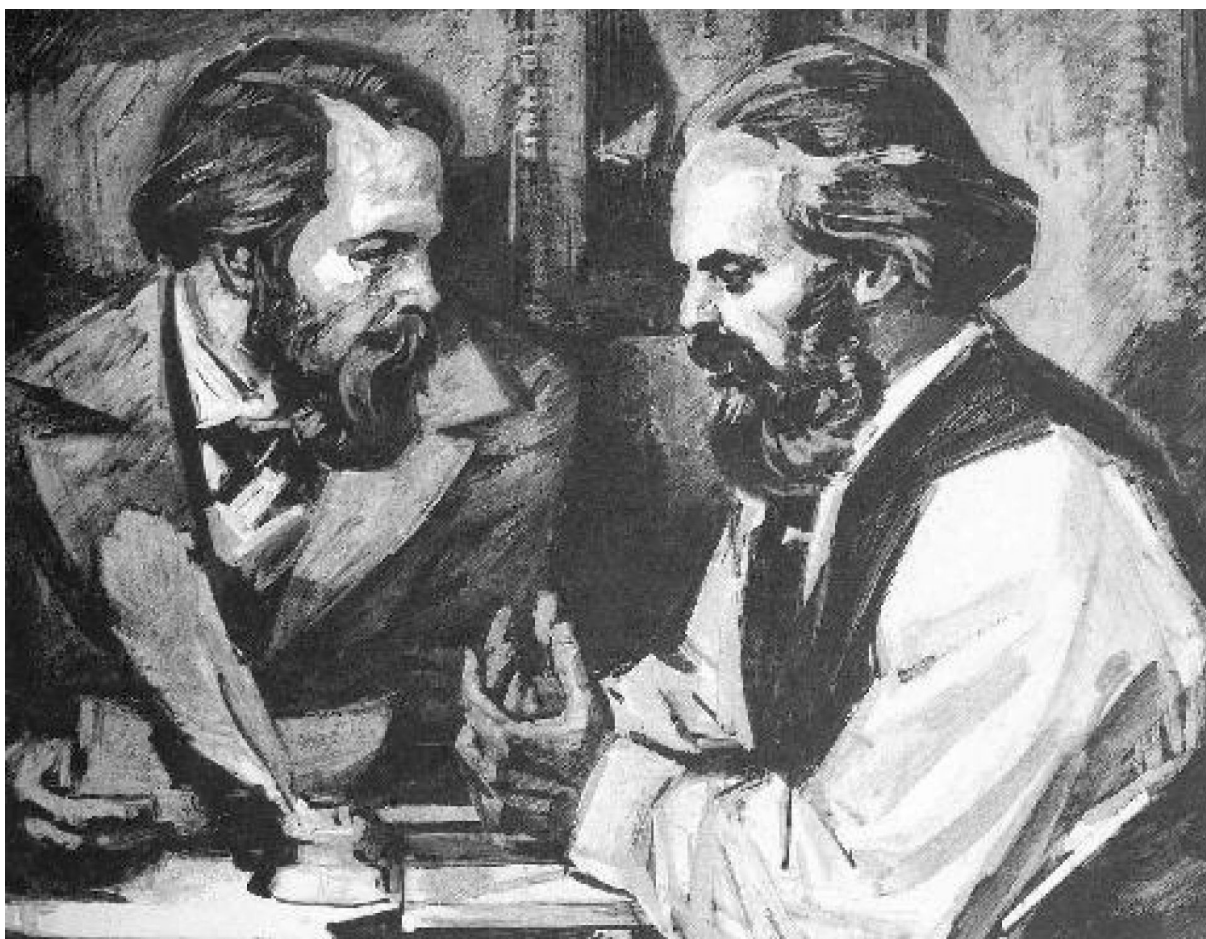
de Roma, y conoce el importante texto de Maurer sobre la Marca alemana, revisando también un poco de la historia de Irlanda y de la historia reciente de Francia, no emprende sin embargo ningún proyecto independiente de tema claramente histórico. Pues incluso su importante manuscrito sobre la *Historia crítica de las Teorías de la Plusvalía*, será realizado más que como una incursión explícita en el campo de la historia de la ciencia económica, como un ejercicio derivado y directamente conectado con la redacción de sus sucesivos borradores de la crítica de la economía política. Lo que no impide el hecho de que, al revisar este texto, nos percatemos nuevamente del impresionante grado de erudición con el que Marx domina la historia entera del desarrollo de la ciencia de la economía política, abarcando en sus conocimientos hasta a los más insignificantes autores de segundo, tercero y cuarto orden.

Engels por su parte, aunque a lo largo de esta década va a mostrar una mayor continuidad en sus trabajos de tipo y de tema históricos, tampoco va a producir nada especialmente importante en este periodo, salvo al final del mismo, después de 1869, que es el año en que se libera para siempre de su empleo remunerado. Así, junto a sus artículos sobre temas militares, Engels trabaja en la historia de Polonia, en la historia escandinava y frisia, en la historia reciente de Francia, y una vez más, también en la historia de Alemania. Y junto a ello continúa con sus estudios de lingüística comparada y de filología de varios de estos pueblos mencionados.

Pero en 1869, y después de casi veinte años de estar atado al trabajo cotidiano poco estimulante y asumido sólo por razones económicas de sobrevivencia material, Engels se libera por fin de esa actividad laboral realizada en la empresa Ermen y se reintegra de lleno a la actividad teórica

y política. Y llama la atención el hecho de que ahora, una vez reincorporado de tiempo completo al trabajo propio, su primer proyecto sea el de la elaboración y redacción de una historia de Irlanda de grandes proporciones. Para ello revisa una gran cantidad de bibliografía, de más de 150 textos, y reúne un considerable cúmulo de materiales, sistematizándolos y trabajándolos dentro de un proyecto que sin embargo quedará inconcluso, pero cuya envergadura y avance pueden apreciarse al leer todos los fragmentos y materiales parciales dejados por Engels mismo y que ulteriormente fueron reunidos y publicados en el volumen de *Escritos sobre Irlanda de Marx y Engels*, citado anteriormente.

En cambio y en comparación con la anterior, la década de 1870 marca nuevamente una intensificación del trabajo teórico dentro del campo de la historia para ambos amigos y colaboradores en la construcción de la concepción marxista de la historia. Pues estos son años de nuevos desarrollos y aplicaciones importantes de esta misma concepción. Pues para Marx, y una vez que ha escrito durante casi quince años una parte sustantiva y esencial de su *Crítica de la Economía Política*, a la que sin embargo y de acuerdo a sus proyectos originales le faltaría todavía mucho por completar y desarrollar, estos años setentas del siglo XIX y los primeros ochentas hasta su muerte, serán años de intensa lectura y estudio en general. Y de estos estudios, Marx va a dedicar una buena parte a la historia en general, y particularmente a la historia de las comunidades primitivas. Pues es en esta última fase que nuestro autor elabora una vasta *Cronología de los principales hechos de la Historia Universal*, cronología inconclusa que comprende, sin embargo, desde el año 90 a.C. hasta 1648, llenando 600 páginas de letra menuda que incluyen cuatro cuadernos completos, y para cuya composición,



Karl Marx y Friedrich Engels (Fuente: marxists.org).

Marx revisó la obra en 18 tomos sobre la *Historia universal*, de F. Ch. Schlosser, así como la *Historia de los pueblos de Italia*, de C. Botta.

A partir de la elaboración de esta Cronología y del resto de lecturas históricas realizadas en este período, parecería que Marx intenta abocarse a su proyecto anunciado 15 años antes^[19] de escribir una obra sobre

la historia real de las relaciones de producción anteriores al capitalismo. Sin embargo, y a pesar de estas nuevas incursiones historiográficas e históricas, da la impresión de que Marx no llegará a concretar algún proyecto más definitivo a este respecto, aunque si centrará uno de los ejes de su atención en los temas de la comunidad primitiva, leyendo historia de Rusia, de la

19.- Es lo que nos indica en su importante texto de los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse 1857 - 1858*, México, Siglo XXI, tomo I, p. 422, cuando afirma: «Nuestro método pone de manifiesto los puntos en los que tiene que introducirse el análisis histórico, o en los cuales la economía burguesa como mera forma histórica del proceso de producción, apunta más allá de sí misma, a los precedentes modos de producción históricos. Para analizar las leyes de la economía burguesa no es necesario, pues, escribir la *historia real de las relaciones de producción*. Pero la

correcta concepción y deducción de las mismas, en cuanto relaciones originadas históricamente, conduce siempre a primeras ecuaciones –como los números empíricos, por ejemplo, en las ciencias naturales–, que apuntan a un pasado que yace por detrás de este sistema. Tales indicios, conjuntamente con la concepción certera del presente, brindan también la clave para la comprensión del pasado: *un trabajo aparte, que confiamos en poder abordar alguna vez...*». Este es otro más de los muchos proyectos que Marx no pudo realizar nunca, aunque adelantó lecturas, escritos parciales e importantes ideas sobre el mismo.

India, de Egipto, historia Antigua e historia de los orígenes de la civilización, además de revisar todas las más importantes obras que le son contemporáneas sobre la explicación y desarrollo de esta cuestión. Y morirá incluso con la intención no realizada de examinar las aportaciones de Lewis H. Morgan a la luz de su concepción materialista de la historia, lo que Engels asumirá entonces como «la ejecución de un testamento», según apunta en el Prólogo de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, texto en donde el gran amigo personal de Marx, intentará cumplir con esa intención no consumada por el autor de *El Capital*.

De este modo, y a pesar de la gran magnitud de sus investigaciones, y en gran parte debido a que distintas enfermedades van mermando progresivamente su capacidad de trabajo, Marx no podrá alcanzar en este período demasiados resultados en cuanto a la elaboración de obras propias dentro del amplio territorio de la ciencia de la historia. Aunque todavía en 1871, nuestro autor escribirá su brillante y penetrante Manifiesto titulado *La guerra civil en Francia*, texto que además de prolongar y continuar la línea de sus anteriores ensayos sobre la historia inmediata de ese país, analizando en este caso el heroico levantamiento obrero de la Comuna de París, va a explicarnos de manera magistral lo que hace una revolución popular cuando llega a «conquistar el poder del Estado», es decir cómo *destruir* radical y completamente todos y cada uno de los elementos que conforman al poder político burgués, desde el gobierno y el Estado, hasta la policía, el ejército, el parlamento, la burocracia y los Partidos, para sobre sus ruinas edificar el contrapoder popular, la democracia directa y asamblearia y las distintas estructuras del autogobierno popular^[20].

20.- Sobre la enorme vigencia que este brillante texto de

Pero más allá de este ensayo sobre *La guerra civil en Francia*, y durante los últimos diez años de su vida, sólo conocemos sus importantes Borradores sobre el Porvenir de la Comuna Rural Rusa, texto donde brevemente y casi a modo de tesis, Marx aplica su concepción general para discernir la situación y futuro posible de una entidad precapitalista, la comunidad rural rusa o *mir*, que ha pervivido, de modo complejo y singular, en el interior de una nación fundamental para los destinos de toda la revolución europea. Aplicación creativa y original hacia este problema candente de los socialistas y de los revolucionarios rusos, que muestra claramente el gran enriquecimiento y la excepcional complejización que para esta fecha han alcanzado ya los puntos de vista marxianos en torno a la comunidad primitiva, los que igualmente se harán manifiestos en sus agudas y cuidadosas notas y comentarios a los importantes trabajos etnológicos de Kovalevsky, Phear, Maine, Lubbock, Morgan, etcétera, notas que más tarde serán publicadas bajo el título de los *Cuadernos Etnológicos de Carlos Marx*.

Engels por su parte, y ahora ya dueño nuevamente de su tiempo, verá incrementarse su trabajo y su producción teórica dentro de este ancho ámbito específico de la historia. Pues luego de su fallido proyecto ya referido de una historia de Irlanda, reanudará sus estudios de ciencias naturales, al mismo tiempo en que comienza a trabajar en un proyecto de ampliación y de desarrollo más profundo de su escrito sobre *La guerra campesina en Alemania*. También, y en su célebre *Anti-Dühring*, aparecido en

La guerra civil en Francia tiene ahora, para los más nuevos y actuales movimientos antisistémicos, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Releyendo *La guerra civil en Francia* desde la América Latina del Siglo XXI», en el libro *Movimientos Antisistémicos. Pensar lo antisistémico en los inicios del siglo XXI*, 2ª ed., Rosario, Prohistoria, 2012, y *Mandar Obedeciendo. Las lecciones políticas del Neozapatismo mexicano*, 5ª ed., México, Contrahistorias, 2010.

1877-1878, Engels sistematiza y expone gran parte de sus conocimientos históricos y de sus concepciones generales sobre la historia, además de aplicar sus puntos de vista generales a los más diversos temas. Lo que visto desde una perspectiva más amplia, nos permite considerar a ese texto del *Anti-Dühring* como la primera formulación acabada y estrictamente personal, del propio Engels, de la concepción materialista de la historia.

También en estos años setenta del siglo XIX, e incluso antes de la edición del propio *Anti-Dühring*, Engels redacta su ensayo sobre *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, escrito que originalmente fue concebido como la posible «Introducción» a un proyecto más amplio de estudio de la historia de las formas del trabajo. Y en él, podemos comprobar también cómo para los fundadores de la concepción marxista de la historia *no* es válida tampoco la absurda división que se implantará más tarde en el mundo historiográfico, entre la supuesta «prehistoria» y la «historia», divididas por el arbitrario criterio de la invención de la escritura. De modo que si para esta cosmovisión materialista de la historia, su objeto de estudio es lo mismo el pasado humano que el más actual presente, así también dicho pasado humano abarca desde la más lejana «prehistoria» y desde esa «transformación del mono en hombre» hasta el pasado más reciente.

Sin embargo, los años ochenta habrán de marcar un nuevo viraje en lo que respecta a estas incursiones históricas engelsianas. Pues a pesar de que Engels continúa aún trabajando en varias de ellas, y hasta produciendo en ocasiones nuevas obras sobre estos temas históricos que ahora le ocupan, también es claro que frente a la muerte de Marx va a redefinir sus tiempos y sus prioridades, asumiendo cada vez más ampliamente la responsabilidad de la publicación

de las obras sobre la Crítica de la Economía Política que Marx dejó inéditas, y en particular, la preparación y publicación de los tomos II y III de la fundamental obra de *El Capital*. Y aunque a esta noble y heroica tarea irá subordinando más y más sus propios proyectos personales, no los abandonará nunca del todo.

Desde 1882, Engels había redactado un interesante ensayo sobre *La marca*, que fue discutido y elogiado por Marx, y en donde intentaba presentar los resultados alcanzados por Maurer a la luz de la concepción materialista de la historia. Y es claro que aquí vuelve a manifestarse su permanente y recurrente interés especial por la historia alemana, interés que habrá de cristalizar nuevamente en 1884, en el proyecto de escribir una historia de Alemania, en donde incorporaría tanto su trabajo desarrollado para *La guerra campesina en Alemania* y estas recientes lecturas sobre la Marca alemana, como también un vasto material nuevo sobre el problema revisado por aquellas fechas. Y vale la pena subrayar que Engels mantendrá su intención de realizar este proyecto por el resto de su vida, reiterando aún dicha intención en 1893, cuando comenta el libro *La leyenda de Lessing*, escrito por Franz Mehring.

También en 1884, Engels escribe *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, libro que basándose en los extractos que hizo Marx de *La sociedad primitiva*, de Lewis H. Morgan, será considerado por el propio Engels como la ejecución de la última voluntad de Marx. Y es digno de observarse que en este texto se inicia ya el trabajo personal de Engels de aclaración y de defensa de los principios generales de la concepción materialista de la historia, tarea para la que será ulteriormente requerido en múltiples ocasiones, y que dará motivo a las famosas Cartas sobre diversos problemas centrales de esa cosmovisión marxista

de la historia, escritas en sus últimos años. Además de este trabajo de esclarecimiento, y simultáneamente a su trabajo de puesta en limpio de los borradores de los tomos II y III de *El capital*, Engels va también a escribir los Prólogos de las reediciones y de las nuevas ediciones de las obras de Marx, dándonos allí importantes noticias sobre esos textos reeditados y editados.

Sin embargo, y además de estos variados y a veces absorbentes trabajos en torno al legado literario de Marx, Engels va a proseguir trabajando en su proyecto de historia de Alemania, con la elaboración de su escrito sobre el papel de la violencia en la historia, texto centrado sobre todo en la historia del Imperio alemán. Igualmente, va a redactar *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en donde volverá sobre algunos puntos cruciales de la interpretación de la concepción materialista de la historia, mientras que en su Prólogo a la edición inglesa del ensayo *Del socialismo utópico al socialismo científico*, caracterizará a los grandes movimientos burgueses de la historia europea, de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Y todavía un año antes de su muerte, en 1894, Engels escribe su *Contribución a la historia del cristianismo primitivo*, en donde compara a las antiguas sectas cristianas con las sectas comunistas modernas, volviendo además sobre varios puntos polémicos de la interpretación de la historia general del cristianismo.

Si apreciamos entonces esta amplitud, profundidad y constancia de las lecturas e investigaciones de Marx y Engels en el terreno de la historia, podemos aquilatar con más elementos la importancia y el sustento profundo y vasto de esta concepción materialista de la historia dentro de la obra total de ambos autores. Y con ello, confirmar que dicha concepción se nos revela claramente no como un mero conjunto de fórmulas ge-

nerales y arbitrariamente establecidas, sino más bien como una elaborada, paciente y compleja síntesis conceptual de un amplio y prolongado trabajo concreto, continuo y vasto, desplegado por los fundadores del marxismo a lo largo de toda su vida. Síntesis conceptual que además, lejos de presentar una forma acabada y completamente determinada, se enriquece y desarrolla con cada una de sus nuevas y posibles aplicaciones. Porque sólo aplicando la concepción materialista de la historia llegamos a entender su profunda riqueza y dimensión, y sólo aplicándola es que tanto Marx como Engels han podido medir su validez y su gran capacidad explicativa y heurística, pero también sus lagunas e insuficiencias, así como sus límites y espacios aún por desarrollar, lo que les ha permitido a ellos perfeccionarla y depurarla continuamente^[21].

Así, desde sus más ambiciosos proyectos de análisis, de reconstruir la historia general de las distintas formaciones económicas precapitalistas, o la historia global de Alemania, hasta sus más breves artículos históricos sobre la India o España, evidencian este esfuerzo explícito, reiterado y consciente de confrontar siempre los postulados abstractos más generales con las diversas realidades concretas estudiadas.

21.- En este sentido Engels declara, al final de su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* que: «Las anteriores consideraciones no pretenden ser más que un bosquejo general de la interpretación marxista de la historia: a lo sumo, unos cuantos ejemplos para ilustrarla, [porque] la prueba ha de suministrarse a la luz de la misma historia...». También Marx, en una carta a Sorge del 19 de octubre de 1877, critica a los advenedizos del Partido Obrero Alemán que le querían dar al socialismo una orientación distinta, es decir: «...remplazar su fundamento materialista (el que exige de quienquiera que trate de utilizarlo un serio estudio objetivo) por la mitología moderna, con sus diosas Justicia, Libertad, Igualdad y Fraternidad». Es pues una precondition de la aplicación consecuente de esta concepción materialista de la historia, el real dominio pericial del material histórico concreto del tema o del problema en cuestión.

Ya que sólo la aplicación a la propia historia concreta y particular es la que nos da la prueba de la corrección de esta *revolucionaria* concepción del acontecer histórico. Porque sólo como instrumento y engranaje de la explicación de esta misma historia real y vivida, es que tal concepción se revela como *verdadera ciencia de la historia*.

Apéndice: Cronología detallada sobre los estudios, lecturas y trabajos realizados por Marx y Engels en el campo de la ciencia de la historia^[22].

Karl Marx

1835. Estudia Mitología Clásica e Historia del Arte (Rub., II, 12).

1837. Sigue Cursos de Filosofía y de Historia (Rub., II, 13). Lee Historia del Arte (Winckelmann) e Historia de Alemania (Luden). Traduce la *Germania* de Tácito (Carta a su padre, 10 de noviembre de 1837).

1839. Todo el año y hasta 1841, trabaja en su Tesis Doctoral *La filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro* (Rub., II, 14-16).

1842. Realiza estudios de cuestiones etnológicas. Lee sobre Historia de las Religiones y de los dioses-fetiches y

sobre Historia de la Técnica pictórica (Rub., I, 163; Rub., II, 17).

1843. Realiza lecturas importantes sobre Historia Antigua y Moderna de Francia e Inglaterra. Elabora un Cuadro Cronológico General de la Historia desde 600 a.C. hasta 1589, en 80 páginas, con base en la lectura, sobre todo, de Ch. Heinrich, *Geschichte von Frankreich*. Lee Historia de Suecia y de los Estados Unidos de América. Basándose en todos estos estudios «elabora un Programa de estudios críticos, a la luz de la Historia Social». Y entre los temas subrayados en sus lecturas destacan el problema de los Estados Generales, las guerras campesinas, la estructura del régimen feudal, la relación entre propiedad, señorío y servidumbre, la burocracia, la Asamblea Constitucional, la propiedad privada, la familia, la primera forma de Estado. Además, «Marx perfila por primera vez la estructura del sistema feudal francés», y aprende en los historiadores burgueses el contenido de la Transición del Feudalismo al Capitalismo. También trabaja en *La cuestión judía* y en la *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* (Rub., I, 63, 64, 65, 68 y 69; Rub., II, 21, 22).

1844. Se dedica seriamente al estudio de la historia de la Revolución Francesa (Rub., I, 34; Riaz., 47), e incluso proyecta escribir una Historia del periodo de la Convención de esta misma Revolución Francesa (Rub., I, 124; Rub., II, 22). Trabaja además en sus *Manuscritos Económico-Filosóficos* y en *La Sagrada Familia*, textos en donde destaca la importancia del estudio de la historia (Rub., I, 108) llevando a cabo ciertas caracterizaciones de esta misma historia humana y mostrando la ya respec-

22.- Para la composición de este Apéndice, nos hemos apoyado principalmente en la revisión cuidadosa y en la síntesis de los diez textos que citamos al final del mismo, de donde provienen la gran mayoría de los datos aquí incluidos. Allí explicamos también a que texto corresponde cada una de las referencias que vamos dando en el Apéndice, lo que hace posible la búsqueda de una mayor información o de alguna profundización sobre cualquier punto o dato en particular, a los lectores interesados en verificar o ahondar esta información aquí proporcionada.

ble amplitud de sus lecturas históricas (Rub., I, 124).

1845. Estudia Historia de la Economía Política, Historia del Maquinismo y la Tecnología, Historia Monetaria, Bancaria y Comercial (Rub., II, 24). También proyecta escribir un trabajo sobre el problema del Estado moderno y su específica génesis histórica (Rub., I, 134). Al mismo tiempo, comienza a trabajar en la *Ideología Alemana*, cuyo primer capítulo es el *primer esbozo general de la concepción materialista de la historia*, síntesis de todos sus estudios previos sobre historia e hilo conductor de sus investigaciones posteriores. Desde este año y hasta 1847, Marx estudia además la Historia de las Doctrinas Económicas y Políticas (Riaz., 67).

1846. Termina la elaboración de la *Ideología Alemana*. En su *Carta a Ansenkov*, del 28 de diciembre de 1846, Marx vuelve a resumir algunos de los principios centrales de su nueva y recién sistematizada concepción materialista de la historia.

1847. Publica *Miseria de la Filosofía*, donde utiliza sus nuevas ideas sobre la historia como un arma polémica contra las tesis centrales de Proudhon. También redacta sus artículos de crítica a Karl Heinzen, luego publicados bajo el título de *La crítica moralizante o la moral crítica*.

1848. Se publica el *Manifiesto del Partido Comunista*, texto donde, según Engels, se aplica la concepción materialista a la explicación general de toda la historia de la humanidad. También elabora diversos artículos editados en la *Nueva Gaceta Renana*, en donde,

también según Engels, se ha aplicado la concepción materialista de la historia para el análisis de los hechos del momento o de la llamada historia inmediata o historia del tiempo presente. (Introducción de Federico Engels a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*).

1849. Publica los artículos que más adelante serán agrupados y publicados en el folleto *Trabajo asalariado y capital*.

1850. Hace la crítica de un artículo de François Guizot sobre la Historia de la Revolución Inglesa (Rub., I, 229). Elabora su importante texto *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, donde, incursionando otra vez en los campos de la historia inmediata o del tiempo presente, analiza brillantemente ese período histórico reciente y sus principales consecuencias. Además, emprende un estudio sistemático de la Historia Económica de los últimos diez años recién vividos (Rub., II, 38).

1851. Estudia Historia de las Civilizaciones, Historia del Colonialismo, Historia de Roma, Historia de las ciudades medievales y del Sistema Feudal (esto último, en los materiales de J. Dalrymple, J. Gray, H. Hallam, K. D. Hüllmann y F. W. Newman) e Historia de la Tecnología, entre otros muchos temas (Rub., II, 40-41). Discute con Engels el plan de lo que en ese momento considera su obra principal, y cuyos tres volúmenes abarcarían «Crítica de la Economía Política, Socialismo e Historia de la Teoría Económica» (Rub., II, 42).

1852. Desde este año y hasta 1856, analiza en sus artículos periodísticos

diferentes hechos de la historia contemporánea, remitiéndose para ello en ocasiones, a la historia anterior, y prolongando así sus ejercicios de análisis de la historia del presente o inmediata, pero vista siempre con una clara y asumienda densidad histórica mayor (Rub., I, 241). Redacta su libro *El Dieciocho Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, otro importante ensayo de análisis de la historia inmediata. Y en su carta a Joseph Weydemeyer, del 5 de marzo de 1852, Marx recomienda el estudio de «las obras históricas de Thierry, Guizot, John Wade, etcétera», puntualizando además sus propias y originales aportaciones teóricas personales sobre este problema de las clases y de la lucha de clases.

1853. Estudia Historia de la comunidad primitiva de los gaélicos (Rub., I, 235). Lee también sobre Historia de las sociedades asiáticas, sobre su religión, etcétera, y comenta de todos estos temas con Engels (Rub., I, 238, cartas del 2 de junio y 14 de junio de 1853). Particularmente estudia la Historia de la India (Rub., II, 45). Y proyecta escribir artículos sobre la Historia de la Filosofía Alemana (Rub., II, 47).

1854. Desde este año y hasta 1856, lee sobre Historia de España y elabora varios artículos que luego serán editados bajo el título de *La España revolucionaria*. Lee y comenta con Engels la *Historia del Imperio Otomano* de J. Hammer-Purgstall (Rub., II, 49). En su carta a Engels del 27 de julio de 1854, comenta con cierta amplitud el libro de Augustin Thierry, *Ensayo sobre la Historia de la formación y el progreso del Tercer Estado*, recientemente leído. Lee también *La guerra de México*, de R. Ripley (Rub., II, 50-51).

1855. Escribe un artículo sobre la Historia de la alianza anglo-francesa (Rub., II, 53) y en Carta a Engels, del 8 de marzo de 1855, comenta sus lecturas sobre la Historia de Roma hasta Augusto (Rub., II, 53).

1856. Redacta su largo ensayo *Revelaciones sobre la Historia Diplomática Secreta del siglo XVIII*, donde muestra poseer un importante conocimiento de la Historia de Rusia y de los pueblos eslavos en general (Rub., II, 57 y 59). Escribe un artículo sobre la Historia de la circulación monetaria. Estudia y comenta con Engels la Historia de Polonia. Además incursiona también en el estudio de la Historia de Prusia (Rub., II, 60 y 61; Carta a Engels, 2 de diciembre de 1856).

1857. Lee la *Historia de los Precios* de Tooke. Y acepta, previo acuerdo con Engels, escribir artículos sobre el arte militar y la Historia Militar, además de ciertos artículos biográficos. Le escribe una importante Carta a Engels sobre la Historia del Ejército (Rub., II, 62-64; Carta del 25 de septiembre de 1857). Comienza a redactar su muy importante texto de los *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política* (*Grundrisse*).

1858. Trabaja en sus *Grundrisse*, que incluyen una sección importante sobre las *Formaciones económicas precapitalistas*, texto en donde se realiza una esclarecedora síntesis sobre las distintas formas primitivas, primarias, secundarias y terciarias, de la comunidad, y se apuntan importantes ideas sobre la Antigüedad Clásica, la Edad Media y la transición del Feudalismo al Capitalismo (Rub., I, 267). Proyecta escribir, jun-

to a su estudio sobre el capital, también una «Historia de la Economía Política y del Socialismo» y un «Esbozo histórico del desarrollo de las categorías y de las relaciones económicas» (Rub., II, 67). Escribe un artículo sobre la Historia del tráfico del opio (Rub., II 69).

1859. Publica su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, en cuyo Prólogo plantea una apretada y notable pero muy precisa síntesis de su concepción materialista de la historia, a la que Marx define como uno de los campos centrales del conjunto de sus estudios, y como hilo conductor de sus investigaciones. Escribe también diversos artículos, en los que se hace evidente la vasta erudición histórica de Marx, al abordar temas como el de la situación histórica de los siervos en Rusia, o el problema de la evolución histórica de la unidad italiana, entre otros varios (Rub., II, 71).

1860. Publica su libro *Herr Vogt*. También un artículo sobre el desarrollo histórico del comercio y de la industria ingleses. Lee *El Origen de las Especies* de Darwin, y comenta con Engels que en este libro se encuentra el fundamento natural de sus propias concepciones (Rub., II, 80-81; Carta del 19 de diciembre de 1860).

1861. Lee y comenta con Engels *Las guerras civiles en Roma* de Apiano. También lee a Tucídides, al mismo tiempo en que escribe artículos sobre la guerra de secesión en Estados Unidos y sobre la Intervención Extranjera en México (Rub., II, 82-84; Carta del 27 de febrero de 1861).

1862. Comienza a trabajar en lo que años después se convertirá en su *Histo-*

ria crítica de las Teorías de la Plusvalía, es decir en la parte más «histórica» de su *Crítica de la Economía Política*, proyecto en donde muestra el muy amplio conocimiento que ha desarrollado respecto de la historia entera de la ciencia de la Economía Política, así como de sus progresos y polémicas fundamentales. Lee *La ciencia nueva* de Vico. También, prosigue sus debates con Engels en torno a la elaboración de varios artículos sobre el tema de la guerra en Estados Unidos (Rub., II, 84-88).

1863. Prosigue su trabajo en el proyecto de la *Historia crítica de las Teorías de la Plusvalía*, a la vez que relee sobre Historia de la Técnica, reanudando así sus anteriores estudios de este tema. Estudia además Historia de las Teorías Económicas (Rub., II, 89 y 91; Carta del 28 de enero de 1863).

1864. Participa en la fundación y en los primeros trabajos de la I Internacional, en la que participará de modo activo, importante y muy comprometido hasta 1872.

1865. Comienza a trabajar en los temas que más adelante estudiará en el tomo III de *El capital*. También expone sus Conferencias sobre el tema de *Salario*, *Precio* y *Ganancia*, que serán publicadas ulteriormente.

1866. Trabaja en la puesta en limpio del borrador del libro I de *El capital*. Dentro de esta, rellena con resúmenes históricos la Sección de ese tomo I dedicada al tema de la Jornada de Trabajo, debido a que la enfermedad le impide en esos momentos el trabajo más teórico (Rub., II, 103).

1867. Se publica el tomo I de *El capital*, texto fundamental que algunos años más tarde será nombrado como «la Biblia de la clase obrera moderna». En este libro, Marx lamenta la inexistencia de una Historia crítica de la Tecnología, y propugna abiertamente por la importancia y urgencia de su elaboración (en la cuarta nota del capítulo XIII de ese tomo I, titulado «Maquinaria y Gran Industria»). Comienza a trabajar en el tomo II de *El capital*, pero al mismo tiempo estudia la cuestión irlandesa y convence a Engels de que redacte la continuación de su obra *La Situación de la Clase Obrera en Inglaterra*, abarcando desde 1845 hasta esa fecha de 1867 (Rub., II, 110; Carta a Luis Kugelmann, del 13 de julio de 1867).

1868. Lee la obra de Maurer sobre la Historia de la Marca alemana y la comenta con Engels (Rub., I, 342; Carta del 25 de marzo de 1868). Trabaja ahora en el libro III de *El capital*, lo que lo lleva a estudiar problemas de la renta de la tierra y a interesarse por el papel de la comunidad y del municipio rural en diversos sistemas económicos, entre los esclavos y en Rusia. Lee y comenta con Engels los trabajos del historiador E. Tenot (Rub., II, 114, Carta del 7 de noviembre de 1868).

1869. Comenta a Kugelmann sobre literatura histórica francesa recientemente publicada, y entre otros los textos de Tenot, Castille, Vermorel y Trudon (Carta a Kugelmann del 3 de marzo de 1869). Discute con Engels sobre Historia de Irlanda (Carta del 10 de diciembre de 1869). Recibe de parte de Nikolai Danielson el libro de N. Flerovski, *La Situación de la Clase Obrera en Rusia*. De aquí en adelante y hasta su muerte,

Danielson le enviará una cantidad muy importante de materiales sobre Historia de Rusia, de la propiedad agraria, de la comuna rusa, etcétera.

1870. Desde este año y hasta 1871, elabora una Cronología de la Historia Universal, desde el año 90 a.C. hasta 1648, con base en la Historia Mundial de F. Ch. Schlosser de 18 tomos, y de la Historia de los Pueblos Italianos de C. Botta. Esa cronología, que llenará 600 páginas de cuatro cuadernos de Marx, queda inconclusa (Rub., I, 265; Cómo est..., 44-46). Prosigue además su estudio de la cuestión irlandesa, a la vez que lee sobre la cuestión rusa y la comenta con Kugelmann. Discute con Tomanovskaia sobre las perspectivas de la comuna rural rusa (Rub., II, 121 y 125; Carta a Kugelman del 17 de febrero de 1870).

1871. Elabora su brillante y agudo texto *La Guerra Civil en Francia*, donde nos da una radiografía completa y profunda de las lecciones principales de esta central experiencia obrera parisina, lecciones todavía hoy vigentes, así como sobre la significación histórico-universal de la Comuna de París.

1872. Trabaja en la edición francesa del libro I de *El capital* y en la segunda edición alemana del mismo.

1873. Desde este año y hasta su muerte, Marx incrementa su pasión por la lectura, llenando 3000 páginas de extractos de los más diversos temas, y naturalmente y de modo relevante también sobre el tema de la Historia. En este año, estudia Historia de la propiedad común y de la comuna rural rusa (Rub., II, 135-137).

1874. Estudia la reciente Historia de la política económica inglesa (Rub., II, 139), al mismo tiempo en que trabaja en los temas del libro II de *El capital* y en la versión francesa del libro I.

1875. A partir de esta fecha y hasta su muerte, va a llevar a cabo distintos estudios e investigaciones amplias y sistemáticas sobre la Historia y la caracterización general de las diversas variantes de la comuna primitiva, revisando autores como G. Hansen, Bogisic, Leroy-Beaulieu, Utiechenovitch, Haxthausen, Danielson, Enschat, Kovalevski, Phear, Maine, Lubbock, Demelitch o Morgan, entre otros varios (Rub., I, 342). Tiene varias entrevistas personales con el historiador ruso Maxim Kovalevski (Rub., II, 142).

1876. Maxim Kovalevski es huésped de Marx (Rub., II, 146). En este año, Marx se informa y discute sobre la agricultura, la propiedad de bienes raíces y el crédito en Estados Unidos y en Hungría (Rub., II, 144).

1877. Estudia otra vez Historia de Rusia, ahora sobre todo las condiciones de la agricultura después de la abolición de la esclavitud. También investiga sobre la cuestión del Oriente. Mantiene una cierta correspondencia epistolar con el historiador del judaísmo H. Graetz. Revisa la traducción alemana de la *Historia de la Comuna de París* de H. Lisagaray. Y en una respuesta epistolar a N. Mikhailoviski, niega haber elaborado una «teoría histórico-filosófica de la marcha general de la humanidad, fatalmente impuesta a todos los pueblos, sean cuales sean las circunstancias históricas en que están situados» (Rub., II, 146 y 148).

1878. Estudia Historia de la moneda, y lee sobre Historia de la agronomía y la geología (Rub., II, 150).

1879. Continúa sus lecturas sobre la Historia y la situación de Rusia. Además, vuelve a abordar el estudio de la Historia Antigua, ahora en particular sobre los temas de la civilización y el derecho romanos (Rub., II, 154).

1880. Elabora unas notas cronológicas sobre la India, mientras vuelve a trabajar en los libros II y III de *El capital* (Rub., II, 154-155).

1881. Retorna nuevamente al estudio de la Historia de Rusia, concentrándose en el periodo posterior a la emancipación de los siervos (Rub., II, 158). Realiza sus extractos y comentarios críticos de la importante obra de Lewis H. Morgan, *La sociedad primitiva*. Elabora también varios borradores de respuesta a Vera Zasulich, sobre el problema del futuro de la comuna rural rusa, en donde muestra el vasto y profundo manejo que ya tiene en torno al tema de la Historia y el desarrollo de la comunidad primitiva en general, así como la enorme importancia que él le atribuye a este problema dentro de su concepción marxista de la historia. Además, vuelve a estudiar Historia de la Revolución Francesa e Historia de los pueblos coloniales. Y nuevamente, trabaja simultáneamente en su Cronología de la Historia Universal (Rub., II, 159-162).

1882. Estudia Historia de Egipto y de los Orígenes de la Civilización. Lee el trabajo de Engels sobre *La marca*, y lo elogia (Rub., II, 164).

Friedrich Engels

1837. Desde este año y hasta 1841, durante su estancia en Bremen, lee la Historia de los Hohenstaufen de Raumer, la Historia Universal de F. Ch. Schloesser, además de algunas obras históricas de Ranke, de Sybel, de Mommsen y de Niebuhr. Lee también las *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, de G. W. F. Hegel, libro que lo impresiona grandemente (Mayer, 786-789).

1842. Lee en Inglaterra, algunos de los trabajos de Augustin Thierry y de François Guizot (Mayer, 789).

1843. Durante todo este año y hasta agosto de 1844, estudia las relaciones sociopolíticas de Inglaterra, la economía clásica y vulgar, y también las obras de los socialistas utópicos (Mayer, 893).

1844. Trabaja en su obra *La Situación de la Clase Obrera en Inglaterra*. También colabora con Marx en la escritura de *La Sagrada Familia* (Rub., II, 23).

1845. Discute con Marx el tema de la concepción materialista de la historia. Realiza con él también, un viaje de estudios de seis semanas a Inglaterra, y comienza a trabajar en la obra común de la *Ideología Alemana* (Rub., II, 25; Mayer, 894).

1846. Trabaja en la *Ideología Alemana* (Mayer, 894).

1847. Elabora su trabajo *Los verdaderos socialistas*. Y trabaja además en sus *Principios del Comunismo*, borrador preparatorio para la redacción común con Marx del texto del *Manifiesto del Partido Comunista*. En dicho borrador puede

medirse el grado de conocimiento de la historia general al que ha llegado Engels hasta ese momento (Mayer, 894), el que también se revela en el Índice de sus lecturas citadas en sus obras escritas hasta esta fecha (Esc. de J., 775-785).

1848. Publica el *Manifiesto del Partido Comunista*, en colaboración con Marx. Redacta varios artículos para la *Nueva Gaceta Renana*, sobre los acontecimientos históricos inmediatos, incursionando así, él también, en los terrenos de la historia presente o inmediata (Mayer, 895).

1849. Publica diversos trabajos en la *Nueva Gaceta Renana* (Mayer, 895).

1850. Lee la *Historia de la gran guerra campesina*, de W. Zimmermann, en 3 volúmenes, y a partir de ella redacta su texto *Las guerras campesinas en Alemania* (Prefacio a la Segunda Edición, de *Las guerras campesinas en Alemania*). Comienza, en este año, el estudio sistemático de los temas de orden militar (Mayer, 896).

1851. A petición de Marx, redacta 19 artículos sobre la Historia de la *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*, artículos que serán firmados por Marx (Rub., II, 42). Empieza a estudiar Historia de los eslavos, de la cultura y lengua eslavas, etcétera, estudio que prosigue hasta 1854 (Mayer, 896). En la carta del 19 de junio de 1851, dirigida a Joseph Weydemeyer, Engels consulta sobre textos de historia militar y arte militar, mostrando allí sus previos avances dentro de este campo (Cómo est..., 53-54). En carta a Marx del 3 de diciembre de 1851, adelanta una evaluación muy interesante sobre el significado más

global del golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte.

1853. Estudia Historia de los países de Oriente y aprende el idioma persa. En algunas de sus cartas a Marx de este año, discute sobre estos temas (Mayer, 296; Cartas del 18 de mayo y 6 de junio de 1853).

1854. Trabaja en un folleto sobre *Germanismo y Eslavismo*, que quedará inconcluso. Para ello realiza distintas lecturas históricas, y entre ellas las obras de Haxthausen (Mayer, 421-424).

1855. Prosigue en todos estos años sus estudios de lingüística e historia militar, a la vez que redacta artículos sobre diversos temas de la historia que le es contemporánea (Kupp., 124).

1856. Bajo el influjo de Marx, estudia el movimiento paneslavista, su historia y su literatura (Rub., II, 57).

1857. Establece un acuerdo con Marx para escribir sobre arte militar e Historia militar. En este sentido, elabora su artículo *Ejército*, que es elogiado por Marx (Rub., II, 62; Carta de Marx a Engels del 25 de septiembre de 1857).

1858. En este año, Engels se dedica sobre todo al estudio de las ciencias naturales (Mayer, 896).

1859. Redacta su folleto sobre *El Po y el Rin* (Mayer, 897).

1860. Publica su escrito *Saboya, Niza y el Rin*, además de redactar varios trabajos sobre temas militares (Mayer, 897).

1861. A partir de varias discusiones con

Marx, redacta algunos artículos sobre la guerra de secesión en Estados Unidos (Mayer, 897).

1862. Prosigue la elaboración de estos artículos sobre Estados Unidos así como sus discusiones sobre estos temas con Marx.

1863. Prepara con Marx un trabajo sobre la lucha de liberación del pueblo polaco, trabajo que quedará inconcluso (Mayer, 897).

1864. Publica varios artículos en el periódico *Social-Demokrat*, al mismo tiempo en que estudia Arqueología y Filología tanto escandinava como frisio-jutlandesa (Mayer, 897; *Cómo est...*, 58-59).

1865. Aparece su trabajo *La cuestión militar prusiana y el Partido Alemán de los Trabajadores*. Estudia literatura e Historia de Alemania, además de derecho frisio antiguo (Mayer, 897; *Cómo est...*, 59).

1866. Escribe sus artículos sobre la guerra austro-prusiana (Mayer, 897).

1867. Marx lo convence para escribir el tomo II de *La Situación de la Clase Obrera en Inglaterra*, que debería abarcar desde 1845 hasta esa fecha de 1867, y comienza a trabajar en este tema. Pero este proyecto, sin embargo, quedará inconcluso (Carta de Marx a Kugelmann del 13 de julio de 1867).

1868. Comenta con Marx sobre la literatura de la Historia reciente de Francia (Carta del 18 de diciembre de 1868).

1869. Comienza a estudiar la Historia

de Irlanda y la comenta con Marx (Cartas del 24 de octubre, del 29 de noviembre y del 9 de diciembre de 1869).

1870. Proyecta escribir una Historia de Irlanda, para lo cual recopila una gran cantidad de material y realiza amplias investigaciones históricas. Y aunque redactará varios capítulos y esbozos, el proyecto total quedará finalmente inconcluso (Mayer, 898). Redacta su Prefacio para la segunda edición de *Las guerras campesinas en Alemania*, que Marx comenta (Carta de Marx a Engels del 12 de febrero de 1870).

1871. Traduce *La Guerra Civil en Francia* de Marx, del inglés al alemán (Mayer, 898).

1872. Aparece su serie de artículos titulada *Contribución al problema de la vivienda* (Mayer, 899).

1873. Comienza a trabajar en su obra *Dialéctica de la Naturaleza*, en la que trabajara con interrupciones hasta 1883. Escribe también algunos *Apuntes sobre Alemania*, fruto de nuevos estudios y lecturas históricas, encaminadas a ampliar su ensayo sobre las guerras campesinas (Mayer, 899; Notas al libro *Las guerras campesinas en Alemania* y Apéndices del mismo).

1875. Amplía nuevamente el Prefacio, en la tercera edición de su obra sobre *Las guerras campesinas en Alemania*. Redacta también el artículo *Acerca de las relaciones sociales en Rusia*.

1876. Comienza a trabajar en el *Anti-Dühring*. Para esto, relee textos sobre la Historia Antigua (Carta de Marx del 28 de mayo de 1876). Redacta el im-

portante ensayo *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, concebido originalmente como una Introducción a un trabajo que se titularía *Tres formas fundamentales de la esclavización*, trabajo cuyo objeto era, presumiblemente, el de reconstruir una suerte de Historia de las formas de trabajo humano (Notas al artículo «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre»).

1877. Durante este año y hasta julio de 1878, redacta y publica sus artículos contra Dühring, su célebre *Anti-Dühring*, en donde podemos comprobar su particular grado de dominio sobre distintos temas históricos fundamentales (Mayer, 899).

1880. Aparece en francés el folleto *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico* (Mayer, 899).

1882. Realiza diversas lecturas históricas, entre otras los textos de Bancroft, lecturas que desembocan en la redacción de su artículo sobre *La marca*, que es un importante texto sobre las investigaciones de Maurer. Discute con Marx sobre este problema y sobre la cuestión histórica de la abolición de la servidumbre (Cartas del 8, 15, 16 y 22 de diciembre de 1882).

1884. Aparece *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, texto sobre los descubrimientos de Lewis H. Morgan, revisados y recuperados a la luz de la concepción materialista de la historia. Este texto, basado en los extractos de Marx, es anunciado como «la ejecución de un testamento», el testamento del propio Marx (Mayer, 900). También en esta época, Engels

proyecta escribir una Historia de Alemania, refundiendo su trabajo sobre las guerras campesinas con otros materiales que elabora entonces. Estudia para eso «a los historiadores de los tiempos primitivos de Alemania, a los autores romanos, diversas obras alemanas e inglesas sobre prehistoria y lingüística comparada, y a los historiadores alemanes, principalmente Maurer, G. Von Hansen y Meitzen». Y aunque redacta y pone en limpio varios capítulos, no logrará nunca concluir esta obra (Mayer, 812). También en este año, escribe entre otros materiales su artículo «La descomposición del feudalismo y el surgimiento de los Estados nacionales», texto importante para la adecuada caracterización del feudalismo europeo (Mayer, 813). Elabora su artículo «Marx y la Nueva Gaceta del Rin».

1885. Redacta el Prólogo a la tercera edición de *El Dieciocho Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, donde afirma que Marx tenía un conocimiento exacto de la Historia de Francia, y califica a ésta de país modelo de la lucha de clases en la Historia. Publica también su ensayo *Contribución a la Historia de la Liga de los Comunistas* (Mayer, 900).

1886. Redacta *Ludwig Feuerbach y el fin de la Filosofía Clásica Alemana*, texto donde desarrolla varios de los puntos centrales de la concepción materialista de la historia. Igualmente, redacta su ensayo *Contribución a la Historia del campesinado prusiano* (Mayer, 900).

1887. Trabaja en la traducción inglesa del tomo I de *El capital* (Mayer, 900).

1888. Comienza a redactar su artículo *El papel de la violencia en la historia*, que

queda inconcluso (Mayer, 900).

1889. Escribe una carta a Víctor Adler sobre la Historia de la Revolución Francesa, el 4 de diciembre de 1889.

1890. Redacta un artículo sobre *La política exterior del zarismo ruso*. Y también escribe distintas Cartas que intentan esclarecer puntos difíciles o temas no desarrollados o explicitados de la concepción marxista o materialista de la historia, y entre ellas a Conrad Schmidt (5 de agosto de 1890), a Jules Bloch (21 de septiembre de 1890) y otra vez a Conrad Schmidt (27 de octubre de 1890).

1891. Elabora la Introducción para una nueva edición de *La guerra civil en Francia*, de Marx, en donde se refleja su propio y amplio conocimiento de esa Historia de Francia (Mayer, 901).

1892. Redacta el Prefacio a la edición inglesa de su folleto *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*, donde caracteriza a las guerras campesinas alemanas del siglo XVI, a la Revolución Inglesa del siglo XVII y a la Revolución Francesa del siglo XVIII. También elabora una breve biografía de Marx, que se publica en el *Diccionario Manual de Ciencias Políticas* (Mayer, 901).

1893. Comenta el libro *La leyenda de Lessing* de Franz Mehring, y lo insta a ampliar su estudio hacia una Historia de Prusia y de Alemania. También le envía una Carta al mismo Mehring sobre la concepción materialista de la historia, el 14 de julio de 1893. Además publica algunos artículos sobre el desarme de Europa (Mayer, 901).

1894. Redacta su *Historia del Cristianismo Primitivo* (Mayer, 901). Envía una Carta a H. Starkenburg nuevamente sobre el tema de la concepción materialista de la historia, el 25 de enero de 1894. También en este año, publica su ensayo *La cuestión campesina en Francia y en Alemania* (Mayer, 901).

1895. Escribe la Introducción a una nueva edición del texto de Marx, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, donde dice que en esta obra se aplica la concepción materialista de la historia a un período tan crítico como típico de la historia francesa. Comienza a preparar la edición de las Obras Completas de Marx y también de las suyas propias (Mayer, 902).

Referencias bibliográficas de los datos incluidos en este Apéndice

- Rub., I = Maximilien Rubel, *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual*, Buenos Aires, Paidós, 1970.
- Rub., II = Maximilien Rubel, *Crónica de Marx. Datos sobre su vida y su obra*,

Barcelona, Anagrama, 1972.

- Riaz = David Riazanov, *Marx y Engels*, México, Ediciones de Cultura Popular, sin fecha de edición.
- Cómo est... = M. Glasser, *Cómo estudiaban Marx, Engels y sus discípulos*, La Plata, Calomino, 1945.
- Mayer = Gustav Mayer, *Friedrich Engels: Una Biografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Kapp = Ivonne Kapp, *Eleanor Marx. La vida familiar de Carlos Marx*, México, Nuestro Tiempo, 1979.
- Esc. de J. = Friedrich Engels, *Escritos de Juventud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Cartas citadas

- 1. Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondencia*, (2 volúmenes), Bogotá, Editor Rojo, 1973.
- 2. Karl Marx, Friedrich Engels y Nikolai Danielson, *Correspondencia con N. Danielson (1868-1895)*, México, Siglo XXI, 1981.
- 3. Karl Marx, *Cartas a Kugelmann*, Barcelona, Península, 1974.

NUESTROS CLÁSICOS

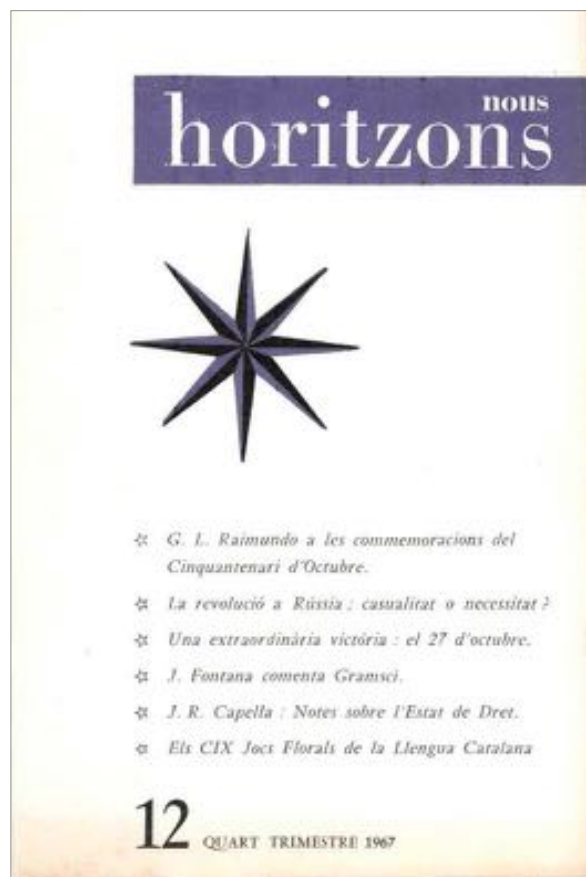
La aportación gramsciana de Fontana en *Nous Horitzons*

José Luis Martín Ramos

Universitat Autònoma de Barcelona

A finales de la década de los cincuenta el Partit Socialista Unificat de Catalunya, aún padeciendo las recurrentes caídas policiales que seguían golpeándolo (en 1957, 1959, 1962...), había consolidado una organización permanente en el interior que presentaba una importante novedad: por primera vez el partido de los comunistas catalanes estaba presente en el mundo universitario y en el intelectual, en los que hasta la transición fue la fuerza más dinámica y la que mayores iniciativas aportó a la lucha contra la dictadura. Resultado de esa presencia y de la voluntad de hacer de ella la palanca de un cambio histórico en la orientación de la intelectualidad catalana, no sólo en favor de la movilización por la democracia sino en el de su giro de referente hacia el de los intereses de las clases populares, fue la publicación, a ciclostil, de unos *Quaderns de Cultura Catalana*, en 1959, bajo la dirección de Jordi Solé Tura y Manuel Sacristán, a la que Fontana contribuyó proporcionando la imprescindible logística para su impresión^[1]. La experiencia fue breve, de mane-

1.- Gaiimi Pala, *Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares, 2016. Aunque frecuentemente se atribuye a Fontana la dirección de los *Quaderns*, Pala no lo confirma; en las condiciones de clandestinidad en que se publicaron lo más probable es que no tuviera un «director» sino un responsable político



Portada de *Nous Horitzons*, 12 (1967).

ra que a finales de 1960 dejó de publicarse —aunque habría un número póstumo,

y que Fontana fuera el responsable organizativo, de su confección material. Este excelente libro incluye una historia de *Nous Horitzons* que es hoy por hoy la referencia obligada sobre la revista.

y extraordinario, dedicado a las huelgas de 1962— pero constituyó un precedente de lo que sería poco tiempo después la revista *Horitzons/Nous Horitzons*; editada legalmente en México por primera vez en 1960, aunque elaborada hasta 1966 por un consejo de redacción en París, directamente supervisado por el Comité Ejecutivo del PSUC y bajo la responsabilidad inicial de Francesc Vicens. Y no solo precedente de ese hecho material, sino también como ha señalado Giaime Pala la primera señal pública, en 1959, antes de lo que se acostumbra a decir, de la recepción de Gramsci en Cataluña, del que se invoca, sin nombrarlo, «el debido carácter nacional popular», que ese grupo de intelectuales se proponía dar a la cultura catalana^[2]. Parece claro que a finales de los cincuenta Fontana, Sacristán y Solé Tura conocían cuando menos algo de la obra del comunista italiano, del que fueron sus introductores en el PSUC y en la cultura catalana.

Horitzons, que publicado en México se ve obligado a cambiar su cabecera por *Nous Horitzons* cuando se le concede el registro definitivo, en el primer trimestre de 1962, cuenta desde el comienzo con la colaboración de Josep Fontana, aunque con el seudónimo de Ferran Costa, en ocasiones F.C., y es probable que también con algún escrito anónimo. El largo obituario de Vicens Vives, muerto en junio de 1960, incorporado en el primer número de la revista, tiene todos los visos de ser una colaboración del interior y de especialistas, si no solo de Josep Fontana sí con su probable participación; es un obituario que elogia el magisterio docente de Vicens Vives en la universidad, la renovación en el estilo de trabajo del historiador, su inquietud intelectual, y aún cuando se critican sus «fluctuaciones me-

todológicas» —difícilmente podía dejar de hacerse ese reproche— se le reconoce como «*l'intent més seriós i reixit que s'ha fet fins ara per al coneixement de la nostra realitat històrica*»; una mención a Jordi Nadal refuerza la probabilidad de que el texto sea de los historiadores del partido de Barcelona.

En el siguiente número, del primer trimestre de 1961, aparece ya un artículo original firmado por Ferran Costa, «*Per a una historia de l'explotació dels treballadors agrícoles*»^[3], una breve exposición, sobre consulta de archivo, de las condiciones de vida de dos campesinos catalanes, del siglo XVII y XVIII respectivamente, que encabezaba con un poema del comunista búlgaro Nikola Vaptsarov, cuya obra había sido publicada en inglés en 1954 y que Fontana debió conocer durante su estancia en Liverpool, que empezaba con esta estrofa: «*Història ensanomenaràs/ als teus vells pergamins?/Treballavem en fabriques i oficines,/ els nostres noms no zona vengaire*» y acababa reclamando a la historia, al historiador, ni recompensas ni «retratos», «sinò que contis la nostra historia simplement/a aquells que no veurem/i diguis a aquells que ens reemplaçaran/que lluitarem amb coratge». Vaptsarov murió asesinado por los alemanes en 1942. La selección del poema era la manifestación de la posición combativa que Fontana propugnaba para la historia y para los historiadores. Un año más tarde, en el número de *Nous Horitzons* del tercer y cuarto trimestre de 1962 Ferran Costa publicó un segundo artículo, «*La pugna entorn dels delmes a les Corts Catalanes del segle XVI*» que empezaba empuñando la espada, esta vez contra los historiadores catalanes del Siglo XIX que sólo habían visto los

2.— La cita de la fórmula de Gramsci, aunque no se menciona su nombre, recogida por Pala, *Cultura, clandestina...* p. 44.

3.— Toda la serie de *Horitzons* y de *Nous Horitzons*, hasta 1974 y de *Nous Horitzons* hasta 1993, pueden consultarse respectivamente en red en *Biblioteca Virtual de Premsa Històrica* y en la Web Arca. *Arxiu de revistes catalanes antigues*.

enfrentamientos entre las Cortes y el Rey, considerados como defensa de «las leyes de la tierra», que habían presentado una sociedad catalana «monolítica sense els conflictes interns de classe que la divideixen»; una visión «*parcial i falsa*» que, lo que era peor todavía, estaba siendo repetida por la historia posterior, empezando por Soldevila, Carrera Pujal y Joan Reglà. Fontana se proponía un objetivo de largo alcance, rehacer la historia de las Cortes sobre nuevas bases, las del conflicto de clase, con un primer paso solo aparentemente modesto: la historia de cómo la aristocracia —nobles y señores eclesiásticos— habían manipulado las Cortes hasta conseguir que éstas adoptaran una resolución fraudulenta que agravaba las condiciones del pago de diezmos y primicias, a pesar de las protestas del brazo real (villas y ciudades). Fontana acababa con dos conclusiones contundentes: ante la presión feudal el «*règim parlamentari*» —lo entrecomillaba él mismo— había sido inoperante, de manera que la legalidad, que exigía el consentimiento de los tres brazos de las Cortes para la aprobación de una acta en firme, había sido violada en beneficio de los intereses de clase feudales; y señalaba —con alguna precipitación— que si entonces la burguesía no había sido suficientemente fuerte para imponerse en la denuncia de esa ilegalidad, «*aliada amb la pagesia i amb les classes populars, era ja en oberta lluita contra el clergat i l'aristocràcia*». El artículo fue toda una guía de cómo abordar la historia de Cataluña en los siglos XVI-XVIII, que pondría en cuestión hoy no pocos trabajos del modernismo catalán que vuelven por aquella senda de Carrera Pujal y Soldevila, criticada por el autor.

Fontana no prosiguió en la línea de esos primeros estudios publicados en *Nous Horitzons* —manifiestos inequívocos de su orientación como historiador— y, luego de haber defendido su tesis de licenciatura so-

bre la historia de la Bolsa de Barcelona en el siglo XIX, reorientó su investigación hacia la crisis del Antiguo Régimen y la revolución liberal. Tampoco volvió a publicar en la revista cultural y política del PSUC ningún artículo con tema propio hasta el que motiva esta introducción a su texto sobre «Gramsci i la ciencia històrica». De hecho, no publicó nada hasta que entre 1966 y 1967 participó, junto con Manuel Sacristán y Francesc Vallverdú, en la primera experiencia de un consejo de redacción del interior de *Nous Horitzons* —que no excluía intervenciones, algunas extemporáneas, de la dirección del PSUC en París— al que se incorporaron también Josep Termes, Joan Ramon Capella, Giulia Adinolfi, Josep Ferrer y Xavier Folch^[4]. Con ello reanudó también su participación escrita en la revista, siempre con el seudónimo de Ferran Costa, aunque mediante reseñas de libros de historia de la guerra civil, en las que se hizo eco de la reacción del régimen franquista a la publicación de los libros de Hugh Thomas y Soutworth con una nueva oleada de publicística histórica partidaria (nº 9, tercer trimestre de 1967), del libro de Gabriel Jackson (nº 10, segundo trimestre de 1967), de las publicaciones de Bolloten —cuya edición prologada por Fraga Iribarne ya comentó en el número 9 de la revista— y Trevor-Roper (nº 14, segundo trimestre de 1968); así como dos comentarios: sobre las memorias de Gil Robles (nº 14, «*les memòries d'un home de poca memòria*»); y la participación de Cambó en apoyo de los sublevados, que Jesús Pabón obviaba en el volumen de

4.- Ibidem. También en Carme Cebrián, Marià Hispano (Coords.), *Nous Horitzons. L'Optimisme de la voluntat. Revista teòrica i cultural del PSUC*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, en el testimonio de Francesc Vallverdú. Es un libro de recuerdos de diversos cuadros del PSUC sobre la revista, con un catálogo final de sus colaboradores y títulos de las colaboraciones. En el caso de Fontana, no obstante, se han olvidado el artículo sobre el pleito de los diezmos.

la biografía del político catalanista publicada recientemente (nº 18, tercer trimestre de 1969; Fontana incluía como ejemplo una carta de Cambo manifestando y solicitando ayuda al ejército y al gobierno de Burgos), que fue su última colaboración escrita en la revista. El texto que mayor trascendencia tuvo, no por voluntad suya, fue su reseña del libro de Jackson, elogiosa en términos generales sobre todo comparándola con lo que se había publicado sobre la guerra civil —le reconoció una «imparcialitat excepcional»—, replicado por una desabrida crítica de Teresa Pàmies en el número siguiente de la revista —el 11— reprochando, peregrinamente, a Fontana que «potser no ha llegit tot» y citando como muestras de lo que debía haber leído el libro de la Historia del PCE, dirigido por Dolores Ibarruri, y las memorias de Hidalgo de Cisneros. La bronca de Teresa Pàmies coincidió con la crisis entre el sector de intelectuales del PSUC y la dirección del partido⁵ y no cuesta considerar que no debió facilitar la continuidad de la presencia de Fontana en la revista, a la que ya solo aportó las tres notas citadas de 1968 y 1969; por lo demás, la crisis no alteró su compromiso militante con el partido, que mantuvo hasta los ochenta.

Aquel mismo número 11, del tercer trimestre de 1967, incluía un dossier sobre Gramsci, conmemorativo del treinta aniversario de su muerte, compuesto por siete notas de diversos intelectuales —Josep Maríà Castellet, Alexandre Cirici-Pellicer, Joan Fuster, Ernest Lluch, Joaquim Molas, Ricard Salvat y Francesc Vallverdú— y dos artículos: de Manuel Sacristán, «La interpretació de Marx per Gramsci» y el de Josep Fontana. No obstante, el de este último se anunció que se publicaría en el siguiente, como así fue. Desconozco la razón y, como era de esperar, no se dio ninguna en *Nous Horit-*

zons; aunque el incidente suscitado por la réplica de Teresa Pàmies, miembro del Comité Ejecutivo del PSUC y compañera de su secretario general, pudo haber intervenido de alguna manera en el aplazamiento de un texto de seis páginas —el de Sacristán había sumado diez— cuya inclusión habría llevado el número de páginas de la revista a 74, un cifra inferior a la de algunos ejemplares hasta entonces publicados (los dos anteriores habían sumado 84, la misma cifra que volvió a sumar el posterior, en el que sí se incluyó el texto de Fontana). Sea como fuere, el dossier, como tal, quedó en su momento cojo, aunque no se perdiera finalmente ninguna aportación. Las notas de los intelectuales consultados fueron desiguales, con alguna muestra del conocimiento aún inexacto que se tenía de Gramsci, como la manifestación inicial de Ernest Lluch sobre que su obra solo consideraba temas económicos de manera desigual. Una de ellas, la del valenciano Joan Fuster— cuya inclusión no debió agradar a la dirección de París —abundaba en el tópico de que hasta la publicación de la versión catalana de *Literatura y vida nacional* (Einaudi, 1952) con el título de *Cultura i literatura* (Edicions 62) en abril de 1966, traducida y prologada por Jordi Solé Tura, la obra de Gramsci «era ben poc coneguda entre nosaltres»; tópico que, de alguna manera, reafirmaba el propio Solé Tura en el prólogo a *El Princep modern*, que también tradujo él mismo y fue publicado asimismo por Edicions 62 en septiembre de 1968, sosteniendo que, si bien Gramsci era conocido e incluso asimilado por algunos núcleos intelectuales, «ni aquesta assimilació és massa profunda, ni aquest nucli son nombrosos i sòlids»⁶. Vayamos por partes. Ya se ha señalado que algo debía ser conocido a finales de los cincuenta, pero además

5.- Gaiame Pala, *Cultura clandestina...*

6.- J. Solé Tura, *Actualitat de Gramsci*, Barcelona, Edicions 62, 1968, pp. 5-6

en julio de 1965, antes de *Cultura i literatura* Francesc Vallverdú —como lo recordaba él mismo en el dossier— había escrito en la revista *Serra d'Or*, unas «Notes sobre cultura popular» en la que se hacía eco de Gramsci. En realidad, en Barcelona ya se conocía y se leía, al menos entre la militancia universitaria del PSUC, *Literatura y vida nacional*, traducida al castellano por José Aricó y publicada por Lautaro en 1961, que podía comprarse en el altílo «clandestino» de la Librería de Gras (yo mismo lo hice, en 1966). Y en cuanto a la afirmación de que los núcleos no eran ni numerosos ni sólidos y la asimilación era solo superficial parece formar parte de la confrontación de la época entre Solé Tura, en proceso de construcción de Bandera Roja, y el PSUC, al que menospreciaba de hecho. En realidad, la publicación misma del dossier sobre Gramsci en el verano de 1967 era una muestra de la influencia que Gramsci estaba empezando a tener en la militancia intelectual y universitaria del partido y entre sus cuadros dirigentes. Un detalle más, no solo influencia de Gramsci, sino los primeros ecos del comunismo italiano, cuya polémica entre Ingrao y Labriola, en 1966, tras la muerte de Togliatti, formó parte del argumentario del proceso de radicalización del comité de estudiantes del PSUC; que se asimilara o no profundamente no dejaba de ser un juicio de valor de Solé Tura, que después tuvo que oír —también injustamente— que era él quien reducía Gramsci a sus consideraciones tácticas, como lo de la correlación de fuerzas o la distinción entre guerra de movimientos o guerra de trincheras.

El artículo de Fontana —el único que firmó con su propio nombre, dado el carácter público que tenía el dossier— es un texto condensado, con abundantes citas de Gramsci, algunas extensas, que confirma su capacidad para expresarse con claridad —si se quiere su voluntad de escribir para

el lector— y su conocimiento de la obra de Gramsci, en los términos en los que en la época era posible. Ya, de entrada, la cita de la carta a Delio es una muestra de ese conocimiento y del toque emotivo frecuente en Fontana. En las seis páginas que ocupan se citan siete publicaciones de Gramsci, al hilo de lo que Fontana quiere presentar como su principal aportación a la concepción de la historia y al oficio de historiar; seis de ellas son italianas y, significativamente, la edición de *Notas sobre Maquiavelo* es la versión castellana publicada por Lautaro en 1962 —quién sabe si también obtenida en el chiringuito de Gras—, muestra de que cita los libros que maneja. Es un texto que mantiene su vigencia sin que el desarrollo de los estudios gramscianos lo haya avejentado. Para empezar, le toma la palabra al propio Gramsci, cuando propone cómo aproximarse a Marx, postulando que hay que hacerlo de la misma manera, considerándolo en su conjunto, teniendo en cuenta «el ritmo del pensamiento en desarrollo», algo que podemos leer también como una de las máximas en los estudios «gramscianos» recientes de Cospito (*Il ritmo del pensiero. Per una lettura diacronica dei «Quaderni di carcere» di Gramsci*, 2011) o de D'Orsi (*Gramsci. Una nuova biografia*, 2017). Una lectura de Gramsci que no puede reducirse a la consulta de una antología —Fontana sugiere más bien su desconfianza hacia el género— que ha de considerar el conjunto de una obra, que además de compleja está inacabada; a lo que, añadido yo, ha de tener en cuenta también su trayectoria militante, porque el pensamiento de Gramsci está también y de qué manera en su acción política revolucionaria y es por ello irreductible a un giro socioliberal o a la manipulación que últimamente han llegado a pretender elementos de la extrema derecha con su pretensión de adueñarse del término «hegemonía».

Había de ser un texto breve y Fontana pone un foco en el rechazo de Gramsci al economicismo, al esquematismo, al absurdo de querer elaborar la realidad según la teoría y no al revés, a la deformación vulgar del materialismo histórico como un recetario cientifista, con momentos de impacto por parte de Fontana como cuando apela «al sentit del matís i el detall» en Gramsci; y el otro en algunos de los principios propositivos de Gramsci, que podían en aquel momento tener mayor trascendencia para la acción historiográfica y política de sus lectores —los de Fontana—: la consideración de la estructura y la superestructura como una unidad, un «bloque histórico», la formación de las voluntades/conciencias

colectivas y los mecanismos a través de ella de dominio de clase, y la apelación no a la imposible adivinación del futuro sino a su «previsión» por el esfuerzo en la manera práctica de crear esa voluntad colectiva, es decir el rechazo del fatalismo y la consideración de la necesidad y el sentido de la lucha. Por eso Fontana acaba con una de las imágenes literarias excelentes de Gramsci: «el historiador es un político, y en este sentido la historia es siempre historia contemporánea, es decir, política». La única objeción a hacer a este breve artículo es que no se publicara incluido en el dossier colectivo, completando el objetivo de éste; pero eso es harina de un costal que más que probablemente ya no sabremos cómo se metió en él.

Gramsci y la ciencia histórica*

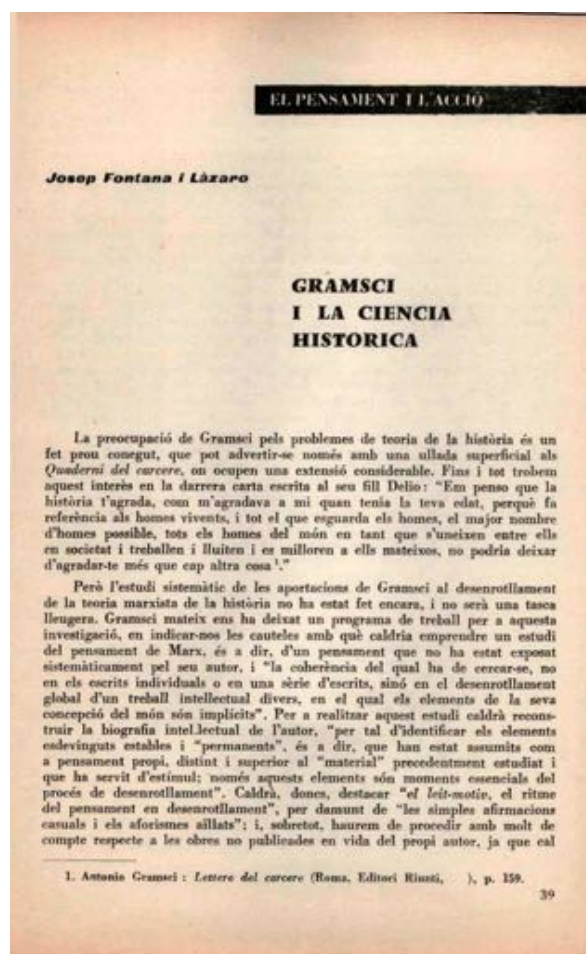
Josep Fontana i Lázaro
(1931-2018)

La preocupación de Gramsci por los problemas de teoría de la historia es un hecho bastante conocido, que puede advertirse con sólo una ojeada superficial a sus *Quaderni del carcere*, donde ocupan una extensión considerable. Incluso encontramos este interés en la última carta escrita a su hijo Delio: «Me parece que la historia te gusta, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque concierne a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte por encima de cualquier otra cosa»^[1].

Pero el estudio sistemático de las aportaciones de Gramsci al desarrollo de la teoría marxista de la historia no ha sido aún hecha, y no será una tarea ligera. El mismo Gramsci nos ha dejado un programa de trabajo para esta investigación, al indicarnos las cautelas con las que convendría emprender un estudio del pensamiento de Marx, es decir, de un pensamiento que no ha sido expuesto sistemáticamente por su autor, y «cuya coherencia ha de centrarse, no en los escritos individuales o en una serie de escritos, sino

*Publicado originariamente como «Gramsci i la ciencia històrica», *Nous Horitzons*, n. 12, 1967, pp. 39-44. Traducido del catalán por Cristian Ferrer González.

1.- Antonio Gramsci, *Lettere del carcere*, Roma, Riuniti, s.a., p. 159. [ed. cast., *Cartas desde la cárcel*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010].



en el desarrollo global de un trabajo intelectual diverso, en el que los elementos de su concepción del mundo son implícitos». Para realizar este estudio será necesario reconstruir la biografía intelectual del autor, «para identificar los elementos que devienen estables y ‘permanentes’, es decir, que han sido asumidos como pensamiento propio, distin-

to y superior al 'material' precedentemente estudiado y que ha servido de estímulo; sólo estos elementos son momentos esenciales del proceso de desarrollo». Será menester, pues, satisfacer «*el leit-motiv*, el ritmo del pensamiento en desarrollo», por encima de «las simples afirmaciones casuales y los aforismos aislados»; y, sobre todo, deberemos proceder con sumo cuidado respeto a las obras no publicadas en vida del propio autor, ya que debemos considerarlas como material aún en elaboración, aún provisional, parte del cual podría haber sido refutado en última instancia^[2].

El punto de partido de las reflexiones de Gramsci sobre la teoría marxista de la historia es la lucha contra la esquematización del materialismo histórico iniciada por Plejánov y completada por Bujarin^[3], y contra la tendencia de convertir los principios metodológicos expuestos por Marx y por Engels en meras fórmulas verbales, casi litúrgicas, que no se utilizan como instrumental analítico para llegar a una explicación, sino que son simplemente enunciadas, como si fueran una explicación. Pocas cuestiones habrán motivado más líneas en los *Quaderni* que el rechazo del *economicismo histórico*, del mecanicismo vulgar que busca una explicación inmediata de todos los hechos políticos e ideológicos en unas causas económicas. Gramsci señala la necesidad de distinguir entre aquellas modificaciones económicas que atañen profundamente a la propia estructura, que son «relativamente permanentes» (es decir, que operan a largo plazo) y afectan a los intereses de clases sociales enteras, de lo que son simples variaciones ocasionales (co-

yunturales), que no modifican la estructura en forma decisiva y no afectan más que a los intereses de un pequeño grupo humano. El determinismo postulado por el materialismo histórico es el que hace referencia a las variaciones «orgánicas» que afectan profundamente la estructura y tienen consecuencias importantes para la lucha de clases, y no el de las razones económicas inmediatas y coyunturales de la lucha de grupos, que caen dentro del terreno de la historia política tradicional^[4]. Solamente para las primeras puede tener sentido la afirmación de Marx según la cual los hombres toman consciencia en el terreno de las ideologías de los conflictos que se manifiestan en la estructura económica.

Pero la mera negación de un determinismo económico a corto plazo no pasaría de ser una fórmula más, de contenido distinto a aquellas que se va a combatir, si no se tradujera en un intento de estudiar efectivamente los nexos que unen estructura y superestructura, su funcionamiento y su articulación. Para Gramsci la estructura no es un mero concepto especulativo, sino una entidad concreta y real que puede ser analizada con los métodos de las ciencias naturales; pero su estudio no puede hacerse separadamente del de las superestructuras, sino conjuntamente: «La estructura y las superestructuras forman un *bloque histórico*, esto es: el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción»^[5]. El análisis de esta relación debe hacerse teniendo en cuenta las dos afirmaciones de Marx en el prefacio de la *Crítica de la economía política*^[6]: 1) la humanidad no

2.- Antonio Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Turín, Einaudi, 1955, pp. 76-79. [ed. cast., *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971].

3.- Por otro lado esta actitud representa una continuación de lo que había sostenido ya respecto al economicismo de la II Internacional.

4.- Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Buenos Aires, Lautaro, 1962, pp. 57-59.

5.- A. Gramsci, *Il materialismo storico*, p. 39.

6.- Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. (Borrador)*, 1857-1858, 3 vols., Madrid, Siglos XXI, 2009. [N. del T.]

se plantea más que aquellas tareas para cuya resolución existen ya, o están apareciendo, las condiciones materiales necesarias; 2) una formación social no muere hasta que no haya desarrollado las fuerzas productivas en la medida que este desarrollo es posible dentro de su marco, y hasta que no hayan tomado su lugar nuevas y más elevadas relaciones de producción. «Solamente en este terreno puede ser eliminado todo mecanicismo y todo rastro de *milagro supersticioso*, puede plantearse el problema de la formación de los grupos políticos activos y, en última instancia, incluso el problema de la función de las grandes personalidades en la historia»^[7].

Este planteamiento es reemprendido y profundizado en otra ocasión. «Analizar la proposición ‘la sociedad no se plantea problemas para cuya solución no existen ya las premisas materiales’. De ella depende, en forma inmediata, el problema de la formación de una voluntad colectiva. Analizar de forma crítica el significado de esta proposición; es necesario precisamente investigar cómo se forman las voluntades colectivas permanentes, y cómo estas voluntades se proponen fines concretos inmediatos y mediados, es decir, una línea de acción colectiva [...]. Se podría estudiar en concreto la formación de un movimiento histórico colectivo, analizarlo en todas sus fases moleculares, cosa que no se hace habitualmente, porque eso haría muy pesado el análisis. Se toman, en cambio, las corrientes de opinión ya constituidos en torno a un grupo o una personalidad dominante. Es el problema que modernamente se expresa en términos de partidos o de coaliciones de partidos afines: cómo se inicia la constitución de un partido, cómo se desarrolla su fuerza organizada y su influencia social, etc. Se trata de un proceso molecular, minucioso, de análisis extremo, capilar, cuya documentación es constituida

por una cantidad interminable de libros, de folletines, de artículos de revista y de diario, de conversaciones y de debates orales que se repiten infinidad de veces y que en su enorme conjunto representan este lento trabajo del cual nace una voluntad colectiva con un cierto grado de homogeneidad, con el grado necesario y suficiente para determinar una acción coordinada y simultánea en el tiempo y en el espacio geográfico donde se verifica el hecho histórico»^[8].

Como puede verse, estamos bien lejos de los planteamientos lineales que se limitan a un análisis esquemático de unos hechos globales, y que hablan de las clases sociales como de conjuntos que se suponen homogéneos por definición y a los cuales se atribuyen unas ideologías coherentes, adquiridas no se sabe de qué misteriosa y mágica manera. Gramsci es perfectamente consciente (casi diríamos, angustiosamente consciente) de los matices. Sabe que la evolución de una sociedad no es global ni simultánea. «La vida no se desarrolla homogéneamente; se desarrolla por avances parciales, de punta; se desarrolla, por decirlo así, en forma *piramidal*»^[9]. Si el conjunto de las relaciones sociales es contradictorio, lo será también la conciencia de los hombres, y esta contradicción «se manifiesta en la totalidad del cuerpo social, con la existencia de conciencias históricas de grupo (con la existencia de estratificaciones correspondientes a diversas fases del desarrollo histórico de la civilización y con antítesis entre los grupos que corresponden a un mismo nivel histórico), y se manifiesta en los individuos aislados como reflejo de esta disgregación *vertical y horizontal*»^[10]. De aquí, por ejemplo, que se plantee el problema de la formación de una conciencia en

8.- A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, p. 111.

9.- Antonio Gramsci, *Passato e presente*, Turín, Einaudi, 1954, p. 175. [ed. cast., *Pasado y presente*, Madrid, Gedisa, 1977].

10.- *Ibid.*, p. 201.

7.- A. Gramsci, *Il materialismo storico*, pp. 129-130.

las clases subalternas o la peculiaridad de los intelectuales, cuyas relaciones con el mundo de la producción «no son inmediatas, como ocurre para los grupos sociales fundamentales, sino *mediadas*, en diverso grado, a través de todo el tejido social, del complejo de las superestructuras»^[11].

El sentido del matiz y del detalle, la voluntad de investigar, cómo se van produciendo molecularmente unas transformaciones que, si tratábamos de explicarlas cuando afloran a la superficie (cuando «estallan» en acontecimientos de amplio alcance) resultarían difícilmente inteligibles, son llevados por Gramsci al extremo. El investigador es advertido de la necesidad de buscar la comprensión de la realidad precisamente en el matiz y no en la esquematización de unas líneas generales. «La realidad es rica en las combinaciones más extrañas, y es el teórico quien debe reencontrar la prueba decisiva de su teoría en esta misma extrañeza, *traducir* en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, viceversa, la realidad la que ha de presentarse según el esquema abstracto»^[12].

Pero al examinar las aportaciones que Gramsci hace en la profundización de la teoría marxista de la historia, conviene no caer en el error de considerarlas como un sistema completo y estructurado. En un estudio global sería necesario comenzar por el examen de las transformaciones de la estructura, que constituye el terreno de trabajo de la historia económica. Deberíamos pasar luego al examen de la forma en que estos cambios en la estructura de la producción (y, en segundo lugar, las incidencias coyunturales) afectan a las diversas clases que componen una sociedad determinada (estudio que ha sido

modélico hecho por Labrousse respecto al siglo XVIII francés)^[13]. Gramsci no se ocupa apenas de estas fases de investigación, sino que parte de la suposición de que ya nos son conocidas, para examinar con profundidad una tercera etapa: la que nos muestra cómo unas relaciones de producción ya analizadas llevan a la configuración de unas ideologías y de unos programas políticos.

Gramsci empieza por examinar los mecanismos por los cuales una clase ejerce un dominio sobre el conjunto del Estado y de la sociedad y se asegura el *consensus* de las otras. Un *consensus* que no es explicable por el mero hecho de disponer de las fuerzas de coerción, sino que se basa en gran medida en haber conseguido convertir lo que es una ideología de grupo (articulada sobre las propias necesidades de crecimiento) en un conjunto de verdades supuestas naturales y universalmente válidas; y esto no por un engaño, sino por el hecho que, al menos inicialmente, corresponde a las necesidades objetivas de desarrollo de la economía y de la sociedad en que son formuladas. Pero, así que el paso del tiempo y el progreso de las fuerzas productivas van dejando retrasados los principios en que se basa esta sociedad (y las relaciones de producción vigentes en ella), la hegemonía se agrieta, las clases hasta entonces subalternas toman conciencia de sus intereses particulares y de las contradicciones que los enfrentan a los grupos sociales que dominan los resortes del estado; se dan cuenta que los principios y las relaciones que hasta ahora han pasado por universalmente válidos comienzan a dejar de parecerlos, y formulan gradualmente unos nuevos principios que han de permitir avanzar hacia una nueva etapa de crecimiento, con una nueva situación de hegemonía y unas nuevas relaciones de producción.

11.- Antonio Gramsci, *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Turín, Einaudi, 1955, p. 9. [ed. cast., *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2012].

12.- Antonio Gramsci, *Passado e presente*, p. 59.

13.- Se refiere al libro de Ernest Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1962. [N. del T.]

Gramsci ha hecho en diversas ocasiones la exposición de este proceso. Una de las más interesantes la constituyen sus «Apuntes sobre la historia de las clases subalternas»;^[14] otra formulación, más amplia y precisa, se encuentra en el curso de la explicación de las distintas fases de una «relación de fuerzas», en hablarnos de los «momentos» de la formación de una conciencia política colectiva:

«Lo primero y más elemental es lo económico-corporativo: un comerciante siente que *debe* ser solidario con otro comerciante, un fabricante con otro fabricante, etc., pero el comerciante no se considera todavía solidario con el fabricante; es decir, se siente la unidad hegemónica del grupo profesional y el deber de organizarla, pero no se siente todavía la unidad con el grupo social más amplio. Un segundo momento es aquel en que se consigue la conciencia de la solidaridad de intereses entre todos los miembros del grupo social, pero todavía dentro del campo meramente económico. Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de ganar una igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, reivindicando el derecho a participar en la legislación y en la administración, e incluso a modificarla y reformarla, pero dentro de los cuadros fundamentales existentes. Un tercer momento es aquel en que se consigue la conciencia que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación, de un grupo puramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, la que señala nítidamente el paso de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas; es la fase en que las ideologías ya existentes se transforman en

partido, se conforman y entran en lucha hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a imponerse y a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones entorno de las cuales la lucha es candente, no solamente en un plano corporativo, sino en un plano universal, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado es entendido como un organismo propio de un grupo destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías nacionales. El grupo dominante está coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es entendida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (dentro del ámbito de la ley) entre los intereses de los grupos fundamentales y el de los grupos subordinados, equilibrios donde los intereses del grupo dominante se imponen hasta un cierto punto, es decir, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo».

«En la historia real estos momentos se influyen recíprocamente, en forma horizontal y vertical, es decir: según las actividades económicas sociales (horizontales) y según los territorios (verticales), combinándose y escindiéndose de diversas maneras; cada una de estas combinaciones puede ser representada por la propia expresión organizada, económica y política. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que estas relaciones internas de un estado-nación se conforman con las relaciones internacionales, la cual crea nuevas combinaciones originales e históricamente concretas. Una ideología nacida

14.- Antonio Gramsci, *Il Risorgimento*, Turín, Einaudi, 1955, pp. 191-193. [ed. cast., *El Risorgimento*, Buenos Aires, Granica, 1974].

en un país muy desarrollado se difunde en países menos desarrollados, incidiendo en el juego local de las combinaciones»^[15].

El alcance y extensión de un artículo como este no permite proseguir esta profundización del estudio de los nexos que ligán la estructura y las superestructuras (en sus dos planos que corresponden al Estado y la sociedad civil), la economía y la formación de las ideologías (es decir, el terreno en el que se formula la lucha de clases). Pero resulta evidente que los historiadores pueden sacar lecciones metodológicas muy útiles, y estímulos para ulteriores enriquecimientos del método, en un estudio en profundidad del pensamiento de Gramsci en torno a la teoría de la historia. Con todo, este estudio no puede de ninguna manera reducirse a una mera antología de textos, sino que ha de explicarse coherentemente el nacimiento y el desarrollo de unas formas de pensar, relacionándolas con las influencias que han estimulado su formación (Croce, Sorel, etc.) y verificándolas constantemente sobre los análisis concretos de situaciones reales efectuadas por Gramsci^[16]. La tarea puede que no sea sencilla, pero valdrá la pena hacerla, pues resultará de una extraordinaria utilidad para arrinconar definitivamente unas formulaciones primarias y litúrgicas del materialismo histórico, que invocan a Marx pero no se sirven adecuadamente de él.

No quisiéramos acabar estas líneas sin al menos mencionar de pasada un aspecto concreto de las consecuencias que comporta este rechazo del mecanicismo económico.

Para Gramsci, el hecho de que consideremos la historia como una ciencia no implica que sea necesario admitir la posibilidad de una previsión exacta del futuro. «Se puede prevenir científicamente la lucha, pero no sus momentos concretos, que sólo pueden ser el resultado de fuerzas contrarias, en movimiento continuo, que son irreducibles a cantidades fijas, porque en ellas la cantidad se convierte continuamente en cualidad. Realmente se ‘prevé’ en la medida que se actúa, que se aplica un esfuerzo voluntario y se contribuye concretamente, por eso mismo, a crear el resultado ‘previsto’. La previsión se manifiesta, por lo tanto, no como un acto científico de conocimiento, sino como la expresión abstracta del esfuerzo que se hace, la manera práctica de crear una voluntad colectiva^[17]. Si la previsión exacta, y el determinismo a corto o medio plazo, son injustificados, lo será también el fatalismo que lleva a inhibirse de la lucha, con el pretexto que su resultado final es inmutable y seguro. Doble lección, pues, en el terreno de la política y en el de la ciencia histórica, en el de la teoría y en el de la práctica. «Sólo la identificación de historia y política trae a la historia este carácter [meramente erudito y libresco]. Si el político es un historiador (no solamente en el sentido de que hace historia, sino en el sentido de que actuando en el presente interpreta el pasado), el historiador es un político, y en este sentido [...] la historia es siempre historia contemporánea, es decir, política»^[18].

15.- Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, pp. 71-72, y en general todo el análisis de las pp. 67-75.

16.- Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en el análisis que Gramsci hace del origen de las ideas que el proletariado industrial del norte de Italia tienen respeto a los campesinos del sur, en *La questione meridionale*, Roma, Editori riuniti, 1966, pp. 135-136. [ed. cast., *La cuestión meridional*, Madrid, Dédalo, 1978].

17.- A. Gramsci, *Il materialismo storico*, p. 135.

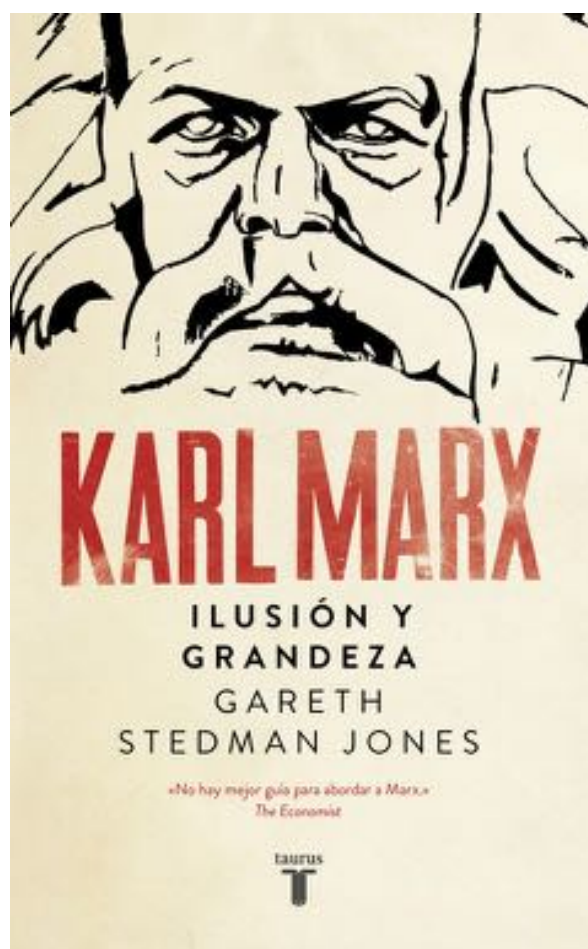
18.- *Ibid.*, pp. 217-218.

Karl, desactivado: El Marx de Gareth Stedman Jones*

Francisco Erice
Universidad de Oviedo

Hace unos años, Moishe Postone proponía revitalizar la crítica marxista presentándonos, en una peculiar lectura, a un Marx «recargado» (*reloaded*)^[1]. La recientemente traducida biografía de Marx escrita por G. S. Jones, por el contrario, se afana en ofrecernos la imagen de un Marx «desactivado». Esta metáfora, que alude a la carga explosiva atribuida al personaje, y que utilizaré reiteradamente, no es original; la misma cubierta exterior del libro en su edición española incluye párrafos —obviamente elogiosos— de la crítica de *The Times Literary Supplement* que nos muestran al autor como un virtuoso artificiero que va cortando sutilmente los hilos que unen al Marx real con la doctrina identificada como *marxismo*.

El libro lleva por subtítulo «ilusión y grandeza», aunque ha de reconocerse que habla más de ilusiones que de grandezas; de hecho, como ha señalado en su crítica Terence Renaud, su lectura es «una experiencia deflacionaria», en la medida en que pretende contrarrestar a quienes, a su juicio, «sobreinflaron el legado de Marx». Tal vez con esa finalidad o para distinguir el



Marx auténtico del «construido», en su relato Jones utiliza siempre el nombre de pila del biografiado y no el apellido^[2].

* Reseña del libro de Gareth Stedman Jones, *Karl Marx. Ilusión y grandeza*, Madrid, Taurus, 2018, 887 páginas. Edición original inglesa, en 2016.

1.– Moishe Postone, *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2007.

2.– Es muy interesante la mencionada crítica de Terence Renaud, «Inflatable Marx», <http://www.h-net.org/reviews/showpdf.php?id=50798>, que también circula en la red en traducción española.

La idea de desmitificar a Marx y situarlo en su tiempo no es ni nueva ni particularmente objetable, incluso para quienes seguimos considerándonos «razonablemente marxistas». Bien está ser amigo de Platón (o de Marx), pero ante todo serlo de la verdad, por retomar la frase atribuida a Aristóteles. Entre los biógrafos de nuestro personaje, Francis Wheen ha pretendido «echar a un lado la mitología e intentar mostrar a Karl Marx en tanto que persona», desvinculando el pensamiento de alguien «tan tremendamente tergiversado» de los proyectos políticos desarrollados en su nombre a lo largo del siglo XX. Más recientemente, Jonathan Sperber se proponía entender «en el contexto de su época» a un intelectual revolucionario que ya «no es nuestro contemporáneo»^[3].

La obra de demolición de S. G. Jones es, probablemente, más consciente y de mayor alcance. Él la define como la de un «restaurador» que elimina las adherencias acumuladas sobre un pensador al que se debe devolver al siglo XIX, tras la «invención» del marxismo a lo largo del siglo XX (pp. 13-22 y 675-682). Tarea ardua que despliega a lo largo de más de 800 densas páginas en las que se mezclan algunas interesantes interpretaciones y buenas contextualizaciones históricas con tópicos ya repetidos; desarrollos de su vida y pensamiento exasperadamente largos con elusiones y tratamientos superficiales de cuestiones no menos relevantes.

Sería demasiado prolijo ir repasando, capítulo por capítulo, el contenido del libro, lo cual tal vez podría hacer justicia en ma-

yor medida que lo que aquí se planteará a algunos méritos del exhaustivo trabajo de G. S. Jones. Sin embargo, voy a limitar mi comentario a cuatro momentos en los que la intención desmitificadora conduce, junto a intuiciones fértiles, a discutibles interpretaciones que nos hacen añorar algunas biografías anteriores.

Para el primero, debemos situarnos en la década de 1840, en los años de París y Bruselas. Lo que resulta llamativo es, en el tratamiento de ese periodo, la escasa atención que G. S. Jones dedica a los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844, o a textos como *La ideología alemana* o la *Miseria de la filosofía*. La razón parece sencilla: con la minusvaloración de los *Manuscritos* «desactiva» la conexión de Marx con algunos de los componentes más sugerentes de los marxismos del siglo XX, en particular las interpretaciones humanistas o las de quienes enfatizan, por ejemplo, el concepto de «alienación». Tras presentar *La ideología alemana* como un texto «artificialmente compendiado por Riazánov y sus asociados en la década de 1920» y pasar como sobre ascuas por otros trabajos de la época, puede concluir que también la teoría de la Historia de Marx es una «tradición conceptual inventada» en el siglo XX, que es cuando se la designa como «materialismo histórico» (pp. 230-234).

Un segundo momento, poco después, es el de la desafortunada o «zigzagueante» actividad y la errónea concepción en Karl de las revoluciones de 1848 y sus consecuencias. Según G. S. Jones, trabajos de Marx como *Las luchas de clases en Francia* o *El 18 Brumario* parten del error básico de buscar fundamentos económicos y sociales a las luchas políticas. Marx no entendió que «la noción de clase no es la expresión de una simple realidad socioeconómica, sino una forma de lenguaje discursivo que genera identidad». Marx (o, por mejor decirlo, Karl) no comprendió que los movimientos de las

3.- Francis Wheen, *Karl Marx*, Madrid, Debate, 2000. Jonathan Sperber, *Karl Marx. Una vida decimonónica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2013. Una reseña crítica de este último libro, en Francisco Erice, «El Karl Marx de Sperber o de cómo enterrar decorosamente el legado marxiano», en *Boletín de la Sección de Historia de la FIM*, nº 2, 2014, https://revistanuestrahistoria.files.wordpress.com/2017/01/boletin2_erice.pdf.

clases trabajadoras de la primera mitad del siglo XIX no eran el efecto económico de la transformación del capitalismo, sino el resultado de la demolición del Antiguo Régimen o de la movilización que acompaña a la construcción de los nuevos Estados y espacios políticos liberales. En definitiva, la miopía de «Marx y su partido» no les permitió percibir lo que los «nuevos historiadores» que han asimilado el «giro lingüístico» y se presentan como heraldos de la Historia post-social ven ahora con claridad, y no precisamente por estar sentados sobre los hombros de Marx, sino por haberlo bajado del pedestal: que el lenguaje de clase era producto de la política, y que las luchas entre la «clase trabajadora» y la «clase media» se derivaban de la exclusión política y no de la proletarianización o la «deshumanización». La noción de lucha de clases y la idea de conexión de lo político con lo social quedan también, de este modo sumario, plenamente desactivadas.

El tercer momento en el que podemos fijarnos es el de los años sesenta, y más específicamente la etapa 64-69, calificada por G. S. Jones, no sin sólidos argumentos, como «los años más provechosos y exitosos» de la vida de Marx; no en vano se corresponde con la edición del libro I de *El Capital* y la fundación y los primeros pasos de la Asociación Internacional de Trabajadores. Lo que le complace especialmente a Jones de estos años es que Marx, como su mayor contribución a la Internacional, formula un «nuevo léxico socialdemócrata», al definir los objetivos de la Asociación y diagnosticar la situación de los trabajadores. Mientras el siglo XX asoció ineludiblemente a Karl con el lenguaje «marxista» de la revolución, la realidad es que «lo que entonces despertaba su entusiasmo no era la perspectiva de un evento apocalíptico» (!), sino la percepción de un cambio gradual que ya se estaba produciendo, pues «el proceso de

transición del modo capitalista de producción a la sociedad de productores asociados ya había comenzado». Por eso Marx sintoniza dentro de la AIT —entre elogios de Jones— con los sindicalistas; y por la misma razón, si bien en otros momentos no pudo prever lo que los historiadores post-sociales ya saben bien en nuestros días, sí en cambio, en ese tiempo, fue capaz de anticiparse a Bernstein, al poner el foco «no en el acontecimiento, sino en el proceso conducente a él» (pp. 537-539). El Marx impenitentemente revolucionario queda, pues, de nuevo desactivado.

Es de lamentar que este gradualismo y espíritu sanamente socialdemócrata sufriera algunas quiebras y vacilaciones posteriores, cuando por ejemplo Karl trata de la Commune parisina y comete, entre otros, según Jones, el error de no condenar sus excesos violentos, lo que le hubiera cargado de razón para luego arremeter con más autoridad contra la represión del gobierno de Versalles sobre los *communards* (p. 585). No parece que el biógrafo comparta del todo —o al menos que valore positivamente— eso que Fernández Buey percibe en los últimos años de Marx: que su interés por nuevos movimientos revolucionarios (Irlanda, Rusia, etc.) lo hace «más radical»^[4]. El «Marx tardío» que Shanin describe brillantemente, con su cuestionamiento del progreso lineal y los esquemas rígidos no es, en todo caso, drásticamente distinto o antagónico del otro Marx, sino alguien con un pensamiento en constante reconsideración, al confrontarse con los procesos históricos y las expectativas políticas reales^[5].

G. S. Jones vuelve a tener las cosas claras en este cuarto momento: Marx, con sus observaciones sobre la comuna rural rusa, da

4.- Francisco Fernández Buey, *Marx (sin ismos)*, Barcelona El Viejo Topo, 1998, pp. 197 y siguientes.

5.- Theodor Shanin (ed.), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Madrid, Revolución, 1990.

un giro de 180 grados en sus concepciones sobre el capitalismo sin querer confesarlo, y la reducción de su producción escrita (y sobre todo publicada) se debe no tanto a sus problemas de salud como a sus dilemas teóricos. Según Jones, eran las dificultades teóricas lo que provocaban su relativo apartamiento de las primeras filas de combate o sus silencios, y no las jaquecas, el insomnio y las dolencias hepáticas, que parecen más bien resultado de lo anterior. Karl «no llegó a encontrar la forma de reiterar su postura teórica original, pero se resistió a admitir con franqueza que había cambiado de opinión»; además, «la decepción política se mezclaba con sus dificultades teóricas» (p. 614-620). Por tanto, el Marx tardío «desactiva» teóricamente —si bien de forma un tanto vergonzante— al Marx anterior.

En este contexto, se produce (G. S. Jones *dixit*) una «divergencia creciente, aunque no reconocida» entre Karl y Engels (p. 648). Lo cual agranda más la brecha entre el personaje real y el Marx del siglo XX, que «guardaba solo una semejanza aleatoria con el Karl que vivió efectivamente en el siglo XIX» (p. 682).

Dado que se trata de devolver a Marx a su tiempo, no debe extrañarnos que G. S. Jones corte, en general, los hilos, que le unen con el presente. Al igual que hacía Sperber, el autor británico y conocido estudioso de los «lenguajes de clase» evita involucrar a autores e intérpretes del siglo XX en el tratamiento de las teorías de Marx. Pese a ello, extraña, para un libro tan documentado y que quizás aspire a ser lo que ilusoriamente suele calificarse de «obra definitiva», que la bibliografía final incluya (¡cómo no!) las biografías fundamentales del personaje (de Mehring a Sperber, pasando por McLellan, Cornu, Wheen o Nikolaievski), pero no los trabajos de destacados intelectuales del siglo XX que colocaron el pensamiento de Marx en su centro de análisis, para bien

o para mal. Podemos encontrar citados a Cohen, Elster, Löwy o Shanin, pero no por ejemplo (salvo mejor lectura) a Lichtheim o a Hobsbawm, pese a haber escrito muchas páginas sobre Karl, su época o algunos de sus textos fundamentales. Por supuesto, quien espere encontrar a Schumpeter, Dobb, Joan Robinson, Sraffa o Postone al hablar de las teorías económicas de Marx o de *El Capital*, puede abandonar toda esperanza (¡Rosdolsky se salva de milagro!). *Et sic de caeteris*, así sucede también con sociólogos, historiadores, antropólogos y marxólogos varios del siglo XX-XXI.

Cabe congratularse con cualquier depuración crítica de un autor respecto a adherencias posteriores, y más aún si es para practicar el sano ejercicio «constructivo» de desacralizarlo. Pero la «deconstrucción» de G. S. Jones va más lejos, y corta hilos insoslayables —incluyendo, por cierto, el «hilo rojo»— que unen a Marx irremediabilmente —y no de manera arbitraria— con el siglo XX, por no decir ya con el presente. El Marx arrojado a su tiempo tal vez tenga algún interés filológico o sirva para alimentar notas a pie de página de estudios eruditos, pero poco interesa desde el punto de vista histórico o político. Despojado de las supuestas «imposturas» que la posteridad ha arrojado sobre él, aparece desnudo, irrelevante y desactivado. Bien está recordar que el «marxismo» se construye tras la muerte de Marx (nada nuevo respecto de lo ya sabido), pero resulta más aventurado asegurar que esta reconstrucción poco o nada tiene que ver con la obra del personaje. ¿Cómo entender, con estos supuestos, no ya la versión interesada de socialdemocracia y comunismo, sino también el alcance de semejante impostura entre tantos intelectuales del siglo XX (incluidos muchos no marxistas) interesados por su obra y las coincidencias interpretativas —junto a las divergencias— con este Marx artificiosamente construido?

La interpretación de Jones nos hace echar de menos biografías anteriores, como la ya clásica de McLellan, o incluso la antidogmática, apasionada y breve aproximación de Fernández Buey a un Marx «sin ismos»; al igual que la reconstrucción biográfica estricta de Sperber a veces nos convertía inevitablemente en nostálgicos de la frescura de la biografía pionera elaborada por Franz Mehring^[6]. Alguien puede pensar que la resistencia a aceptar las aportaciones de Jones

(cuyos aciertos en cuestiones concretas son muchos, desde luego) es un simple reflejo del comprensible rechazo a abandonar el mito reconfortante y cómodo. Pero lo cierto es que los avales de una reinterpretación global de este estilo, y más articulados en torno a las concepciones historiográficas que en este caso concurren, resultan, a la postre, poco convincentes. Una desmitificación general aceptable, si es que procede, tendrá que esperar.

6.– David McLellan, *Karl Marx. Su vida y sus ideas*, Barcelona, Critica, 1977 (la edición original inglesa es de 1973). Franz Mehring, *Carlos Marx. Historia de su vida*, Barcelona Grijalbo, 1973 (la edición original alemana es de 1919).

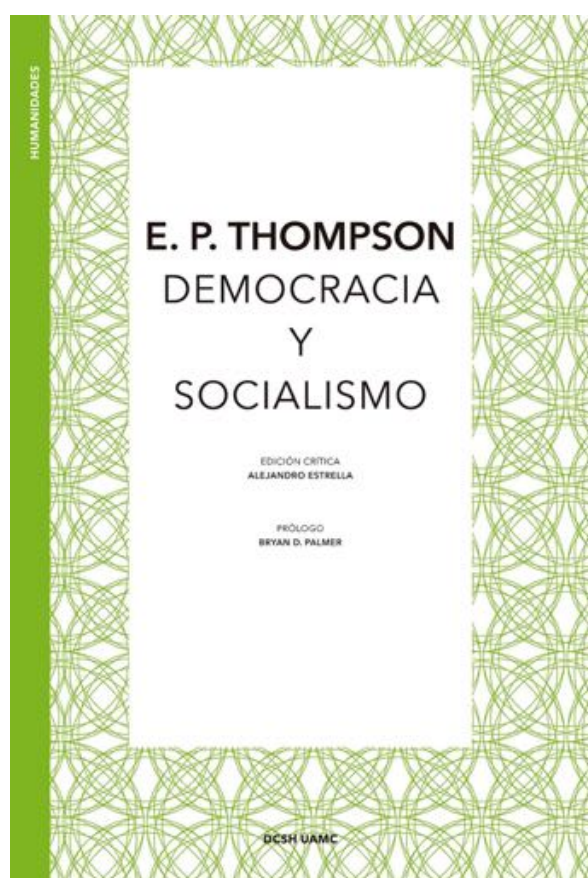
E.P. Thompson: democracia y socialismo, de Alejandro Estrella (ed.)*

Ferran Archilés
Universitat de València

1956 no fue un año más en la historia del comunismo internacional, como es bien sabido. Pero sobre todo no fue un año más en la historia de la relación del mundo de la cultura, de los «intelectuales», con el comunismo. Al menos no lo fue en la Europa del lado de acá del telón de acero, ni siquiera en un país tan singular entre los países «occidentales» como el Reino Unido.

En febrero de aquel año, en el marco del XX Congreso del PCUS, Nikita Krushev dio lectura al que sería conocido como «Informe Secreto», que denunciaba algunas de las prácticas seguidas durante los años de Stalin. El impacto fue enorme, y la confusión también. El carácter secreto del informe supuso que su conocimiento fuera complejo: muchos partidos comunistas se negaron a reconocer en público su existencia. Pero el efecto en cadena que conllevó no podía pararse. Cuando en otoño de 1956 la URSS invadió Hungría poniendo fin a una revolución que pretendía transformar el sistema húngaro —en gran medida acabando con las prácticas del estilo de las denunciadas por Krushev— se franqueó un punto de no retorno. Así sería para muchos intelectuales europeos y no europeos. Después vendría 1968, y la invasión de Praga. Pero 1956 fue

* E.P. Thompson, *Democracia y socialismo*, Edición crítica de Alejandro Estrella, prólogo de Bryan Palmer y traducción de América Bustamante Piedragil. Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, México, 2016, 429 páginas.



una cesura, una herida que no pudo sanar. Este fue precisamente el caso del historiador británico Edward Palmer Thompson.

En 1956, E.P. Thompson no era todavía el gran historiador que conocemos. Su producción contaba con una imponente biografía del artista y activista William Morris, pero su actividad se había centrado especialmente en la dimensión docente,

en escuelas de adultos. Thompson formaba parte, aunque de manera laxa, del grupo de historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña. Andando el tiempo, es posible que aquel grupo de historiadores e intelectuales (entre ellos Maurice Dobb, Christopher Hill, Eric Hobsbawm...) haya sido la aportación más importante del comunismo británico, pues la fuerza política y sindical del mismo fue siempre notoriamente limitada. Los acontecimientos de 1956 encontraron en E.P. Thompson la actitud correcta: reflexión y polémica, voluntad de cambio. Pero, desde luego, esa no fue la actitud del Partido Comunista de Gran Bretaña.

E.P. Thompson: democracia y socialismo recoge ocho extensos trabajos que Thompson publicó entre 1957 y 1960 en publicaciones de la que acabaría siendo conocida precisamente como *New Left*. Los textos han sido seleccionados y editados por Alejandro Estrella, permitiendo así su difusión en lengua española. De hecho, solo en los últimos años se han publicado en inglés dos volúmenes que recogen la totalidad de los textos que Thompson escribió entre 1957 y hasta la publicación de *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*. Son escritos deliberadamente polémicos y abiertamente políticos, frecuentemente ácidos también, y no solo de carácter historiográfico. Pero en realidad esta distinción —como nos recuerda en el prólogo a esta edición Bryan D. Palmer— nunca tuvo demasiado sentido para Thompson. Precisamente por ello, la edición y el análisis que ha realizado Alejandro Estrella es doblemente útil: por su novedad en español y por el alcance que tiene para la historiografía. Si bien todos los textos del libro están fuertemente marcados por el momento político en que fueron concebidos, y en ocasiones alguno de sus debates parece datado, una reflexión más profunda subyace.

Porque, y así cabe decirlo de manera tan

clara como sea posible, en estos textos está el fundamento teórico y político que permitió a Thompson escribir su monumental *The Making of the English Working Class*. Y toda su obra posterior, por añadidura. Para Thompson, la lucha contra el estalinismo que 1956 desveló era la lucha por un marxismo no determinista y por una manera de entender la historia, de escribirla y de hacerla. Todos los textos que componen *E.P. Thompson: democracia y socialismo* son una lección a la vez política e historiográfica. De todo ello habla la excelente introducción que Alejandro Estrella ha realizado a este volumen, de manos de un autor que ya nos había ofrecido en 2015 su obra *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson*. En esta obra, como en la introducción al libro que nos ocupa, Alejandro Estrella se beneficia de su formación como filósofo para desentrañar algunas de las claves ideológicas profundas de la obra del marxista británico. El interés que estos textos, y en general los posicionamientos políticos de Thompson tuvieron, viene confirmado por la publicación en los últimos años de los trabajos de Scott Hamilton, *The crisis of theory: E. P. Thompson, the New Left and postwar British politics* (Manchester University Press, 2011) y de Christos Efstathiou, *E.P. Thompson: a twentieth-century romantic* (Merlin Press, 2015).

La formación de la clase obrera en Inglaterra, que vio la luz en 1963, fue la respuesta concreta que Thompson dio a la crisis abierta en el comunismo internacional en 1956 y a la crisis de las expectativas que la *New Left* británica tuvo que abordar casi inmediatamente (y que, irónicamente, llevarían al propio E.P. Thompson a alejarse del grupo intelectual que la sustentaba). Thompson abandonó el Partido Comunista de Gran Bretaña tras 1956 y se afilió, sin demasiado entusiasmo sin embargo, al Partido Laborista. En realidad Thompson se convirtió,

por decirlo con las tristes palabras de Ossip Mandelstam, en un «comunista sin partido». La pulsión política explica siempre la obra y la acción de Thompson. El resto de su vida la dedicó a luchar por las causas de la izquierda, incluido el desarme nuclear, y nunca abandonó el «compromiso». El compromiso le había llevado al Partido Comunista tras la Segunda Guerra Mundial y el compromiso le llevó fuera del Partido.

Se ha planteado en ocasiones que *La Formación de la Clase obrera en Inglaterra* es una obra «populista», y por tanto lo serían los supuestos en que se basa, desplegados en los artículos publicados entre 1957 y 1960. En mi opinión, así es. Thompson fue un «populista», otorgando a esta palabra su sentido más tradicional sin mucho que ver con los (supuestos) debates actuales. Otra manera de decirlo es, claro está, que Thompson fue un «romántico», de nuevo en su sentido más clásico y profundo. ¿Qué otra cosa podía ser un socialista sincero ante las monstruosidades del estalinismo? Pero Thompson optó por no convertirse en un anticomunista. Su opción sería la del humanismo socialista, una expresión que

solo la infinita condescendencia del futuro ha manchado hasta el ridículo.

La obra historiográfica de Thompson no se detuvo en 1963, como tampoco lo hizo su actividad política, como queda dicho. Importantes trabajos verían la luz en las décadas posteriores, y Thompson se enzarzó —era un rasgo de su carácter y de su formación— en polémicas teóricas de gran alcance. Especialmente contra el «estructuralismo», que *en última instancia* era para Thompson una reedición del determinismo marxista o algo peor. La polémica contra Louis Althusser es ya épica.

Pero todo Thompson —el que pervive en nuestro presente— está ya en los textos que Alejandro Estrella ha agrupado y analizado en *E.P. Thompson: democracia y socialismo*, una obra imprescindible para la historia de la izquierda europea. Releerlos en el horizonte de nuestro presente es algo más que un ejercicio de arqueología intelectual. Si el socialismo tiene un futuro, este pasa por retomar debates que parece que hemos olvidado. No sea caso que a la izquierda le suceda como al rey Lear, que se volvió viejo antes de haberse vuelto sabio.

En busca del tiempo perdido: Palingenesis de un método de conocimiento alumbrado para el cambio social*

Ramón García Piñeiro

Dr. en Historia Contemporánea por la Universidad de Oviedo

El fulgor del marxismo en España, ya sea como episteme o como corpus ideológico vivificador de un sueño igualitario de organización social, fue coyuntural y efímero. Este diagnóstico fue el principal eje vertebrador de las ponencias presentadas durante las jornadas sobre historiografía marxista y compromiso político organizadas por la Sección de Historia de la FIM los días 27 y 28 de noviembre de 2014 en Madrid, cuya compilación se reúne y publica ahora, al cargo de José Gómez Alén como editor, en la obra colectiva que aquí se reseña. De la epidérmica metabolización del marxismo por parte de la escuálida *intelligentsia* española resulta esclarecedor un comentario atribuido a Javier Pradera, al que *El País* caracterizó en su obituario como «el gran intelectual de la Transición». Cuentan que, durante una estancia en su casa familiar, ensimismado ante la contemplación de varios anaqueles repletos de libros de Marx, Lenin, Trotsky, Isaac Deutscher, Louis Althusser, Marta Harnecker, Nicos Poulantzas y otros autores de la misma índole, lamentó con pesar: «qué tiempo perdido».

Reseña del libro de José Gómez Alén (ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2018



En su contribución a las citadas jornadas de estudio, Josep Fontana, a cuya memoria se dedica esta reseña, rescató de la autobiografía de Julián Gorkin una anécdota no menos reveladora de la displicencia con

la que conspicuos dirigentes del socialismo español, como Indalecio Prieto, abordaron tanto la doctrina como la historia del marxismo. Al parecer, en 1930, había demandado al publicista y político valenciano que le recomendara alguna lectura de Marx o de Lenin para pasar el rato, no sin antes encarecerle que fuera «lo más sencilla posible», porque para dormirse, sentenció, «se bastaba él solo». No sin sarcasmo, Santiago Carrillo se regodeó en más de una ocasión con la impostada presunción de un militante comunista con pujos de liderazgo que se consideraba una autoridad en la materia porque cada noche conciliaba el sueño recostado sobre un ajado ejemplar del *Anti-Dühring*, que utilizaba como almohada.

Aunque la producción bibliográfica alumbrada dista de ser equiparable a la francesa y, sobre todo, a la inglesa, no cabe realizar un balance tan desalentador sobre el impacto del marxismo en la historiografía española, pese a que también fue fagocitado en ocasiones de forma apriorística, mecanicista y oportunista. Como destaca Domingo Plácido en su aportación a esta obra, las categorías analíticas del materialismo histórico, no pocas veces depuradas con matizaciones conceptuales procedentes del *Istituto Gramsci*, del *Reasoner* y de la revista británica *Past and Present*, han iluminado en España procesos históricos esenciales de los periodos clásico y alto-medieval, generalmente menospreciados o burdamente examinados por la hegemónica historiografía neopositivista. Tanto para esta etapa como para el embrionario proceso de globalización que dimana de la conquista de América y baliza los hitos fundacionales del capitalismo, la perspectiva marxista, como ninguna otra, ha puesto en solfa la eticidad de conceptos como colonialismo, caracterizado, en el análisis realizado por Carlos Martínez Shaw, como sistema de explotación económica y some-

timiento político. No menos fructífera ha sido, como Juan Trías Vejarano acredita en su ponencia, la exégesis de los procesos de crisis y cambio social mediante instrumentos analíticos como el concepto de «transición», aplicado tanto al paso de la Antigüedad a la Edad Media como al tránsito del feudalismo al capitalismo. Cabe subrayar al respecto que obras señeras construidas con los mimbres metodológicos del materialismo histórico, como *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, de Abilio Barbero y Marcelo Vigil, no han perdido, pese al tiempo transcurrido, ni capacidad sugestiva ni vigencia.

Como corresponde a un *metarrelato* que no se circunscribe a la comprensión sistematizada y totalizante del marco sociopolítico que lo alumbró, sino que incluye procedimientos fundamentados para vislumbrar los rieles de su propio proceso de transformación, nuestra historiografía marxista también tuvo como eje referencial el controvertido desarrollo capitalista en España, así como los diversos contextos sociopolíticos que jalonaron su entrecortada evolución durante los siglos XIX y XX. Pero entre la sindéresis rigurosa y sin anteojeras del proceso histórico cronológicamente aquí acotado y la tentación de legitimar propuestas políticas de cambio social presuntamente derivadas de interpretaciones canónicas de los clásicos del marxismo, no pocas veces, como destaca José Antonio Piqueras, la corriente principal del relato historiográfico materialista incurrió en uno de los más graves delitos de leso marxismo: discurrir a favor de las visiones *deshistorizadas*. Tanto el sistemático cuestionamiento de la revolución burguesa en España, a veces por vincularla en relación simbiótica con escenarios políticos democráticos, como el obstinado sobredimensionamiento de las pervivencias feudales, cuya vigencia en todo caso ha sido residual, fueron excre-

cencias derivadas del tacticismo menchevique del PSOE y de la descontextualizada aplicación del gramsciano concepto de «rivoluzione mancata» al caso español por parte del PCE, como se puso de relieve en la polémica que desembocó en la expulsión de Claudín y Semprún. Como ambos partidos, si bien en diferentes contextos, alimentaron el tópico de que en España había fracasado la revolución burguesa y, bajo la premisa del inexorable gradualismo, seguía pendiente la revolución democrática, una parte de la historiografía marxista, a despecho de la evidencia empírica, salió al rescate de ambas formaciones corroborando que las fuerzas productivas distaban de haber agotado sus posibilidades de desarrollo.

Así se construyó el falso mito del «atraso español», cuyas raíces ubica Francisco Cobo Romero en la visión «decadentista» de nuestra agricultura acuñada por el regeneracionismo y reformulada, con desigual fortuna, por un sector de la historiografía marxista al vincularla con la pervivencia del latifundismo y con la obstinada subsistencia de relaciones de producción agrarias de carácter semifeudal. Del controvertido proceso de implantación del capitalismo agrario en la España contemporánea lamenta el citado autor que el foco de atención se proyectara casi obsesivamente sobre la vistosa colisión de intereses entre propietarios ricos y jornaleros desposeídos, al tiempo que se minusvaloraba como actor social a colectivos tan relevantes para el devenir como los pequeños propietarios, los arrendatarios y los aparceros. La citada restricción del objeto de estudio, unida a la actual desfiguración de la clase obrera y sus formas organizadas destacada por Carlos Forcadell, pone a la historiografía marxista del presente en el brete de reconsiderar quién es el principal protagonista del proceso histórico y, por ende, su objeto historiográfico preferente. En su revisión de

la producción bibliográfica de inspiración marxista centrada en la Segunda República y el franquismo, ni José Luis Ledesma ni Julián Sanz Hoya detectan este tipo de retos, ya que en casi todas las investigaciones dedicadas a estas etapas se puso especial énfasis en la fuerza motriz de la movilización social, protagonizada principalmente por la clase obrera. El autor citado en primer término apostilla que si las desigualdades sociales, la explotación y el conflicto se relegan a una posición marginal o se omiten en el relato histórico, se despoja a la disciplina de su potencial crítico para comprender las sociedades pasadas y presentes.

Como ha subrayado Manuel Vázquez Montalbán, tras su repunte con la derrota del totalitarismo al término de la Segunda Guerra Mundial, la coyuntural efervescencia del marxismo como referencia «científica, ética y estética» coincidió con las convulsiones sociales, políticas e intelectuales que precedieron a la eclosión de los *soixante—huitards*, circunstancia que en el caso concreto de España se vio favorecida, como destaca José Antonio Piqueras, por el ambiguo marco de permisividad limitada abierto con la Ley de Prensa e Imprenta promovida por Fraga Iribarne en 1966 y por la aparición, casi un año antes, de iniciativas editoriales como Ciencia Nueva, que ya en 1967 puso en circulación dos obras de Marx de desigual enjundia: *Formaciones económicas precapitalistas* y *Las luchas de clases en Francia*, a las que incorporaron, respectivamente, sendos prólogos firmados por Hobsbawm y el propio Engels. En aquel contexto, no solo lo más granado de las vanguardias universitarias antifranquistas recurrió a Marx para cartografiar su incierto presente con perspectiva temporal y proyectar su previsible y anhelada transformación desde presupuestos «científicos», sino también sectores en principio tan renuentes a una perspectiva materialista como el

progresismo cristiano realizaron todo tipo de piruetas verbales para cohonestar las aportaciones del pensador de Tréveris con los principios del dogma católico.

El faro del marxismo irradió con todo su esplendor, tanto sobre la producción historiográfica como el pensamiento político, durante el tardofranquismo y la transición democrática, etapas en las que adquirió, en expresión de Cuenca Toribio, «una dorada pátina». Ante el simultáneo retroceso del inmovilismo político y del integristismo académico, aportó como alternativa un solvente repertorio analítico del pasado insertado en el articulado marco de un sugestivo proyecto emancipador, lo que contribuyó a su asentamiento en algunas cátedras universitarias, a la paulatina conquista de espacios en los escaparates de las librerías y a su consagración como pensamiento hegemónico en los *think tank* de los partidos de izquierda. Pero estos, como estímulo al voluntarismo militante y con una espuria justificación pedagógica, divulgaron preferentemente una versión esquemática y rudimentaria, casi caricaturesca, de la obra de Marx, para lo que recurrieron a las exégesis más simplificadoras, esclerotizadas y catequéticas de su fértil pensamiento. Con adocenadas referencias a pioneros de la «reinención» fosilizada del marxismo, como Bernstein, Kautsky, Bujarin, Plejanov o Labriola; con la asunción acrítica de la versión escolástica contenida en manuales considerados canónicos, como los firmados por Victor Afanasiev, Fedor Vasilievich Konstantinov y Otto Kuusinen; y con la deshistorizada argamasa del estructuralismo althusseriano, caracterizado por Josep Fontana en las páginas de la obra aquí reseñada como «verbalismo estéril», transformaron un corpus analítico concebido para «pensarlo todo históricamente», en afortunada síntesis de Pierre Vilar, en una dogmática filosofía o teoría de la historia. A despecho

de Marx y de Engels, sus pautas metodológicas devinieron en un recetario infalible e insuperable capaz de deducir el pasado de un esquema teórico y de anticipar científicamente, no ya el mero curso de los procesos sociales, que también, sino incluso el rumbo mismo de los fenómenos naturales. Para blindar al militante con la sugestión de que su insignificante sacrificio concordaba con el ineluctable curso de la humanidad y para disponer de respuestas antes de formular las preguntas, el marxismo fue contaminado con certezas irrefutables como la teleología del progreso, la unidireccionalidad del desarrollo histórico, el escalonamiento mecánico e infalible de los modos de producción, la apriorística supeditación de la superestructura a la base material, la explicación del cambio por la ineluctable contradicción de las fuerzas productivas con las relaciones de producción, la inexorable y fetichista determinación económica, aunque fuera en última instancia, de la conducta social y, en fin, la prevalencia del modelo teórico sobre el proceso histórico. Con expresiones tan ingeniosas, pero huecas, como afirmar que «el conocimiento histórico no era más historia que azucarado el conocimiento del azúcar», el estructuralismo marxista creyó prescindible la investigación histórica porque los resultados se podían deducir del marco teórico.

Avanzada la década de los ochenta del siglo pasado, contribuyó a su ocaso tanto la irrelevancia o la explícita desafección de las organizaciones políticas que surgieron bajo su influjo o lo adoptaron como referencia ideológica, las cuales supeditaron su consolidación en la España posfranquista al abandono o mistificación de un legado doctrinal considerado anacrónico e incómodo, como, a escala planetaria, la biológica sinapsis establecida entre la demolición del muro de Berlín y el abrupto colapso del modelo político presuntamente erigido

bajo sus postulados en la extinta Unión Soviética y en su área de influencia, tras cuyo cataclismo se coronaba, *urbi et orbi*, como único posible, ya sin alternativa viable, un remozado sistema liberal—capitalista previamente reformulado bajo los presupuestos de ese oxímoron conceptual denominado «revolución conservadora». Más allá de estas vicisitudes, también contribuyeron en no menor medida a su «derrota histórica» quienes pusieron en circulación, bajo la impostada etiqueta del marxismo, un subproducto historiográfico que Josep Fontana ha catalogado como «retórica degradada» y quienes lo codificaron en un manido repertorio de sentencias utilizadas al modo de jaculatorias.

El interesado crepúsculo de un paradigma ideológico de naturaleza omnicompreensiva y vocación subversiva, en el que se articulan sin deslinde herramientas de análisis social de acreditada solvencia, salvo cuando se han utilizado de forma apriorística, mecanicista y dogmática, y anhelos emancipadores, cuya materialización práctica siempre ha terminado, por razones de muy diversa índole, en completo fiasco, ha favorecido el despliegue del denominado pensamiento posmoderno, una antiepistemología revisionista, esteticista, relativista y escéptica, con deliberados ribetes nihilistas, en la que el discurso es el elemento fundante de la realidad y, en consecuencia, se banaliza toda pretensión de compromiso intelectual porque carece de sentido plantear un proyecto emancipador de cambio social a partir del conocimiento de las regularidades que subyacen en los comportamientos humanos. La proyección del foco de atención sobre la capacidad movilizadora de las construcciones discursivas y simbólicas de las culturas políticas en liza, como, en expresión de Francisco Cobo Romero, proponen los adalides del denominado giro cultural o lingüístico, merece una

valoración ambivalente en las aportaciones que configuran esta obra. Teresa María Ortega López se adhiere sin reservas a la teoría de que la realidad es una construcción social y los actos una consecuencia de la aprehensión significativa de la realidad mediante las categorías lingüísticas disponibles. Se remite al sociólogo Enrique Larraña para sostener que la acción colectiva dimana de la representación mental y simbólica de la realidad que realizan los agentes sociales mediante construcciones discursivas, para lo que movilizan marcos de referencia inteligibles, lenguajes consensuados, experiencias compartidas, rituales comunitarios y vínculos culturales que delimitan y forjan las identidades colectivas. Como toda realidad social es inmanente y carece de existencia objetiva, subordinar las conductas a contradicciones estructurales, disfunciones sistémicas o, incluso, ideologías colectivas, fue, a su entender, un tiempo perdido, ya que la movilización social depende de la previa construcción de una realidad «representacional», cuya conceptualización se verifica mediante formulaciones discursivas y simbólicas que, en consecuencia, deben concitar de forma preferente la atención del investigador.

En términos menos taxativos con respecto a la utilidad y vigencia del materialismo histórico se pronuncia José Luis Ledesma, pero una vez expurgado, como método de conocimiento, de los vicios que contribuyeron a su fosilización en el pasado, entre los que incluye los automatismos deterministas, las simplificaciones mecanicistas, las inferencias apriorísticas, los esquematismos monocausales, la pretensión totalizadora y los sesgos teleológicos, derivaciones catequéticas, dogmáticas y ahistóricas etiquetadas por Xosé Manoel Núñez Seixas con una expresión harto elocuente: «marxismo de garrafón». Liberado de este corsé, aboga por la confluencia con otras

propuestas metodológicas, como la que, en la órbita de Charles Tilly, privilegia como factor explicativo la estructura de oportunidades y recursos políticos, y, sobre todo, la derivada del giro lingüístico, cuya mirada cultural y antropológica, en la que se desplaza el énfasis desde los contextos, relaciones y condicionantes socioeconómicos hacia las culturas políticas, los símbolos, los ritos, las representaciones, las tradiciones, la experiencia o la memoria, considera compatible con el marco referencial clásico del materialismo histórico. En sintonía con la propuesta formulada por Geoff Eley en *Una línea torcida*, pero sin renunciar a la misión transformadora que estima inherente al conocimiento histórico, Julián Sanz Hoya también se decanta por la integración de aquellos utillajes teóricos que, con independencia de la perspectiva adoptada, contribuyan a la comprensión de las sociedades humanas en su complejidad.

La agudización de las desigualdades en un capitalismo infatuado y depredador por carecer de alternativa, con su inevitable corolario de injusticia social, ha revitalizado la noción de ideología, excluida del léxico filosófico y político por el posestructuralismo, y ha contribuido a la enésima exhumación de Carlos Marx, cuyo legado se consideraba anacrónico y, en coherencia, definitivamente superado. Siempre hubo fecundas semillas de revisión en el campo del marxismo, entre las que Carlos Forcadell destaca las aportaciones de historia cultural que van desde Antonio Gramsci hasta Raymond Williams y E. P. Thompson —cabría añadir, con fecundas aportaciones de otra índole, a Lukács y Korsch—, pero revisiones más recientes, como la realizada por el lituano Teodor Shanin en la incisiva nota crítica escrita para la obra *El Marx tardío y la vía rusa* o la creativa renovación del materialismo dialéctico propuesta por el esloveno Slavoj Žižek, sin minusvalorar

las aportaciones de Maximilien Rubel o Marcello Musto, están contribuyendo a un inesperado renacimiento del materialismo histórico. A propósito de esta resurrección, Forcadell no oculta que algunos neófitos procuran que no se establezca ninguna ligazón entre el marco teórico y conceptual que informa su obra y sistemas políticos sepultados bajo el más absoluto descrédito.

Cautelas de este jaez no contaminan ni la trayectoria historiográfica ni la contribución a esta obra de Francisco Erice, quien sostiene que la crítica posmoderna, bajo la sugestiva «fanfarria intelectual» con la que ha sido revestida, oculta un inconfeso objetivo: deslegitimar el uso de un conocimiento histórico racionalmente fundamentado para que quede desvirtuado como ariete contra el orden establecido. Tampoco rehúye el reto planteado por José Gómez Alén en la introducción y se plantea sin tapujos si en el siglo XXI merece la pena reflotar la maltrecha nave del materialismo histórico para, con el rumbo puesto en un futuro más halagüeño, seguir surcando las aguas del pasado. Sin que se precise recurrir a hibridaciones o fórmulas eclécticas, sostiene que el materialismo histórico proporciona el arsenal conceptual y analítico más omnicomprensivo del devenir humano siempre que se desvincule de rigideces teleológicas, renuncie a la identificación de un determinismo unifactorial y unilateral —sin incurrir por ello en la pura contingencia—, se despoje de toda tentación mecanicista, practique un contraste permanente con la evidencia empírica, proyecte sobre el pasado una mirada «totalizadora» para aspirar a una reconstrucción integral del proceso humano —«la historia no es nada si no puede serlo todo», sostuvo Samir Amín, recientemente fallecido—, acepte como principio gnoseológico, dada la concurrencia de pautas y regularidades en la conducta humana, la inteligibilidad de la historia, asuma

la complejidad del vínculo existente entre «ser social» y «conciencia social», incorpore al concepto de ideología, además de las creencias conscientes y articuladas, las dimensiones afectiva, inconsciente, mítica y simbólica, conserve el espíritu crítico con el que fue concebido y, sobre todo, conecte la reconstrucción del pasado con el insoslayable desiderátum de contribuir al bienestar de las personas. Como colofón al decálogo de Francisco Erice, Josep Fontana retoma lo escrito en *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* e insiste en que el principal desafío pendiente sigue siendo conocer y combatir mejor el capitalismo para «reem-

plazarlo por formas de organización social más justas y más libres». Para ellos, como sostuvo Jean Chesneaux, «la relación dialéctica entre pasado y futuro es la trama misma de la historia». No en vano ambos, como B. D. Palmer, radican el conocimiento histórico en el vértice donde confluyen la interpretación del mundo y la voluntad de cambiarlo. Precisamente en esa encrucijada reside la esencia, el vigor y la vigencia del materialismo histórico, porque, como lúcidamente sentenció Pier Paolo Pasolini en *Las cenizas de Gramsci*, de qué nos sirve iluminarnos con el conocimiento histórico si ignoramos para qué sirve la luz.

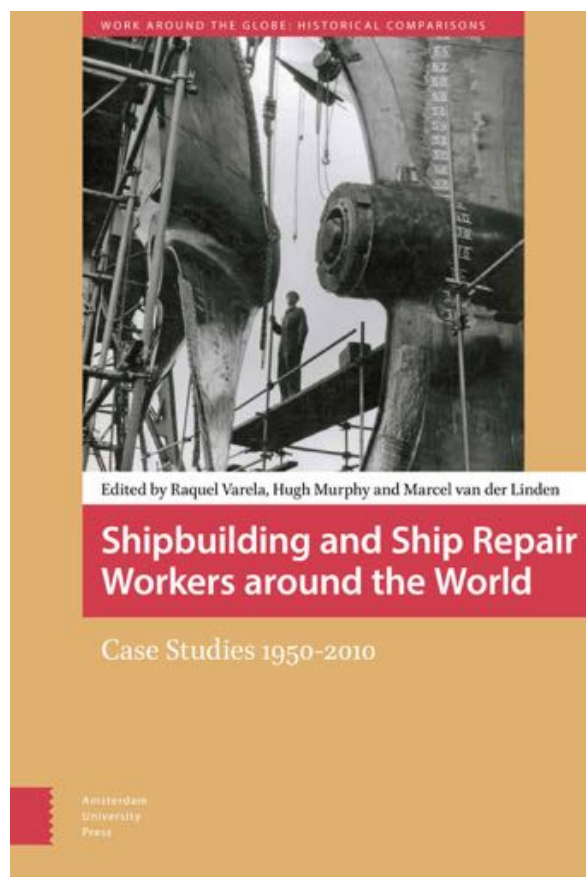
Historia global del trabajo: avances de un proyecto internacional sobre la industria de construcción y reparación naval (1950-2010)

Juliana Frassa

Universidad Nacional de La Plata / Universidad Nacional Arturo Jauretche

La perspectiva de la historia global no resulta una novedad para el historiador. Sin embargo, a inicios del siglo XXI, la intensificación del proceso de internacionalización del capital es en definitiva la justificación más inmediata de la historia global. En este proceso las dimensiones estatales y nacionales han perdido capacidad de acción y son trascendidas por la creciente globalización de las finanzas y la fragmentación de la producción de bienes. En este sentido, ha cobrado fuerza la idea de recursos de producción «globalizados» dando la idea de compenetración de factores locales y fenómenos globales.

La historia global se inscribe dentro de las modernas reflexiones sociológicas sobre la globalización porque integra e imbrica la macro y la micro historia, lo global con lo local. Asimismo la historia global obliga a una trascendencia disciplinaria ya que procura el reequilibrio con otras ciencias sociales, de manera que fomenta un diálogo y construcción de un objeto de estudio que convoca las narrativas de la sociología, antropología, economía, geografía y adopta una metodología que completa y desafía otras maneras de hacer historia ya que estimula la apreciación del mundo como un



todo interconectado, un sistema-mundo que se plantea como una posibilidad de comprensión del devenir histórico.

Sin embargo, las «virtudes» de la historia global (la superación del eurocentrismo, la transdisciplinariedad, la búsqueda

de explicaciones abarcadoras de procesos complejos, la recuperación de «temáticas olvidadas» y la metodología comparativa) pueden convertirse, a su vez, en debilidades a la hora de aplicarse al análisis de un objeto de estudio particular.

En cuanto a la historia del trabajo en particular, su reformulación surge en la década de 1980 en el contexto de crisis de la historiografía tradicional, la emergencia de las teorías sobre el fin de la historia y el desdén de los análisis centrados en la clase obrera como sujeto histórico privilegiado. El campo de los estudios de la Historia y la Sociología del Trabajo no salió inmune de la crisis de la centralidad teórica que tenían el movimiento obrero y la cuestión de clase. La temática clasista terminó siendo una línea de investigación marginal dentro de estas disciplinas. En este sentido, el *International Institute of Social History* (IISH) intentó ser un contrapunto a la visión hegemónica, buscando superar los límites eurocéntricos y los preconceptos metodológicos que constreñían la investigación teórica, a partir de un abordaje conocido luego como «historia global del trabajo»^[1].

Así, la historia global del trabajo procuró promover un diálogo fructífero entre las investigaciones del Norte y el Sur, rechazando una visión nacionalista y otorgando una mirada más amplia sobre la clase trabajadora y sus diversas y yuxtapuestas identidades (de clase, género, etnia y religión). La historia global del trabajo ha realizado importantes contribuciones metodológicas al ámbito académico a través de un abordaje multifocal basado en un amplio trabajo empírico y una comprensión holística de la historia de los trabajadores.

La perspectiva de la historia global aplicada al estudio de la construcción naval mundial

La valorización del capital se produce a escala global ya que los procesos de producción de mercancías, cada vez más, se deslocalizan y fragmentan en el territorio mundial. El caso de la construcción naval es paradigmático para ilustrar este proceso. Desde la extracción de metales de las minas hasta la instalación de la mampostería interior de los camarotes, muchos son los eslabones que componen la cadena de producción de un buque de gran porte. Cada una de estas etapas productivas, a su vez, implica procesos y modelos de organización del trabajo diferentes que ponen en movimiento los instrumentos materiales y financieros del capital pero, por sobre todo, a la fuerza de trabajo que le da valor a los bienes y servicios producidos. La producción de un buque ha requerido la movilización de un equipo global de trabajadores que participan en la producción de acero, pinturas, tubos, motores complejos, ordenadores y las diferentes áreas del diseño e ingeniería del buque que conforman una extensa cadena global de trabajo.

Muchas de estas cadenas se observan en el propio espacio físico del astillero. En estas instalaciones fabriles conviven diferentes procesos y formas de trabajo, trabajadores con diferentes salarios y derechos laborales y pequeñas empresas subcontratistas en las que es difícil distinguir «quién trabaja para quién». La industria de construcción y reparación naval es una industria globalizada, y por esta razón su estudio sirve como una contribución a la comprensión de fenómenos complejos como la globalización, el mercado laboral internacional y el impacto que estos fenómenos tienen a nivel local y en la vida de miles de trabajadores.

1.- Van der Linden, Jan Marcel and Lucassen, *Prolegomena for a Global Labour History*, Amsterdam, International Institute of Social History, 1999

Actualmente un buque de carga puede ser construido en Corea del Sur, con el acero proveniente de las minas de España, utilizando motores finlandeses, pintado con pinturas alemanas y haber sido diseñado en universidades norteamericanas. Y podría suceder que inmigrantes del Magreb o de América del Sur fuesen quienes proporcionaron mano de obra, o que profesionales altamente calificados de la India hayan sido contratados por las universidades estadounidenses que diseñaron la nave.

Ese buque será reparado cada cinco años en algún astillero con mano de obra de «bajo costo» en términos internacionales como puede suceder actualmente en Portugal, donde se emplean trabajadores provenientes de Rumanía y Rusia, pertenecientes a pequeñas subcontratistas. La industria de la construcción naval revela una nueva división internacional del trabajo que desagrega y desterritorializa procesos de producción tan complejos como la construcción de buques.

Las estrategias del capital trasnacional y los cambios que estas supusieron en los procesos de producción y reestructuración no se implementaron sin el surgimiento de tensiones con los trabajadores, lo que generó un impacto radical en sus vidas y las de sus comunidades. La deslocalización del proceso de producción tuvo y tiene consecuencias sociales, económicas y políticas divergentes en el plano internacional, lo que significa que el desempleo en un lugar puede resultar en el crecimiento de las comunidades de trabajadores en otro. Sin embargo, el éxito o el fracaso de los profundos cambios en la organización global del trabajo dependen, y seguirá dependiendo, de la relación de fuerza existente entre, por un lado, el impulso permanente a la acumulación de capital, y por otro, la necesidad de resistir el desempleo, la precarización y/o la intensificación del trabajo.

Dada la complejidad de la cadena productiva y del trabajo de este sector creemos que su conocimiento y análisis nos permitirá obtener pistas esenciales para comprender la historia reciente del capitalismo contemporáneo, por un lado, y de la organización de la clase obrera, por otro. El proyecto de investigación internacional «*In the same boat? Shipbuilding and ship repair workers: a global labour history (1950-2010)*», con sede en el *International Institute for Social History* (IISH) se ancla en estos objetivos^[2]. En desarrollo desde el 2012 y abarcando una treintena de investigadores de más de veinte países, se plantea como meta principal elaborar una historia global del trabajo del sector de construcción y reparación naval haciendo énfasis en la reconstrucción de los procesos productivos, las cadenas globales de valor y la historia de sus trabajadores. Para ello se desarrollan un conjunto de ejes analíticos vinculados a las relaciones de trabajo, las condiciones laborales, la composición y formación de la fuerza de trabajo, las modalidades de contratación de los trabajadores, las condiciones de vida y las culturas laborales, las huelgas, protestas y conflictos laborales, los cambios en los procesos de producción y la organización del trabajo, las políticas públicas que intervienen en este sector industrial y la reconstrucción de las cadenas globales de valor.

El propósito más ambicioso del proyecto es el de producir resultados empíricos y análisis comparativos a nivel regional y mundial sobre la industria naval en al menos dos niveles: las estrategias productivas desplegadas por el capitalismo en las últimas décadas (deslocalización, subcontratación, flexibilización) y las consecuencias de las mismas sobre las condiciones de trabajo y las organizaciones obreras.

2.- Véase, Rubén Vega García, «'In the same boat?' Proyecto Internacional sobre el trabajo en los astilleros», *Boletín. Sección de Historia de la FIM*, nº 2, (2014), pp. 47-48.

El abordaje de estudios de caso más significativos de cada país adquiere un sentido fundamental para el proyecto en tanto cada uno de ellos expresa en lo *micro* las *macro* tendencias económicas, productivas y organizacionales que experimentó la construcción naval mundial en los últimos 50 años. Así, la reconversión productiva, la relocalización de empresas hacia países asiáticos, las políticas de ajuste (prejubilaciones y despidos masivos), la flexibilidad laboral y las estrategias de subcontratación dejan de ser conceptos abstractos para tomar cuerpo en hombres, espacios y ciudades concretas.

El proyecto en cuestión toma como antecedentes otros estudios comparativos anteriores realizados también en el IISH: la historia global de los trabajadores portuarios, de los trabajadores textiles, soldados, prostitutas y trabajadoras domésticas^[3].

Las fuentes de investigación privilegiadas en el proyecto son los registros estadísticos locales, regionales y nacionales de la industria naval y de los sindicatos de los obreros de la construcción naval, archivos y registros comerciales de las empresas individuales (astilleros), los documentos oficiales relativos a la industria y artículos de la prensa local y nacional, entre las fuentes secundarias analizadas. Esta información es complementada con fuentes primarias entre las que debemos destacar los testimonios de entrevistas a informantes clave, funcionarios de gobierno, propietarios, gerentes, trabajadores y dirigentes sindicales y, en algunos casos, los resultados de diversas encuestas.

El proyecto se ancla en el área de estudio de la historia del movimiento obrero mundial asumiendo una metodología colectiva propia de una historia transnacional. Dicha

metodología plantea distintas etapas de investigación consecutivas. En la primera etapa los investigadores participantes escribieron la historia de los astilleros de su país en función de sus trabajos de campo y de la literatura secundaria disponible. Esto construyó una amplia gama de diferentes perspectivas con datos de la industria naval de unos 15 países, que se discutió grupalmente en un seminario realizado en la ciudad de Leipzig, en mayo de 2012. En la medida de lo posible se buscó fomentar el estudio de más de un astillero por país con el fin de ampliar el grado de representatividad.

Como resultado de esta primera etapa, en el año 2017, se publicó el libro *Shipbuilding and Ship Repair Workers around the World. Case Studies (1950-2010)*^[4], que reúne a 31 autores que describen la situación de la construcción y reparación naval en 24 países de los cinco continentes a partir del análisis de 19 estudios de caso y fuentes estadísticas nacionales e internacionales diversas. El volumen, de acceso gratuito, reconstruye el desarrollo reciente de la industria naval en estos países y las respuestas que dieron los trabajadores a dichas transformaciones estructurales.

La extensa compilación plantea un acabado diagnóstico del sector en las distintas regiones señalando algunas convergencias existentes a escala global. Entre estos rasgos es relevante destacar la creciente especialización de los principales países productores en distintos eslabones de la cadena de valor del sector y/o en tipo de buques producidos; la rápida y dominante difusión de las tecnologías de automatización y los nuevos modos de construcción por ensam-

3.- Puede consultarse la lista de publicaciones de la colección en: <https://socialhistory.org/en/publications/series/studies-in-global-social-history>

4.- R. Varela, H. Murphy y M. Van der Linden (Eds.), *Shipbuilding and Ship Repair Workers around the World. Case Studies, 1950-2010*, Amsterdam University Press / Chicago University Press, 2017. De libre disposición en <http://oapen.org/search?identifier=625526;keyword=ship building>.

blado de bloques que han modificado por completo los saberes y calificaciones requeridos en el sector así como el número de trabajadores de oficio empleados en la industria; la intensa competencia existente entre las naciones (sobre todo China, Corea del Sur y Japón) por ganar porciones del mercado global y la puesta en marcha de estrategias de reducción de costos (sobre todo laborales) con el consecuente impacto en términos de deterioro de las condiciones de trabajo; y la extensión de la subcontratación y precarización como modalidades hegemónicas de contratación de la fuerza de trabajo, tanto en países de reciente industrialización como China o India o en países «desarrollados» como Japón, que se ven reforzadas por la contratación de trabajadores migrantes no sindicalizados.

Lo que se concluye provisoriamente en el libro es que si bien la evolución reciente de la construcción naval debe comprenderse a escala global debido a los ciclos económicos, la movilidad del capital y las reestructuraciones sufridas por el sector en los distintos bloques económicos, las condiciones de vida y trabajo de sus obreros continúan experimentando grandes desigualdades entre los países de Oriente y Occidente y, en este último entre el norte y el sur. La globalización del sector también se expresa en desiguales accesos al Derecho del Trabajo, sistemas de previsión social y empleos estables.

En relación a la historia reciente de la construcción naval en la región iberoamericana, y producto del trabajo colectivo de profundización en el análisis de algunos casos del proyecto global, en 2016 se publica *Estado e industria: la construcción naval en Argentina, Brasil, España y Portugal*⁵. El

objetivo central de este trabajo fue el de analizar el papel que han tenido, históricamente, las políticas públicas en la evolución de la construcción y reparación naval en Argentina, Brasil, España y Portugal entre 1950 y 2010.

A partir de los datos analizados se plantea que el desarrollo de esta industria ha estado signado por los mecanismos de intervención del Estado, que ha jugado un papel central en tanto regulador del mercado, demandante y productor de buques, y proveedor de financiamiento del sector. Más allá de las especificidades locales, esta ha sido una condición de posibilidad del desarrollo de la industria naval en los países estudiados.

La intensa reconfiguración del sector en las últimas décadas del siglo XX se tradujo en procesos de ajuste y reestructuración a nivel nacional. En la década del 90 en Argentina y Brasil, los gobiernos adoptaron medidas de corte neoliberal (liberalización del comercio, desregulación y privatización de empresas públicas, ajuste del gasto público) que implicaron la virtual paralización del sector con cierre de astilleros, desaparición de la flota nacional, disolución de las fuentes de financiamiento y derogación de la legislación proteccionista. A partir de los años 2000, sin embargo, los senderos de la trayectoria naval en ambos países se bifurcan. Mientras que el rescate de la construcción naval en Argentina es aún incierto, en Brasil su recuperación ha sido motorizada por la empresa estatal Petrobras y otros organismos estatales (como el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social y el Grupo Ejecutivo de la Industria de Construcción naval), llegando a consolidar un entramado productivo con presencia en la escena internacional. Cabe señalar, sin embargo, que el viraje político hacia la derecha de los gobiernos en ambos países, ocurrido en los últimos tres años, viene a desafiar es-

5.- Cintia Russo (Coord.), *Estado e industria: la construcción naval en Argentina, Brasil, España y Portugal*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini / Universidad Nacional de Quilmes, 2016..

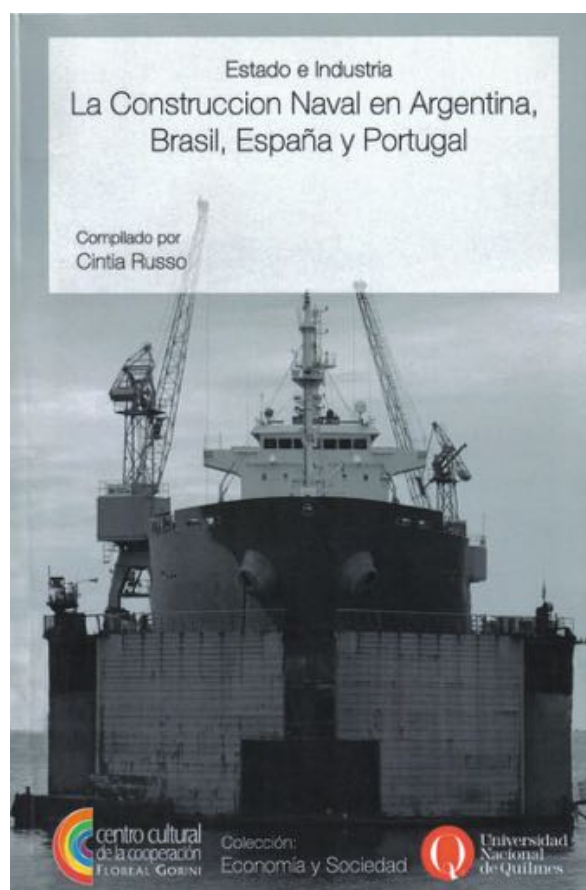
tructuralmente esta recuperación y a plantear nuevas reglas de juego en cuanto a la política económica e industrial que se alejan del rol interventor del Estado^[6].

Por su parte en España y Portugal, ya desde los años 80, el sector naval sufre una fuerte reconversión, producto de las directivas de la Comunidad Europea que se establecen en el marco de la integración regional, que se traduce en la reducción de entre el 40 y 48% de la capacidad productiva y del nivel de producción y empleo. A pesar de las sucesivas reestructuraciones empresariales y fusiones de astilleros, a inicios del siglo XXI, el sector sigue perdiendo participación en el mercado internacional en favor de los países asiáticos y plantea incertidumbres en cuanto a su desarrollo a mediano plazo^[7].

En síntesis, en los casos analizados se evidencia la fuerte dependencia que la trayectoria histórica seguida por el sector de construcción naval tuvo respecto al papel ejercido por el Estado. En todos los países se identifica una etapa de conformación y consolidación de la industria naval en la que la mano visible del Estado generó las condiciones de creación y/o promoción de un entramado productivo, institucional y normativo que le dio y sigue dando susten-

6.- Para el caso de la construcción naval en Argentina, véase, Cintia Russo, *Estado e industria naval en Argentina: Marchas y contramarchas* y Juliana Frassa, «Voluntad Nacional construyendo para el mar»: *Historia de la producción, el trabajo y la cultura de una empresa estatal. El caso del Astillero Río Santiago* y Gastón J. Benedetti, *La historia productiva del Astillero Río Santiago*. Para el caso de Brasil, véase los trabajos de Elina G. da Fonte Pessanha y Luisa Barbosa Pereira, *Estado e industria naval en Brasil. Altibajos de una relación necesaria* y *Trabajadores navales entre la tradición y la innovación: Caneco y Rio Nave, dos empresas, un astillero*.

7.- En relación con el sector naval en España véase, José Gómez Alén y Rubén Vega, *El estado y la industria naval en España*; José Gómez Alén, *Notas para la historia de un astillero público. Bazan/Navantia en Ferrol* y Rubén Vega, *Naval Gijón: la difícil supervivencia de un astillero privado*. Y para el caso portugués véase Jorge Fontes y Raquel Varela, *El estado y la industria naval en Portugal*.



to. En la medida en que el Estado se retira total o parcialmente de estas funciones pone en jaque el desempeño de este sector.

Volviendo al proyecto internacional, la segunda etapa de investigación prevista, y que se encuentra en pleno desarrollo, consiste en la elaboración de estudios comparativos a nivel global entre los diferentes estudios de caso de acuerdo a una serie de temas consensuados entre los investigadores del proyecto. Los ejes de análisis —y futuros capítulos de un segundo libro que se planea publicar en 2020— se refieren a: la evolución reciente del mercado internacional de la construcción naval; el rol de los estados y organismos supranacionales en la promoción y regulación del sector; las tecnologías y sistemas productivos utilizados; la competitividad y productividad laboral; la evolución y composición de los salarios y los sistemas de protección social; las estrategias empresariales de negocios presentes

en el sector (externalización, *offshorización* y subcontratación); la participación de los trabajadores migrantes; la conflictividad laboral; las organizaciones nacionales y transnacionales de representación sindical; la cultura e identidad del trabajo de los trabajadores de astilleros; las condiciones de salud y seguridad en el trabajo; y el entrenamiento y la formación profesional^[8].

Cada uno de estos temas será abordado por dos o tres investigadores del proyecto

utilizando los indicadores y datos empíricos que cada uno de los participantes construyó y aportó para el proyecto. Estos trabajos serán discutidos grupalmente en una conferencia internacional planificada para el 2019 y, luego, publicados con el aval del *International Institute of Social History*. Como queda evidenciado, el desafío es grande considerando la dimensión transnacional y las diferentes perspectivas teóricas y metodológicas presentes entre los investigadores.

8.—Algunos de estos aspectos han sido tratados inicialmente por parte de los investigadores en diferentes seminarios y *workshops* celebrados en los últimos años en Lisboa, Berlín, Bergen, Lund, Rio de Janeiro y Bremen. Además algunos de los investigadores e historiadores implicados en el proyecto realizaron ya aportaciones relacionadas con sus respectivos astilleros en el marco del proyecto general, véase sobre esto, Rubén Vega, *Forja de rebeldes: huelgas y conciencia*; José Gómez Alén, *The construction of social protest in Franco's Regime. From individual resistance to collective action in the shipyard Bazán in Ferrol, 1946-1972*; Giulia Strippoli, *Scioperi e conflitti nel cantiere navale di Sestri Ponente, 1950-2010*; Luisa Barbosa Pereira, *Shipbuilding Workers of the World? The International Metalworkers Federation (IMF). Shipbuilding Department of Shipbuilding Crisis*. También desde el colectivo y con un carácter comparativo, ya se realizó una primera aproximación a los rasgos y las características de la conflictividad laboral y las huelgas en astilleros de España, Portugal, Italia, Alemania, Polonia, Brasil, Argentina, Turquía, India y Australia, en Juliana Frassa; José Gómez Alén y Jorge Fontes, *Conflictos obreros en el sector de la construcción naval mundial (1950-2010). Notas para un estudio comparativo*. Todos estos trabajos en Serge Wolikow, *Grèves et conflits sociaux, Approches croisées de la conflictualité XVIII siècle à nos jours*, Maison des Sciences d'Homme de Dijon, Université de Bourgogne, 2015.

Enemigos de clase. La larga sombra de la huelga de los mineros británicos*

Rubén Vega

Universidad de Oviedo

La huelga de los mineros británicos de 1984-85 constituye un acontecimiento central en el proceso de implantación del neoliberalismo y la materialización de su requisito principal: la derrota del movimiento obrero. Durante un año, el sindicato minero (National Union of Mineworkers) y el gobierno de Margaret Thatcher sostuvieron una confrontación a cara de perro y hasta el límite de las fuerzas. La derrota de los huelguistas quebró la espina dorsal de la resistencia contra las recetas antisociales de la *Dama de Hierro* y dejó vía libre a un programa mucho más amplio que el del cierre de minas de carbón. De aquellos polvos han venido los lodos del deterioro social entre las clases populares y el incremento de la desigualdad de forma exponencial. Owen Jones^[1] nos ha descrito a los *chavs*, los jóvenes sin formación, sin trabajo, sin perspectivas y sin autoestima que engrosan la generación de los hijos de aquellos obreros reconvertidos a quienes no se ha ofrecido oportunidad alguna. Un paisaje de devastación social provocado de forma nada inocente en los que otrora fueron bastiones de organización e identidad de clase.

* Reseña del libro de Seumas Milne, *El enemigo interior. La guerra secreta contra los mineros*, Alianza Editorial, Madrid, 2018, 473 págs.

1.- Owen Jones, *Chavs, la demonización de la clase obrera*, Capitan Swing, Madrid, 2012.



Por situar aquella huelga en un marco más amplio, al año siguiente los mineros bolivianos libran y pierden una batalla que guarda sorprendentes parecidos porque, tal como muestra Álvaro García Linera^[2], se convierte también en una puerta abierta a

2.- Álvaro García Linera, *La condición obrera en Bolivia*, Plural, La Paz, 2014.

políticas neoliberales y pone fin a la vigorosa presencia en la política boliviana del sindicalismo minero, que había sido determinante al menos desde la revolución de 1952. Y pocos años después, en 1992, los mineros asturianos se enfrentaron a otro cambio de ciclo que marcaba el principio del fin del carbón, con bastante mejores coberturas sociales pero sin un ápice de épica, pactando cierres y prejubilaciones en un modelo de reconversión minera muy alejado del thatcheriano y también con una gestión sindical que poco tenía que ver con la del NUM liderado por Scargill.

De todas las batallas libradas por el movimiento sindical contra las políticas neoliberales, ninguna ha tenido más alcance, más repercusión ni más consecuencias que la de los mineros británicos. La victoria de unos y la derrota de otros adquiere significados no sólo inmediatos sino también en el largo plazo y sus dimensiones trascienden con mucho el marco nacional y el momento concreto. A su vez, de todas las luchas obreras llevadas a cabo en el ciclo declinante que se inicia en los años 70, pocas han logrado revestirse de una aureola épica comparable. Hasta 140.000 mineros en huelga a lo largo de un año entero, concitando una enorme solidaridad nacional e internacional y enfrentados a una guerra sin cuartel de todos los aparatos del Estado y los poderes económicos y mediáticos, sin reparar en métodos ni mostrar escrúpulos. Dos muertos, infinidad de heridos y detenidos, suspensión de facto de libertades civiles, multas, embargos, desahucios y un durísimo invierno de privaciones al límite de la extenuación. Una fractura insalvable con los esquirols en el seno de las propias comunidades y toda la presión mediática imaginable estigmatizando y criminalizando la determinación de resistir. La historia ha sido y sigue siendo profusamente narrada en el cine de ficción (*Billy Elliot*, *Brassed*

off, *Pride...*) y documental (*Still the enemy within*, por citar un trabajo reciente), en literatura (*GB84*, por destacar también una obra), en libros de memorias y testimonios, en exposiciones y catálogos fotográficos y, por supuesto, en una historiografía extensa que no ha dejado de ocuparse de aquel episodio y sus rastros posteriores.

El libro de Seumas Milne, recientemente traducido al castellano, vio la luz originalmente en 1994 y ha tenido cuatro ediciones en inglés. De forma reveladora, su aparición coincidió con el décimo aniversario de la huelga y, tras una primera reimpresión al año siguiente, ha asistido puntualmente a nuevas ediciones en el vigésimo y trigésimo aniversarios. La memoria de aquella huelga sigue viva. Milne no aborda una investigación histórica ni un relato de las circunstancias del conflicto. De hecho, la huelga en sí apenas es narrada en el libro más que en la medida en que algunas pinceladas son precisas para entender el meollo de su exposición: la guerra sucia desplegada contra el sindicato minero y muy particularmente contra su líder Arthur Scargill. Se trata en realidad de un trabajo de investigación periodística que, a su vez, pone de manifiesto la venalidad y maleabilidad de la prensa en lo que fue, en distintos momentos, una auténtica cacería mediática basada en mentiras, difamaciones y tergiversaciones. Pero la prensa ofrece tan sólo la cara visible de un entramado que abarca no sólo a los enemigos naturales del sindicalismo de clase (los servicios secretos, el Gobierno, el Partido Conservador y ciertos magnates) sino también a quienes supuestamente deberían ser aliados: la dirección del Laborismo y una parte del propio movimiento sindical, por no citar al aparato en descomposición del viejo PCUS.

Tras las huelgas victoriosas de los mineros en 1972 y 1974, la animadversión de los tories rayaba el ánimo de venganza.

Derrotar de forma concluyente y definitiva al sindicato minero constituía un objetivo político primordial y formaba parte de una revancha clasista. En el fragor del enfrentamiento, mientras se recurría a los métodos más turbios y era aplicada una represión implacable, excesos verbales llegan a asimilar a los mineros con los militares argentinos o con el mismísimo Hitler. El título del libro proviene a una expresión de la primera ministra, que calificó a los mineros en huelga como el enemigo interior, una peligrosa amenaza para la democracia que ella estaba determinada a combatir.

Como Milne subraya (p. 392), «fue necesario desacreditar la huelga en sí misma, difamar a sus líderes, presentarla como obra de una camarilla de extremistas violentos, no representativos y antidemocráticos». Y, pese a todo, «amplios sectores de la población siguieron considerando a los huelguistas y a sus líderes como personas de principios que se habían atrevido a resistirse mientras que otros se ponían de rodillas». En realidad, el NUM no fue derrotado por completo en aquella huelga interminable y siguió constituyendo un desafío tanto para los gobiernos conservadores como para el nuevo laborismo que estaba gestando la «tercera vía», la vía al desclasamiento que Blair encarnó con tal perfección que Margaret Thatcher pudo considerarlo heredero de sus políticas. De ahí que, en 1990, se recrudeciera una campaña feroz contra el

núcleo dirigente del sindicato que acariaba la idea de enviar a Scargill a la cárcel y hacerlo pasar por un villano dictatorial y corrupto. Al menos en este punto, el ataque fracasó. Pero mantuvo inmovilizado al sindicato, atascado en la defensa jurídica de sus dirigentes mientras se estaba gestando una segunda oleada de cierres de pozos previa a la privatización.

El libro de Milne, con ágil estilo de periodista, se convierte por momentos en un relato de intriga. Prolijo hasta lo extenuante a veces, en especial para lectores no británicos y por tanto poco familiarizados con los personajes y el contexto de la Gran Bretaña de la época, desmenuza la trama y tira de todos sus cabos: el MI5 y los servicios secretos, el Daily Mirror y su dueño Robert Maxwell, Thatcher y su gobierno, pero también Neil Kinnock y la dirección del Partido Laborista o una parte del TUC y la rama moderada del sindicalismo, además de las conexiones libia y soviética, incluyendo el papel de un emergente Gorbachov y su renuencia a prestar ayuda a los mineros tras la entrevista que sostiene con Margaret Thatcher a fines de 1984. De especial interés resulta el capítulo referido a los servicios secretos, como revelador es el hecho de que la persona que asumió la guerra sucia contra la huelga, Stella Rimington, se convirtiera años después en máxima responsable de la seguridad interior al ser nombrada directora general del MI5.

La gran huelga general: el sindicalismo contra la «modernización socialista», de Sergio Gálvez Biesca*

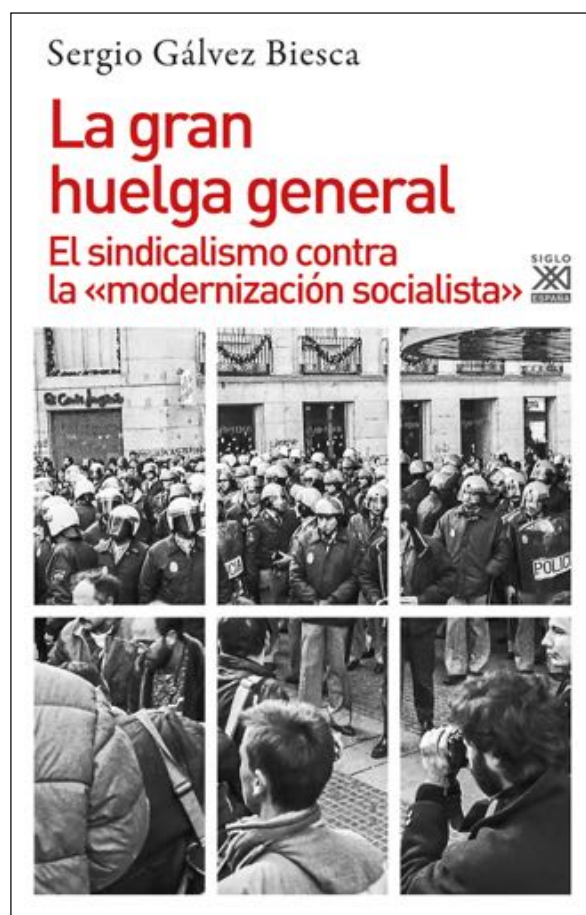
Héctor González Pérez
Universidad de Oviedo

Más de setecientas páginas dedicadas a analizar un hecho tan concreto como una huelga general de 24 horas pueden parecer un exceso; sin embargo, la lectura de esta obra no se hace precisamente larga y tediosa, sino que al finalizarla parece incluso que falta espacio para desarrollar ciertas ideas y ahondar más en el estudio del movimiento obrero de la década de los ochenta. A esta sensación contribuye favorablemente el ágil ritmo narrativo y un lenguaje cercano que, lejos de estilos tediosos, tan extendidos en el mundo académico, facilita la lectura de un trabajo que, por otra parte, disecciona pormenorizadamente y con una importante densidad narrativa, multitud de aspectos relacionados con este hito.

No es el primer acercamiento de Gálvez a este tema: su campo de estudio está principalmente centrado en el análisis del movimiento obrero, la etapa socialista y la flexibilización del mercado de trabajo durante los años ochenta, tres elementos que se conjugan para dar origen a la mayor huelga general de la democracia y sobre la que el autor ya ha escrito con anterioridad^[1].

* Sergio González Biesca, *La gran huelga general: el sindicalismo contra la «modernización socialista»*, Madrid, Siglo XXI, 2017, 768 pp.

1.- *Modernización socialista y reforma laboral, (1982-1992)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2013, «El an-



tes, el durante y el después del 14-D. La UGT y la Huelga General política de 1988», en Cándido Méndez, *El paro general del 14 de diciembre de 1988: causas, desarrollo y consecuencia de la huelga con mayor seguimiento de la democracia*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2013; «El movimiento obrero en la España del tiempo vivido: del 'sujeto político' al 'nuevo precariado'», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 30 (2008), pp.199-226; «Del socialismo a la modernización: los fundamentos de la

Se trata no obstante de un tema poco estudiado. Al margen de estas obras, apenas encontramos otras tres que lo aborden en profundidad y una de ellas, de reciente publicación como consecuencia de la efeméride del treinta aniversario^[2].

Esta falta de interés se relaciona directamente con el declive del movimiento obrero como sujeto sociopolítico y como objeto de estudio, una cuestión especialmente acentuada en el caso de la etapa democrática, pues como señala Gálvez, ha sido reiteradamente ninguneada por la historiografía. A ello hay que sumar una problemática específica para estos años como es el hecho de que multitud de archivos de carácter estatal o gubernamental permanecen cerrados al público.

Habida cuenta de esta circunstancia, sorprende la falta de uso de fuentes orales para completar la información. Las entrevistas a sindicalistas y políticos podrían arrojar luz a algunas de las lagunas de información que el propio texto reconoce (tales como las deliberaciones del Consejo de Ministros de diciembre de 1988, determinadas conversaciones o circunstancias que por su naturaleza privada o informal no aparecen recogidas en actas, documentación y notas

personales) o aportar una mayor carga de profundidad y reflexión a la valoración de los implicados, únicamente recogidas a través de memorias o de la prensa, con sus consiguientes limitaciones.

El objeto fundamental de estudio, como el propio título indica, es la jornada huelguística del 14D, lo que se traduce en un análisis exhaustivo y detallado de los tres meses previos a la movilización, durante los que se van fraguando los hechos y acontecimientos que desembocan en el paro de diciembre, su desarrollo y las consecuencias más inmediatas del mismo. De los dieciocho capítulos del libro, seis se dedican al trimestre previo bajo el título «Trece días de diciembre» y otros tres analizan de manera individual los días 14, 15 y 16 de diciembre. Un ejemplo perfecto de lo que significa *diseccionar* un tema.

Al margen del grado de detalle al que se descende, la obra tiene su principal fortaleza e interés en el enfoque que se da al tratamiento de las posiciones sindicales durante la etapa socialista. Se trata de un libro sobre Política Sindical —con mayúsculas, como diría Santiago Carrillo— y política económica en el que se explicitan las motivaciones, posiciones y modificaciones de las mismas en el seno de las centrales sindicales, muy especialmente en el caso de UGT y sus relaciones con el partido-gobierno. A este respecto, es de loar que se rompa con la extendida e interesada versión que reduce la Huelga General del 14D a una expresión de la pelea interna de la familia socialista, para contextualizarla con la realidad sociopolítica del momento: una huelga que surge como respuesta a la prepotencia de un gobierno socialista que, bajo el pretexto de la modernización, asume acriticamente los postulados económicos del neoliberalismo, ejemplificados en el Plan de Empleo Juvenil (PEJ).

Esta última cuestión —el PEJ— es posi-

‘misión histórica’ del PSOE en la Transición», *Historia del Presente*, 8 (2006), pp.199-218; «La primera etapa de la política laboral socialista (1982-1992): la reforma del Estatuto de los Trabajadores de 1984», *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, 3 (2003); «Juventud y mercado laboral en la Transición (1975-1986): del paternalismo a la flexibilización», en Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial de Castilla La Mancha, *La transición a la democracia en España. Actas de las VI Jornadas de Castilla la Mancha sobre Investigación en Archivos: Guadalajara, 4-7 de noviembre de 2003*, Asociación de Amigos del Archivo Histórico Provincial de Castilla La Mancha, Guadalajara, 2003.

2.- José Babiano y Javier Tebar (coords), *14D, historia y memoria de la huelga general. El día que se paralizó España*, Madrid, Catarata, 2018; C. Méndez, *El paro general del 14 de diciembre de 1988*, Santos Juliá, *La desavenencia. Partidos, Sindicatos y Huelga General*, Madrid, Aguilar, 1989.

blemente el punto más interesante del libro. Tratado tanto de manera transversal como específica —«Antecedentes (III). Una historia del Plan de Empleo Juvenil» y «El PEJ ¿El oscuro objeto de deseo del neoliberalismo de la década de los ochenta?»—, Gálvez analiza y contextualiza la política laboral socialista y la instauración de la precariedad como modelo de relaciones laborales de una manera tan concienzuda como profunda, un tratamiento del tema poco común en nuestra historiografía.

Aunque se retrotrae la mirada años atrás en los cuatro primeros capítulos del libro —las cien primeras páginas—, estos no suelen retroceder más allá de 1986/87 para explicar los antecedentes inmediatos de la huelga —tensiones entre PSOE y UGT, construcción de la unidad sindical, precariedad laboral, etc.—. Solo en el segundo capítulo, «Las lógicas de conflictividad obrera», se plantea un análisis más amplio que incluya las características del movimiento obrero durante esta década aunque a pesar del título del capítulo, se pasan por alto cuestiones de importante calado para este y para el estado de ánimo de los trabajadores, como las diferentes reconversiones sectoriales acaecidas en el periodo inmediatamente anterior. Estos procesos hubieran merecido un tratamiento más pormenorizado para contextualizar la dinámica de movilizaciones, el músculo sindical o las reacciones del movimiento obrero ante las políticas modernizadoras y neoliberales. Aunque la explicación de la Huelga General del 20J de 1985 ayuda a entender en cierta manera esta coyuntura, no deja de ser un hecho concreto en un contexto de movilizaciones generalizadas de importante trascendencia.

Del mismo modo, se echa de menos un acercamiento a los cambios sociológicos y de estructura productiva que se conjugan para que el 14D sea el canto de cisne de la

capacidad de movilización y presión sindical, un hecho que el movimiento obrero no está en condiciones de repetir en la siguiente década.

El punto más polémico es su hipótesis principal. Si bien el análisis de todos los acontecimientos relacionados con la huelga es exhaustivo y no deja cabos sueltos, la hipótesis y las conclusiones no gozan del mismo estatus. Según Gálvez, el 14D es una huelga mitificada por su enorme movilización y que, sin embargo, no se tradujo en un éxito real, ya que el PEJ, la causa concreta de la misma, no desapareció, sino que fue «*guardado en un cajón*». Además, no se logró un giro social de la política económica del gobierno, sino conquistas jurídicas y laborales limitadas, y, por último, el PSOE fue capaz de recomponerse rápido del golpe y revalidar su mayoría parlamentaria.

Estas conclusiones, más que distar de la realidad, establecen un criterio para catalogar de éxito una huelga que se antoja insumible y desproporcionado. En el plano más inmediato, como el propio autor afirma, la jornada de paro y la posterior manifestación del 16D, provocaron un *shock* en el gobierno que estuvo a punto de traducirse en la dimisión de Felipe González; en segundo lugar, el PEJ hubo de ser retirado y presentado de manera camuflada tres años después —con nueva oposición y movilización sindical— y se logró la consecución de algunas conquistas para los trabajadores, lo que si bien no significa un giro en la política económica, sí es un condicionante de la misma que se extiende en el tiempo; y, en tercer lugar, en las elecciones de 1989, el PSOE vio afectados sus resultados en la disminución de más de 800.000 votos y 9 escaños, perdiendo en definitiva la mayoría absoluta por primera vez desde 1982.

Los planteamientos de Gálvez propician no obstante una interesante discusión al respecto de lo que cabe esperar de una



Joven haciendo una pintada el durante la huelga general del 14D (Fuente: *El País*).

huelga tras ser ganada en la calle: acaso ser capaz de convencer a un gobierno entero de lo equivocado de una determinada política o, al menos, de lograr tal grado de presión que este modifique sus criterios económicos-laborales a perpetuidad, o conseguir derrocar a un gobierno sin alternativas parlamentarias viables que lo sustituyeran; o, por contra, considerar un éxito que una huelga sea capaz de frenar durante años la política económica de un gobierno fuertemente convencido —y presionado por la CEE y la lógica neoliberal occidental— de la necesidad de la misma, extender los derechos de los que gozaban los trabajadores hasta la fecha y, en el terreno político, mermar significativamente la fuerza política de un PSOE que en 1989 no contaba con contrincantes parlamentarios capacitados para desposeerlo del gobierno.

Por último, hay una reflexión que sobrevuela el texto, pero sobre la que no se entra en profundidad y que resultaría enormemente interesante como futura línea de trabajo. Se señala en diversos momentos tanto el éxito de la movilización y el perfecto funcionamiento de la maquinaria sindical en la preparación de la huelga como los diferentes errores del Gobierno y del PSOE al elaborar un discurso contra la misma. Un éxito jamás repetido que tiene su máximo exponente en el seguimiento del paro por parte de los medios de comunicación, una situación que jamás volvió a repetirse.

A este respecto, cabría investigar las causas de tal excepcionalidad desde el punto de vista de cómo se presentan, definden, planifican, coordinan y desarrollan las huelgas generales en democracia por parte de los sindicatos, y cuál es la respuesta

y la campaña antihuelga elaborada por los diferentes gobiernos, la patronal, la policía y los grupos de presión. Al margen de la mayor debilidad del movimiento obrero, ¿hubo algún cambio significativo en la preparación de las huelgas y las campañas de desprestigio por parte de los actores involucrados? ¿Acaso los motivos eran de me-

nor de calado?

Se trata en definitiva de una muy recomendable lectura, tanto por el tema tratado como por el grado de profundidad con el que se estudia el mismo, las posibilidades de debate historiográfico de sus posicionamientos y las nuevas vías de investigación que la obra permite seguir.

La Revolución Rusa cien años después. Notas sobre encuentros historiográficos en el mundo

José Gómez Alén
Sección de Historia FIM

La conmemoración del centenario de la Revolución Rusa dio lugar a lo largo del 2017 a multitud de iniciativas que atrajeron la atención de sectores intelectuales y reanimaron el interés historiográfico sobre aquel proceso revolucionario que cambió el mundo y cuyas consecuencias condicionarían la historia durante 75 años. En España, la efemérides atrajo la atención de los historiadores hacia un tema que no había estado muy presente en las líneas de trabajo e investigación en nuestro país^[1]. El interés desencadenó un considerable número de libros centrados en diversos aspectos. La oleada editorial no fue ajena a la proyección mediática y a la expectación que despertó en los medios de comunicación, donde las batallas ideológicas y políticas del presente se reflejan cotidianamente. También el

espacio que le dedicaron algunas revistas especializadas contribuyó a la proyección de los diversos encuentros y congresos que permitieron analizar y debatir sobre la revolución rusa y sus consecuencias^[2].

1.- En España, el conocimiento del proceso revolucionario ruso llegó en el pasado a través de la historiografía británica y francesa, además de las aportaciones de algunos protagonistas o por la edición de las memorias de diversos personajes que viajaron a la Unión Soviética durante el primer tercio del siglo XX. Fueron excepciones los seminarios como el celebrado en la Universidad de León en 1987 con motivo del setenta aniversario de la revolución. Véase F. Carantoña y G. Puente (Eds.), *La revolución rusa, 70 años después*, León, Universidad, 1987.

2.- Véase en España *Nuestra Historia* nº 4 (2017); *Historia social*, nº 82 (2017) o *Viento Sur*, nº 150 (2017). En cuanto a los congresos y encuentros en España sirvan como ejemplo iniciativas como «Centenari de la Revolució Russa» (Universidad de Barcelona), que tuvo un preámbulo en octubre de 2016 «Jornades sobre la revolució russa del 1917»; «La revolución soviética. La revolución que cambió el mundo» (Universidad de Valencia); «Primeras jornadas sobre la revolución de octubre» (Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid); «Cien años de la Revolución Rusa» (Universidad CEU, San Pablo); «Imperios colapsados: consecuencias de 1917 en el Mediterráneo y el mundo» (Universidad Complutense); «Cien años de la revolución rusa. Mujeres, utopías y prácticas sociopolíticas» (Universidad Carlos III) y «100 años de la Revolución Rusa» (Universidad de Granada). El interés general despertado dio también lugar a exposiciones como «Radiante Porvenir» en el Museo Ruso de Málaga, que recogía una amplia selección del arte soviético de finales de los años veinte del pasado siglo. Sobre algunos de estos congresos véase *Nuestra Historia* nº 5, 2017 Gloria Román Ruiz, «Congreso internacional: 100 años de la Revolución Rusa»; José Manuel Rúa Fernández, «Que cien años no es nada... Octubre (1917-2017): La Revolución que dio forma al Siglo XX» y Andy Eric Castillo Patton, «Congreso Internacional: Cien años de la revolución rusa. Mujeres, utopías y prácticas sociopolíticas».

No es nuestra intención entrar en las variadas iniciativas que se desarrollaron en España. Su mención es solo una breve referencia introductoria para dar cuenta del interés que la conmemoración despertó más allá de nuestras fronteras y apuntar las líneas historiográficas generales de algunos de los congresos y seminarios celebrados en diferentes espacios geográficos, que evidencian el interés intelectual y político que despierta aún hoy la revolución rusa y todo lo que de ella se derivó. También la lectura política que actualmente tiene la cuestión general de la revolución en algunos países muy alejados de nuestro escenario político, social y económico^[3].

Sería imposible recoger todo en un texto de estas características, así que daremos cuenta de algunas, que por su variedad temática o historiográfica reflejan el interés perceptible en todos los países de América Latina, donde se organizaron diversos encuentros para tratar la revolución rusa y su eco en el continente americano. Solamente nos referiremos a los celebrados en tres países y sobre todo al caso de Brasil, donde la relación entre historia y conflicto político está presente en la realidad cotidiana y donde las instancias académicas prestaron una especial atención al centenario, orga-

nizando a lo largo de todo el año seminarios, congresos y jornadas con el objetivo de reflexionar y debatir sobre aquellos acontecimientos, su repercusión mundial y su relación con los problemas del mundo de nuestro tiempo^[4].

Uno de los de mayor magnitud y de mayor calado temático tuvo lugar en la Universidad de Sao Paulo, «1917-2017. Centenario de la Revolução Russa, 100 anos que abalaran o mundo». Bajo la dirección de un numeroso comité universitario que encabezaba Osvaldo Coggiola^[5] se reunieron más de 280 ponentes y comunicantes, mayoritariamente profesores de las universidades brasileñas, una notable presencia de argentinos y representantes de países como Grecia, Alemania, Italia, Turquía, Francia o Portugal.

Fue inaugurado con una conferencia del profesor Coggiola, que se adentró en una cuestión general «La revolución. Entre la utopía y la historia» para mantener que, lejos de estar superado, el estudio de la revolución reaparece en la actualidad como parte de las grandes convulsiones políticas y bélicas del siglo XX. Para el profesor paulista, la restitución del capitalismo en los países del bloque soviético después de 1991 fue recibida como el inicio de otra era que se mantendría eternamente. Sin embargo, esa ilusión duró poco y hoy las contradicciones resurgen de nuevo, en aquellos países bajo

3.- De la misma forma que en España también las revistas de numerosos países prestaron una especial atención historiográfica al centenario, véase entre otras: *Revista de Historia social y de las mentalidades*, nº 2 (2017) (Chile); *Herramienta, Revista de debate y crítica marxista*, nº especial 2017 y *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, nº 11 (2017) (Argentina); *La Migraña. Revista de análisis político*, nº 24 (2017) (Bolivia); *Tensões mundiais*, nº 13 (2017) (Brasil) y *Socialist History*, nº 52 (2017) y *Twentieth Century Communism*, nº 14 (2017) y *Socialist Register*, nº 53 (2017) (Gran Bretaña); *Monthly Review*, nº 3, 2017; *New Politics*, nº 62 y *South Atlantic*, nº 4 (2017) (EEUU). Y entre las exposiciones realizadas podemos mencionar por su importancia artística la organizada en la Royal Academy of Arts (Londres) «Revolution: Russian art, 1917-1932» que recogía una excelente selección de obras de K. Malevich, W. Kandinski, I. Brodsky, E. Lissitzky, M. Chagall y Rodchenko, entre otros.

4.- Sirvan como ejemplo: «100 anos da Revolução Russa. controversias e impactos, 1917-2017» en la Universidad Federal dos Vales do Jequinhonha; «100 anos de la Revolução. Russa» en la Univ. Federal de Rio Grande do Sul; «100 anos de la Revolução Russa. Dos dilemas do passado aos desafios do presente» en la Universidad Federal da Grande Dourado o «100 anos da Revolução Russa. Tudo o que é solido se desmancha no ar?» en la Universidad federal do Recôncavo de Bahia.

5.- Osvaldo Coggiola es autor de *A Revolução Soviética. Das origens até a Dissolução da URSS: Uma síntese* (2017); y al que le agradezco una parte de la información sobre el desarrollo del Simposio entre el 3 y el 6 de octubre de 2017.

un capitalismo voraz cuyas consecuencias no han sido ajenas al terremoto financiero que asoló el mundo desde 2008. Para Coggiola las interpretaciones históricas de la revolución, parciales o de conjunto, vuelven a tener actualidad política, mientras que «la revolución de octubre sale del museo en el que había sido precipitadamente confinada junto con Karl Marx para volver a las calles de un mundo convulsionado». La cuestión de la revolución y sus contradicciones traídas a un presente en el que lo que cambia es la forma y el contenido del debate y su mitificación o su deformidad aparecen mucho más claramente de lo que lo hacían en el pasado como el obstáculo principal a derribar.

Durante cuatro días, 90 mesas dieron pie a la reflexión y el debate sobre la multitud de cuestiones presentadas en unos trabajos de gran variedad temática. Desde una visión general sobre la revolución y la presencia de Rusia en la obra de Marx o el peso del marxismo en ese país, hasta un repaso de la historiografía marxista sobre la revolución y su presencia en la obra de Rosa Luxemburgo, G. Lukács, W. Benjamín o A. Gramsci. Otra serie de trabajos se centraron en aspectos económicos como la cuestión agraria; el análisis de la NEP y la intervención del capitalismo financiero y el imperialismo; la planificación económica o un balance económico de la revolución.

Ponentes y comunicantes analizaron la repercusión de la revolución en el mundo en determinados momentos históricos. Casos como el de Estados Unidos; el fracaso del octubre alemán; la influencia en la revolución cubana, en el mundo árabe y musulmán, en los Balcanes y en el extremo oriente. En este sentido fue particularmente interesante la participación de Sevtap Demirci^[6], que trató el tema de la relación



Cartel del congreso celebrado en la Universidad de Sao Paulo

entre la revolución rusa y el nacimiento de la república turca, al igual que la experiencia del Chile de los años sesenta; la revolución de los claveles en Portugal y sobre todo, lógicamente, la repercusión en Brasil. En este caso los estudios se centraron en aspectos como la relación entre el Partido Comunista Brasileño y la URSS; su influencia en los diferentes partidos de la izquierda brasileña hasta el presente o la relación con la huelga general de Sao Paulo de 1917.

Uno de los grandes apartados fue el de la relación entre la revolución y la cultura, una cuestión temáticamente amplia por las ramificaciones relacionadas con la influencia de la revolución en la educación, en el cine, en la ciencia, en la literatura o en el arte. También fueron abordadas otras cuestiones generales que rodearon el escenario de la revolución como el poder soviético y las potencias occidentales o la guerra fría; la mujer en la Revolución Rusa y la influencia de la revolución en la intelectualidad europea y en la obra de Rosa Luxemburgo y G. Lukács. Incluso se dedicó una sesión a los cien años de Eric Hobsbawm. No faltaron las referencias al estalinismo y al trotskismo y a figuras como Stalin, Trotsky o Lenin. Sobre este último hay que reseñar la

6.- Sevtap Demirci es profesora de Historia Moderna de

Turquía en la Universidad Bogaziçi

participación de Tamás Krausz^[7]. Por último, las reflexiones sobre la actualidad también merecieron la atención de los participantes con temas como la Rusia de Putin y la Revolución de Octubre.

Entre los seminarios celebrados en Chile, podemos mencionar el organizado por el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago y el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) y promovido por los profesores Igor Goicovich y Rolando Álvarez Vallejos, «A cien años de la revolución rusa. La construcción histórica del comunismo, 1917-2017».

El encuentro contó con la participación de historiadores como el director del Departamento de Historia Hernán Venegas, que resaltó la relación entre el pasado y el presente, para argumentar que la revolución del 2017 y el comunismo deben formar parte de una agenda de interés historiográfico y social. Algo en lo que también incidió el director del IDEA Fernando Estenssoro, que resaltó la influencia de la historia en el presente y en el futuro, por lo que entiende es necesario continuar investigando y reflexionando sobre aquel proceso revolucionario que influiría no solo en la vida de los rusos sino también en la de los europeos y en el resto del mundo.

Uno de los más destacados ponentes fue el historiador británico Orlando Figes^[8], que impartió dos conferencias. Una sobre la represión en la Rusia de Stalin y otra sobre la memoria colectiva de la revolución, «A cien años de la revolución rusa: mito, con-

memoración y memoria colectiva». El profesor Figes habló de la memoria colectiva que se mantuvo con uniformidad hasta los años noventa y que valoraba la importancia de la revolución y el triunfo de Stalin sobre el nazismo. Una memoria que, a partir de 1991, con el final del comunismo, se fraccionó y que a pesar de los diversos intentos de construir una memoria unificada permanece aún hoy dividida. Defendió la idea de fortalecer una memoria más colectiva que sea capaz de interrogar al pasado y que supere la actual situación de una memoria oficial que oprime la memoria colectiva, lo que en su opinión dificulta la comprensión de lo que fue el proceso revolucionario. Hoy en Rusia para algunos la revolución representa más una vergüenza que un motivo de orgullo, para otros representa el inicio de una nueva civilización soviética. Mientras en la memoria oficial que emana del poder, en la Rusia de Vladimir Putin, la memoria de revolución no se promueve por temor a las revoluciones que son consideradas destructivas, de ahí que el mensaje oficial sea el de la reconciliación para fortalecer la idea de unidad del Estado.

Por su parte el historiador argentino, Horacio Tarcus^[9], impartió también dos conferencias. Una sobre la recepción de la revolución entre la izquierda política y los intelectuales argentinos y otra sobre la teoría leninista de la política, centrada en el estado y el poder. Señaló, entre otras cuestiones, que la revolución rusa cambió la forma de entender la política y la acción de las masas y que, a partir de entonces, las

7.-Tamás Krausz, profesor de Historia de Rusia en Eötvös Loránd University (Budapest), es autor de una completa biografía de Lenin, *Reconstructing Lenin: An Intellectual Biography*, Nueva York, Monthly Review Press, 2015.

8.- Orlando Figes, profesor del Birkbeck College de la Universidad de Londres es autor de una amplia bibliografía sobre la historia contemporánea de Rusia y de libros como *Interpretar la revolución: el lenguaje y los símbolos de 1917*, Valencia, Universitat de València, 2001 y *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*, Barcelona, Edhasa, 2009..

9.-Horacio Paglione «Tarcus», profesor de la Universidad de Buenos Aires y director del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas, es autor del *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé 2007; *El socialismo romántico en el Río de la Plata, 1837-1852*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016 y *Marx en la Argentina: sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

izquierdas y los intelectuales reflexionaron sobre los procesos políticos incorporando en su discurso términos y conceptos nuevos: revolución y contrarrevolución; poder y doble poder; bolchevismo y menchevismo, que saltaron también a los medios de comunicación social y al debate intelectual para ejercer su influencia sobre la política latinoamericana y sobre la formación de los partidos comunistas, incluso sobre el anarquismo y el movimiento sindical. La revolución generó un gran interés en Latinoamérica y al igual que los latinoamericanos viajaron para conocer el país de los soviets, los soviéticos enviaron representantes a Buenos Aires, Santiago o Lima para contribuir a solidificar el movimiento comunista en los países del cono sur. También se adentró en la incidencia que la revolución tuvo en el mundo de la cultura, en la literatura o en el arte con la influencia ejercida por las vanguardias rusas de las décadas posteriores a la revolución.

Otro seminario de similares características tuvo lugar en Argentina. Organizado por la revista *En defensa del marxismo* y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, reunió a ponentes como Bernard Bayerlein de Alemania, Kevin Murphy de la Universidad de Boston), el ya citado Osvaldo Coggiola de la Universidad de Sao Paulo, Armagan Tulunay de Turquía y numerosos argentinos como Rolando Astarita y Jorge Altamira, que junto a chilenos y uruguayos formaron parte de 25 mesas para abordar una diversidad temática. Así, se analizaron aspectos relacionados con la revolución, como el estudio del soviets de Petrogrado y la formación del partido bolchevique, hasta la influencia de la revolución en la educación, en la música, el arte, la vida cotidiana o la iconografía revolucionaria, pasando por aspectos como revolución y contrarrevolución, un balance de la política económica en la URSS, la re-

volución y la mujer, la revolución como una revolución mundial o el fracaso del octubre alemán. La revolución y su repercusión en Latinoamérica ocupó la atención de los participantes con temas como su influencia política en América Latina o entre la intelectualidad. El debate y los análisis, como es habitual en la América Latina, se trasladaron al presente, desarrollándose cuestiones como imperialismo y revolución ayer y hoy, la revolución socialista en el siglo XXI, las ediciones marxistas en Argentina o la reconstrucción de una internacional socialista revolucionaria.

En otros muchos países se aprovechó el centenario para poner en pie numerosas iniciativas congresuales que solamente podemos mencionar, al tiempo que centramos nuestra atención en alguna de las realizadas en Gran Bretaña donde la actividad historiográfica fue especialmente prolífica por el número de historiadores implicados^[10].

En el Birkbeck College de la Universidad de Londres, con un formato novedoso que implicaba en los debates a un público muy diverso que rebasaba el ámbito estrictamente académico, se diseñó un programa de conferencias bajo el título de «Social

10.- Véase entre otras: «The Peripheries of the European Revolutionary Process (es), 1917-1923» (European University Institute, Florencia); «Legacy of the Russian revolution» (Chestnut Hill College, U. Filadelfia); «Espoirs, Utopies et héritages de la Révolution Russe, 1917-2017» (Bruselas); «Comparative look on the Soviet artistic Avant-gardes» (Universidad de París/Nanterre); «Revolution, Communism, legacies and specters of the future» (European University, San Petersburgo); «The Asian Arc of the Russian Revolution: Setting the East Abaze?» (Universidad de Singapur/Universidad de la Sorbona); «Commemorating the 100th anniversary of the Russian Revolution» (Deakin University, Australia). Y entre los seminarios o workshops celebrados en Gran Bretaña: «Teaching Russian Revolutionary History in the Centenary: Sources, Approaches, Events» en la Universidad de Leicester; «Centenary of the Russian Revolution, 1917-2017» en la Universidad de Cambridge y «The Red and the Black: The Russian Revolution and the Black Atlantic» en la Universidad Central de Lancashire (Preston).

Histories of Russian Revolution», durante el curso 2016-2017. Todos los historiadores participantes, con años de trabajo en los archivos rusos y autores de libros sobre la historia social de la revolución, sus precedentes y su legado, en general orientaron sus intervenciones hacia un análisis de la revolución desde abajo, para tratar de explicar cómo experimentaron las masas de trabajadores y campesinos o la sociedad en general su participación en los acontecimientos revolucionarios.

El programa se inició con el profesor de la Universidad de Oxford, Steve Smith que trató el tema de la «Historia social de la revolución rusa y la Guerra Civil, 1917-1921», desde la evidencia del inicial apoyo popular que en 1917 tenían los bolcheviques y que se fue reduciendo durante el primer invierno de la revolución, al tiempo que se preguntaba hasta qué punto ese apoyo determinaría el triunfo bolchevique en la Guerra Civil. Las sucesivas intervenciones fueron desarrollando una temática muy variada. Andy Willimott (Universidad de Reading) habló de la vida revolucionaria en las comunas urbanas y la invención de un estilo de vida socialista desarrollado hacia 1920 por los grupos de jóvenes que intentaron ofrecer una nueva organización vital, en forma de «comunas urbanas» donde aplicaban normas de igualdad total y compartían todo lo que poseían, desde el dinero a la ropa interior. Se trataba de superar la unidad familiar tradicional para promover una nueva visión colectiva de interacción humana que entendían como una forma de vida socialista que ponía en práctica los ideales revolucionarios experimentados y unos cambios que querían ver en todo el mundo.

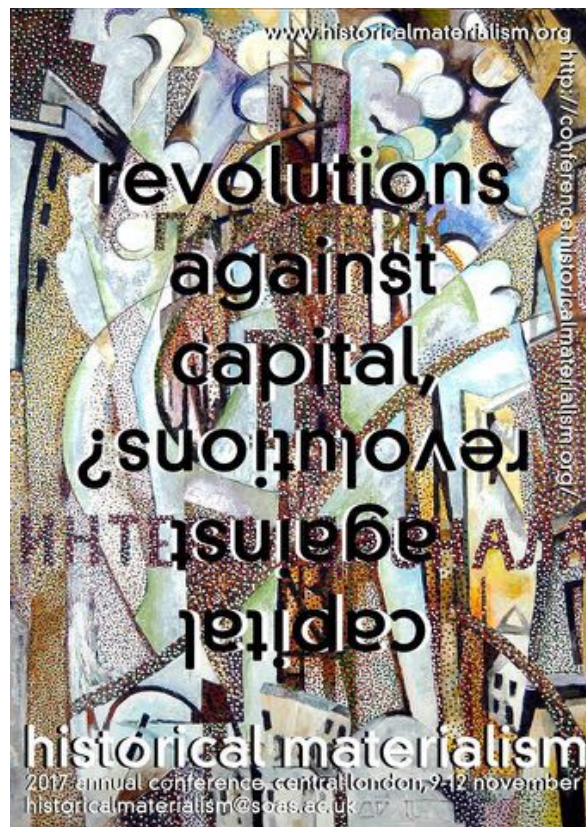
Katy Turton (Universidad de Queens, Belfast) trató de las diversas experiencias de las mujeres y su contribución a las revoluciones de 1917, a las que sitúa en el

primer plano de la lucha política; desde el papel de la Zarina en la caída de los Romanov a la multitud revolucionaria de Petrogrado en la marcha del Día Internacional de la Mujer el 23 de febrero de 1917, pasando por la corta defensa del Palacio de Invierno que en octubre realizaron las componentes del primer batallón de mujeres de Petrogrado contra los bolcheviques o la llamada de Alexandra Kollontai por la liberación de las mujeres.

Wendy Goldman (Universidad Carnegie Mellon, EEUU) habló sobre la familia, el amor libre y la revolución desde la teorización y los planes de los bolcheviques para la liberación de las mujeres y que incluían el amor libre y su emancipación del dominio patriarcal. La socialización del trabajo doméstico no remunerado y medidas como la creación de comedores y lavanderías públicas; las guarderías y escuelas para los hijos tenían el objetivo de aliviar la combinación del trabajo doméstico y el trabajo asalariado, lo que facilitaría la liberación de las mujeres y su integración en la esfera pública en igualdad de condiciones con los hombres. En ese sentido la elección de sus parejas sexuales sin dependencia económica o de otro tipo, debilitaría la unidad familiar tradicional como unidad económica de producción y consumo que estaba limitada por la tradición religiosa, la propiedad y la ley, mientras permanecieran las relaciones libremente elegidas. Una exposición que concita el debate sobre los grandes experimentos en la cuestión general de la emancipación de las mujeres.

Otras historiadoras desarrollaron diversos aspectos relacionados con la revolución en el ámbito local, a cargo de Sarah Badcock (Universidad de Nottingham); la cuestión de la oposición obrera entre los metalúrgicos y el papel de dirigentes como Alexander Shlyapnikov, caso de Barbara Allen (Universidad de La Salle, EEUU),

mientras Lara Doubs (Universidad de York) planteó la importancia que el gobierno daba al vínculo directo con las masas de trabajadores. En esta línea habló del sistema de recepción del gobierno para recoger las demandas y quejas de los ciudadanos que los líderes soviéticos entendían como una característica ideológica de la «democracia» soviética, anti burocrática y que para Lenin era un rasgo clave del estado revolucionario, aunque pudo caer en una forma de control de arriba abajo cuando esos métodos se ampliaron y dejaron de parecer democráticos. Mostró también cómo los ciudadanos soviéticos abrazaron ese sistema de «Recepciones» y se convirtieron en escritores de quejas, peticiones y denuncias que las autoridades a menudo respondían. Los trabajadores y campesinos utilizaron el sistema de recepción como una comprensión personalizada del poder y de una cultura política patrimonial. Otros como Gleb Albert (Universidad de Zurich) se centraron en analizar la presencia del internacionalismo revolucionario entre 1917 y 1927 en la temprana sociedad soviética y como los acontecimientos revolucionarios en el extranjero coincidieron con la resonancia de la idea de la revolución mundial, lo que posteriormente entraría en conflicto con el orden social de la Nueva Política Económica, incluso antes de que Stalin la aboliera. También fueron tratadas cuestiones como el papel de la derecha radical en la revolución (George Gilbert, Universidad de Southampton); el antisemitismo y la política revolucionaria (Brendan McGeever, Birkbeck College); la movilización de masas y la participación democrática (Simon Pirani, Universidad de Oxford); la clase trabajadora y el primer plan quinquenal (Don Filtzer, Universidad de East London) o la importancia de la gente corriente y la interrelación de las masas con el estado como



Autor: David Mabb

centro del poder.^[11]

También, en el congreso que anualmente organiza *Historical Materialism*, en la edición de 2017 «Revolutions against capital, capital against Revolution», algunos aspectos relacionados con la Revolución Rusa sobrevolvieron las diferentes mesas de debate. Se abordaron temas de carácter general sobre el periodo 1916-1923, bien desde una mirada sobre el bolchevismo como una revolución colectiva (Paul J, LeBlanc, La Roche College, Universidad de Pittsburg) o como Eric Blanc (Universidad de Nueva York) que se preguntaba si los bolcheviques en abril de 1917 llamaron realmente a realizar una revolución socialista. El autor cuestiona la idea, ampliamente asumida de que la consigna de abril «todo el poder para los soviets» fuera un llamamiento a

11.- Todas la intervenciones pueden seguirse en audio en <https://www.socialhistoriesoftherussianrevolution.wordpress.com>

la revolución socialista y defiende que será más tarde cuando, como consecuencia de la experiencia acumulada y el desarrollo de la lucha de clases, el partido bolchevique radicaliza su llamada hacia la revolución socialista. También el tema del doble poder fue ampliamente repensado por Emmanuel Barot (Universidad Jean Jaurès de Toulouse) y Panagiotis Sotiris (Universidad del Egeo) o la relación entre la revolución y el anticolonialismo y la política económica de la NEP (Alberto Handfas Universidad Federal de São Paulo, Brasil).

Otro aspecto relevante fue el tema de la mujer y sus derivaciones, desde una visión general sobre el legado feminista de la revolución hasta el rol de las mujeres a través de los posters soviéticos desde la II Guerra Mundial (Rebecca de Oliveira, Universidad Federal Fluminense); la sexualidad durante el periodo revolucionario (Ankica Cakardic) o «La política sexual 1917-2017 más allá de la moralidad proletaria» (Peter Drucken, Instituto Internacional para la Investigación de Ámsterdam).

Otros ponentes se centraron en aspectos teóricos sobre el marxismo soviético y el concepto de materialismo antropológico en la obra de Walter Benjamin (Caroline Adley, Berlín) o en las aportaciones de importantes nombres de la revolución como el caso del Trotsky historiador y el papel de la violencia (Mike Haynes), las ideas de Lenin y Luxemburgo así como la cuestión de espontaneidad frente a organización en los movimientos sociales desde 1905 al presente (Gareth Dale, Universidad Brunel de Londres). También fueron estudiados Earl Browder, Secretario General del Partido Comunista de los EEUU durante la depresión que sería expulsado por revisionista y hoy reconocido como espía soviético en la documentación del FBI y de la KGB (Laura Browder Universidad de Richmond), José Carlos Mariátegui y la Revolución Rusa (Ni-

colas Lema Habash, Universidad de París, Sorbona) o György Lukács y la revolución rusa como centro de las ponencias de Michael Lowy y Alexander Minotakis (Universidad de Atenas).

El tema de la revolución y su incidencia en otros países estuvo presente en intervenciones sobre «Italia en 1919, nacionalismo y revolución» (Megan Trudell Universidad de Newcastle), el Partido Comunista de Alemania antes de 1923 y la oleada revolucionaria entre 1916 y 1923, el pensamiento de Rosa Luxemburgo, o las posibles rutas al socialismo en los movimientos anticasta y la revolución bolchevique (Nachiket Kularrni Nueva Delhi), las reflexiones sobre la revolución mundial 1917-1936 (Christian Hogsbjerg, Universidad de Leeds), el caso de Suecia entre revoluciones en 1917-1920, la influencia de la Revolución Rusa en Alemania y en su situación económica en 1923, la gran guerra y las revoluciones de masas entre 1916 y 1923, o la influencia en Grecia y el movimiento contra la guerra en los años 20.

Sobre el Terror Rojo entre 1918-1921, Jeff Goodwin (Universidad de Nueva York) se pregunta cómo se puede hacer una revolución sin brigadas de fuego (sin violencia) y si estaba justificado el Terror Rojo que los bolcheviques emplearon contra sus enemigos durante la guerra civil (1918-1921). Goodwin explica lo que significó para los bolcheviques el terror revolucionario y por qué decidieron emplear esas tácticas que incluían ejecuciones sumarias y toma de rehenes. Argumentó que los bolcheviques tenían plausibles razones para emplear las tácticas de terror cuando lo hicieron. Pero también argumentó que, en retrospectiva, estas tácticas nunca fueron efectivas y, sólo por esta razón, tampoco se justificaban.

También el culto a la personalidad y las consecuencias del estalinismo estuvieron presentes en el congreso al igual que una

original visión sobre « Hungría 1956. Lecciones de una revolución olvidada » (Philippe Alcoy), que planteó el levantamiento húngaro « como una revolución soviética » por el papel de los soviets o consejos, al identificar los métodos de lucha, su organización y programas como una experiencia derivada de la revolución bolchevique de 1917, además de otros factores como las contradicciones del régimen estalinista. También se incorporaron temas como Stalin y la estrategia del socialismo en un solo país y se hicieron propuestas comparativas de procesos revolucionarios entre la Revolución de Octubre y el mayo de 1968 o sobre el arte y la cultura durante y después de la revolución y el arte en las revoluciones mexicana y rusa (Crystal Stella Becerril)^[12].

En definitiva, el centenario de la Revolución Rusa alentó la convocatoria de numerosos encuentros en todo el mundo y la conclusión que podemos extraer es que aún quedan muchos aspectos por conocer

en profundidad sobre sus causas y sobre el contexto histórico y político que la hicieron posible. Necesitamos profundizar sobre su repercusión y sus consecuencias, con rigor intelectual y sin ataduras ideológicas para valorar hasta qué punto aquellos acontecimientos contribuyeron a transformar de una u otra forma la vida de la gente en el siglo XX. Seguramente, en un futuro más o menos inmediato nuevas aportaciones, deseamos que más novedosas que las que nos han llegado en el pasado centenario, contribuirán a enriquecer nuestro conocimiento sobre aquel proceso, porque « necesitamos otro tipo de conmemoración, que nos permita, por un lado, recuperar la historia de aquella gran esperanza frustrada en su dimensión más global, que encierra también nuestras luchas sociales. Pero que nos lleve a más, por otra parte, a reflexionar sobre algunas lecciones que los hechos de 1917 pueden ofrecernos en relación con nuestros problemas del presente »^[13].

12.– Puede descargarse el audio de todas las conferencias en www.historicalmaterialism.org/event/2017/11/historicalmaterialism-2017/london.

13.– Josep Fontana, « La revolución rusa y nosotros », *Nuestra Historia*, nº 2 (2016), p. 162.

«Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates»*

Sergio Cañas Díez

Universidad de La Rioja / Universidad de Zaragoza

Durante los días 20-22 de septiembre de 2018 se celebró en Alicante el XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, organizado por la Universidad de Alicante. Posiblemente se trate de uno de los congresos más grandes hechos en España durante este año. Sus más de cuatrocientos inscritos, sus casi doscientas exposiciones entre ponencias, conferencias y mesas redondas, y sus más de veinticinco talleres temáticos, así lo demuestran. En cuanto a la calidad, se trata de un congreso que cada dos años se supera, habiendo alcanzado actualmente una cuota muy alta en ese sentido. Por todo ello se trata de la cita por excelencia del contemporaneísmo en España. Aunque también en esta ocasión contó con una presencia y una participación de investigadores venidos desde más de veintisiete países extranjeros pertenecientes a cuatro continentes distintos, si bien fueron los espacios de habla hispana los que aportaron mayor componente exterior.

El congreso se desarrolló mediante la celebración de varias mesas simultáneas, que parece ser el modelo impuesto en reuniones de tal magnitud, pues de haberse articulado de otro modo la posibilidad de juntar a tantos investigadores y dar cabida a distintas líneas de trabajo se vería muy reducida. Y precisamente uno de los ras-

gos más positivos de este encuentro fue la reunión de historiadores con largas y consolidadas trayectorias académicas con una nueva cantera de historiadores que bien se están haciendo un hueco en el panorama profesional, o bien todavía están desarrollando sus primeros trabajos. Con todo, el hecho de no poder participar en todas las mesas nos obliga a basar este reportaje en las conferencias y talleres a los que asistimos.

En primer lugar, destacó la conferencia inaugural a cargo del historiador italiano E. Traverso, quien participó mediante una video-conferencia titulada «Autobiografía como paradigma historiográfico. Notas críticas». En ella explicó el cambio dado en la narrativa historiográfica por la inclusión de la autobiografía como género, cuya primera novedad pasa por narrar desde la primera persona donde tradicionalmente y desde sus inicios se empleaba la tercera. Todo lo cual se ve apoyado en la inclusión de la memoria como otra fuente histórica individual o colectiva, si bien siempre que sea objetivada en el taller del historiador para poder contarse entre las fuentes usadas para conocer la historia, que ha sido el estímulo que ha dado lugar a la tendencia autobiográfica entre los historiadores donde junto a los trabajos se incluyen las vivencias propias del autor. Estos hechos ya plantean en sí mismos un debate interesante, por cuanto el peso del positivismo ha conllevado

*«XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Del siglo XIX al XXI: Tendencias y debates», Universidad de Alicante, del 20 al 22 de septiembre de 2018.



que tradicionalmente el yo en la historia se haya concebido, y posiblemente todavía se conciba, como una suerte de herejía. Y lo cierto es que muchas veces da pie a hacer egohistoria, lo cual rompe completamente con lo que es la autobiografía. Más bien, en palabras de Traverso, se trata de reconocer que el mero uso de la tercera persona narrativa también es problemático, pues a veces no ha dejado de ser un barniz para presentar valoraciones subjetivas como hechos objetivos, por lo que usar la primera persona debe, ni más ni menos, someterse a los mismos principios para que sean un paréntesis historiográfico permitido y a su manera valioso para el lector y para el desarrollo de la historia como ciencia.

Al fin y al cabo desde un prisma crítico siempre se puede reconocer la carga subjetiva en el trabajo del historiador más riguroso por el mero hecho de escribir e investigar en un tiempo y un espacio dados. Para finalizar, se puso como ejemplo el trabajo del escritor J. Cercas, cuyo nombre planeó a lo largo de todo el congreso bien fuera para alabar su trabajo, bien fuera para criticarlo,

por presentar un estilo literario a medio camino entre la novela y la autobiografía o la biografía, y como modelo para poder contar «la historia de una historia». Un hecho que pese a no ser nuevo en su producción sobresale en su último libro *El monarca de las sombras*. Sin ser un libro de historia sí que se acerca más al ensayo que a la novela, por lo que resulta problemático considerarlo un libro de ficción tanto o más que un libro de historia. Aquí Traverso dejó el debate abierto aclarando que sin blanquear el franquismo —juicio de valor con el que en ocasiones se ha criticado el libro por sus detractores y que, por lo que llevamos leído, no hace justicia al planteamiento del texto, si se nos permite la digresión— lo cierto es que plantea la historia de un familiar del escritor como ser individual dentro de la Guerra Civil y sin hacer historia o microhistoria como normalmente la entendemos. Por todo ello surge la duda sobre si asistimos a un cambio de paradigma, a una novedad historiográfica, o hay que verlo como una novela. El debate está servido.

Una sesión que nos gustó fue la titula-

da «Género, movimientos sociales y nuevas subjetividades», una temática interesante dada su enorme implicación actual donde la perspectiva de género está al alza y su implicación en lo que denominamos nuevos movimientos sociales es importante. En general se trazó la historia contemporánea del feminismo como movimiento que implosiona en los años 60 del siglo pasado dentro de la intrahistoria del movimiento, y al mismo tiempo explota al presentarse como un nuevo movimiento social y de masas. Dado que durante los años 80 del siglo XX desarrolló muchas facetas y ramificaciones donde la más visible fue el movimiento LGTB, las coordinadoras quisieron repensarlo en el siglo XXI por lo que contribuyó a la libertad sexual, a la percepción del cuerpo humano, a las identidades sexuales, etc. Así se presentó un análisis de la identidad masculina durante la transición española a través de tres modelos sociales: el del «macho», el del «progre» y el del «galán», independientemente de que pudieran luchar o no hacerlo por y desde el feminismo. Seguido del caso de la artista Sara Montiel, que pasó de ser una musa erótica heterosexual durante la dictadura, a ser un ícono gay durante la etapa democrática, poniendo el acento en la simbolización de una imagen que mostraba desde finales de los años 50 una sexualidad desinhibida y era una estrella internacional, pero que al mismo tiempo mantenía elementos tradicionales en su quehacer profesional. Razones por las que a partir de la transición el movimiento gay se apropió de lo que tuvo como símbolo de transgresión al ser repudiada por los sectores más conservadores de la dictadura, y por haber importado ciertas novedades estéticas a España y por ende chocar con los valores socioculturales del nacionalcatolicismo. Otra perspectiva analizó la irrupción del feminismo dentro de la campaña pro amnistía dada en la España de

los años 70, interpretada como una ruptura hecha con las lecturas de clase al sumarle el aspecto feminista y plantear la ampliación de la amnistía para la mujer y la libertad corporal. Así, planteado como un hito para la construcción del feminismo como movimiento social, la idea principal que orientó esas manifestaciones fue que «lo personal es político» en tanto en cuanto durante la dictadura el aborto, el adulterio y los delitos sexuales, se tipificaban como delitos comunes y por ello tenían un origen político.

En penúltimo lugar un grupo de investigadoras presentaron un estudio de los documentales útiles para presentar un activismo feminista, así como una definición y caracterización de los mismos. Por último asistimos a una comunicación encaminada a inscribir el feminismo más como movimiento contracultural que como movimiento social, ya que entre distintos colectivos feministas de la transición se daba la paradoja que al entender la sexualidad como una herramienta política pasaba de ser «algo libre» a ser «algo predispuesto», mientras que la realidad individual reflejaba que las prácticas sexuales de muchas militantes feministas eran más tradicionales que lo que dictaba la teoría y además es un tema considerado por ellas como parte de su ámbito privado. En el debate al que se dio lugar se matizaron dos asuntos interesantes y que concitaron cierta unanimidad: lo primero fue diferenciar lo que es el movimiento feminista de lo que es la historia de las mujeres, es decir, tratar de no hacer equiparaciones acríticas entre mujeres y feminismo como si fuesen términos intercambiables. Por otro lado, también se matizó la ruptura entre la lectura de clase y el sindicalismo frente al movimiento feminista pro amnistía, ya que muchas de las luchas dadas en los barrios en ese sentido estaban introducidas por personas, mujeres, vinculadas a Comisiones Obreras y al PCE.

Un taller muy interesante fue el de «Naciones e identidades políticas. Circulación de proyectos colectivos entre Europa y América Latina», cuyo propósito fundamental fue presentar trabajos de historia transnacional entre Europa —principalmente España— y los distintos países que configuran el espacio latinoamericano. Desde ese prisma, se presentó un trabajo acerca de la influencia del krausismo en el reformismo social argentino entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, donde un personaje como G. Posada fue clave para entender este influjo dado que importó desde España distintas medidas sobre el derecho laboral y las adaptó a la realidad de Argentina. A continuación, se disertó sobre la copia del modelo punitivo europeo para crear un estándar acerca del castigo político en Chile entre 1843-1860, explicando la manera en que dentro del proceso de la lucha de clases establecida entre liberales y conservadores ambas terminaron aceptando e imponiendo un modelo represor estatal para controlar los delitos políticos e imponer el sistema liberal en Chile. En tercer lugar, se analizó la influencia mutua habida entre católicos y falangistas en tránsito entre Europa y América del sur, basándose en el caso de algunos intelectuales católicos que representaban el problema general del catolicismo frente a la implementación de la democracia, en un momento donde se apoyaba el levantamiento de Franco contra la República. Todo ello resultó en una doctrina híbrida donde se dieron argumentos católicos contra el fascismo al tiempo en que se criticaba el individualismo liberal, y se aceptó de forma crítica el sufragio universal siempre que se viera complementado por instituciones reguladoras como la propia Iglesia.

La siguiente ponencia analizó los límites de la historia nacional mediante la presentación del caso del periodista y corres-

ponsal de guerra inglés W. Walton, quien desarrolló gran parte de su carrera en los territorios de los imperios español y portugués y nutrió con sus escritos a otros intelectuales donde sobresale K. Marx. Este trabajo puso de manifiesto la dificultad que se tuvo para superar el marco analítico del Estado nacional, por cuanto se trataba de un autor nacionalista inglés que apoyó los procesos de independencia latinoamericanos, y que en cambio estuvo al lado de los movimientos legitimistas en Portugal y España. La penúltima propuesta fue una comunicación sobre el republicanismo en el espacio Atlántico durante la segunda mitad del ochocientos, centrándose sobre todo en la influencia habida del republicanismo norteamericano para la construcción del republicanismo federal español. Finalmente cerró la mesa una intervención que explicó la sintonía entre la edición de libros y el posicionamiento político durante las dictaduras de Brasil y Portugal, en donde el eje habido entre Portugal-Brasil guarda mucha relación entre el que hay entre España y los distintos países que componen Latinoamérica. En el debate posterior se discutieron y aclararon algunas cuestiones inherentes a la mesa, defendiéndose en general el interés de hacer estudios transnacionales para enriquecer antes que sustituir las distintas historias nacionales, a la par que éstas nutren la primera.

El segundo día del congreso se inició con una mesa redonda dedicada a repensar el siglo XIX. En ella participaron algunos de los historiadores españoles más relevantes y versados sobre la centuria decimonónica, moderados por otro de los pesos pesados de la historiografía española sobre el ochocientos como E. La Parra. Abrió el turno de palabra J. Millán afirmando que el siglo XIX todavía debe ser repensado e investigado y negando el pensamiento hegemónico de que se trata de una centuria ya conocida en

toda su complejidad. Reconociendo que en las últimas décadas se han producido grandes avances sobre la materia, apuntó al déficit que el conocimiento producido por éstos tiene frente a los manuales de historia generales que siguen reproduciendo esquemas tradicionales. En gran medida esto conlleva a que la investigación sobre el siglo XIX se haya supeditado, comúnmente, a las grandes teorías sociales y a temas de identidad nacional, o a explicar cómo se llegó al Desastre del 98 o a los vaivenes que tuvo la Segunda República Española. En suma, tomando la historia de la centuria como mero origen de hechos desarrollados al final de la misma o más de un siglo después, ya en el siglo XX. Por su parte, M. Sierra trató de responder a la pregunta sobre qué aporta el siglo XIX al contemporaneismo, indicando algunas virtudes que tiene el estudio de esa etapa frente al siglo XX como el hecho de que existan menos prejuicios y apriorismos. Por otro lado, caracterizó al ochocientos como un siglo abierto al conocimiento y al cambio político donde todo fue posible, si bien finalmente ocurrió de una determinada manera. Al respecto señaló que también fue una centuria de enfrentamiento político entre el viejo y el nuevo orden por dirigir la sociedad en su conjunto hacia un rumbo antagónico, lo cual no lo hace ser un mundo tan cerrado como nos parece visto desde la actualidad.

En último lugar, M. Suárez trató el debate sobre si el siglo XIX español puede verse como un atraso o un retraso frente a la modernidad continental o, por el contrario, reviste la misma normalidad que otros espacios vecinos. En ese sentido, señaló que fue la historia económica la primera en plantearse y dar respuesta a esa duda, de la que se coligió que el caso español fue un fracaso para alcanzar la modernidad, pero que aún reconociendo los débitos que a nivel metodológico, interpretativo, conclusi-

vo y de historia comparada se tienen frente a esta corriente historiográfica, actualmente no debemos tratar de adecuar las investigaciones actuales y de temas diversos a sus mismos resultados. Así, planteó la normalidad empírica-científica que existe actualmente en España frente al panorama internacional, y el enorme peso que «la cadena del franquismo» tuvo en la historiografía desarrollada en los años 70. Por lo que bien podemos hoy día quitarnos esa misma traba que ya no repercute intelectualmente, si bien teniendo en cuenta que «quitarse la cadena del franquismo es también quitarse la cadena del antifranquismo». De ese modo, es como se han podido desarrollar estudios de corte trasnacional y avanzar en distintos campos como el paso del A. Régimen al liberalismo, la historia cultural, la idea de modernidad, la relación entre Iglesia-Estado, si bien todavía quedan etapas y campos por cubrir como el moderantismo político, el Sexenio Revolucionario, el democratismo y la I República Española, más allá de la historia de las ideas que es otro de los campos donde la investigación sobre el siglo XIX ha sido especialmente fecunda.

En el debate posterior se incidió en que el siglo XIX nos muestra que debemos emplear «los plurales» para evitar caer en posiciones cerradas y por ende dogmáticas, por cuanto, verbigracia, no existió un liberalismo sino que hubo distintos liberalismos, no hubo una religión sino que hubo varias religiones... Es decir, distintas maneras de entender y practicar el liberalismo o un determinado credo religioso. Por otro lado se avisó del peligro de las explicaciones radicales, por cuanto historiográficamente hablando hemos pasado de aludir al fracaso del caso español en el XIX a hacer gala del éxito del mismo; de pensar el siglo XIX desde la excepcionalidad de la historia española decimonónica, a presentarla como un reflejo normal de la tesitura his-

tórica. Lo cual incide en que todavía quede mucho trabajo por hacer en lo referente a la historia comparada. No obstante, debemos siempre considerar que enfocando así la investigación del siglo XIX español frente a otros países del entorno puede que no encontremos respuestas tan diferentes a las que ya tenemos, si bien, debemos verlo como un analgésico: pues no quita la enfermedad pero sí alivia la dolencia del nacionalismo inflamado.

Otro taller al que acudimos fue el de «Imágenes del pasado. Políticas de Memoria y Ciencias Sociales», cuestiones que en los últimos tiempos está dominando el panorama historiográfico español y tienen muchas repercusiones prácticas en la actualidad. La mesa se configuró con distintos estudios de caso donde la realidad española pudo ser analizada y comparada con lo sucedido en otros lugares de Europa y América Latina, y todo ello sirvió para establecer distintas tesis teóricas y prácticas. Comenzando con el uso de la memoria como fuente historiográfica que afecta a varias disciplinas y no solo a la historia, y que atomizan la investigación de esta u otras ramas de las Ciencias Sociales. Así, se planteó que la relación entre Memoria y Justicia es una parte de la relación existente entre las Humanidades y el Derecho: mientras que el derecho, la justicia, da solución a problemas humanos coexiste una diferencia, a veces sustancial, entre lo que una sociedad considera es legal o justo, es decir, que no se separa lo que corresponde al campo del derecho o al campo de la ética. Por todo ello, dado que los Derechos Humanos son una construcción histórica, el derecho a la memoria puede plantearse como la armonía entre el Derecho y las Humanidades. Con todo, contamos con el problema de los sesgos de memoria que resulta en no ocuparse de todas las memorias por igual, lo que muchas veces se materializa

en el disgusto para trabajar desde la justicia con los pasados incómodos como «los vencidos», lo cual suele derivar en una realidad «amnética» donde se prefiere olvidar aquellas rémoras del pasado que molestan en el presente. También se analizó el papel del arte y de la cultura como modos reaccionarios de reflejar el pasado en tanto en cuanto reflejan y difunden las relaciones de poder dadas en un tiempo y un lugar concreto, ya que los productos que no se amolden a las mismas terminan por caer en los márgenes de la historia y al final se olvidan. Razón por la que se hace necesario rescatarlos en el presente si queremos presentar una visión histórica de conjunto. Por último, se hizo hincapié en la relación entre memoria y política histórica planteando que históricamente se ha hecho a través de dos modelos fundamentales: el expresivo o monocausal, que es el que contiene el testimonio individual y se trata de su forma más clásica, y el modelo comunicativo y multicausal, que es el que permite el intercambio entre el emisor y el receptor y está mediado por el contexto social.

A continuación asistimos a la mesa «Monarquías europeas contemporáneas: conceptos, representaciones y prácticas». Un taller que por la propia concepción y ejecución de los coordinadores se produjo íntegramente como una breve presentación por parte de la mesa de los trabajos admitidos, seguida de un largo e interesante debate donde además de los historiadores que componían el taller tuvo bastante participación por parte del público. En tal sentido se estableció la diferencia entre lo que es la biografía como género historiográfico y otras propuestas adyacentes a la figura de los reyes y reinas, si bien a la postre una buena biografía termina por integrar tanto la personalidad del personaje como lo que rodea a la Corona y el contexto histórico en que se desarrolla. De esa manera, elemen-

tos que pueden aparecer separados por las líneas de investigación como la persona y la personalidad de un determinado monarca, la Corona como institución en una etapa histórica concreta, y la camarilla como aquellas personas que están al servicio de la Monarquía y de los reyes pero que también influyen o tratan de influir en la toma de decisiones, pueden y deben ser relacionados en una biografía, pero pueden estudiarse de forma separada para avanzar en el conocimiento que se tiene de un aspecto. A ese respecto, también se destacó la importancia que ha tenido la historia cultural a la hora de renovar los estudios de la Corona como institución y de los reyes como personajes claves de la historia. Asimismo se incidió en la necesidad de plantear las repercusiones que las representaciones y las prácticas monárquicas tuvo para la Iglesia y para los movimientos republicanos, y viceversa, la importancia que tiene el estudio del republicanismo y del papel de la Iglesia a la hora de configurar las monarquías en edad contemporánea.

El último día de congreso comenzó con una mesa redonda decidida a debatir sobre si hacemos historia para todos los públicos. Moderada por E. Collado, en ella se dieron cita distintos investigadores y creadores. En primer lugar A. Pons habló sobre el divorcio existente en la actualidad entre el público y la academia, que explicó por el mantenimiento de un sistema educativo anquilosado, pensado para una sociedad pasada, y un sistema acreditativo de la calidad de la investigación mediado por la ANECA. Todo lo cual solo sirve para reproducir un círculo vicioso donde los historiadores nos leemos y citamos entre nosotros mismos si se pretende seguir ligado profesionalmente con la universidad, pero, que no premia la narrativa frente al análisis, impide a la sociedad conocer las novedades historiográficas y solo reactiva el oscurantismo aca-

démico de tipo técnico frente a la claridad expositiva. Como contraposición al modelo dado, explicó la utilidad de la Historia Pública generada en el ámbito estadounidense y bastante poco conocida en Europa, de cara a poder difundir los conocimientos entre la sociedad y en permanente diálogo con lo que podemos denominar la historia convencional. Pues no se trata tanto de plantear un cisma futuro como de reconocer que existe en el presente y de poner los medios para solucionarlo. A continuación tomó la palabra J. F. Jiménez, quien defendió la importancia de los videojuegos para el conocimiento de la historia ya que evitan al público tener que imaginar la realidad histórica pasada a través de la imagen, que se la representa directamente. Con un estilo muy fresco y directo, este medievalista analizó la paradoja de que hace algunas décadas profesores universitarios que como él defendían la importancia de esos recursos producidos por la sociedad moderna eran tildados como «freaks», si bien los cambios socioculturales que han ido operando resultan en que progresivamente «los raros» vayan a ser, y posiblemente ya estén siendo, quienes desconocen y/o desprecian la utilidad de los videojuegos para ayudar al conocimiento histórico y a su difusión mediante títulos muy conocidos por los aficionados a la cultura de videojuego.

El tercer conferenciante fue J. Olivares, guionista de series de ficción histórica tan exitosas en España como la primera temporada de *Isabel*, *El Ministerio del Tiempo* y *Víctor Ros*. Desde su planteamiento trató de diferenciar entre el interés popular por el pasado y el interés social por la historia, transformando la pregunta de la mesa redonda a ¿Debemos hacer Historia para todos los públicos? Desde su perspectiva de guionista de series de ficción con base histórica, este licenciado en Historia explicó su manera de trabajar, basada en primer

lugar en un conocimiento directo de la producción bibliográfica académica que junto a su equipo de trabajo tratan de insertar, claro está, en su creación según los intereses de la narración que quieren presentar, en la historia de ficción que quieren escribir. Es decir, no se trata de sustituir el conocimiento académico sino de que basándose en él se termine por hilar un producto televisivo, donde la ficción incide en los aspectos que el propio conocimiento histórico no condiciona o determina. Y por supuesto no olvida que se trata de presentar un producto audiovisual atractivo para el gran público, que sin embargo también pueda ser interesante para el historiador, en tanto en cuanto también forma parte del mismo. A pesar de algunas presiones recibidas por parte de directivos televisivos y productores, que a la postre son quienes pagan y deciden si una serie se hace y se emite, para tratar de sustituir ciertas tramas relacionadas con el análisis histórico más riguroso por una narración más relacionada con los problemas del presente que del pasado, Olivares demostró cómo la ficción con base histórica puede ser una buena manera de acercar la historia, al menos el pasado histórico, a un público más amplio que los manuales al uso. En último lugar, la escritora y divulgadora L. San José expuso su propia experiencia como licenciada en Historia y experta en el manejo de los recursos informáticos. Comprobando el interés que la visión de distintas series de televisión con trasfondo histórico genera entre el público, y que existía entre el mismo ciertas dudas sobre la veracidad o falsedad de algunas escenas, escenarios, o comportamientos, que tratan de resolver inmediatamente mediante los buscadores de internet antes que acudir a una biblioteca o a una librería, comenzó a crear un blog donde da respuesta a esas dudas concretas partiendo de la lectura de distinto material académico y señalando

las fuentes donde las personas interesadas pueden profundizar más. Eso le ha valido a la postre una dedicación profesional que dado el éxito de su iniciativa le ha llevado a colaborar en distintos proyectos, y a publicar varios libros relacionados con el tema de distintas series de éxito pasadas al trasluz del conocimiento histórico riguroso.

A continuación, participamos en la mesa dedicada al estudio de la nobleza, los comerciantes, los políticos y las redes cortesanas en España desde el reinado de Carlos IV hasta la Segunda República Española. Esta mesa planteada en el largo tiempo histórico, resultó muy interesante para establecer el papel que la nobleza tuvo en España desde las últimas décadas del Antiguo Régimen hasta el primer tercio del siglo XX. La razón de periodizar de este modo, es porque esas son las coordenadas que mejor permiten vislumbrar la adaptación en la época del liberalismo de un estamento dominante durante el absolutismo, hasta su decadencia como élite que puede establecerse en el segundo periodo republicano de la historia de España, en tanto en cuanto precisamente la eliminación de la figura del monarca es el último estadio democrático para la equiparación política y social de todos los miembros de una sociedad y el fundamento de la nobleza precisamente es, como estamento y clase histórica, la distinción. Pues la nobleza es ante todo una herencia y un símbolo que no puede elegirse, si bien a través del matrimonio históricamente se haya podido alcanzar y reforzar. Mediante la presentación y discusión de distintos trabajos versados en la prosopografía de distintas sagas nobiliarias, la biografía de algunos personajes y el estudio de conjunto partiendo de un prisma territorial, se pudo comprobar y explicar los distintos trasvases de la aristocracia en la contemporaneidad entre el mundo de los negocios y la política, o viceversa y sus distintas adaptaciones al

mundo moderno tanto en España como en diversos países de América Latina. Además, permitió comprobar que existen elementos para poder hablar de la nobleza como un grupo cerrado, como una clase social si se quiere, del mismo modo que se debe atender a sus diferencias espacio-temporales para no caer en marcos demasiado cerrados y demasiado reduccionistas de cara a establecer patrones interpretativos. Igualmente, se indicó en los cambios de modas sufridos por la nobleza desde el siglo XVIII hasta el siglo XX tanto en lo referente a su estereotipación formal, como al establecimiento de sus residencias en determinadas zonas de la ciudad o del espacio nacional, o frente al resto de los elementos que, en suma, conforman el capital material e inmaterial de la nobleza.

En general fue un congreso que puede calificarse como sobresaliente. Muy interesante, bien organizado, que dio cuenta de la excelencia que se está logrando en el campo de la Historia Contemporánea desde y fuera de España, pero también señaló los déficits y las vías que pueden abrirse. Los debates fueron por lo general apasionados y muy directos, pero sin alcanzar tintes patéticos y respetando en todo momento las más elementales reglas del civismo. Este tipo de encuentros donde pueden debatir

investigadores de distintas edades, procedencias geográficas y condiciones profesionales y académicas variadas, son un lujo ya que permiten el diálogo conjunto y también estimulan el conocimiento y las capacidades pedagógicas. Dadas las dimensiones colosales de este tipo de reuniones académicas, es justo reconocer la brillante organización que el equipo coordinador dispuso antes y durante la celebración del congreso. Desde las facilidades dadas para el transporte y el alojamiento hasta la organización de los almuerzos, el vino de honor y las actividades culturales extraordinarias, el equipo capitaneado por la profesora M. Moreno y compuesto por profesores, doctorandos y estudiantes del departamento de Humanidades Contemporáneas, supo estar a la altura de tamaño desafío facilitando información en todo momento y resolviendo las distintas dudas de los participantes mediante el correo electrónico o *in situ*. Valga este final para felicitar sinceramente a la organización y a los participantes por su trabajo y el alto nivel alcanzado entre todos. Esperamos con ganas la publicación de las comunicaciones, invitamos a quienes no pudieron asistir a su consulta confiando en haberles despertado el interés por su contenido, y esperamos con ganas la convocatoria del siguiente congreso de la AHC.

«Pensar con Marx hoy. Congreso 200 aniversario»*

Julián Sanz Hoya
Universitat de València

Organizar un congreso sobre Marx o sobre el pensamiento marxiano y marxista supone, o debe suponer siempre, un esfuerzo por tratar de interconectar las preocupaciones académicas y los esfuerzos activistas. Al fin y al cabo, siguiendo la conocida formulación de la decimoprimer tesis sobre Feuerbach, no se trata ya —solo— de interpretar el mundo, sino de transformarlo. Ello obliga a un complejo equilibrio entre la voluntad de rigor intelectual (tratando de recoger y debatir las aportaciones más relevantes en y sobre la tradición marxista procedentes de las diferentes áreas de conocimiento), la apuesta de plantear visiones globales y propuestas de acción, y la perentoria necesidad de conectar con los sectores más inquietos y transformadores de la sociedad. Nada sencillo, por tanto.

En la academia, pero también en el seno de las tradiciones políticas y de la esfera pública en su conjunto, existe una acusada tendencia a la conmemoración, al uso de los aniversarios como coartada para la rememoración, la reflexión y la revisión de diferentes hitos históricos. En este caso, se ha tratado del bicentenario del nacimiento de Karl Marx, como el pasado año fueron el centenario de la Revolución Rusa y los 150 años de la publicación del primer tomo de

*«Pensar con Marx hoy. Congreso 200 aniversario», Madrid, del 2 al 6 de octubre de 2018, Universidad Complutense de Madrid.



El Capital. Debo reconocer cierta extrañeza, pues si la revolución influyó determinante-mente en el curso del siglo XX y *El Capital* ha sido y sigue siendo una referencia indispensable de la cultura y la política contemporáneas, no creo que el nacimiento de una persona —que me disculpen los cristianos— represente *per se* un momento a conmemorar. Es cierto, en todo caso, que razones para pensar con Marx hoy sigue habiendo muchas y parece que la crisis económica

del capitalismo globalizado abierta en 2008 ha favorecido una recuperada atención hacia el análisis y la crítica que el revolucionario de Tréveris llevó a cabo sobre el orden capitalista. Con todo ello pretendo decir, a fin de cuentas, que quizá sería más adecuado plantear una agenda de reflexión y de elaboración intelectual crítica que no dependa tanto de conmemoraciones o fechas, y atienda sobre todo a las necesidades y las inquietudes desarrolladas en nuestras sociedades y en el seno de la lucha real por la transformación social.

Pensar con Marx hoy fue precisamente el sugerente título con el que se organizó en Madrid un extenso congreso desarrollado entre los días 2 y 6 de octubre, impulsado por la Fundación de Investigaciones Marxistas y organizado por la FIM, la Universidad Complutense de Madrid, la Fundación Europa de los Ciudadanos, Transform!, el Grupo de la Izquierda Unitaria Europea-Izquierda Verde Nórdica y el Partido de la Izquierda Europea. Se ha tratado de una propuesta muy ambiciosa, que reunió a participantes procedentes de veinte países de Europa, América, Asia y África, sumando dos centenares de ponencias y comunicaciones, que abordaron las aportaciones procedentes del marxismo en los ámbitos de la geopolítica y el imperialismo, la ecología, la literatura, la ciencia y la tecnología, la geografía urbana, la filosofía, la historia, la sociología, los análisis sobre América Latina, la educación, la economía, la ciencia política y del Estado, la psicología, el feminismo o la comunicación. Un cúmulo de aportaciones y de ejes temáticos que constituyó, al tiempo, uno de los éxitos y uno de los problemas del Congreso. Entre otras razones, que luego apuntaré, porque ello implica una multitud de intervenciones y un modelo de múltiples sesiones paralelas que dificultan asistir a sesiones interesantes y pensar globalmente en los resultados del congreso.

Por esa misma razón, esta reseña apuntará solo algunos de los aspectos que me han parecido más relevantes del mismo y, en especial, de las sesiones del eje de Historia, a las que pude prestar mayor atención.

Desde un punto de vista general, un primer punto a resaltar es la apuesta por el homenaje y el reconocimiento a algunas figuras de primer orden en el pensamiento marxista internacional, en especial en Latinoamérica. Así, Pablo González Casanova abrió las sesiones con una conferencia magistral sobre Marx y la ciencia crítica en el siglo XXI, y tanto González Casanova como Atilio Borón participaron a continuación en la sesión plenaria sobre «El marxismo y la izquierda en América Latina 50 años después de la matanza de Tlatelolco», un necesario recordatorio sobre la vigencia y la relevancia de la tradición intelectual y política del marxismo latinoamericano -lo que se vio complementado por el homenaje a Aníbal Quijano y Theotonio Dos Santos. El congreso se benefició asimismo de las contribuciones de un conjunto de expertos internacionales de notorio prestigio, como el sociólogo Armand Mattelart, uno de los más destacados analistas del mundo de la comunicación; la filósofa Nancy Holmström, reconocida como una de las principales representantes del feminismo marxista; los geógrafos Costis Hadjimichalis y Andy Merrifield; profesoras en educación como Wei Jin, Claudia Korol y Polina Chrysochou, sin olvidar al profesor Dave Hill; los filósofos David Schweickart y Frieder Otto Wolf, que compartieron una conferencia plenaria sobre ecología, materia y naturaleza en Marx; el profesor Maguèye Kassé, quien trató de acercarnos a la realidad del marxismo africano; o los expertos en psicología Ian Parker y Stephen Reicher. Por supuesto, estuvieron asimismo algunos de los autores y de las autoras más relevantes vinculados a la universidad española, como Montserrat

Galcerán, César Rendueles, Carlos Arenas, Marcos Roitman, Ramón Zallo, Xabier Arriazabalo, Jorge Sola, Juan Manuel Ramírez-Cendrero, Miguel Candel, Diego Guerrero, Carlos Berzosa, José Daniel Lacalle, Juan José Castillo, Juan Manuel Aragüés, Marina Subirats o María Eugenia Rodríguez Palop, entre otros nombres.

Como antes indicaba, la realización de numerosas sesiones temáticas que se celebraban paralelamente a la de Historia me ha impedido, desafortunadamente, asistir a aportaciones y debates que, mirando el programa o atendiendo a las referencias recibidas, debieron ser muy enriquecedoras. A primera vista, destacan la vitalidad y las temáticas abordadas en ejes como los de educación, economía, sociología o filosofía, el interés de mesas redondas como las dos dedicadas a la cuestión de clase en este tiempo de precariedad, o las sesiones plenarias sobre marxismo y comunicación, el capitalismo del siglo XX, democracia y Estado, la cuestión feminista o la ecología marxista (es posible visualizar algunas de ellas en internet a través del canal de la FIM en *youtube* y asimismo resultan útiles las crónicas publicadas por Pablo Batalla en *elcuadernodigital.com*). No puedo dejar de apuntar, con todo, que la acumulación de sesiones y actividades restó visibilidad y público a algunas que hubieran merecido mayor seguimiento; también que, pese a la vitalidad del movimiento feminista y el carácter urgente de sus principales reivindicaciones, tanto la conferencia de Nancy Holmström como el propio eje de feminismo no registraron ni la afluencia de público ni la vitalidad en aportaciones que cabría esperar, de modo que, si bien la cuestión estuvo también presente transversalmente en parte, la atención prestada estuvo lejos de lo que sería deseable.

Entrando en el eje de Historia, se desarrollaron varias sesiones en las que trata-

ron de incorporarse algunas de las preocupaciones más importantes que atañen a la tradición historiográfica marxista, por lo general con un buen nivel de debate y una asistencia aceptable. La primera sesión se dedicó a «Marx y la Historia» y comenzó con la ponencia de José Antonio Piqueras, con el título «El Dr. Marx en el taller del historiador», en la que planteó un repaso muy útil sobre el planteamiento metodológico del revolucionario alemán en relación con la Historia, poniendo de manifiesto cómo toda su visión básica se encuentra ya explicitada entre 1845 y 1848, si bien nunca desarrolló extensamente una teoría de la historia y su visión -como se puede comprobar en los prólogos al *Manifiesto Comunista*- no se mantuvo estática. Siguió a continuación las comunicaciones sobre el análisis histórico en Marx, en la que Sergio Cañas (Universidad de La Rioja) subrayó el interés de sus aportaciones sobre el Ochocientos, valorando la relevancia de los escritos periodísticos, lo que enlazó directamente con la aportación de Nicolás Hernández Aparicio (Universidad Nacional de Jujuy, Argentina) sobre el abordaje de la historia en los textos de Marx y Engels durante las décadas de 1850 y 1860. Aunque se presentó otro día por motivos de agenda, también trató la cuestión la comunicación de Carlos Hernández (Universidad CEU San Pablo de Madrid) sobre William Walton como fuente de información de Marx sobre España. Estas aportaciones, entre otros aspectos, permitieron ayudarnos a comprender la forma en que Marx se documentaba y escribía, así como insistir en el valor que tiene su producción periodística, dada a veces como menor, pero que permite ver la flexibilidad del método marxiano, muy alejado de las rigideces que algunos le han atribuido erróneamente, incluyendo su atención a los factores culturales y a la autonomía de la esfera política.

La segunda sesión se dedicó a la historiografía marxista, con la peculiaridad de que las tres comunicaciones presentadas se ocupaban de E. P. Thompson: Jorge Garcés, Julio Martínez-Cava y Álvaro Castaños se ocuparon del concepto de clase, el republicanismo y la desarticulación del «marxismo vulgar» en la obra del historiador británico, lo que facilitó un intercambio muy interesante, en el que también participó Ramón Boixadera, autor de una comunicación sobre Maurice Dobb en las sesiones de Economía. La felicitación por el renovado interés que se viene desarrollando en los últimos años por la potencialidad de la obra thompsoniana no debe obviar, con todo, la sorprendente falta de aportaciones sobre una realidad muchísimo más amplia como es la de la historiografía vinculada a la tradición marxista. De hecho, la sesión continuó con una mesa redonda sobre esta tradición en España, en la que Rosa Congost se ocupó de Pierre Vilar, José Luis Martín Ramos sobre la historiografía marxista catalana, Carlos Forcadell habló del magisterio de Juan José Carreras en la universidad del tardofranquismo y Manuel Chust presentó una visión general de la aportación de Enric Sebastià. Por su temática, esta sesión se complementó con la mesa redonda de homenaje a Josep Fontana el día siguiente, con la participación de Juan Andrade, Carlos Martínez Shaw, Carlos Forcadell y Rosa Congost, aún marcada por el pesar causado por su reciente desaparición (no entro en los contenidos de la mesa, pues esperamos que nuestros lectores puedan leerlos próximamente).

Las herramientas conceptuales más destacadas de la tradición analítica marxista fueron analizadas asimismo en diferentes sesiones. Así, la cuestión del trabajo y las clases sociales, con las comunicaciones de Alba Díaz Geada sobre la cuestión agraria en la historiografía contemporánea, Enrique González sobre la configuración de la

clase obrera navarra del tardofranquismo y José Candela sobre el concepto de aprendizaje social en Gramsci, configurando de este modo una mesa con variedad temática. Siguió la ponencia de Victoria López Barahona, dedicada a la aplicación de las categorías de análisis marxistas al mundo del trabajo precapitalista, en especial en el contexto del siglo XVIII, señalando la complejidad de las relaciones laborales existentes y defendiendo la utilidad del concepto de «clase de trabajadores pobres» para un amplio sector de la población urbana del periodo. Por su parte, Sergio Gálvez se ocupó de la clase trabajadora a finales del siglo XX, en una intervención con un amplio uso de fuentes estadísticas que procuró explicar las causas del retroceso de los derechos laborales y de la capacidad de organización sindical que venimos viviendo en las últimas décadas. Igualmente, otra sesión se centró en modos de producción, capital y economía, contando con la ponencia de Carlos Arenas sobre anticapitalismo y altercapitalismo, pasado, presente y futuro; así como con comunicaciones sobre dos de los aspectos más debatidos por la historiografía del s. XX, la de Lluís Torró sobre la transición del feudalismo al capitalismo y la de Manuel Chust sobre los modos de producción en América Latina.

Quisimos dedicar la última sesión a la situación de la tradición marxista frente a los retos y debates historiográficos de nuestro tiempo. Sofía Rodríguez inició esta reflexión hablando sobre la cuestión de género, abordando la relación entre movimiento socialista y cuestión femenina, para luego señalar el desarrollo de las concepciones feministas y de la historia de género. Jesús Sánchez planteó una larga revisión de la crisis del marxismo, desde sus raíces históricas hasta el desarrollo de las interpretaciones más recientes que disputan al marxismo la interpretación del mundo

social. Enlazando con ello, la ponencia de Francisco Erice ofreció una interpretación de conjunto del posmodernismo, muy crítica, proponiendo a continuación una reconstrucción de la historia marxista que sea capaz de dar respuesta a los desafíos planteados por las corrientes posmodernas.

De este modo, creo que puede afirmarse que las sesiones de Historia ofrecieron un interesante repaso de algunas de las cuestiones más relevantes relacionadas con la visión de la historia en Marx y el desarrollo de la influencia marxista en la historiografía, si bien quedaron también aspectos relevantes sin tratar. Fue, así, un foro de encuentro que propició debates, que dio a conocer trabajos en curso y reflexiones teóricas, y que permitió el acercamiento entre historiadores e historiadoras con intereses comunes. Obviamente, ello no excluye que puedan señalarse carencias en el planteamiento y el desarrollo de las sesiones, entre las que destacaría dos principales: la tendencia a quedarse en el terreno de la historia contemporánea y la escasa interconexión con otras áreas temáticas, pese a la evidente relación de muchos de los aspectos tratados con las preocupaciones de la filosofía, la economía o la sociología, entre otras. Seguramente hubiera sido más fértil plantear sesiones combinadas, con participación de varias áreas, en torno a algunos de los problemas, de las categorías y de las temáticas más relevantes de la tradición marxista.

Esto nos lleva a una de las consideraciones autocríticas que nos resultaron más evidentes a la vista de las sesiones del Congreso. Resulta como mínimo extraño el pensar con Marx a partir de una fragmentación tan grande en saberes académicos o áreas temáticas, siendo una de las aportaciones y de las características más notorias del filósofo alemán la apuesta por una visión global, totalizadora, de los procesos sociales. Resulta evidente que, dadas las múltiples vertientes del pensamiento y la herencia marxiana, así como los diferentes enfoques por saberes, era preciso hasta cierto punto organizar ejes y también que resulta difícil dar cabida a todas las cuestiones a tratar sin realizar sesiones paralelas. Sin embargo, el resultado ha sido una excesiva compartimentación, que dificultó el planteamiento de visiones globales y de debates compartidos, así como el enriquecimiento por el cruce entre entornos y saberes especializados que cada día la vida académica tiende a convertir en compartimentos estancos, y ello pese a que en muchas sesiones se tocaban temas que se solapaban constantemente. Podría decirse, en ese sentido, que ha sido un congreso demasiado académico y que cabría haber imaginado de una forma diferente, por más que *Pensar con Marx hoy* haya constituido un foro científico de primer orden y uno de los principales congresos que en el ámbito internacional se han ocupado este señalado año de Karl Marx y de su amplia herencia.

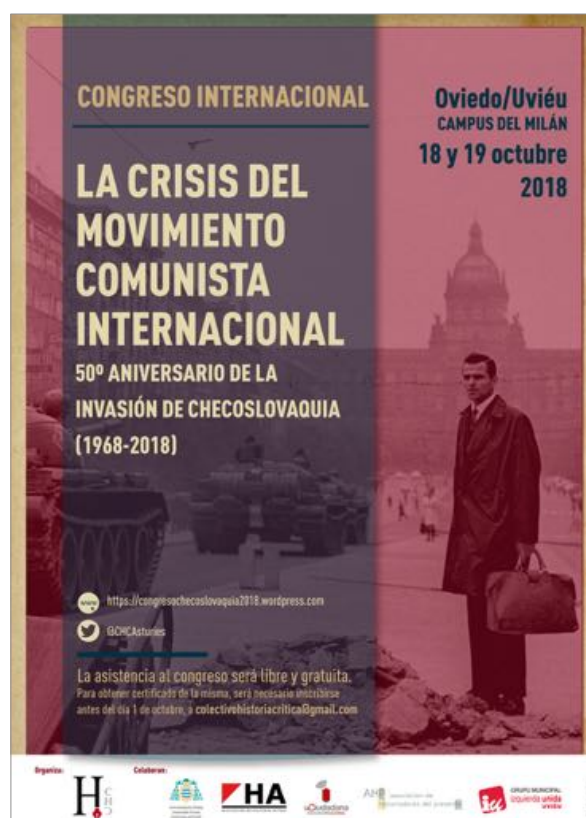
«La crisis del movimiento comunista internacional. 50º aniversario de la invasión de Checoslovaquia»*

Eduardo Abad García
Universidad de Oviedo

Los días 18 y 19 de octubre de 2018 tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo este interesante congreso internacional impulsado por el Colectivo Historia Crítica (CHC). Sin embargo, su celebración no hubiera sido posible sin el inestimable apoyo del Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Oviedo, del grupo municipal de Izquierda Unida de Oviedo y de la asociación cultural «la ciudadana».

El cincuenta aniversario de 1968 ofrecía una oportuna ocasión para reflexionar sobre las trascendentales consecuencias de esta efeméride en la historia contemporánea europea. Partiendo de la necesidad de superar las visiones reduccionistas que, por desgracia, este año han vuelto a limitar principalmente los acontecimientos del 68 al mayo francés, este congreso se adentró en otra faceta menos conocida y estudiada. El CHC apostó por organizar un congreso que se centrará en las consecuencias globales de la crisis de Checoslovaquia para los y las comunistas. Esta nueva etapa comenzó en enero de 1968, cuando el Partido Comunista de Checoslovaquia inició un nuevo rumbo, impulsando una serie de reformas que se alejaban del modelo de socialismo

*«La crisis del movimiento comunista internacional. 50º aniversario de la invasión de Checoslovaquia», Oviedo, 18 y 19 de octubre de 2018.



que hasta ese momento era la norma en los países del «socialismo real». Sin embargo, pocos eran los que se atrevían a aventurar el dramático desenlace de los hechos. El 21 de agosto de 1968 las tropas militares del Pacto de Varsovia intervenían en la República Socialista de Checoslovaquia poniendo fin al programa de reformas. Estos graves acontecimientos supusieron un punto de inflexión dentro del movimiento comu-

nista internacional. Las crisis, divergencias y conflictos estallaron en los partidos comunistas occidentales, algunos de los cuales vieron en esta invasión la excusa para distanciarse de la Unión Soviética.

Aunque se ha escrito mucho sobre las consecuencias de esta crisis y existen importantes trabajos publicados, resultaba notable que en los últimos años se había producido un estancamiento en las investigaciones sobre este campo. Por esta razón, con ocasión del 50º aniversario de la invasión de Checoslovaquia, el CHC impulsó la organización de un congreso internacional sobre las consecuencias de tales acontecimientos en el movimiento comunista. El objetivo fundamental de este evento fue, no solo presentar una puesta al día de los estudios existentes sobre esta temática, sino también impulsar nuevos trabajos de investigación que arrojaran luz sobre aspectos poco estudiados hasta el momento, favoreciendo el debate entre la comunidad investigadora.

El congreso fomentó durante estos dos días la discusión abierta y plural sobre el verdadero alcance de la crisis de Checoslovaquia, especialmente en torno a las continuidades y rupturas producidas en los partidos comunistas europeos. Los debates fueron planteados en un marco académico y científico, lejos de los tópicos y los mitos existentes al respecto. El congreso se estructuró en cuatro mesas temáticas, en el marco de las cuales los investigadores participantes abordaron diversos aspectos y dimensiones del proceso con una metodología práctica que favoreció el debate abierto y la participación del público asistente. Para ello se contó con algunos de los principales especialistas en la historia del comunismo provenientes de varias universidades españolas y europeas. Al mismo tiempo, para promover la participación de jóvenes investigadores, se abrió un *call for*

papers que recibió numerosas propuestas. Los ponentes fueron seleccionados por el comité científico, basándose en la gran calidad de las investigaciones que han llevado a cabo en los últimos años sobre el tema objeto del congreso y otros temas conexos. Participaron un total de 17 ponentes, de ellos, 7 procedentes de universidades extranjeras (de Francia, Italia, Portugal y la República Checa) y otros 10 de distintas universidades y centros de investigación españoles (Oviedo, Valladolid, Cádiz, Autónoma de Barcelona, Rey Juan Carlos de Madrid, etc.).

El jueves 18, tras la inauguración oficial del evento por parte de las autoridades, tuvo lugar la primera mesa. En ella se abordó la influencia directa de la crisis de Checoslovaquia en la conformación de lo que posteriormente sería conocido como *eurocomunismo*. Francisco Erice realizó un análisis comparado de la actitud del PCE frente a las dos grandes crisis en el socialismo real, la húngara de 1956 y la checoslovaca del 68. Posteriormente, Serge Buj analizó el impacto de la invasión checoslovaca en el comunismo francés y Emanuele Treglia rastreó su influencia en el comunismo español. Para finalizar, Alexander Hobel hizo lo mismo para el caso italiano.

El viernes 19 comenzó con la segunda mesa, centrada en las actitudes de los comunistas más ortodoxos. Joao Madeira y Ana Sofía Ferreira expusieron el impacto en la izquierda portuguesa, centrándose el primero en el partido comunista y la segunda en la izquierda revolucionaria. Posteriormente Víctor Peña habló de cómo fue vivida la invasión entre sectores ortodoxos del comunismo italiano y europeo. Por último, yo abordé los distintos relatos contruidos en el imaginario colectivo de la militancia comunista ortodoxa respecto a la intervención militar en Checoslovaquia.

La tercera mesa tuvo un carácter mucho

más heterogéneo, abordando el impacto de la primavera de Praga en el socialismo real y la guerra fría. Ricardo Martín de la Guardia desarrolló el impacto de los acontecimientos en el país checoslovaco en la posterior destrucción del socialismo soviético. Pavel Szobi ofreció una interesante visión de las políticas exteriores en el continente africano del país centroeuropeo. Por su parte, Miguel Ángel Pérez expuso como el grupo de Flausing Torres vivió la invasión. Pedro García Bilbao habló de las contradicciones del movimiento comunista en el escenario checoslovaco a través de varias biografías. Por último, Frédéric Heurtebize expuso la evolución del movimiento comunista del 68 hacia la distensión y el eurocomunismo.

La cuarta mesa se centró en el papel de los intelectuales, la construcción de memoria y las consecuencias del 68 en Asturias. En primer lugar, fue leída la comunicación de José Carlos Rueda sobre las representaciones del 68 en la memoria del PCE, posteriormente Giaime Pala explicó el hondo calado de estos acontecimientos entre la intelectualidad comunista en Italia, Francia y España. Por último, Carmen García hizo un repaso sobre como influyó la crisis che-

coslovaca entre los comunistas asturianos.

Además, es necesario mencionar la sesión de clausura celebrada en el Manglar y que contó con un numeroso público. Para ello se contó con el testimonio del historiador Enrique Líster López, hijo del histórico dirigente comunista Enrique Líster Forján, quien se encontraba en Praga aquella fatídica noche de agosto de 1968, cuando se produjo la intervención militar de las tropas del Tratado de Varsovia. Este testigo directo de los hechos ofreció una larga conferencia sobre su visión de las consecuencias de la intervención en el seno del movimiento comunista, que de buen seguro no dejó indiferente a nadie.

En conclusión, se puede decir que el congreso «La crisis del movimiento comunista internacional. 50º aniversario de la invasión de Checoslovaquia» fue todo un éxito. La Combinación de las perspectivas que ofrecieron los historiadores consolidados con las nuevas aportaciones de jóvenes historiadores, ofrecieron unos resultados muy positivos. Tanto por el alto nivel de las ponencias como por la riqueza de los debates, este congreso ha superado todas las expectativas de los propios organizadores.

El Pazo de Meirás: un pasado entre las sombras del silencio

Emilio Grandío

Universidade de Santiago de Compostela

En la actualidad cuando uno piensa en Francisco Franco dos son los mayores referentes simbólicos aún presentes: el Valle de los Caídos y el Pazo de Meirás. Las imágenes de este último que se transmitían en los veranos del NODO durante cuarenta años representaba el contrapunto idílico a lo que realmente hacía la Dictadura. Aquel era el espacio de relajación del Dictador. Un paisaje tranquilo, acolchado entre suaves y acariciantes formas. Colores y olores gallegos. Suaves laderas, húmedos verdes y olor a salitre. Era la expresión que se quería dar del régimen, y de Franco. Era alguien «normal» con intereses normales, que sólo deseaba sentarse con una gorra de marinero bajo un toldo y ver jugar a sus nietos con la arena de una playa. Eso sí. Una playa cerrada y controlada desde varios días antes. Y mientras se rodaban las escenas del noticiero con patrullas de Guardia Mora a caballo... El Pazo de Meirás era un recurso más para desplegar la propaganda del régimen. Un orden tranquilo y tradicional. Sin conflictos. Un paraíso que tiene un pasado en su adquisición por los Franco.

El Pazo de Meirás era una antigua Torre de defensa que fue acondicionada a manera y semejanza de la Condesa de Pardo Bazán,

propietaria de buena parte de la comarca. Literata coruñesa de prestigio a caballo entre el siglo XIX y el XX, logró construir en el pueblo de Meirás (municipio de Sada) un espacio de recreo y contacto con personajes importantes de la vida social y cultural española. Su biblioteca en la Torre de la Quimera de este Pazo causaba admiración. Su gran actividad personal, unida a las grandes relaciones sociales que mantenía, convirtió al Pazo en un relevante centro de irradiación cultural a principios del siglo XX^[1].

Cuando muere la Condesa de Pardo Bazán hay un período de difícil acomodo del Pazo entre sus herederos. En los años finales de la II República el Pazo de Meirás era un espacio no muy cuidado, y que necesitaba enormes reparaciones... Para su conservación se habían pedido préstamos para frenar un deterioro progresivo. Incluso hubo tentativas en aquellos años de cederlo a los jesuitas pero llegó julio de 1936...

El golpe militar para echar abajo la dirección de la República por el Frente Popular fracasa. Deriva finalmente en una

1.- Sobre la historia del Pazo de Meirás, ver el documentado trabajo de Carlos Badío Urkidi y Manuel Pérez Lorenzo, *Meirás. Un pazo, un caudillo, un espolio*, Santiago de Compostela, Fundación Galiza Sempre, 2017.



El Rey emérito y su familia visitando a Franco en el Pazo de Meirás (Fuente: eldiariodeleon.es).

guerra civil de tres años como ya sabemos. Dentro de los sublevados una figura desde muy pronto emerge por encima de otras: el General Franco. Un ferrolano que desarrolla su carrera militar fuera de Galicia, con la excepción de un período de residencia en A Coruña en 1932, coincidente por cierto con el fallido golpe de Sanjurjo que no quiso secundar. Franco se ha convertido en el referente de los golpistas, primero militar y posteriormente político. Su campaña de imagen, nunca descuidada, ya iniciada en su período en Marruecos^[2], le conduce a la consideración de «Generalísimo» o «Caudillo», remedos lingüísticos del necesario liderazgo característico de los regímenes fascistas. A través de la figura del líder se resume una gran parte de lo que el régimen quería mostrar de sí mismo.

Avanzada buena parte del conflicto civil y reafirmado este liderazgo buena parte de las sociedades locales españolas pretenden

congraciarse con el que se presume vencedor de la guerra. Muchas localidades le plantean a Franco la cesión de una residencia para pasar su período estival. El dictador elegirá dos: San Sebastián (Palacio de Ayete) y Meirás. ¿Por qué Meirás? Variadas son las razones: cercanía a su localidad natal a través del mar, aislamiento necesario y capacidad de controles de acceso para la seguridad, situación privilegiada, y, por qué no, también una distancia de aproximadamente un kilómetro hasta la finca de verano de uno de sus mejores amigos: el banquero Pedro Barrié de la Maza. Precisamente el préstamo de los herederos de Pardo Bazán sobre Meirás se había conseguido en el banco de Barrié, el Banco Pastor.

La manera en que se cede el Pazo recuerda mucho a los procesos de requisa —camuflados como aportaciones voluntarias— que se están realizando a favor de las tropas sublevadas en todos los rincones de España. Se monta una institución no oficial («Junta Pro Pazo del Caudillo») pero que cuenta con la colaboración de los represen-

2.- Laura Zenobi, *La construcción del mito de Franco*, Madrid, Cátedra, 2011.

tantes públicos y «fuerzas vivas» de A Coruña: Diputación Provincial, Gobernador Civil, representante del Ejército, Alcaldes de los principales municipios de la provincia, Concejales, Cámara de Comercio, Cámara de la Propiedad Urbana, directores de los principales medios de comunicación...^[3]. Esta entidad se va a encargar de coordinar la llegada de los donativos solicitados para levantar las cargas que sobre el Pazo de Meirás recaían y así entregárselo como un «regalo» de toda la provincia al Caudillo. La obtención de estos recursos se realizará a través de la llamada «Suscripción Popular Pro Pazo del Caudillo». Se detrajo una peseta de todos los sueldos de los funcionarios además de esas donaciones «voluntarias» por toda la provincia.

El problema surge cuando la cantidad recogida al cabo de unos meses no llegaba ni por asomo a lo pretendido para que el Banco Pastor saldara cuentas. La solución final residió en detraer de todos los presupuestos municipales del año 1939 de la provincia una cantidad prorrateada para paliar finalmente el resto de esta deuda. Imagínense lo que significa esa obligatoriedad en medio de unas finanzas municipales ya deterioradas, totalmente rotas tras la crisis económica sufrida en los años republicanos y en medio de un conflicto bélico que no se había resuelto. A algunos Ayuntamientos esta imposición les provoca una situación de quiebra técnica, como por ejemplo en la propia capital provincial, A Coruña, como así se deja expreso en sus informes municipales^[4]. Con más problemas de los esperados, finalmente se reúne el dinero. La duración de la Junta Pro Pazo termina en el momento de la entrega. De hecho cambia de dirección al año siguiente en la persona

del propio Barrié, quién liquida finalmente la asociación de intereses.

En todo este proceso es indispensable citar el contexto, ligado a unas enormes medidas de represión en las que el aparato del régimen actúa con total impunidad. Desde 1936 el régimen vive en una situación constante de provisionalidad legal, con una constante necesidad de visualizar el poder a través de la violencia^[5]. Además, Francisco Franco no es sólo la imagen del Estado, sino que en su condición de Dictador es fuente de ley en sí misma: su voluntad personal puede cambiar todas las reglas de la convivencia social. Amo y señor.

El Estado se diluye, desaparece en la actividad de lo que se dan en llamar «familias» del régimen. Lo «público» se privatiza. La percepción de la distancia entre administrador y administrado hace que el monopolio de poder aumente, siempre a través de elitistas redes relacionales.

Solventado el problema del abono del préstamo, los trámites para la entrega del Pazo y una pequeña extensión de terreno adyacente se realizan. Carmen Polo visita en un par de ocasiones el Pazo para coordinar y dirigir sus reformas y equipar la residencia. Finalmente el Pazo es entregado al Caudillo en un acto oficial realizado el 5 de diciembre de 1938 con la entrega de dos pergaminos -ninguno de los originales se conserva en la actualidad, aunque sí existen copias de uno de ellos-, y en la condición de «Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos». Y así continúa sin más novedad durante tres años. En 1941 el Pazo se inscribe en el Registro de la Propiedad como compra-venta entre particulares. En este se hace constar de manera expresa que

3.- *La Voz de Galicia*, 27 de marzo de 1938.

4.- Ver Emilio Grandío, *Años de guerra: A Coruña (1936-1939)*, A Coruña, Vía Láctea Editorial, 2000.

5.- Javier Rodrigo, «La violencia rebelde fue, a la vez, masiva y selectiva. Masiva en cantidad y selectiva en naturaleza»; Javier Rodrigo: *Una historia de violencia. Historiografías del terror en la Europa del siglo XX*, México, Anthropos / UNAM / Siglo XXI, 2017, p. 86.

el Pazo de Meirás es propiedad de Francisco Franco Bahamonde.

El Pazo comienza a funcionar como residencia de verano del Dictador en 1939 y continuará así de manera ininterrumpida hasta la muerte del Dictador en 1975. Meirás se convertía durante unos meses en el centro de poder del Estado, en la referencia de todos aquellos que quisieran establecer relaciones con la Dictadura o que quisieran contactar con dirigentes del régimen. Y es que durante esos casi cuarenta años se realizaron anualmente Consejos de Ministros, además de recepciones, comidas y cenas de gala con personalidades, Jefes del Estado, etc.

Además de los recintos del Pazo utilizados por la familia de manera privada, hubo también que crear, adecuar y mejorar la capacidad de los servicios que conlleva el traslado de una «Corte» durante semanas a un pequeño pueblo gallego. Coordinadas por las Casas Civil y Militar de S.E. el Jefe del Estado, se posibilitó dentro del recinto el acondicionamiento de espacios para el servicio, la tropa, los servicios de vigilancia, el adecentamiento de la muralla, los servicios de agua y luz... Todo ello con cargo a los presupuestos del Estado. Ampliando espacio y territorio a lo largo de estos años cuando hacía falta.

El Pazo de Meirás era tratado exactamente igual que la residencia usual del Jefe del Estado. La ejecución de proyectos y presupuestos de obras fue asumida sobre todo por el Ministerio del Ejército, a través de la *Comandancia de Fortificaciones y Obras de La Coruña* desde el año 1942 a 1975. De hecho, en alguna documentación localizada se observan los mismos papeles que «El Pardo» o «Ayete», pero tachado aquel nombre y escrito por encima «Meirás». Tanto Ayete como Meirás tenían la consideración en los presupuestos de la Casa Civil de «residencias de verano». La Casa Civil se encargaba del abastecimiento, gastos

corrientes y contratación de personal. Todas las instituciones participaban en ello: el Ayuntamiento de A Coruña se encargaba de la jardinería y su mantenimiento anual. En esta implicación tiene mucho que ver Alfonso Molina, uno de los Alcaldes de la ciudad más longevos en el cargo, que fue encargado en un primer momento, como Ingeniero-Jefe de la Diputación Provincial, de todas las reformas del Pazo.

Todo ello conllevó un cambio radical en la sociedad local. Meirás era tradicionalmente un espacio de explotación agraria de fuerte influencia sindical durante los años de la República. Todo eso cambió de la noche a la mañana entre otras cosas por la anexión paulatina a lo largo de todos estos años —y por distintos medios— de fincas cercanas que incrementan el valor patrimonial del Pazo. Se acomodaba también la carretera exterior para un mejor servicio. Se arbolaban kilómetros previos de los accesos por carretera para que sirviera de sombra el camino de la comitiva durante su estancia y trayectos a la playa. Se montaba un servicio de vigilancia exterior cada pocos metros en esa misma carretera a cargo de números de la Guardia Civil durante kilómetros. Meirás se había convertido, en palabras del mismo Embajador inglés durante la Segunda Guerra Mundial, Samuel Hoare, en el *Berchtersgaden* («Nido de águilas») español^[6]. Es evidente que para los vecinos de Meirás hubo un antes y un después de Franco.

Este proceso de apropiación de lo público tiene mucho que ver con los valores que difunde un régimen totalitario controlado por grupos de poder que desprecian lo que significa la «res pública». Lo «público» y lo «privado» se confunden. Respecto de la familia hay varios ejemplos más en Galicia.

6.— El propio Embajador dejó constancia en sus memorias de que la suscripción pública para la compra del Pazo no funcionaba; Samuel Hoare (1977), *Embajador ante Franco en Misión Especial*, Madrid, Sedmay Ediciones, 1977, p. 248.

La «Casa Cornide», un palacete urbano del siglo XVIII instalado en la zona vieja de A Coruña, fue utilizado como residencia urbana por Carmen Polo. Su proceso de venta fue muy semejante al del Pazo. Aquí no hizo falta crear una Junta propia, el mismo Pedro Barrié, que ya había actuado autorizado por Franco con un poder notarial en 1941, continuó como intermediario para que se les cediera un edificio de gran valor artístico y patrimonial, que había sido anteriormente utilizado como Ayuntamiento o escuela. O las famosas estatuas del Pórtico de la Gloria, propiedad del Ayuntamiento de Santiago de Compostela, y que fueron «regaladas» tras una visita de Carmen Polo. Por cierto, en la actualidad se encuentran en el Pazo de Meirás.

Tras la muerte de Franco, el Pazo se había conservado dentro de la memoria local como algo olvidado, que la memoria había dejado en un rincón del cerebro de los vecinos de Sada. Era recordado cuando cada verano, o con motivo de alguna celebración familiar, se abría el Pazo para su uso privado. Hace cerca de diez años es la movilización social protagonizada por colectivos de memoria junto a las demandas del Ayuntamiento de Sada los que colocan de nuevo en el debate social el hecho de la posesión de la Familia Franco del recinto^[7]. Tras estas campañas se consigue finalmente la declaración por la Xunta de Galicia del Pazo de Meirás como BIC, lo que conllevaba la obligatoriedad de un régimen periódico de visitas^[8]. Esta apertura se realiza a partir de marzo del 2011, aunque de manera intermitente y con un cumplimiento mínimo de la normativa.

7.- <https://www.youtube.com/watch?v=yPVqvFt64cU> (consultado el 24 de octubre del 2018).

8.- <https://www.lavozdegalicia.es/noticia/galicia/2008/12/30/xunta-declara-bien-interes-cultural-pazo-meiras/00031230639611651495824.htm> (consultado el 24 de octubre del 2018).

Seis años después, en el verano del 2017, la Fundación Francisco Franco asume la gestión del Pazo, lo que implica también la explicación interna del recinto. Meses más tarde la Familia Franco, tras el fallecimiento de Carmen Franco, pone en venta el Pazo. Ante esta nueva situación, a la protesta de las entidades protagonistas de las demandas anteriores, se suma la creación a instancias de la Deputación de A Coruña de una «Xunta Pro Devolución do Pazo», buscando un efecto mimético respecto a aquella Junta que ochenta años antes la había entregado a Francisco Franco. Compuesta por representantes de la Deputación Provincial de A Coruña, Concellos de A Coruña y Sada, Real Academia Galega, Universidades de A Coruña y Santiago, historiadores, asociaciones memorialistas... realiza un Informe histórico-jurídico. El resultado de este hace incidir su demanda en el vacío legal existente entre los años 1938 a 1941 para que el Pazo se convierta en espacio público a través de una reclamación vía Patrimonio Nacional^[9]. El Pleno de la Deputación lo aprueba por todos los grupos políticos el 23 de marzo de 2018^[10].

De manera paralela, la Xunta de Galicia crea a finales de 2017, por mandato parlamentario, un «Comité de Expertos» (compuesto por personal de Universidades, Registradores de la Propiedad, Colegio de Notarios, historiadores, responsables servicios técnicos de la Xunta de Galicia...) que elabora a su vez otro informe con idéntico cometido que el de la Deputación Provin-

9.- <http://praza.gal/politica/16152/o-informe-sobre-meiras-cambia-o-escenario-a-deputacion-instara-a-patrimonio-nacional-a-recuperar-o-pazo/> (consultado el 24 de octubre del 2018).

10.- <https://www.europapress.es/galicia/noticia-acuerdo-unanime-diputacion-coruna-recuperar-pazo-meiras-20180323160819.html> (consultado el 24 de octubre del 2018).

cial^[11]. Este será aprobado el 11 de junio del 2018 por unanimidad de todos los grupos políticos en el Parlamento de Galicia^[12]. En este caso se incide en la condición permanente del Pazo de Meirás como residencia de verano del Jefe del Estado, y que su mantenimiento se realiza de manera constante con fondos públicos. En este caso la reclamación la tendría que efectuar Patrimonio del Estado.

La Dirección General para la Memoria Histórica, creada en agosto de 2018, ha recibido estos dos informes y, a la vista de ellos, encarga a la Abogacía del Estado que redacte su propio informe, proceso en el que nos encontramos en el momento de escribir estas líneas.

Como se puede observar, la historia del Pazo de Meirás aún no está concluida. Como muchos otros espacios de estas características, incompatibles hoy en día con un régi-

men democrático. Meirás es el ejemplo perfecto de las deficiencias y huecos legales que lastran los primeros años de la transición. El olvido sobre estos hechos ha sido «legitimado» administrativamente por el uso particular de la propiedad, en el contexto de un entramado jurídico que no ha cambiado lo suficiente desde los años de la Dictadura y que permite que no se puedan llevar adelante acciones que le correspondería adoptar a un régimen democrático en relación con los bienes obtenidos no de manera «ilícita» pero sí abusiva durante la Dictadura. Y es que conviene recordar que en este país se hizo una «transición», no ruptura, desde un régimen totalitario a uno democrático. Y en ese camino que nos conduce del aparato y legislación franquista a nuevos paradigmas democráticos, se conservan historias oscuras sin airear. Un pasado camuflado entre las sombras del silencio.

11.-https://www.eldiario.es/galicia/politica/Meiras-franquismo-memoria_historica_0_786022281.html (consultado el 24 de octubre del 2018).

12.-<https://www.laopinion.es/nacional/2018/07/11/unanimidad-parlamento-galicia-reclamar-pazo/892952.html> (consultado el 24 de octubre del 2018).

40 años de Constitución, 40 años de impunidad

Esther López Barceló

Responsable de Memoria Democrática de IU

«La venganza es inadmisible
la justicia es necesaria»

Marcos Ana

Este año se celebran cuatro décadas de democracia. Una democracia, sin embargo, cimentada sobre miles de fosas comunes en las que yacen millares de personas asesinadas por el régimen franquista. Cifra que nos sitúa en el segundo puesto de un ránking ignominioso: el de los países con mayor número de desaparecidos forzados del mundo. No obstante, estos datos no han sido suficientes como para que el Estado social y democrático de derecho en el que, según la Constitución nos encontramos, haya facilitado los cauces oportunos para perseguir los crímenes de lesa humanidad que los provocaron. Si buscamos más allá de las cifras de desaparecidos encontraremos cientos de miles de historias familiares quebradas física, psíquica y, seguro, económicamente. Es por ello que, en pleno siglo XXI, es necesario seguir reivindicando el acceso al derecho a la justicia de todas esas personas que aún hoy reclaman un reconocimiento como tales, una reparación moral, simbólica y que, de una vez por todas, se haga justicia. Sin embargo, a pesar de que el inicio del mandato de Pedro Sánchez como presidente del gobierno anunciaba vientos de cambio en ese sentido, en la práctica tan sólo se ha producido la aprobación de un Real Decreto para exhumar a Franco del Valle de los Caídos —por cierto, este aún en

proceso de debate parlamentario, ya que se está tramitando como proyecto de ley—.

Sin embargo, las víctimas siguen pidiendo amparo en otro país, al otro lado del océano, para poder ejercer sus derechos. Mientras la llamada Querrela Argentina sigue aumentando en querellantes y querellados, el gobierno español sigue avalando, por omisión, la impunidad del franquismo. Desde Izquierda Unida hemos elaborado una proposición legislativa para acabar de una vez por todas con esta anomalía democrática. En junio del presente año registramos junto a decenas de asociaciones memorialistas una «ley de memoria democrática y reconocimiento y reparación a las víctimas del franquismo y la transición». En el propio título del texto normativo se concentran sus principios esenciales. Hablamos de «reconocimiento» porque todo aquello que no se nombra no existe y en nuestro marco jurídico no hay ninguna referencia a las víctimas del franquismo, como tampoco existe alusión alguna en la Constitución de 1978 al régimen franquista ni al anterior gobierno democrático de la II República. El llamado «pacto de la transición» se asentó sobre la equidistancia situando al mismo nivel tanto a víctimas como a victimarios, es decir, equiparando al republicanismo con el fascismo. Además, el texto atiende a un marco temporal que incluye a quienes padecieron violencia política más allá del fin de la dictadura (1939-1983), reconociendo así, además de a las víctimas del



Manifestación de asociaciones memorialistas contra la impunidad (Foto: Foro por la Memoria).

franquismo, a las de la transición.

A continuación pasaremos a detallar algunos aspectos concretos de la ley que, por su relevancia, creemos necesario destacar:

1. El Valle de los Caídos debe resignificarse y pasar a convertirse en un espacio compatible con la democracia. En la actualidad mantiene la fisonomía asignada por el propio dictador y, por tanto, sigue actuando como símbolo apologético del régimen. Así pues, consideramos necesario que, en primer lugar, el Estado recupere su gestión directa para proceder a su desacralización. Posteriormente, se deberá resignificar para convertirse en un lugar de memoria que explique cómo funcionaba el sistema concentracionario franquista, así como la participación en él de grandes empresas y la propia Iglesia católica. Para ello, es imprescindible eliminar todos aquellos elementos que no permitan su resignificación, por lo que deberá retirarse la monumental cruz,

erigida como símbolo de la «victoria cruzada contra el marxismo». Después se recuperará el nombre original del lugar: Valle de Cuelgamuros.

Los restos del dictador Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera serán exhumados y puestos a disposición de sus herederos, quienes no podrán inhumar los restos en ningún espacio de acceso público que pudiera convertirse en espacio de peregrinación franquista.

2. El robo sistemático de bebés fue una práctica común de los regímenes dictatoriales y el caso español no fue una excepción. Es por ello fundamental abordar este problema desde el ámbito de la justicia que, en estos casos, debe dictar sentencias basándose en la imprescriptibilidad del delito de sustracción de menores. Además se debe crear un banco de ADN público y una fiscalía especializada en este tipo de delitos.

3. Se debe garantizar la libre admisión a

los archivos públicos y eclesiásticos, fundamentalmente, en relación a personas desaparecidas posibilitando así el derecho de toda persona a conocer sus orígenes y a tener pleno acceso a los datos que conciernen a su propia vida. Las instituciones o congregaciones religiosas a las que se realicen las peticiones de información deberán atender las solicitudes con prontitud y diligencia.

4. El Estado debe declarar la nulidad de todas las sentencias y resoluciones derivadas de los procedimientos represivos instruidos por tribunales franquistas: consejos de guerra, procesos de depuración de funcionarios, responsabilidades civiles y políticas, tribunales contra la Masonería y el Comunismo, delitos contra la Seguridad del Estado,... Es lacerante que, en plena democracia, sigan vigentes condenas como la de Miguel Hernández, Manuel Azaña, Niceto Alcalá Zamora y otros centenares de miles de demócratas de distintas ideologías.

5. Reconocimiento específico a las personas represaliadas y confinadas en campos de internamiento, concentración y exterminio en otros países de Europa.

Las autoridades militares españolas deberán realizar de forma eficaz y con plenos efectos jurídicos un reconocimiento de la condición de resistentes armados del Ejército de la Segunda República a los integrantes del Ejército Guerrillero y de la Guerrilla Antifranquista, disponiendo su homologación en grado a los miembros del Ejército Republicano, tomando como cadena de mando la del XIV Cuerpo de Ejército Guerrillero.

6. El Estado deberá crear un *Museo de la memoria democrática* cuya finalidad será la salvaguarda de la memoria democrática de los diferentes pueblos de España, teniendo entre sus objetivos fundamentales la promoción de los derechos humanos, la defensa de la dignidad de las víctimas del franquismo, el recuerdo de quienes lucharon

por la libertad y la democracia y el impulso de los valores de verdad, justicia y reparación.

7. Garantizar el derecho a reclamar reparaciones económicas al Estado por haber sido víctimas del trabajo forzoso. Además, concretamos la necesidad de establecer un censo de empresas que se hubiesen beneficiado del trabajo forzoso, que se incluirá en un *Censo de la memoria democrática del Estado español*, a los efectos de iniciar los trámites de reparación moral y económica.

8. Los órganos judiciales serán los competentes en la localización y exhumación de los desaparecidos del franquismo así como en la búsqueda de los bebés robados en virtud del principio de imprescriptibilidad de los delitos contra el Derecho Internacional Humanitario. Así pues, las exhumaciones de fosas comunes se realizarán con personal y recursos públicos.

9. Establecimiento del Día Oficial de homenaje a las Víctimas del Franquismo. Como propuesta consensuada con las asociaciones memorialistas convenimos que fuera el día de la rendición de Alemania en la Segunda Guerra en homenaje a lo que debió haber significado también la victoria del antifascismo en España.

10. Se consideran contrarias a la ley todas aquellas asociaciones, entidades, fundaciones y organismos de similar naturaleza que conmemoren, justifiquen, exalten, enaltezcan el golpe militar del 1936, el franquismo o a sus dirigentes. Se retirarán los títulos nobiliarios otorgados a los responsables y colaboradores de la dictadura franquista.

11. Se declarará la nulidad de los epígrafes e) y f) del art. 2 de la Ley 46/1977, de 15 de octubre, de Amnistía por ser contraria al derecho internacional, concretamente respecto a la imprescriptibilidad y prohibición de amnistía de los crímenes internacionales como son los crímenes de lesa humanidad y el genocidio.

12. El Gobierno Español denunciará el vigente Concordato con la Santa Sede, dejando sin efecto y derogado el suscrito en 1953 entre el Vaticano y la dictadura militar franquista así como los Acuerdos alcanzados entre el Estado español y la Santa Sede en 1976 y 1979.

Entendemos, al igual que el relator de las Naciones Unidas en la materia, que nos hallamos ante exigencias que no deberían ser necesarias en una democracia consolidada y basada en la firmeza de los principios de no repetición y defensa de los Derechos Humanos. Lamentablemente no es así. El debate parlamentario encuentra sus límites en la correlación de fuerzas existente y, por tanto, en las voluntades políticas de las fuerzas progresistas. El PSOE nunca ha votado a favor de garantizar el acceso a la justicia por parte de las víctimas del franquismo y, por tanto, nos hallamos ante un muro que únicamente la organización

civil y su fuerza en las calles puede quebrar. Ahora mismo el debate se está dando en forma de tramitación de proyecto de ley del conocido como Real Decreto de exhumación de Franco. Es en ese debate donde estamos introduciendo, a través del grupo parlamentario de Unidos Podemos, la mayor parte del articulado de la proposición de ley anteriormente citada a través de enmiendas. Este Decreto del que hablamos es realmente una reforma de la Ley de Memoria Histórica de 2007 y, por tanto, a través de su articulado podemos impulsar nuestro propio texto. Como decíamos, para ello, es necesario el apoyo del PSOE y, lamentablemente, llevan más de 21 años en diferentes gobiernos del Estado sin atender estas demandas. Nosotras seguiremos empujando para que, de una vez por todas, tras 40 años de Constitución y 40 años de impunidad, consigamos que se apliquen los Derechos Humanos.

«Filosóficamente cristiana, económicamente marxista»: la vida de Carmen Garrido González

Enrique Antuña Gancedo*
Universidad de Oviedo

La de Carmen Garrido González es una historia de contrastes, y a la vez con unos hilos conductores muy claros que la hacen acreedora de unas páginas en la Historia con mayúscula. Efectivamente, la humildad y el desprendimiento personal que han acompañado durante décadas a Carmina Garrido —como la conocen casi todos aquellos con quienes ha compartido de un modo u otro su trayectoria—, y continúan vertebrando una actividad reivindicativa que se niega a alterar su ritmo, empapan su trayectoria vital para fundirla con la de los acontecimientos que le tocó —o se empeñó en que le tocara— vivir. Carmina suele decir que, como todos, es «hija de su época», y teniendo eso en mente no se puede evitar dar cierto aire poético a su nacimiento en el año 1934, a escasos quince días del desencadenamiento de la revolución en Asturias, por más que su Folgueras natal, un pequeño pueblo en el concejo occidental de Pravia, quedase a resguardo de aquellos hechos.

Lo cierto es que la época aplicó su doctrina hasta donde pudo, porque ya desde bien pronto la vida de Carmina estuvo marcada por ciertas singularidades. La infancia en Folgueras no transgredió demasiado las directrices vitales impuestas en general por



Carmen Garrido, en una fotografía reciente (Fuente: archivo personal de Carmen Garrido González).

la Asturias rural de los años treinta y primeros cuarenta, pero eso pronto cambió cuando, fallecido el cabeza de familia, la madre y la tía de Carmina se aplicaron en conseguir que todos los hermanos, independientemente de su sexo y orden de llegada, tuviesen la oportunidad de granjearse un futuro con la capacidad y esfuerzo de cada uno como único condicionante. En efecto, no era muy propio de los tiempos que una niña de familia campesina con un hermano mayor y varón tuviese la oportunidad de cursar estudios superiores. Y, sin embargo, gracias a grandes sacrificios familiares, los

*Es autor de *Compromiso inquebrantable: Carmen Garrido González, una vida de lucha*, Oviedo, KRK, 2018.

años centrales de la década de los cuarenta encontraron a Carmina, apenas asomada a la adolescencia, preparándose para incorporarse a la Escuela Superior de Comercio de Madrid. Un Madrid de claroscuros, en el que una se topaba un día con una concentración en demostración de adhesión a Franco en la Plaza de Oriente y, al siguiente, con que no dejaban subir al aula el primer día de clase porque había huelga.

La convergencia del contexto y de ese compromiso familiar con la educación serían los que terminarían llevando a Carmina, tras un traslado a Oviedo y una serie de primeros pasos laborales en una pequeña droguería, dando clases particulares a un puñado de niños y en los conocidos Almacenes Galán, a preparar unas oposiciones vistas como una de las mejores oportunidades para asegurar el futuro. Tras una primera experiencia fallida, Carmina tuvo la posibilidad de elegir entre incorporarse a Telefónica o a la empresa que acogería el resto de su vida laboral y su fogueado en la actividad sindical, la Empresa Nacional Siderúrgica, Sociedad Anónima, ENSIDESA, que se había instalado junto a la hasta entonces apacible villa de Avilés para hacerle saltar todas las costuras.

Así, cerca de tocar los cincuenta a su fin, Carmina pasó a formar parte de uno de los más ambiciosos proyectos del Instituto Nacional de Industria, que sería buque insignia de la política industrial del Estado franquista. Como efecto secundario de su misión de proveer al país del acero necesario para garantizar su expansión productiva, ENSIDESA multiplicó la población de Avilés con gentes atraídas desde todos los rincones de Asturias y buena parte de los del resto del país, e incluso de más allá. Se creó de esta manera un auténtico universo social al principio hegemonizado por el desarraigo y la precariedad vividos por millares de trabajadores que por el momento carecían de la

estabilidad laboral y económica suficiente como para asentarse y traer con ellos a sus familias o formarlas en su nuevo entorno. Llegada en plena vorágine a un Avilés que se aproximaba a los 50.000 habitantes con que casi contaría en 1960 —sobrepasando apenas los 20.000 tan solo una década antes—, Carmina entró en contacto con una realidad que no la dejó indiferente, y que la acercó a personas que buscaban transformarla mediante una acción apoyada sobre presupuestos espirituales.

En este punto, la vida de Carmina se entrelaza decidida y decisivamente con la de unos movimientos católicos cuya importancia en la concienciación y curtido organizativo de futuros miembros de las principales estructuras políticas y sindicales antifranquistas de los años posteriores es imposible de desdeñar. Se suele recordar, de entre estas especializaciones, ante todo a la HOAC —Hermandad Obrera de Acción Católica— o a la JOC —Juventud Obrera Cristiana— Nuestra biografiada, quizá por tomarle una vez más el pelo a la norma, porque de hecho hoy en día no tiene demasiado claro el motivo, se unió a la mucho menos conocida JIC, Juventud Independiente Católica. En este contexto trabó relación con personas que llegarían a ser amistades cercanas y referentes en la adquisición de conciencia social y experiencia en su traslado a la praxis, como fue el caso del sacerdote José Luis Argüelles o de Francisco Medina Gestoso, verdadero eje de articulación del cristianismo de Carmina con el movimiento obrero.

Dentro de ENSIDESA, Carmina se incorporó pronto a una lucha cruenta y con varios frentes, la de mejorar las condiciones laborales de los trabajadores. Entre esos frentes se encontraba el género, estando las mujeres empleadas en la factoría en unas condiciones de proporcionalidad poco favorables con respecto a los hombres, y circunscritas sus posibilidades de promoción a los estre-



Carmen Garrido, en una reunión sindical de los organismos unitarios de ENSIDESA a final de la década de 1970 (Fuente: archivo personal de Carmen Garrido González).

chos márgenes de una serie muy limitada de puestos subalternos. La salubridad, en una fábrica cuyo proceso productivo incluía algunas fases especialmente peligrosas o nocivas para el ambiente, también dio pie a algunas de las luchas más duras y, a la postre, satisfactorias. En cuanto a la crudeza, vino dada ante todo por las dos grandes resistencias a enfrentar. La primera de ellas la ofrecía la dirección, cuyas inclinaciones se pueden deducir fácilmente de la condición pública de la empresa, así como de su importancia estratégica para el régimen vigente, y que contaba con una densa red de agentes que cubría eficazmente los amplios dominios de ENSIDESA.

Mucho más dura, si no en términos operativos —que también—, sí en otros que podríamos considerar de orden moral o incluso sentimental, era la resistencia de los propios trabajadores. En una empresa en torno a la cual se articulaba uno de los ejemplos más acabados de paternalismo industrial en época franquista, la construcción de conciencia y solidaridad de clase absorbió, no siempre

con resultados positivos, una parte muy importante de los esfuerzos de quienes iban forzando los cauces de representación ofrecidos por el sistema sindical oficial para socavar la fortaleza del Estado. Durante esos intensos años en liza, culminantes en su presencia dentro del jurado de empresa de ENSIDESA, Carmina hubo de asistir a grandes derrotas emanadas de la capacidad de la dirección para aprovechar su posición ventajosa y las fisuras en la unidad de la plantilla.

Fueron tiempos complicados, durante los cuales hubo que conciliar el trabajo con un compromiso enfrentado a circunstancias en ocasiones frustrantes, así como con la voluntad, siempre presente en Carmina, de desarrollar una formación continua que permitiera progresar laboralmente y, sobre todo, contar con la capacidad de participar en las negociaciones sindicales en igualdad de condiciones con respecto a los representantes de la empresa. Con esos objetivos en mente se retomaron en Oviedo, ya iniciada la década de los setenta, los estudios comenzados en Madrid años atrás. Tiempos

intensos, en los que el compromiso sociopolítico iba dando también frutos indeseados. Así un anónimo amenazante, en el que se insinuaban los posibles riesgos de mantener ciertas actitudes, o un somatén que compartió rutina diaria con nuestra biografiada durante algún tiempo. Carmina, en su línea, y por mucho que se le insistía, pasa de puntillas por estos asuntos, no vaya a ser que se le quiera atribuir algún mérito por su labor durante aquellos años. La novela negra fue imposible por falta de material; no queda más remedio que conformarse con la biografía al uso.

En todo este tiempo, la evolución ideológica de Carmina, desde aquellas posiciones iniciales adscritas al cristianismo obrerista organizado hasta las que la acercaron al Partido Comunista y, sobre todo, a lo que terminaría siendo Comisiones Obreras, se produjo con una gran armonía. «Filosóficamente cristiana» y «económicamente marxista» continúa siendo su autodefinición ideológico-política. La afiliación a CCOO, no planteó problema alguno; era un paso lógico tras una larga identificación con la teoría y práctica de la organización sindical dentro de ENSIDESA. Más complejo resultó el acercamiento de Carmina al gran referente organizado del antifranquismo, y es que el respeto que sentía por el PCE, por paradójico que pueda parecer a priori, dilató su ingreso en él. Para ella, no era posible comparar los padecimientos propios con el sacrificio con que los miembros del Partido que la rodeaban habían forjado dolorosamente su militancia. De poco servía que compañeros cercanos, algunos buenos amigos, insistieran en tratar de convencerla de lo útil que sería su valía para la organización.

Solo con la creación de Izquierda Unida y la integración en ella del Partido, ayudada por la prejubilación a principios de los noventa, permitió Carmina que su dedicación sindical cediera algo de terreno a la política.

En una nueva singladura, sus dos legislaturas como concejal por aquella formación en el Ayuntamiento de su Avilés de acogida le dieron la oportunidad de trasladar sus inquietudes y compromiso a nuevos ámbitos, fuera del recinto fabril que los había acogido hasta entonces. Carmina estuvo presente, en primera línea de batalla, en las actividades políticas y movilizaciones populares en torno a la reforma del viejo Hospital de Caridad, así como del colegio de enseñanza especial San Cristóbal, los cuales mostraban unas deficiencias estructurales que comprometían seriamente la calidad de los servicios que ofrecían y la dignidad de sus usuarios. Esa actividad se mantuvo sin descuidarse en el proceso la actitud vigilante, y crítica cuando se consideró preciso, con respecto a la evolución del partido.

Casi como si quisiera hacerse digno de la vida que narra, el libro biográfico sobre Carmina Garrido ha seguido un camino intrincado hasta su publicación. Tuvo que superar la imposibilidad de la historiadora encargada originalmente del proyecto, Claudia Cabrero Blanco, para rematarlo, tras las muchas horas de entrevista que son su fuente principal. Aquellos esfuerzos iniciales, junto con los que protagonizaron durante todo el proceso las entidades editoras, la Fundación Juan Muñiz Zapico de CCOO de Asturias, el Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias —AFOHSA— y el Club Popular de Cultura «Llaranes», permitieron que la propuesta no quedara en nada. Pero si hubo algo decisivo a la hora de conseguir que esta obra viera finalmente la luz ello fue, desde luego, la implicación de la propia Carmen, cosa que tampoco fue demasiado fácil conseguir. La desconfianza ante cualquier cosa que huelga a homenaje personal sólo se pudo vencer convenciendo a la biografiada de que su historia era la de muchos más, y un capítulo fundamental en la de la lucha obrera de la Asturias de tiempos recientes.

AUTORES

Secciones: Dossier y Autores invitados

Carlos Antonio Aguirre Rojas. Doctor en economía y profesor del Departamento de Historia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México. Fue director de Études en la Maison des Sciences de l'Homme y profesor invitado en diversas universidades de Europa, Iberoamérica y Estados Unidos. Ha orientado su trabajo hacia el campo de la historiografía en el siglo XX, con particular atención a la Escuela de Annales, a la historiografía mexicana y a la teoría de los movimientos sociales. Ha publicado sus trabajos en numerosas revistas europeas y latinoamericanas y entre sus libros podemos mencionar *La Escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana* (1999); *Antimanual del mal historiador o ¿cómo hacer una buena historia crítica?* (2002); *La historiografía en el siglo XX. Historias e historiadores entre 1948 y ¿2025?* (2004); *América Latina en la encrucijada* (2006); *Retratos para la historia. Ensayos de contrahistoria intelectual* (2006); *Movimientos antisistémicos* (2010) y *Guía de la contrapolítica para subalternos, anticapitalistas y antisistémicos* (2013). Fue Premio Nacional en Ciencias Sociales (2013) y dirige la revista *Contrahistorias. La otra mirada de Clío* desde su creación en 2003.

Carlota Álvarez Maylín. Graduada en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, donde cursó el Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea, actualmente se encuentra como contratada predoctoral FPI (2017 – 2021) del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (CCHS – CSIC), donde lleva a cabo su tesis doctoral bajo la dirección de la Dra. Pura Fernández y de la Dra. Ana Martínez Rus (UCM). Forma parte del Grupo de Investigación sobre Cultura, Edición y Literatura en el Ámbito Hispánico (siglos XIX – XXI) GICELAH, y colabora con el proyecto Edi – Red.

Walther L. Bernecker. Catedrático emérito de historia de la Universidad Erlangen-Núremberg, profesor en diversas universidades (Augsburg, Bielefeld, Bern, Chicago, México D.F., Alcalá de Henares); sus principales líneas de investigación son las historias contemporáneas de España, México y Alemania, las relaciones económicas y comerciales entre el Viejo y el Nuevo Mundo, la historia de los movimientos sociales y la Memoria Histórica en España y Alemania. Ha sido premiado por instituciones de España y Alemania por su contribución al estudio de la Historia de España y de Europa y es miembro de la Academia Europea. Entre sus publicaciones, *Anarquismo y Guerra Civil. La historia de la revolución social en España, 1936-1939* (1978); *La guerra civil en España, 1936-1939* (2005) o *Spaniens, Geschichte seit dem Bürgerkrieg* (2018).

Joan Gimeno i Igual. Historiador formado a caballo entre València, México y Barcelona. Ha trabajado cuestiones relativas a los movimientos sociales, sobre todo el sindical, durante el tardofranquismo y la transición. Actualmente es investigador predoctoral en la Universitat Autònoma de Barcelona y miembro del Centre d'Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID), donde estudia el desarrollo de CCOO durante la transición y las primeras legislaturas socialistas.

Manuel Guerrero Boldó. Licenciado en Historia y Máster en Economía Internacional y Desarrollo por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente realiza el doctorado también en la UCM en Historia Contemporánea. Su tesis versa sobre la relación de los intelectuales comunistas y el franquismo. También posee el Máster de Formación del Profesorado (URJC) y es profesor de Historia en secundaria. Actualmente prepara el libro *Una historia de las democracias populares. Europa del Este desde 1945* para la editorial Síntesis con José María Farado Jarillo, y también diseña la asignatura «La Unión Soviética y el Mundo Comunista en Europa» para la UNIR.

David Martínez Vilches. Doctorando en Historia Contemporánea. Máster en Historia Contemporánea y graduado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid con Premio Extraordinario de Grado, se ha especializado en historia cultural e historia de las culturas políticas. Ha sido becario de colaboración en el Departamento de Historia Contemporánea de la UCM en el curso 2015-2016 y ha participado en diversos congresos científicos y publicaciones.

Chris J. Wickham. Profesor Chichele emérito de Historia medieval en la Universidad de Oxford. Es miembro de la Academia Británica de Humanidades y ciencias sociales y centra su interés en la historia social de la alta Edad Media, y en aspectos relacionados con la historia económica; la arqueología; la historia cultural y la acción política sobre los que ha publicado numerosos trabajos y libros como: *Early Medieval Italy* (1981); *Land and Power in Early Medieval Europe* (1994); *Comunità e clientele nella Toscana del XII secolo* (1995); *Roma medievale* (2013); *Sleepwalking into a new world* (2015); *Una historia nueva de la alta edad media. Europa y el mundo mediterráneo. 400-800* (2009); *El legado de Roma: una historia de Europa 400-1000* (2014) y como editor *Marxist History. Writing for the twenty-first Century*, (2007). Ha recibido diversos premios y actualmente prepara un nuevo libro sobre el comercio en el Mediterráneo medieval.

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es